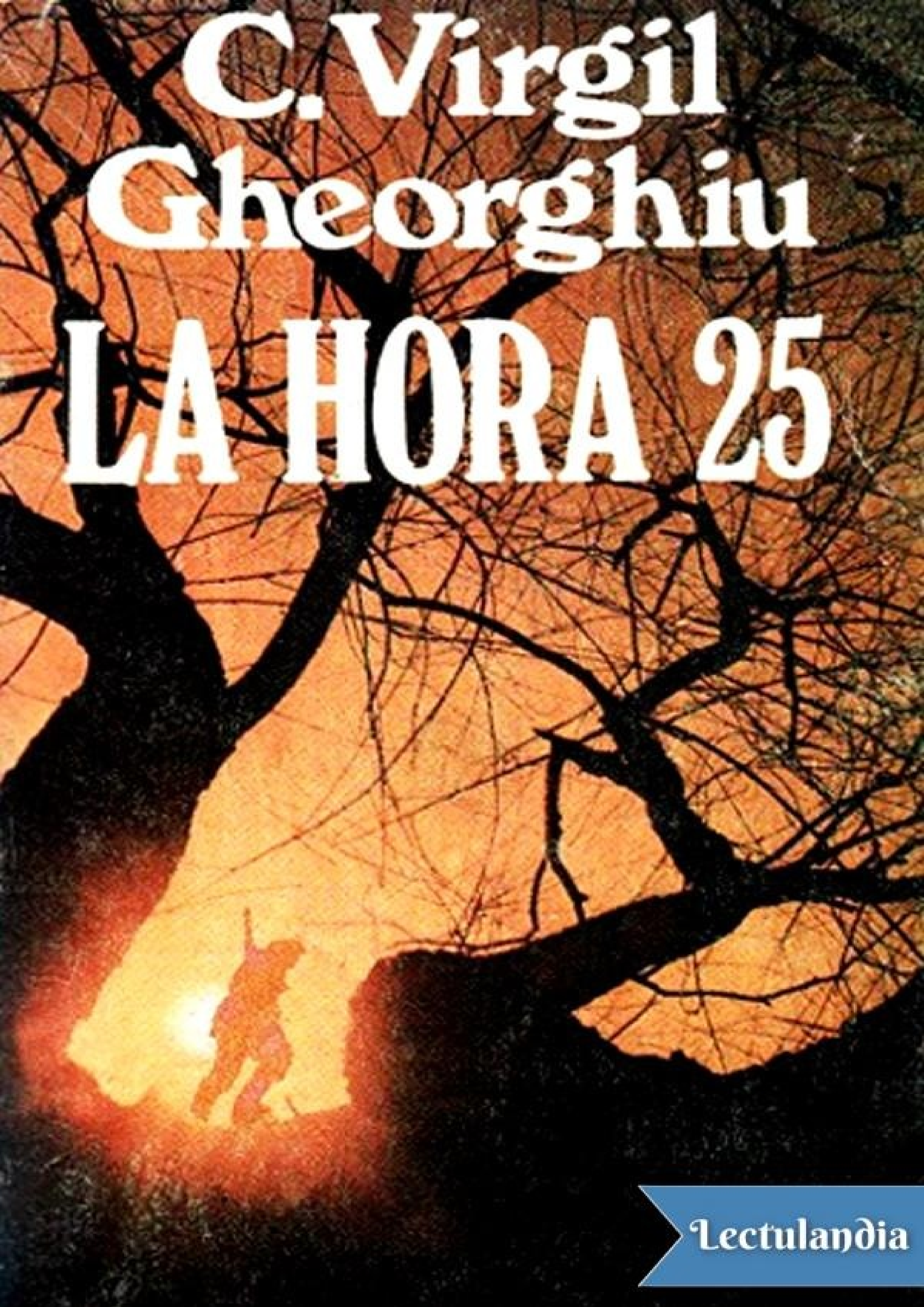

C. Virgil
Gheorghiu
LA HORA 25
Lectulandia

La Hora Veinticinco es la hora que sigue el momento final, cuando ya todo se ha terminado y ni siquiera cabe redención, la hora del triunfo de falsos profetas que prometen la felicidad de las generaciones futuras a cambio de la sumisión inhumana de las presentes. Frente a estos profetas, C. V. Gheorghiu alza su voz en este libro, una de las novelas definitorias del espíritu de nuestro siglo, una obra que quedará para siempre como retrato y testimonio de una época.

La hora veinticinco fue acogida en su día por la crítica con un entusiasmo refrendado por el éxito multitudinario de lectores en 20 países. Por una vez, una obra de impecable mensaje, de inusitado vigor testimonial, se convierte en un “bestseller” sin que para ello el autor tuviera que enmascarar su alucinante contenido. Bajo la apariencia de un canto desesperanzado a un paraíso perdido, *La hora veinticinco* es la defensa apasionada de la libertad, de la dignidad del hombre, frente a la opresión que se apoya en técnicas deshumanizadoras.

En *La hora veinticinco*, millones de europeos de la posguerra reconocieron su drama y su esperanza. Iohann Moritz se convirtió en un símbolo, y símbolo es también la figura intelectual Traían Koruga, contrafigura del mismo Gheorghiu.

Lectulandia

Constantin Virgil Gheorghiu

La hora 25

ePub r1.1
Titivillus 18.10.2016

Título original: *Ora 25*
Constantin Virgil Gheorghiu, 1949
Traducción: Jesús Ruiz y Ruiz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

La Historia, como el drama y la novela, es hija de la mitología. Es una forma particular de comprensión y de expresión, donde —igual que en los cuentos de hadas de los niños y en los sueños propios de los adultos sofisticados— no está trazada la línea de demarcación entre lo real y lo imaginario. Se ha dicho, por ejemplo, de La Ilíada*, que el que emprende su lectura como relato histórico halla en seguida la ficción, y que aquél que, por el contrario, la lee como una leyenda, halla la historia.*
Desde este punto de vista, todos los libros de historia se parecen a La Ilíada*, ya que ninguno de ellos puede eliminar enteramente la ficción. Ya que el simple hecho de escoger, separar y presentar los hechos constituye una técnica que pertenece al dominio de ésta…*

AARNOLD J. TOYNBEE

A Study of History

FANTANA

1

—No puedo creer aún que vayas a marcharte —dijo Suzanna a Iohann Moritz, estrechándose contra él.

Posó sus manos sobre la cabeza del hombre y acarició su pelo negro. Él retrocedió un paso.

—¿Por qué no puedes creerlo? —preguntó con voz dura—. Pasado mañana, al amanecer, me habré marchado.

—¡Ya lo sé! —murmuró ella.

Se hallaban de pie, al lado de la tapia. Hacía fresco. Era más de medianoche. Iohann cogió las manos de la mujer, las soltó en seguida, y dijo:

—Y ahora… ¡adiós!

Ella suplicó:

—Quédate un poco más.

—¿Por qué quieres que me quede? —preguntó Moritz con voz firme y decidida —. Se hace tarde y mañana tengo que trabajar.

Suzanna no respondió, pero se estrechó todavía más contra él. Entreabrió la camisa del hombre, apoyó la mejilla contra su pecho y levantó los ojos.

—¡Qué hermosas son las estrellas! —dijo.

Sin duda Moritz esperaba algo más importante y creía que Suzanna le había retenido para decírselo. En vez de eso le hablaba de las estrellas. Se separó y quiso alejarse. Pero en aquel mismo instante recordó que estaría por lo menos ausente durante tres años. Y entonces, para darle gusto, levantó también la mirada hacia las estrellas.

—¿Es verdad que cada hombre tiene su estrella en el cielo? ¿Es verdad que cuando muere ésta cae?

—¡Yo qué sé! —respondió él, sintiéndose en aquel instante más dispuesto que nunca a alejarse.

—¡Adiós!

—¿También tenemos nosotros una estrella en lo alto? —insistió Suzanna.

—¡Como todo el mundo! En lo alto o en nosotros mismos —respondió Moritz.

Cogió la cabeza de la mujer entre sus manos y la apartó de su pecho. Luego echó a andar. Ella le acompañó hasta el camino. Contempló una vez más las estrellas y luego volvió la mirada hacia él.

—Te espero mañana por la noche —dijo ella.

—Si no llueve.

Suzanna hubiera querido seguir en su compañía, suplicándole que acudiera al día siguiente, aunque lloviera. Pero él se alejaba ya a grandes zancadas. Dobló el recodo del sendero y desapareció tras el jardín. Ella permaneció unos instantes inmóvil. Luego se pasó la mano por las caderas para alisarse el vestido y quitar las briznas que se habían quedado adheridas. Antes de penetrar en el patio echó una mirada al sitio

bajo el castaño, donde habían estado tendidos uno junto a otro. La hierba estaba aún aplastada, y por unos instantes le pareció seguir aspirando el olor del cuerpo de Moritz; un olor a hierba aplastada, a tabaco y a aguardiente de cerezas.

Iohann Moritz atravesó el campo y se dirigió silbando hacia su casa. Llevaba pantalones negros de soldado y una camisa blanca, con el cuello desabrochado. Iba descalzo. De pronto interrumpió su silbido y bostezó. Luego pensó en la mujer que acababa de abandonar. Pensó en Suzanna. Hubiera deseado sonreír. Se dijo que las mujeres eran como niños. «Historias de estrellas… ¡Qué tontería! Se hacían a sí mismas montones de preguntas inútiles…» Dejó de pensar en Suzanna y trató de concentrar sus pensamientos en el viaje que iba a emprender dentro de dos días. Pensó en América. Luego, apartando sus pensamientos, se puso a silbar otra vez. Tenía sueño. Hubiera querido estar ya en su casa para poder dormir. Tenía que levantarse muy temprano. Aquélla sería su última jornada de trabajo… Iba ya a despuntar el alba. Dentro de algunas horas sería de día. Y Iohann Moritz apresuró el paso.

2

Amanecía cuando se detuvo ante la fuente del pueblo. Abriendo ampliamente su camisa, cogió agua con las manos y se frotó la cara y el cuello. Luego se las secó pasándolas por el pelo. Se arregló el cuello de la camisa, aunque sin abotonarlo, y contempló el pueblo, medio oculto por una bruma lechosa. Era el pueblo de Fantana, en Rumania. Iohann Moritz había nacido en él hacía veinticinco años. Y en aquel instante, mientras lo contemplaba, con sus casas pequeñas y los tres campanarios de sus tres iglesias —la ortodoxa, la católica y la protestante—, se acordó de que Suzanna le había preguntado la víspera si no se consumiría de no verla. Él se había reído, regocijado por la pregunta, respondiéndole que era un hombre. Sólo las mujeres podían languidecer. Pero en aquel instante tenía la sensación de que le invadía un vago pesar. Silbó de nuevo y apartó los ojos del horizonte del pueblo.

* * *

La casa del sacerdote Alexandru Koruga se hallaba en las lindes de la carretera, no lejos de la iglesia ortodoxa. La puerta estaba cerrada. Iohann se inclinó y cogió la llave, escondida adrede debajo para que pudiera entrar por la mañana, cuando llegaba a trabajar. Abrió las pesadas hojas de roble y penetró en el patio sin detenerse. Los perros corrieron a su encuentro, saltando a su alrededor. Le conocían muy bien, pues Iohann Moritz trabajaba en casa del sacerdote Alexandru Koruga desde hacía seis años. Acudía diariamente y consideraba aquel hogar como el suyo propio. Pero aquel día sería su última jornada de trabajo. La pasaría enteramente recogiendo manzanas, luego cobraría su salario y anunciaría al sacerdote su partida. El anciano todavía no sabía nada.

Iohann Moritz entró en el troje y cogió las cestas, colocándolas luego en el carro. El sacerdote salió a la terraza. No llevaba más que una camisa de lienzo blanco y unos pantalones. Acababa de levantarse. Moritz le saludó con una sonrisa. Dejó la cesta, se frotó las manos, se encaramó hasta la terraza y cogió de las manos del viejo una palangana llena de agua.

—Espere… Voy a echársela.

Vertió el agua en las manos del sacerdote, contemplando al mismo tiempo sus dedos, aquellos dedos largos y afilados, como los de una mujer, de piel muy blanca. Contempló con gusto como el anciano se enjabonaba la barba, el cuello y la frente. Y con tanta atención le miró, que hasta se olvidó de echar el agua. El sacerdote aguardaba, con las manos extendidas y llenas de espuma. Y Moritz, al tropezar con su mirada, enrojeció.

El sacerdote Koruga era el «pope» del pueblo. No tenía más de cincuenta años,

pero su barba y su pelo eran blancos como la plata. Su cuerpo, espigado y escuálido, descarnado, parecía el de los santos que se veían en los iconos de las iglesias ortodoxas. El cuerpo de un verdadero anciano. Pero en su mirada, en su manera de hablar, se reflejaba su espíritu joven. Cuando hubo terminado de lavarse, el sacerdote se secó la cara y el cuello con una toalla de grueso tejido. Moritz siguió delante de él, con la jofaina en la mano.

—Quisiera hablarle, padre —dijo.

—Aguarda a que me vista —respondió el sacerdote. Entró en la casa, después de coger la jofaina de manos de Iohann Moritz, y al atravesar el umbral, volvió la cabeza —. Yo también quiero hablarte —le dijo sonriente—. Quiero anunciarte algo que te alegrará. Sin embargo, por ahora más vale que sigas cargando las cestas en el carro.

* * *

Durante toda la mañana, Iohann Moritz y el padre Koruga estuvieron recogiendo manzanas. Hacían su trabajo en silencio, y sólo cuando el sol estuvo alto, el sacerdote se interrumpió. Extendió los brazos con un gesto de fatiga y después dijo:

—Descansemos un poco.

—Descansemos —repitió Moritz.

Se dirigieron hacia las cestas llenas de manzanas y se sentaron encima. Permanecieron al principio en silencio. Luego el sacerdote rebuscó en sus bolsillos el paquete de cigarrillos que llevaba siempre para Moritz.

Al mismo tiempo de tendérselos, le preguntó:

—¿Querías hablarme?

—Sí.

Moritz encendió el cigarrillo. Tiró la cerilla en la hierba, sin apartar los ojos hasta que se apagó. La verdad era que le resultaba difícil anunciar su inmediata partida al sacerdote.

—Quiero ser yo el primero en hablarte —dijo éste.

Moritz se sintió satisfecho de no tener que hablar el primero.

—El cuarto que está cerca de la cocina está vacío —dijo el padre Koruga—. He pensado que podrías ocuparlo. Mi mujer lo ha encalado y ha puesto cortinas en las ventanas. También hay ropa limpia. En tu casa no dispones de mucho sitio. Tus padres y tú no tenéis más que un solo cuarto. Mañana, cuando vengas a trabajar, trae tus cosas.

—Mañana no vendré a trabajar.

—Pasado mañana, entonces —dijo el sacerdote—. De hoy en adelante el cuarto es tuyo.

—No volveré jamás al trabajo —dijo Moritz—. Mañana me marcho a América…

—¿Mañana?

El padre Koruga abrió los ojos con expresión sorprendida.

—Mañana, al amanecer —remarcó Moritz. Su voz fue firme, aunque un poco velada por la emoción—. He recibido una carta anunciándome que el barco está ya en Constantza. No me quedan más que tres días.

El padre Koruga no ignoraba que Moritz quería ir a América. Muchos de los muchachos campesinos acostumbraban a marcharse para regresar, dos o tres años después, con dinero suficiente para comprar las casas más hermosas y las tierras más fértiles del poblado. Se sintió satisfecho de que Moritz quisiera marcharse. Así, dentro de algunos años, poseería él también una gran extensión de tierra. Pero le sorprendía que su partida fuera tan inmediata. A pesar del tiempo que llevaban trabajando juntos, el muchacho no le había hablado jamás de aquel asunto.

—Ayer recibí la carta —dijo Moritz.

—¿Te vas solo?

—Con Chitza Ion. Pensamos enrolarnos como peones en el barco. Trabajaremos en las calderas, y así sólo tendremos que pagar quinientos leis[1] por persona. Chitza tiene un amigo en Constantza. Trabaja en el puerto y nos lo ha arreglado todo.

El sacerdote le expresó sus mejores deseos. Sentía que se marchara, pues Iohann Moritz era joven, trabajaba bien, tenía buen corazón y era honrado. Pero también era muy pobre, pues ni siquiera poseía un pedazo de tierra. Durante todo el día los dos hombres trabajaron arduamente. El anciano hablaba sin cesar de América y Moritz le escuchaba. De vez en cuando el muchacho lanzaba un profundo suspiro. En aquellos instantes llegaba a pesarle su decisión.

Al anochecer, después de haber cobrado su salario, Moritz permaneció unos instantes con los ojos bajos ante el sacerdote. Le faltaban las fuerzas para alejarse. El anciano le golpeó familiarmente en el hombro.

—Escríbeme en cuanto llegues —dijo—. Mañana por la mañana ven a buscar el paquete que te he prometido. Tendrás suficiente para alimentarte hasta llegar a Constantza. —Le dio además cinco billetes de cien leis, añadiendo—: En cuanto amanezca, golpeas suavemente el cristal de la ventana. Es preferible que mi mujer no se entere de nada. Las mujeres suelen ser bastante raras en ocasiones. Prepararé todo esta noche. ¿Cuándo quieres marcharte?

—En cuanto amanezca. Tengo que encontrarme con Chitza Ion en el otro extremo del pueblo.

—Te quedará el tiempo justo de pasar por mi casa. De no haber sido así, te habría ofrecido que te quedaras esta noche.

—Prefiero volver mañana —respondió Moritz.

Sabía que aquella noche estaría aguardándole Suzanna.

3

El padre Koruga dejó el zurrón con las provisiones debajo de la ventana, apagó la lámpara y se acostó. Antes de conciliar el sueño pensó en Iohann Moritz y en su viaje a América. Mientras preparaba el zurrón había tenido la extraña sensación de que era él mismo quien iba a marcharse. Una noche, hacía treinta años, había preparado también su equipaje. Recién recibido su diploma de teología, se inscribió como misionero de la colonia ortodoxa del Michigan. Pero cuando faltaba una semana para marcharse, telegrafió renunciando a su puesto. La causa era bien sencilla: en aquellos días había conocido a la que era su mujer. Contrajo matrimonio con ella y desde entonces fue «pope» del poblado. Fantana no era más que un pequeño caserío, donde la vida resultaba muy dura… Muchas veces se había arrepentido de no haberse marchado aquel día. En su mente, América se había ido transformando en un lejano ensueño. Cada vez que un campesino se marchaba allí, le daba cigarrillos, provisiones, un poco de dinero, pidiéndole que escribiera en cuanto llegara. Hacía todo aquello a escondidas de su mujer. Sin duda ella no habría dicho nada, pero cada vez que pensaba en América, tenía la sensación de serle infiel. Por su esposa había renunciado a la misión del Michigan y en su corazón había quedado latente el dilema. Sin embargo, la partida de Moritz le parecía diferente a cualquier otra. Era su hombre de confianza, y al marcharse, parecía que se llevara un poco de su propio ser, que fuera él mismo quien se marchaba también al Nuevo Mundo. Por la ventana se filtraba la luna llena. El padre Koruga, sin poder conciliar el sueño, se levantó y encendió la luz. Se dirigió hacia la biblioteca, cuyos estantes cubrían tres de los tabiques de la estancia. Cogió un libro. Antes de abrirlo echó una ojeada hacia las cargadas estanterías. Los había en inglés, en francés, en alemán y en italiano. En el tabique opuesto se hallaban las obras clásicas: griegos y latinos. Eran todos como viejos amigos. Algunas veces, el padre Koruga se preguntaba por qué no había querido ingresar en la Universidad. Muchas veces se lo habían propuesto sus amigos de Iasi y Bucarest. Y otras tantas había rehusado la cátedra de Historia de la Iglesia. No le pesaba. En Fantana celebraba misa los domingos y los días de fiesta, y el resto del tiempo se ocupaba de su tierra, sus abejas y su huerto. Por la noche leía incansablemente. Creía que el destino se encargaba de prepararle el porvenir y aceptaba en silencio aquella vida. Una sola vez había intentado forzar el destino: en su fracasado viaje a América. Tenía todo dispuesto para partir, y, a pesar de ello, no se había marchado. Algo imprevisto se había interpuesto. Desde entonces había rehusado hacer más planes.

«¿Iré ahora a lamentarme de no haberme marchado hace treinta años? —se preguntó—. Si no es así, ¿por qué siento esta extraña excitación al saber que va a marcharse Iohann Moritz?» Volvió a acostarse y, al arroparse con la manta, pensó: «Lo que siento no es el pesar de no haber partido… Siento la nostalgia de una cosa que en mi ilusión creo verdadera, de algo que jamás poseeré, y que si lograra tocar,

me daría cuenta de que no era lo que soñaba. Es posible que América no sea lo que yo busco. Acaso no sea más que un pretexto para mi inquietud. América es una invención de nuestra nostalgia. Y es posible que resulte menos decepcionante no haberla conocido, que haber estado realmente en ella.»

Sin embargo, a pesar de sus muchos esfuerzos, el padre Koruga no pudo conciliar el sueño. Sentía tanta impaciencia por que despuntara el alba como si él fuera quien tuviera que encontrarse con Chitza Ion a la entrada del pueblo, para ir a Constantza, donde les esperaba el barco «que sólo estaría tres días en el puerto».

Cuando se despertó, era aún de noche. Pero el canto de los gallos anunciaba ya la salida del sol. El camino estaba desierto y el pueblo cubierto por una bruma blanquecina. El sacerdote volvió a abrir el zurrón para meter el paquete de cigarrillos que estaba sobre la mesa. «Si Iohann se marcha, no tendré a nadie a quien dar cigarrillos. Los he comprado para él», se dijo. Por la ventana se veía ya despuntar el día. «Tendrá que darse prisa si no quiere llegar tarde a la cita.» Oyó unos pasos en el camino. Pero pasaron de largo y se perdieron a lo lejos. Salió a la terraza y se lavó con agua fría. Pero Moritz no estaba allí para vertérsela en las manos.

Despuntó el sol. Iohann Moritz no había acudido. El sacerdote le aguardó hasta la hora del desayuno. Luego, en vista de que no llegaba, se dijo que debía haberse despertado tarde y no le habría quedado tiempo para pasar a recoger el zurrón. «Es lástima —se dijo—. Tenía lo suficiente para comer durante algunos días.»

—¿Vienes a desayunar, Alexandru? —le preguntó su mujer apareciendo en el umbral.

—En seguida —respondió el padre Koruga.

Empujó disimuladamente el zurrón debajo de la mesa y no pudo reprimir una congoja. Sentía el pesar de tener que renunciar a una cosa y renunciar para siempre. Su última oportunidad de llegar a América, aunque sólo fuera *by proxi*, se había perdido. Treinta años antes había ocurrido igual. ¿Pero qué importaba? Se encogió de hombros y pasó al comedor para desayunar.

«Si Iohann Moritz hubiera cogido este zurrón, yo habría sentido igual impresión que si me hubiera ido con él. *Qui facit per alium facit per se*[2]. Lástima que no haya venido», se repitió una vez más.

4

Al salir de casa del padre Koruga, Iohann Moritz se detuvo ante la fuente que había en el lindero del camino. Se lavó abundantemente y luego se dirigió hacia el otro extremo del pueblo, donde habitaba Nicolás Porfirio. Tenía unos terrenos en las mismas lindes del bosque y quería venderlos. Sin pensarlo dos veces, Moritz penetró en el patio de la casa.

—Mañana me marcho a América —dijo—. Cuando vuelva tendré dinero suficiente para comprar esta parcela de terreno. Pero antes de marchar quiero darte unas arras[3] para que no la cedas a nadie.

—¿Cuánto tiempo estarás allá? —preguntó el campesino.

—Hasta que haya reunido suficiente dinero. Dos o tres años.

—Sí… Tres años bastarán. Nadie está más de tres años. En América es fácil ganar dinero.

—¿Cuánto quieres por el terreno? —preguntó Moritz.

—No necesito demasiado. Si vuelves dentro de tres años, te cederé el campo por 50 000 leis. Prometo no vendérselo a nadie y aguardaré a que regreses.

Moritz sacó del bolsillo del pantalón un fajo de billetes y los contó rápidamente.

—Aquí tienes 3000 leis… Es mejor que te deje estas arras.

Estrechó la mano de Nicolás Porfirio y con ello quedó cerrado el trato. Echó a andar lentamente. Como la obscuridad no era aún absoluta, se encaminó hacia la parcela. Quería verla. En realidad la había visto muchas veces y conocía muy bien el terreno, pero las cosas habían cambiado. Ahora él era su dueño: sólo le faltaba regresar con el dinero.

5

Anduvo un trecho campo a través. Las grandes zancadas hacían que el sudor pegara su camisa a la piel. Pero no tenía paciencia para andar despacio. Al llegar al bosque de encinas se detuvo. Su terreno se extendía en los mismos lindes del bosque. Estaba plantado de maíz y las matas le llegaban a los hombros. No era grande, pero podía contener una casa, un patio y un huerto. Lo midió con la mirada. Primero la longitud, luego la anchura. Le pareció ver ya el techo de la casa sobresaliendo entre las matas de maíz, contemplar el largo brazo del balancín del pozo, la gran puerta de roble y el establo. Con mucha frecuencia había pensado en todo aquello, pero jamás se lo había imaginado con tal nitidez. Todo parecía tan verdadero como lo había deseado siempre. En su rostro apareció una sonrisa. La brisa rizaba las espigas del maíz, que ondulaban como olas. Oyó cómo se rompían algunas, y luego, agachándose, cogió un puñado de tierra. Le pareció que estaba cálida, como si fuera un ser vivo. Su calor era el de un cuerpo, igual que si tuviera calor de un gorrión entre los dedos. Se agachó de nuevo y cogió otro puñado de tierra con su mano derecha. Apretó el puño con fuerza y luego abrió la mano, dejando que la tierra se deslizara entre sus dedos. Atravesó el campo de maíz, dirigiéndose hacia el bosque. Pero apenas había dado unos pasos, cuando volvió a inclinarse para coger un puñado más de tierra. «También está caliente», pensó. Se acarició la mejilla y el olor acre pareció penetrarle. «Es un aroma como el del tabaco. Huele bien la tierra», se dijo para sus adentros. Levantó la cabeza. Respiró hondamente para llenarse los pulmones. Y pensando que Suzanna debía estar esperándole, se puso a silbar alegremente.

6

La casa de Iorgu Iordan, padre de Suzanna, se hallaba en un extremo del pueblo. Era una casona cubierta de tejas rojas y con unos muros muy gruesos. Iohann Moritz atravesó el jardín y se dirigió hacia el patio. A los pocos pasos, se detuvo y miró a través de una grieta de la tapia. Iorgu Iordan salió al balcón. Sus movimientos eran lentos y pesados. Después de haber echado la aldaba a las puertas y las ventanas, Iorgu Iordan echó una mirada recelosa a su alrededor. Descendió los escalones de madera, que crujieron bajo el peso de su cuerpo de gigante. Llevaba, como siempre, una chaqueta verdosa, botas cortas y pantalones de montar. Atravesó el jardín que se extendía ante la casa y se dirigió hacia la puerta. Echó la aldaba con fuerza y dio dos veces la vuelta a la llave. Luego desanduvo, balanceándose, lo andado. Dio la vuelta a la casa, echando sin cesar miradas a su alrededor, como si buscara a alguien escondido en la sombra. Penetró por la puerta trasera y luego se oyó el ruido de la llave al dar dos vueltas en la cerradura.

En completo silencio, Iorgu Iordan entró en su dormitorio, cuyas paredes, recubiertas de trofeos de caza, cabezas empajadas de ciervos, lobos y osos, hablaban bien claro de las aficiones de su dueño. En medio, entre las águilas disecadas y las cornamentas de ciervo, se veían fusiles de caza, pistolas y cartucheras. A los pies de una inmensa cama, dos pieles negras. Iorgu Iordan aplastó con sus botas las pieles de oso y cogió un fusil, que apoyó contra la pared. De un cajón sacó un revólver, una vela y una caja de cerillas, que dejó sobre la mesilla de noche. Se sentó en el borde de la cama, con la respiración jadeante, se quitó las botas y las puso una al lado de la otra. Cada noche las colocaba en el mismo sitio para hallarlas en la oscuridad con sólo extender el brazo. Luego se desvistió y se acostó, hundiéndose en las blancas almohadas como un oso en la nieve.

Desde fuera, Iohann Moritz vio apagarse la luz. Disminuyó en intensidad y luego desapareció. La ventana se confundió con las tinieblas de la noche. El cuarto de Iolanda, la mujer de Iorgu, estaba iluminado, pero su luz era tamizada, débil. Antes de transparentarse por la ventana, debía atravesar los visillos de seda. Las gentes decían que Iolanda era desgraciada. Había llegado al pueblo hacía veinticinco años, en compañía de Iorgu Iordan. Iban a caballo y se habían detenido en la posada. Nadie sabía de dónde procedían. Pero sea de donde fuera, debía ser de algún punto muy lejano. Ella era rumana y él no. Más tarde se supo que procedían de Hungría. Ambos llevaban unos largos abrigos forrados de piel. Después de haber comido una buena ración de carne asada, se habían acostado en el cuarto del posadero. Él había comido como un ogro. Ella, en cambio, apenas había tocado los platos. A los tres días, las gentes estaban ya enteradas de que no abandonarían el pueblo, y unas semanas más tarde, habían comprado la posada. A su llegada, Iorgu Iordan no sabía una sola palabra de rumano. Pero los años transcurridos habían bastado para que lo aprendiera bien. Sin embargo, ni él ni su mujer tenían un solo amigo en el poblado. Incluso

habían evitado enviar a su hija Suzanna a la escuela de la comarca para que no se relacionara con los hijos de los demás campesinos. Suzanna había estudiado en la ciudad. Los campesinos no veían a Iolanda más que cuando frecuentaba la iglesia ortodoxa o iba a la ciudad, sentada en el pescante del coche, junto a Iorgu Iordan, que la doblaba en corpulencia y en altura. Ella tenía el pelo rubio como la seda y los ojos azules. Suzanna era su vivo retrato. Tales detalles eran lo único que se sabía en el pueblo sobre Iorgu Iordan. Un invierno mató un hombre que quiso penetrar en su casa. Lo mató limpiamente, disparándole entre los ojos con su fusil de caza. Los gendarmes defendieron a Iordan diciendo que estaba en su derecho. Podía matar a cualquiera que pretendiera entrar de noche en su casa para robarle el dinero. Pero los campesinos no compartieron la opinión de los gendarmes. Un crimen era siempre un crimen. Sin embargo, transcurrió el tiempo y terminó por olvidarse aquel asunto.

Después de apagarse la luz en la ventana de Iorgu Iordan, el impaciente Iohann Moritz se puso las manos en torno a la boca a modo de bocina y gritó: «¡Uh… Uuuh… Uh…!» Su grito rasgó el silencio. El eco lo repitió hasta extinguirse en la lejanía. Se abrieron los postigos de una ventana y Suzanna saltó por ella. Atravesó el jardín de puntillas y luego salió del patio por la abertura de la tapia tras la cual la esperaba Iohann Moritz.

7

—¿Por qué has escogido esa llamada? ¿Por qué ese ulular de mal agüero? ¿Por qué? —repitió una vez más.

Suzanna estaba ya al otro lado de la tapia. Moritz quiso besarla, pero ella se hurtó a la caricia.

—Te he dicho varias veces que no me llames así.

Su corazón latía con fuerza y en la expresión del rostro se echaba de ver que estaba asustada.

—¿Cómo quieres que te llame? —preguntó Iohann Moritz.

—De cualquier otra manera. El chillido de la lechuza trae desgracia. Anuncia siempre una muerte.

—¡Tonterías de viejas! —exclamó él—. No existe otro pájaro que cante noche y día, tanto en verano como en invierno. Sólo la lechuza… ¿Conoces tú otro? El ruiseñor sólo canta en verano. Si imito el canto del ruiseñor, tu padre adivinará que se trata de un hombre. ¿Quieres que la gente sepa que soy yo quien te llama?

—No, no quiero —dijo ella—. Pero la lechuza trae mala suerte.

—No es culpa mía —dijo Moritz—. ¿Por qué no hay otro pájaro que cante en toda estación y a toda hora sin anunciar la muerte? ¡Pero basta de discusiones! Esta noche te he llamado por última vez. De ahora en adelante no tendremos ya que escondernos. Mañana por la mañana me marcho a América. A mi vuelta serás mi mujer. No necesitaré ocultarme detrás de la tapia, imitando el chillido de la lechuza.

La estrechó contra él. Suzanna también le abrazó con fuerza. Se hallaban bajo el castaño, en el mismo lugar donde se habían encontrado la noche anterior y todas las noches, desde hacía cuatro meses, que era el tiempo que se conocían. La muchacha pareció desfallecer en sus brazos. Iohann la depositó tiernamente sobre la hierba y se echó a su lado. Sus cuerpos se entremezclaron, se anudaron como serpientes o como lianas. Sus manos se buscaron ávidamente en la oscuridad. Encontró los labios de la muchacha y apretó glotonamente los suyos contra ellos. Ambos tenían los ojos cerrados. En algún rincón del jardín de Iorgu Iordan cantaron los grillos. Suzanna y Iohann permanecieron abrazados largo rato, sin pronunciar una sola palabra. Las ropas de Suzanna se destacaban como una mancha blanca sobre la hierba. Se las había quitado para que su madre no las viera arrugadas y manchadas. Nubes obscuras cubrían la luna, y los hombros desnudos de la mujer brillaban en las tinieblas. Moritz se quitó la camisa para ponerla bajo el cuerpo de Suzanna. Al lado de los blancos hombros de la mujer, el pecho del muchacho era obscuro como la corteza de un árbol.

—Iani —dijo ella—. No te vayas.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó él, asombrado—. Sabes perfectamente que si no me marcho a América no tendré con qué comprar el campo. Si no tengo tierras, no podremos casarnos. ¿Qué quieres que hagamos sin casa ni tierra? Dentro de tres años habré vuelto con suficiente dinero, y entonces nos casaremos. ¿No quieres que

nos casemos?

—Sí quiero —dijo ella—. Pero no quiero que te marches.

—¿Y con qué compraré la tierra? —preguntó Iohann Moritz con una amplia sonrisa—. Ya he dado las arras a Porfirio, y a mi regreso le pagaré lo restante.

Acto seguido contó que había ido a darle el dinero a Porfirio, describiendo su visita al terreno y cómo iba a construir la casa, el establo y todo aquello.

—Si te marchas, Iani, no me encontrarás viva a tu regreso —dijo Suzanna sin escucharle.

—¿Qué diablos te pasa?

Moritz no pudo contener su irritación.

—Nada… Algo me lo dice. Puedes creerlo. Cuando regreses habré muerto.

—No…, no habrás muerto —respondió Moritz—. Estarás como ahora, en casa de tu padre y de tu madre. No te encuentras sola. No estás en una casa extraña, sino en la tuya propia.

Suzanna se echó a llorar débilmente.

—¿Qué tienes? —le preguntó Iohann, besándola. Los labios de la mujer estaban fríos y mojados por lágrimas saladas—. ¿Qué te pasa?

—Dirás que son ideas de loca. Ideas de mujer. Es mejor que no te lo diga.

—Prometo no decirte que son ideas de mujer.

—Creo que mi padre quiere matarme —dijo ella.

—¿Quién te ha metido eso en la cabeza? —La voz de Iohann fue dura—. ¿Por qué piensas que tu padre quiere matarte?

—Ya sabía que no ibas a creerme. Pero presiento que va a hacerlo. Se ha dado cuenta de algo, no sé cómo. Por eso va a matarme.

—¿De qué se ha dado cuenta tu padre?

—De nuestro amor.

Iohann Moritz se separó de ella. El cuerpo de Suzanna se destacó, claro como el mármol, sobre la hierba.

—¿Te ha hablado? —preguntó.

—No.

—¿Te ha reñido?

—No.

—¿Cómo sabes, entonces, que se ha dado cuenta?

—El corazón me lo dice —exclamó ella llorando con desconsuelo—. Pero no; no sólo mi corazón. Hoy, durante la comida, cuando llevaba los platos a la mesa, mi padre me ha mirado con una expresión extraña. Era una mirada de odio. Luego ha gritado: «¡Vuélvete contra la pared!» Al obedecerle, he sentido que su mirada se dirigía a mis caderas. Me ha dicho: «Vuélvete hacia la ventana…» Entonces me ha mirado con mayor fijeza. De perfil. Clavando los ojos en mi vientre con igual expresión que cuando examina sus caballos. Después me ha gritado: «¡Sal de aquí, buscona!» Y en ese instante he sabido que se había dado cuenta de todo. Lo sabe, lo

sabe. Cuando era pequeña, mi padre me regañaba muchas veces, y hasta llegaba a pegarme, golpeándome con saña hasta dejarme bañada en sangre. Pero jamás me había llamado «buscona». Y hoy me ha dicho: «¡Sal de aquí, buscona!»

—¿Cómo ha podido enterarse? —preguntó Moritz—. Nunca nos ha visto juntos.

—No nos ha visto, pero está al corriente de todo.

—Pero ¿cómo ha podido saberlo?

—Mirándome tan sólo.

Iohann Moritz se echó a reír y la besó en la frente.

—Ni mirándote con un par de gemelos habría podido ver nada. ¿Crees que el amor puede verse a simple vista? Todo esto son tonterías.

—Ya sé que no puede notarse… Pero tratándose de mi padre es diferente. Hace igual con sus yeguas. Con sólo mirarlas puede asegurar si van a tener potros. Sus propios amigos no salen de su asombro.

—¿Estás encinta?

—No… No lo estoy.

—Entonces no hay peligro —dijo—. Pronto habré vuelto con dinero. Compraremos el terreno y nos casaremos en la iglesia del padre Koruga. Construiremos una casa bonita y seremos felices. ¿No es verdad, Suzanna?

Ella se apretó con fuerza contra el cuerpo masculino. Estaba temblorosa y parecía tener mucho miedo.

—Si estuvieras aquí, no temería nada. Pero si te marchas me moriré de miedo. Aunque mi padre no me mate con su fusil, no me encontrarás viva. Me moriré de miedo durante tu ausencia. Cada noche cierro la puerta con llave y echo el cerrojo. Cuando oigo los pasos de mi padre escondo la cabeza bajo la almohada, llena de un miedo terrible.

Iohann Moritz le pasó la mano por los hombros y luego la atrajo hacia sí. Al cogerla en sus brazos no volvieron a pronunciar palabra. Ella se sentía feliz al lado de Iohann y él se alegraba de ver que no lloraba ya. Con el canto del gallo se levantaron. Suzanna se puso el vestido, que estaba frío y húmedo de rocío. Moritz se puso la camisa, cogió a la muchacha de la mano y la acompañó hasta la tapia. Luego aguardó hasta que ella se hubiera deslizado por la abertura. Pero apenas lo había hecho, cuando soltó un breve grito, Iohann Moritz se adelantó para ver lo que ocurría, pero Suzanna no estaba ya en el patio. Se estrechaba desesperadamente contra él, temblando como una hoja. Todo su cuerpo se estremecía. Iohann Moritz echó una mirada por la abertura. La ventana del cuarto de Suzanna estaba iluminada y con los postigos abiertos de par en par Iorgu Iordan, en camisón, se paseaba arriba y abajo con un farol en la mano, como si buscara algo. Moritz acarició el pelo de la muchacha, atrayéndola hacia sí para evitar que viera a su padre. Pero ella lo había visto ya. Por eso se estrechaba así contra él, sin romper ni siquiera en llanto, de tanto miedo como tenía. De pronto se oyó la voz de Iorgu Iordan. Juraba furiosamente. Moritz contempló su cuerpo de gigante. En la penumbra se recortó la silueta frágil de

Iolanda. Cuando el gigante se volvió de espaldas, Moritz dejó de ver a la mujer. Había desaparecido tras el cuerpo macizo de su marido. Transcurrieron unos instantes, y de pronto sonaron los gritos de Iolanda, unos gritos agudos, que parecían rasgar la epidermis con tenazas que penetraran hondamente en los poros. Se apagó la luz. La ventana siguió abierta, pero envuelta en las sombras. Los gritos de Iolanda se fueron haciendo cada vez más desesperados, y al final se extinguieron suavemente. Moritz y Suzanna temblaban. La mujer estaba derribada en el suelo y Iorgu Iordan la empujaba a puntapiés hasta la estancia sin luz.

—¡Madre! —exclamó Suzanna—. ¡Está matándola…!

Se arrancó de los brazos de Moritz, queriéndose precipitar en el patio. Pero él volvió a cogerla, acariciándola suavemente para calmarla. Hubiera deseado correr también en socorro de aquella mujer maltratada. Pero no iba armado. El gigante, en cambio, poseía fusiles y su cuerpo parecía estar tallado en roca viva. El instinto le detuvo. Toda lucha sería inútil.

Cogió a Suzanna en sus brazos. Ella se debatió contra su pecho, tratando de soltarse, pero Iohann la estrechó fuertemente, alejándose a través del campo a grandes zancadas. Tenía la corazonada de que el gigante estaría buscando a Suzanna, con el fusil en la mano y la mente ofuscada por el odio. Quería ocultarla para que no la encontrara. Quería llevársela lejos, lo más lejos posible de aquella casa de tejas rojas y gruesos muros. Corría con los ojos cerrados, creyendo oír detrás los pasos del gigante, dispuesto a matar a aquella mujer que llevaba en los brazos.

8

Iohann Moritz corrió campo a través para alejarse de la carretera. De vez en cuando tropezaba con toperas, que le hacían perder el equilibrio. Se sentía cansado. El sudor le empapaba la frente y le caía sobre los ojos, cegándolo. Al llegar a un maizal se detuvo y depositó su carga en el suelo. No podía ya más. Tendió a Suzanna en el suelo mojado, cubriéndole las rodillas con el vestido y colocando sus manos sobre el pecho. Arrancó a su alrededor las largas hojas de maíz, con las que hizo una almohada para apoyar la cabeza de la muchacha. Luego cogió más hojas y, haciendo un lecho blando, la tendió encima. Acarició suavemente sus sienes, sus mejillas y su pelo. Al ponerse en pie, el dolor parecía arrancarle las carnes con una tenaza, y en sus hombros, en sus brazos y en todos sus músculos sintió como si le hundieran duras agujas.

«He debido correr bastante tiempo», se dijo. Levantó la cabeza y vio que el cielo estaba completamente azul. Se hallaba a algunos pasos del maizal. Al principio no dio crédito a sus ojos. ¿Se trataría de una ilusión? De pronto se echó a temblar como un junco. No; no soñaba… Suzanna y él se encontraban en el campo de Nicolás Porfirio. Allí les había conducido su ciega carrera. Las hojas de maíz que acababa de arrancar para hacer un lecho a Suzanna eran hojas de aquella tierra por la que la víspera había pagado unas arras.

En las mejillas de Iohann Moritz las lágrimas se confundieron con el sudor. Y lloró dulcemente sobre aquella tierra que no sería jamás suya.

9

Desde donde se hallaba, Iohann Moritz alcanzaba a ver todo el poblado. Contempló las casas blancas, deteniendo la mirada en cada una de ellas con atención, casi con ensimismamiento. Luego volvió la mirada a la mujer tendida a sus pies, sobre las hojas de maíz. ¿Dónde albergarse? Tenía que hallar un refugio cuanto antes. Había desistido ya de su marcha. Había renunciado a la tierra porque la mujer que amaba tenía necesidad de él. Y no podía abandonarla. Pero eso no bastaba. Había que buscarle un techo donde cobijarse.

No podía llamar más que a dos puertas: a la de sus padres o a la del padre Koruga. Todas las demás permanecerían cerradas para él. Los campesinos temían a Iorgu Iordan y jamás harían nada que pudiera contrariarle. Pero en casa de sus padres no había más que un cuarto y no quedaba sitio para Suzanna. Tampoco podía llevarla a casa del padre Koruga. Al fin y al cabo era una mujer con la cual no estaba casado, y no quería causar perjuicios al sacerdote. Si el padre Koruga daba hospitalidad a Suzanna, Iorgu Iordan no tardaría en acudir, con el fusil en la mano, para pedir cuentas. Moritz lo sabía y no deseaba que ocurriera. Pero Suzanna no podía permanecer tendida en pleno campo. Tras un momento de reflexión, la volvió a coger en brazos y emprendió el camino en dirección al pueblo. El rostro de la muchacha parecía de mármol. «Debe estar enferma de miedo», se dijo. Auscultó angustioso los latidos de su corazón. Apenas eran perceptibles. Apresuró el paso, deseoso de llegar cuanto antes al poblado.

10

Había salido ya el sol cuando Moritz llegó a su casa. Dejó a Suzanna en el umbral, apoyada contra la pared. Sin querer, contempló el horizonte. En aquel momento estaría aguardándole Chitza Ion en en el otro extremo del pueblo. Apretando los dientes para darse valor, volvió la espalda al sol naciente y penetró en la casa para pedir a sus padres que recibieran a Suzanna. Aristitza, su madre, era una mujer irascible. Hubiera querido evitar su presencia, hablar directamente a su padre, pero en cuanto atravesó el umbral vio que Aristitza levantaba la cabeza de la almohada.

—¿Vienes a coger tu zurrón? —preguntó—. Está detrás de la puerta.

Moritz no respondió.

—¿Por qué te quedas ahí parado como un pasmarote? —gritó—. Besa a tu madre, despídete de tu padre y date prisa. No gastes todo el dinero que ganes. Procura traernos algo.

—No voy a América —respondió Iohann.

—¿Que no te vas?

La vieja se levantó de un salto.

—¡No!

—¿Chitza tampoco?

—Sí, Chitza se marcha —respondió Moritz.

Aristitza, dándose cuenta de que todo aquello no estaba muy claro, se levantó rápidamente.

—¿Por qué? ¿Has reñido con Chitza?

—¡No!

—¿Qué diablos es lo que te pasa?

La vieja se adelantó furiosa hacia su hijo.

—No me pasa nada —dijo Iohann—. Quiero casarme. Por eso no me marcho…

Su voz tembló y se interrumpió, sin saber por dónde comenzar, cómo explicar lo ocurrido. Aristitza hundió sus uñas en los hombros del hijo y le sacudió con fuerza.

—Quiero hablar con mi padre —dijo él—. No me gusta discutir contigo.

—¡Pues discutirás conmigo! —gritó ella—. No saliste del vientre de tu padre, sino del mío.

—Cálmate, mujer —dijo el viejo, sacando la cabeza de debajo de la manta.

Pero Aristitza no le hizo caso. Se golpeaba las caderas con ambas manos, no cesando de gritar:

—¡Fueron mis tripas las que arrancaste! ¡Fue mi leche la que bebiste! ¡Mi leche! ¡Infame! ¡Y ahora no quieres hablar con tu madre…!

—También te hablaré —dijo Moritz—, pero primero tienes que calmarte.

Viendo que ella se echaba a llorar, repitió:

—Te hablaré. ¡Te lo juro! ¡Pero cálmate…!

La vieja se sentó en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos. Aunque se sentía vejada por su hijo, el dolor no podía hacerla callar. Ella no se callaba jamás…

—¿Con quién quieres casarte? —gritó.

—Te lo diré en seguida —respondió Moritz—. Pero primero cálmate…

—¡Quiero saber con quién te casas! ¡Soy tu madre y tengo derecho a saberlo!

—Díselo, Ion —recomendó el viejo—. Díselo para que se calle.

Pero Iohann sabía que el nombre de Suzanna no calmaría a su madre, sino todo lo contrario.

—Voy a casarme con la hija de Iorgu Iordan —dijo—. Con Suzanna.

Aristitza se precipitó sobre él. Pero no para hacerlo pedazos, sino para besarlo.

—Entonces comprendo por qué no te marchas —dijo.

Y luego lo besó largamente en los ojos, en la frente y en las mejillas.

—No eres tan tonto como para irte a América, trabajar como un bruto y volver algunos años después, sin fuerzas, enfermo y con algunos millares de leis en el bolsillo. Has seguido mi consejo y te casas con una mujer que es rica. —Su mirada brilló de alegría que comenzó a gritar—: Seré rica. Tendré vestidos de terciopelo y coches. Me instalaré en la casa de Iorgu Iordan. Tengo derecho a hacerlo. Es mi derecho, el de Aristitza. ¿Quién te ha hecho… inteligente y hermoso para que seduzcas y te cases con la muchacha más rica del pueblo? Con una muchacha que tiene una casa de piedra, una bodega, muchas tierras, un coche y un caballo.

—Cálmate, mujer —dijo el anciano.

Pero su voz fue temblorosa, porque él también estaba emocionado. La idea de tanta riqueza le trastornaba. Lió un cigarrillo, sin levantarse, y comenzó a fumar en silencio.

—Me instalaré en casa de Iorgu Iordan, tu suegro —prosiguió Aristitza—. Tú te quedarás aquí —añadió dirigiéndose al viejo—. Yo tengo que estar al lado de mi hijo. ¿Quién mejor para darle consejos a su mujer?

—Madre; aún no lo he dicho todo —añadió Moritz.

—Di lo que quieras, hijo mío. Tu madre te escucha.

—Prométeme que escucharás tranquilamente —dijo Moritz.

—Te prometo todo lo que quieras —dijo Aristitza, acariciándole la mejilla.

—Me caso con Suzanna sin permiso de Iorgu Iordan —dijo Moritz.

—La cuestión es casarte con ella —replicó Aristitza—. Seré suegra de la hija de Iorgu Iordan, el rico. Poco me importa que él quiera o no.

—Serás su suegra, pero no serás rica.

—¿Y de quién será el dinero? —preguntó Aristitza—. Iorgu Iordan no tiene más que una hija. No va a casarla sin dote. Todos saben que tiene en la bodega tinajas llenas de oro. Yo me ocuparé de la dote. Tú no entiendes de eso…

—Voy a casarme con Suzanna, no con su dinero —dijo Iohann.

—No querrás hacerme creer que prefieres la hija al dinero.

—Sí, madre.

—¡Idiota! Pero a pesar de todo, te comprendo. Déjame obrar a mí. No se me engaña fácilmente.

Aristitza se veía ya discutiendo con Iorgu Iordan, y estaba resuelta a no dejarse arrebatar ni una sola pieza de oro.

Iohann Moritz le contó lo ocurrido la noche anterior. Al oírlo, Aristitza se estremeció y preguntó:

—¿Cómo? ¿No quiere volver a casa de su padre?

—No —respondió Iohann Moritz—. La matará si vuelve.

—La matará —dijo el viejo—. Ese hombre no bromea. La hija tiene razón; el padre es un verdadero animal. Cuando está colérico coge el fusil y dispara sin mirar. Hasta sus caballos lo han tenido que sufrir las veces que estaba furioso, y Dios sabe bien que les quiere más que a las niñas de sus ojos. Sería capaz de matar a su hija si volviera, sobre todo ahora que ha huido con un hombre.

—Gracias por comprenderlo —dijo Moritz.

—Si las cosas están así —replicó el viejo—, sería difícil no comprenderlo. Conozco bien a ese hombre.

—Dentro de unos días podremos devolverla otra vez a su casa —dijo Aristitza—. Yo iré con ella…

—Suzanna no volverá a su casa —replicó Iohann Moritz—. Yo no quiero.

—¿Y qué vais a hacer si ella no tiene dinero? —preguntó la vieja—. ¿Quieres morirte de hambre? Mujeres así se encuentran en cualquier lado. Ni un solo hombre la aceptaría sin dote. ¡No irás a hacer una tontería tan grande!

—Voy a casarme con ella aunque no tenga dote —replicó Iohann.

—¡Estás loco! ¿Vas a renunciar a todo por una mujer? ¿No vas a marcharte a América? ¡Por su culpa! Y todo por una mujer sin importancia.

—Tu madre tiene razón —dijo el viejo—. No hagas tonterías. Márchate a América. A tu vuelta comprarás una parcela de tierra, construirás tu casa y podrás casarte. ¡Ya encontrarás mujeres!

—No me marcho —dijo Moritz.

—Aún no es tarde —dijo el viejo—. Chitza debe estar aguardándote aún en el otro extremo del pueblo. Si te das prisa podrás alcanzarle.

—¿Me pides que abandone a la muchacha y que me marche a América? ¿Es que no tienes corazón?

—¿Dónde está la muchacha? —preguntó Aristitza.

—En la puerta —respondió Moritz.

Los dos viejos se estremecieron. Sus rostros adquirieron una expresión alargada. Aristitza echó una mirada por la ventana y Moritz se apoyó en la puerta para impedir que saliera.

—Quiero pedirte algo, madre. Acoge a Suzanna y guárdala aquí algunos días, hasta que encuentre dónde albergarla. Va a ser también tu hija.

—¿Quieres que viva aquí? —preguntó la madre, indignada—. ¿Quieres que Iorgu Iordan nos mate a tu padre y a mí?

—Sabes que apenas tenemos sitio para nosotros —dijo el viejo—. ¿Dónde quieres que se acueste? No, Ion, no es posible.

—¿Pretendes que le demos también de comer? —preguntó Aristitza—. ¿Que nos quitemos la comida de la boca para dársela?

Iohann Moritz bajó los ojos sin responder. Había esperado tener que enfrentarse con su madre, pero creía que su padre no le diría nada.

—¿No permitiréis que se quede aquí esta noche tan sólo? No tengo dónde llevarla. En cuanto amanezca nos iremos a la ciudad y buscaré trabajo. Ella está enferma y es necesario que repose un poco para poder andar hasta allá. El miedo de esta noche pasada ha sido un golpe muy rudo para ella.

—Hoy no tenemos nada que comer —dijo la vieja—. Si quieres que se muera de hambre, puedes dejarla aquí.

—Le traeré algo para comer —dijo Moritz—. Pero también tiene que dormir. No puede tenerse en pie.

—Tu padre está enfermo y no puede levantarse —dijo Aristitza—. ¿Dónde quieres que se acueste ella? ¿En la misma cama que tu padre?

—Si no hay sitio en casa, dormirá fuera, en el pajar, donde acostumbro a acostarme tantas veces.

—Por mi parte puede hacerlo —dijo Aristitza—. Pero no le daré nada para comer. No tengo nada.

Iohann Moritz hizo ademán de salir. Se detuvo en el umbral y dirigió a su padre.

—El poco tiempo que permanezca aquí quiero que lo pase bien. Sé bueno con ella. Ya es bastante desgraciada.

—¿Te atreves a enseñarnos cómo tenemos que conducirnos bribón? —preguntó Aristitza—. ¿Acaso el huevo enseña a la gallina cómo tiene que poner? En vez de irte a América a ganar dinero, nos echas a esa muchacha en nuestros brazos y encima quieres que la alimentemos. Y ahora vienes aún a darnos consejos.

Se agachó para coger un pedazo de madera con que pegarle. Estaba habituado a los gritos y a los golpes. Toda su infancia no había sido más que una larga serie de palizas y de insultos.

—¿Seréis buenos con ella? —volvió a preguntar Iohann. Y acto seguido añadió —: Voy a buscar algo que comer.

Salió de la casa.

Suzanna no se había movido. Estaba en el umbral, inmóvil, como yerta. Moritz le acarició el pelo.

—Me voy al pueblo. Estaré pronto de vuelta. ¿Quieres dormir un poco? Cuando te despiertes, comeremos algo y nos iremos a la ciudad.

—¿No nos quedaremos aquí? —preguntó ella, horrorizada por la idea de tener que seguir andando.

—No —dijo él—. ¡Ven!

La levantó, sosteniéndola por los sobacos, y la condujo hasta detrás de la casa, al pajar, donde la tendió sobre el heno.

—Ahora duerme —dijo—. Tienes que descansar, o no podremos llegar a pie hasta la ciudad. Hay unos veinte kilómetros desde aquí.

Suzanna le sonrió con agradecimiento. Sería un alivio para ella quedarse sola y dormir. La cabeza le ardía y sus ojos estaban brillantes de fiebre.

—Si mi madre viene a importunarte, deja que hable y no le contestes —le recomendó Iohann Moritz—. Está irritada.

Se marchó. Al llegar a la carretera volvió la cabeza y sonrió. Pero Suzanna tenía cerrados ya los ojos.

11

Aristitza aguardó a que su hijo se marchara para salir de la estancia. Llegó hasta el pajar y contempló, con los brazos en jarras, el cuerpo de la mujer tendido en el heno. Suzanna abrió los ojos, y al ver a Aristitza, con su nariz ganchuda como el pico de un águila, sus mejillas arrugadas y oliváceas, volvió los ojos. Tuvo miedo.

—Soy la madre de Ion —dijo la vieja.

Suzanna hizo un breve gesto de saludo y luego estiró su vestido azul hasta taparse las rodillas. Aristitza se quedó contemplando las rodillas y las caderas, como si la viera desnuda.

—Quieres casarte, ¿verdad? —dijo la vieja, haciendo una mueca.

—Sí —respondió Suzanna.

—No me extraña —gruñó Aristitza—. Estás gorda como una yegua.

Suzanna escondió su cara en la paja. Aristitza se acercó a ella y le gritó:

—Aún no has encontrado el imbécil que te haga su mujer. Nadie te querrá sin dote. No me importa que te hayas acostado con mi hijo. ¡No serás su mujer!

Suzanna intentó incorporarse, apoyándose en los codos. Aristitza, inclinada sobre ella, la miraba con furia.

—¿Se ha marchado Iani? —preguntó temerosa Suzanna, deseando hablar de otra cosa.

—¿Qué Iani? —dijo la vieja sorprendida—. No conozco a nadie que se llame Iani.

Suzanna la contempló a su vez con sorpresa. No supo qué decir.

—¿De qué Iani estás hablando? —preguntó otra vez Aristitza. ¿Has perdido la razón? Te crees que estás en otra parte.

—¡Iani… su hijo! —murmuró Suzanna a media voz.

—Mi hijo se llama Ion —respondió la vieja con voz dura—. Con ese nombre le bauticé. Y nadie tiene derecho a cambiárselo. ¿Entiendes?

Suzanna vio alzarse ante ella el puño de Aristitza.

—He comprendido —dijo.

De pronto se acordó de que Iohann Moritz le había recomendado que adoptara una actitud conciliadora. El pensamiento le hizo; añadir:

—Ion o Iani es el mismo nombre. Por lo menos así lo creía yo hasta ahora.

Su tono humilde pareció irritar todavía más a la vieja.

—¿Quieres enseñarme acaso el nombre de mi hijo? Te romperé la cabeza… ¿Te atreves? ¡Sucia ramera!

—No quise ofenderla —dijo Suzanna.

Las manos de la vieja se agarraron a sus hombros. Comenzó a sacudirla con fuerza. Suzanna soltó un grito atemorizado. El padre de Iohann apareció en aquel instante por detrás de la casa. Iba en camisón y había saltado de la cama, atraído por los gritos que había oído. Tenía aún el cigarrillo en los labios. Aristitza soltó a

Suzanna y se volvió hacia su marido, pálida de cólera.

—¿Has oído nunca algo más desvergonzado? Esta sucia ramera pretende que yo no sé el nombre de mi hijo. Me ha sacado de quicio…

Aristitza se agachó y cogió una piedra.

—¡Le partiré la cabeza! ¡Voy a aplastarla como una serpiente!

El viejo le cogió la mano.

—¡Cálmate, mujer! —exclamó, empujándola hacia la puerta. Luego se acercó a Suzanna y la contempló con lástima.

—No llores más, muchacha —dijo—. No tienes por qué lamentarte.

—¿Dónde está Iani? —preguntó Suzanna.

—Volverá pronto. Tranquilízate…

Suzanna se sintió protegida por la bondad del viejo. Las manos de éste eran grandes y tenían la piel arrugada.

—Voy a darte un consejo, muchacha —dijo el viejo—. Vuelve a tu casa. —Suzanna se echó a llorar—. No puedes quedarte aquí —prosiguió el anciano—. Si lo haces, Aristitza terminará por estrangularte o partirte la cabeza. Ocurrirá tarde o temprano. Estoy seguro. De todas maneras, sería una desgracia que corriera la sangre. Ion mataría a su madre y sería un gran pecado. No quisiera que ocurrieran semejantes desgracias… ¿Me comprendes?

—Le comprendo —dijo Suzanna, sin que sus labios se movieran apenas.

—Te aconsejo que te levantes y que te marches antes de que Ion esté de vuelta. Para regresar al pueblo, no tienes más que atravesar el maizal. Ve a casa de tu padre y de tu madre. Cuando Ion vuelva, le diré que te has marchado por la carretera. No volverá a encontrarte jamás… Sois jóvenes y no os costará olvidar… La juventud olvida pronto. Levántate y márchate.

Suzanna permaneció inmóvil, con la cabeza vuelta hacia la pared. Se había tapado los oídos con las manos y su rostro estaba pálido como la cera.

—¿No quieres marcharte? —preguntó el viejo. Sentía deseos de cogerla en sus brazos y conducirla de nuevo a su casa. Pero sabía que Ion no se lo perdonaría jamás. Volvió a ponerse en pie—. Tuya será la culpa si ocurre alguna desgracia. He cumplido con mi deber advirtiéndote.

El viejo regresó a la casa y Suzanna se quedó sola. Iohann Moritz no tardó en regresar del pueblo, con un jarro de leche. La puso en el fuego para que hirviera.

—A nosotros no nos has traído nunca leche —gritó Aristitza—. Y en cambio, se la das a esta arrastrada. Más me habría valido estrangularte cuando eras pequeño, en vez de sostenerte en mis brazos y amamantarte con amor.

Iohann Moritz, arrodillado delante del hogar, contemplaba la danza de las llamas. No parecía escuchar las palabras de su madre. Aquello puso fuera de sí a Aristitza.

—¡Márchate cuanto antes de esta casa! ¡Llévate a esa sucia ramera! ¡Llévatela, si no quieres que la mate! La estrangularé si no desaparece inmediatamente de mi vista. La estrangularé con estos dedos… ¿Lo ves? ¿Lo ves?

—En cuanto se haya bebido la leche, nos marcharemos —respondió Moritz, sin echar una ojeada sobre los dedos de su madre, sobre aquellos dedos «que iban a estrangular a Suzanna»—. Nos iremos a la ciudad y no volverás a vernos jamás.

—¿Es que la condesa no puede marcharse antes de haberse bebido la leche? —preguntó Aristitza, socarrona—. Tu madre no necesita leche por las mañanas… A ella, en cambio, no puede faltarle.

Moritz cogió el pote. La leche no había hervido aún. Pero estaba caliente. Salió de la choza sin mirar a los dos viejos.

Al oír que se acercaban unos pasos, Suzanna no pudo contener un estremecimiento.

—Soy yo —dijo Moritz—. Te traigo leche caliente. Le tendió el pote.

—No quiero leche —murmuró ella.

—Toma una poca.

Suzanna cogió el pote de manos de Moritz. Éste volvió a la casa para coger el zurrón. El zurrón preparado para su partida a América…

—¿Te vas con ella? —preguntó Aristitza.

—Sí —respondió él.

—¡Está muy bien! —exclamó la vieja, apretando los dientes con furia.

Mientras Moritz cogió sus ropas de encima de la cama, Aristitza salió al patio. Al verla dirigirse hacia ella, Suzanna permaneció inmóvil, como petrificada, con el pote de leche en la mano.

—¡Levántate si puedes aún hacerlo! —dijo Aristitza—. Voy a molerte a palos, ¡sucia ramera!… ¡Aguarda un instante!

Y antes de terminar la frase, agarró a Suzanna por los pelos y comenzó a vapulearla. La muchacha soltó un aullido de dolor. Iohann Moritz acudió presuroso.

—¿Qué hace usted, madre?

La vieja le lanzó una mirada breve, intensa y fulgurante de odio. Golpeó una vez más a Suzanna y luego huyó hacia el maizal.

La muchacha levantó la cabeza. Tenía los labios ensangrentados y los ojos hinchados. El jarro se había roto en sus manos, hiriendo sus muñecas con profundos cortes. Las gotas de sangre, mezcladas con la leche, manchaban su vestido azul. Iohann Moritz la cogió en brazos y se alejaron. Al llegar ante la puerta de la casa se detuvieron, para que él cogiera su zurrón. Después salió del patio, con el zurrón a la espalda y la mujer en brazos. Las dos cargas eran pesadas, demasiado pesadas para poder andar con la frente alta. Y Iohann Moritz avanzó pesadamente, con la cabeza hundida entre los hombros.

12

Al despuntar el día, Iorgu Iordan abrevó a sus caballos y les dio su ración de avena. Después les acarició el cuello. Tenía ocho caballos. Cuatro los reservaba para montar, sin engancharlos jamás. Eran muy hermosos. Negros, de pura sangre árabe, con los remos finos y nerviosos y la cabeza de rasgos nobles. Eran sus únicos amigos. Les contó lo ocurrido con Suzanna y luego descargó en ellos toda la pesadumbre que anegaba su corazón. Los hombres no le inspiraban confianza. Los caballos, en cambio, le miraban con sus grandes ojos claros, brillantes como espejos, y sabían mitigar sus penas.

—Y ahora, mi mujer está bañada de sangre, con los huesos rotos y tendida en el suelo. —Los caballos no chistaron. Él tomó su silencio por reproche y dijo—: La llevaré al hospital, si queréis.

Media hora más tarde atravesó el poblado en coche, en dirección a la ciudad. Llevaba a Iolanda en el interior, envuelta en una capa. Estaba tendida entre almohadones, con los ojos fijos en la lejanía. Llegaron al hospital temprano. Tuvieron que aguardar hasta las ocho, con el coche parado en la puerta. A aquella hora no había aún un solo médico. Mientras aguardaban, Iorgu Iordan hablaba a sus caballos, sin dirigir la palabra a su mujer, sin obsequiarla siquiera con una mirada. Cuando dieron las ocho, la cogió en brazos, como un paquete, y sin soltar la manta y los almohadones, la llevó a la sala de consulta. Fueron los primeros. Mientras la enfermera quitaba el abrigo a la desgraciada mujer, el médico examinó su rostro hinchado y su cuerpo ensangrentado. Con los ojos cerrados y el camisón pegado a la piel, Iolanda no era más que un grumo de sangre y carne tumefacta.

—¿Quién la ha golpeado?

La enferma no despegó los labios.

—Eso no le importa a usted —replicó Iorgu Iordan—. Cuídela y no se ocupe de lo demás. Si la he traído al hospital es porque aquí había médicos para curarla.

El gigante se negó en redondo a dar otra explicación. El médico examinó a Iolanda y la trasladó al quirófano para efectuar una urgente intervención.

—Me vuelvo a casa. Así podrá trabajar usted tranquilamente —dijo Iorgu Iordan. Se puso el sombrero, se dirigió hacia la puerta, y cuando ya iba a salir, se detuvo—. Pagaré lo que sea. Puedo pagarle por anticipado, si tiene tiempo de hacer la nota antes de operarla o bien, si lo prefiere, dejaré una cantidad a cuenta.

Se metió la mano en el bolsillo para sacar la cartera.

—No puede usted marcharse aún —dijo el médico—. Aguarde unos instantes.

—¿Por qué tengo que esperar?

No le gustaba aquella detención. Hubiera deseado abandonar cuanto antes el hospital. El olor de las medicinas se le subía a la cabeza. Y además, sentía remordimientos. Le pesaba haber golpeado tan bárbaramente a su mujer. «¿No basta con que yo la haya pisoteado para que estos médicos quieran despedazarla?», se

preguntó para sus adentros. Los remordimientos eran cada vez más profundos. Pero no quería dejar traslucirlos. Sus únicos deseos era salir a respirar cuanto antes y llenarse los pulmones de aire. Un cuarto de hora después, llegó un juez acompañado de un gendarme. Hizo que condujeran a Iorgu Iordan a la dirección del hospital y lo sometió a un interrogatorio.

Le preguntó si se llamaba Iorgu Iordan, el lugar donde vivía, su edad y si era él quien había pegado a su mujer. El gigante le respondió refunfuñando. Tenía la mirada vidriosa y el gesto descompuesto. El juez le anunció que quedaba detenido, por violencias con su mujer. Iorgu Iordan no chistó siquiera al escuchar las palabras del representante de la autoridad. Pero en el instante en que el gendarme le puso la mano en el hombro para conducirle, su rostro palideció.

—¿Me llevan ustedes a la cárcel? —preguntó.

—Así es… A la cárcel.

—¿Y mis caballos? ¿Qué harán ustedes de los caballos que tengo enganchados en el coche que tengo a la puerta?

El juez cruzó una mirada rápida con el gendarme.

—¿No tiene usted a nadie que se ocupe de ellos?

—Nadie —respondió Iorgu Iordan.

—En tal caso, sería conveniente cedérselos a los bomberos —dijo el gendarme—. Tienen otros y no les importará encargarse también de éstos. En la cárcel no hay sitio para ellos.

El juez obsequió con una sonrisa agradecida al gendarme por haberle sacado de aquel apuro. En realidad, a él no se le habría ocurrido lo que podía hacerse con aquellos caballos. Había llegado algunos días antes. Se llamaba Jorge Damián y aquélla era su primera intervención.

Al mediodía, cuando se preparaba para ir a comer, le advirtieron que Iorgu Iordan había intentado suicidarse golpeándose la cabeza contra los muros de cemento de la celda. El informe del director de la cárcel rezaba así:

> *El preso ha declarado en la enfermería que había tratado de poner fin a sus días porque no podía soportar la idea de que los cuatro pura sangre árabes que posee iban a morirse de hambre y de sed. Por lo que parece, el preso es un apasionado aficionado a los caballos. Su estado es grave.*

A los pocos instantes llegó otra comunicación anunciando la muerte de Iolanda. El juez Jorge Damián sintió en la boca algo semejante a un gusto a ceniza. Al llegar al restaurante, y antes de sentarse a la mesa, se lavó las manos con agua fría y jabón. «La Ley castigará a Iorgu Iordan por los golpes mortales propinados a su mujer. Pero tanto esos golpes como el hecho de que prefiera sus caballos a los seres humanos, no son sus mayores pecados, sino los simples efectos de una mentalidad. La barbarie es el único pecado de Iorgu Iordan. Como todo bárbaro, subestima al hombre hasta anularlo por completo. Pero tal crimen, del que derivan, sin embargo, todos los demás, no se lo castigará jamás ley alguna. La barbarie no es una actitud ilegal más que en ciertos casos bien determinados.»

13

Suzanna anduvo algunos kilómetros. Luego se dejó caer en la cuneta. Estaba fatigada y febril.

—¡No puedo más, Iani! —dijo con voz temblorosa.

Se tendió en la hierba. Se hallaban a medio camino entre Fantana y la ciudad. Iohann la dejó que durmiera, confiado en que no tardaría en pasar un carro que los llevara. Pero por la carretera no pasaron más que peatones y jinetes. Hacia las cinco de la tarde comenzó a llover. Moritz levantó los ojos. La lluvia fría le mojaba las mejillas. Iohann pensó: «Si hubiera llovido ayer, no habría ido a ver a Suzanna. Ella estaría aún en su casa. Y yo, en el barco de Constantza. Si hubiera llovido ayer… ¿Pero qué más da?»

Al anochecer, la lluvia no había cesado aún. Moritz se dijo que era necesario tomar una decisión.

—Voy al pueblo a buscar un carro —dijo, al tiempo que echaba una mirada compasiva a Suzanna.

La muchacha se había arrebujado entre unas hojas de maíz que no la libraban de la lluvia. Su vestido y su pelo estaban empapados. Tiritaba sin cesar y sus dientes castañeteaban de frío.

—¡Como quieras, Iani!

—¿No tendrás miedo de quedarte sola? —preguntó Iohann.

—Si vuelves, no tendré miedo.

Él la besó y echó a andar carretera adelante. Cuando llegó a Fantana era ya noche cerrada. Todos los campesinos debían estar ya acostados. Llamó a todas las puertas, pero no halló a nadie que le ayudara. Todos querían saber el nombre de la mujer. Pero en cuanto se enteraban que se trataba de la hija de Iorgu Iordan, se excusaban. Tenían miedo. Era ya media noche cuando Moritz penetró en el patio del padre Koruga. La biblioteca estaba iluminada aún. Ante la puerta, un enorme auto negro brillaba como un espejo bajo la lluvia. De la casa salía rumor de voces. «Sin duda el sacerdote tiene visitas», pensó Moritz. Sintió la tentación de marcharse. Llovía a torrentes. Moritz escuchó un instante el ruido del agua al gotear del tejado. Luego, recordando que Suzanna le aguardaba completamente sola en la cuneta de la carretera, llamó suavemente en los cristales.

14

—Has llegado a tiempo. Quería verte —dijo el padre Koruga a su hijo Traian, mientras le ayudaba a sacar las maletas del auto y a transportarlas al interior de la casa. Seguía lloviendo a mares.

—¿No vas solo? —preguntó el sacerdote.

Un joven acababa de descender del auto.

—Te presento a Jorge Damián, un camarada de la Facultad y un excelente amigo —dijo Traian—. Acabo de encontrarlo en la ciudad. Es el nuevo magistrado del juzgado de paz de nuestro departamento.

El sacerdote se excusó por su atuendo casero. No había supuesto que le visitarían allí. Condujo a los jóvenes al salón y luego se retiró unos instantes. El juez echó una mirada a su alrededor, contemplando largamente el reloj de cucú, los tapices orientales que cubrían las paredes y las estanterías llenas de libros.

—Adivino lo que estás pensando —dijo Traian riéndose—. Te sorprendes que el más moderno novelista del país, que canta en sus libros el auto, el avión, el bar y la luz eléctrica, haya nacido y pasado su infancia en una casa donde el tiempo parece haberse detenido, donde todo huele al pasado, donde nada parece que se haya movido de su sitio durante siglos enteros. ¿No es cierto?

El magistrado se ruborizó.

—Efectivamente. En eso estaba pensando.

En aquel instante volvió el padre Koruga. Encendió el quinqué con sus manos sarmentosas y lo colocó solemnemente en medio de la mesa. Traian abrió la maleta de cuero y sacó algunos paquetes cuidadosamente envueltos. Luego descorchó una botella de vino y llamó a su madre. Cuando ésta apareció, Traian llenó los vasos y sacó de una cartera dos volúmenes encuadernados en piel.

—Es mi última novela —dijo—. La octava. Estos dos ejemplares son los primeros que se han tirado y, como de costumbre, os pertenecen. Vamos a celebrarlo con este vino. El mismo que bebimos cuando se publicaron las siete novelas anteriores. ¿Os acordáis de mi alegría cuando apareció la primera?

El padre Koruga cogió el libro de manos de su hijo con el mismo ademán que los libros santos del altar. La madre, después de tocarlo con la punta de los dedos, lo dejó en la mesa.

—Tengo las manos sucias de grasa —dijo—. No quiero manchar el libro de Traian.

—El tercer ejemplar será para ti, Jorge —dijo el escritor.

El padre Koruga puso sus labios en la frente de Traian. El juez le estrechó la mano. Su madre le besó en ambas mejillas y le dijo al oído, aunque lo bastante fuerte para que los otros lo oyeran también:

—Aún no he leído los otros. ¡Perdóname! Tu padre me los ha contado todos. Pero te prometo que éste lo leeré con mis propios ojos. No deseo morirme sin haber leído

un libro escrito por mi hijo.

Traian estaba emocionado. Terminados los brindis, la madre quiso volver a su cocina.

—Quédate un momento más, madre —dijo Traian—. Si he venido a veros ha sido para otra cosa; la más importante.

Sacó de su bolsillo un sobre y se lo tendió a su padre.

—Estos son mis derechos de la primera edición. Quiero comprar un terreno en Fantana para construir una casa. Si es posible, cerca aquí. Quiero vivir en ella hasta el fin de mis días.

El sacerdote cogió el sobre y lo dejó en la mesa con una sonrisa. Su mujer se enjugó los ojos con la punta del delantal.

—Sé que lo dices tan sólo para alegrarnos. Nunca has podido quedarte aquí más de tres días. Cada vez que vienes prometes estar un mes, y al cabo de dos o tres días te marchas.

—Sí…, pero ahora voy a mandar que me construyan mi casa —replicó Traian.

Echó una mirada a su padre y luego otra al juez. Vio que ellos también consideraban su proyecto como una extravagancia.

—Nadie me supone capaz de hacer eso —dijo Traian—. Pero para dentro de dos años, si es que vivo aún, quedáis invitados a mi casa de Fantana. Quizás entonces me creáis. Y no quiero añadir ya nada más…

15

Después de la cena, el sacerdote preguntó a Traian cuáles eran sus nuevos proyectos literarios. El escritor vaciló antes de responder:

—Mi próxima novela será un libro real, tan sólo literario en su técnica. Mis personajes existirán en la vida real. Todos podremos verlos y saludarles en la calle. Pienso hasta dar su dirección y sus números de teléfono.

—¿Y quiénes serán esos personajes a los que quieres hacer semejante publicidad? —preguntó el juez, sonriendo.

—Mis personajes serán hombres existentes en toda la superficie del globo —dijo Traian—. Pero como ni siquiera Homero hubiera podido escribir una historia con dos millones de personajes, yo seleccionaré un pequeño número, probablemente diez. No necesitaré más. Esos diez vivirán los mismos acontecimientos que los otros.

—¿Elegirás a tus personajes según los criterios científicos para representar a la Humanidad en su propia esencia? —preguntó el juez.

—No —respondió Traian—. El azar seleccionará únicamente a los personajes de mi novela. No es necesario emplear criterios científicos. Lo que ocurrirá, podría ocurrirle a cualquiera. Serán acontecimientos a los cuales ningún ser humano sabría escapar. No necesito personajes históricos. Los escogeré al azar. Elegiré entre los dos millones de seres, aquéllos a quienes conozco mejor. Toda una familia. Mi propia familia. Y mi padre, mi madre, yo mismo, tú, los criados de mi padre, algunos amigos, y vecinos…

El padre Koruga sonrió y volvió a llenar los vasos.

—Voy a recopilar todo lo que les ocurra a esos personajes durante los años próximos —continuó Traian—. Yo creo que les sucederán cosas extraordinarias. El futuro inmediato reserva a cada uno de nosotros acontecimientos sorprendentes. Tan sorprendentes como no se han dado jamás en la Historia.

—Espero que este porvenir tan dramático sólo lo sea en tu novela —dijo el juez.

—Los acontecimientos dramáticos ocurrirán primeramente en la vida y después en mi novela —replicó Traian.

—¿Viviré yo también momentos dramáticos? —insistió el juez—. Sabes que llevo una existencia burguesa que no interesa al público. Soy todo lo contrario a un aventurero.

—Querido Jorge: la mayoría de los hombres de este mundo no son aventureros. Y sin embargo, todos se verán obligados a vivir aventuras como no las podría imaginar ningún escritor de novelas sensacionales.

—¿Y qué cosas tan sensacionales ocurrirán? —preguntó el magistrado.

—Presiento, querido Jorge —dijo Traian—, que acaba de producirse a nuestro alrededor un grave acontecimiento. No sé dónde ha ocurrido, ni cuándo ha comenzado, ni cuánto va a durar. Pero presiento que existe. Estamos en medio de la tormenta, y la tormenta nos rasgará las carnes, nos machacará los huesos uno tras

otro. Huelo ese acontecimiento, como huelen las ratas el peligro cuando abandonan precipitadamente un barco que va a hundirse. Con la sola diferencia que yo no tengo dónde huir. No habrá para nosotros refugio ni albergue en ninguna parte del mundo.

—¿A qué acontecimiento aludes?

—Puedes llamarlo revolución, si quieres —dijo Traian—. Una revolución de proporción inimaginable. Todos los seres humanos resultarán sus víctimas.

—¿Y cuándo va a estallar? —preguntó el magistrado, que acostumbraba a no tomar nunca en serio lo que decía Traian.

—La revolución se ha desbordado ya, querido amigo. Ha estallado a despecho de tu escepticismo y tu ironía. Mi padre, mi madre, tú, yo y todos los demás, nos iremos dando cuenta, poco a poco del peligro y trataremos de salvarnos, de escondernos. Quizás algunos hayan comenzado a esconderse ya, como los animales salvajes cuando sienten que se les echa encima la tempestad. Por ejemplo: yo quiero retirarme al campo. Los miembros del partido comunista, sin embargo, pretenden que los fascistas son responsables y que el peligro sólo puede evitarse liquidándolos. Los nazis quieren salvar su piel matando a los judíos. Todo esto no son más que los síntomas del miedo que invade a todo ser humano ante el peligro. Ese peligro, que es el mismo por doquier, diferenciándose tan sólo las reacciones de los hombres ante él.

—¿Y cuál es ese gran peligro que nos amenaza a todos? —preguntó el magistrado.

—¡El esclavo técnico! —prosiguió Traian Koruga—. También le conoces, Jorge. El esclavo técnico es el criado que nos hace cada día mil servicios, de los cuales no sabríamos prescindir. Empuja nuestro auto, nos da luz, nos echa agua para lavarnos, nos da masajes, nos cuenta historias para divertirnos en cuanto damos la vuelta al botón de la radio, traza carreteras y desplaza las montañas.

—¡Ya suponía yo que todo eso no era más que una metáfora poética! —interrumpió el juez.

—No es una metáfora, querido Jorge —respondió Traian—. El esclavo técnico es una realidad. Su existencia no puede negarse.

—¡Yo no niego su existencia! —replicó el magistrado—. Pero ¿por qué llamarlo «esclavo técnico»? Se trata simplemente de una fuerza mecánica.

—Los esclavos humanos, antepasados de los esclavos técnicos de la sociedad contemporánea, eran también considerados por los griegos y los romanos como una fuerza ciega, como algo inanimado. Podían venderse, comprarse, regalarse y matarse. Se les valoraba solamente según la fuerza de sus músculos y su capacidad para el trabajo. Exactamente el mismo criterio que hoy empleamos para el esclavo técnico.

—Sin embargo, las diferencias son muy grandes —replicó Jorge—. No podemos reemplazar al esclavo humano por el esclavo técnico.

—Claro que podemos hacerlo. El esclavo técnico se ha revelado más ordenado y menos caro que el esclavo humano. Y, por tanto, capaz de reemplazar rápidamente a su predecesor. Nuestros barcos ocupan el sitio de las galeras y no avanzan empujados

por los esfuerzos de los esclavos, sino por la fuerza de los esclavos técnicos. Y cuando cae la noche, el hombre rico, que podría permitirse el lujo de tener esclavos, no da palmadas para verlos llegar con antorchas en la mano, como hacía su antecesor en Roma o Atenas, sino que oprime un botón y los esclavos técnicos iluminan su cuarto. El esclavo técnico enciende el fuego que calienta el piso o el agua del baño, abre las ventanas y produce corrientes de aire. Tiene la inmensa ventaja sobre su camarada humano de estar mejor adiestrado, de no oír ni ver nada. El esclavo técnico no aparece hasta que le llaman. Entrega la carta de amor en un instante, haciendo que oigamos a distancia la propia voz de la mujer amada. Los esclavos técnicos son unos servidores perfectos. Aran la tierra, llevan sobre sí el peso de las guerras, de la policía y de la administración. Han aprendido todas las actividades humanas y las ejecutan a las mil maravillas. Calculan en los despachos, peinan, cantan, bailan, vuelan por los aires, descienden debajo del agua. El esclavo técnico se ha convertido incluso en verdugo y ejecuta a los condenados a muerte. Cura a los enfermos en los hospitales, ayudando a los médicos, y hasta asiste al sacerdote cuando celebra la misa.

Traian Koruga se interrumpió unos instantes para llevar el vaso a sus labios. Fuera, la lluvia seguía cayendo regularmente.

—Acabaré en seguida esta digresión —dijo—. En lo que a mí se refiere, he de confesar que me siento siempre acompañado, aunque aparentemente esté solo. Veo moverse a mi alrededor todos los esclavos técnicos, dispuestos a servirme y ayudarme en cualquier momento. Encienden mis cigarrillos, me dicen lo que pasa en el universo e iluminan mi camino por la noche. Mi vida sigue su cadencia. Me hacen más compañía que los otros seres vivos, e incluso llego a sentirme capaz de enormes sacrificios por ellos. Tal es la causa de que no pueda vivir mucho tiempo en Fantana, como acaba de decir mi madre. Mis esclavos técnicos me esperan en Bucarest. En realidad, somos mucho más ricos que nuestros colegas de hace dos mil años, que no poseían más que algunas docenas de esclavos. Nosotros tenemos centenares, millares. Y ahora voy a hacer una pregunta: ¿Cuántos esclavos técnicos en plena actividad creéis que hay hoy en la superficie del mundo? Sin duda alguna, algunos miles de millones. ¿Y cuántos hombres?

—Dos mil millones —respondió el juez.

—Exactamente. La superioridad numérica de los esclavos técnicos que pueblan hoy día la tierra es aplastante. Teniendo en cuenta el hecho de que los esclavos técnicos tienen en sus manos los puntos cardinales de la organización social contemporánea, el peligro es evidente. En términos militares, los esclavos técnicos tienen en sus manos los nudos estratégicos de nuestra sociedad: el ejército, las vías de comunicación, el aprovisionamiento y la industria, por no citar más que los importantes. Los esclavos técnicos forman un proletariado, si entendemos por esa palabra un grupo que no esté integrado en esa sociedad. Su destino se halla entre las manos de los hombres. No escribiré una novela fantástica y, por lo tanto, no describiré la manera cómo esos esclavos técnicos se rebelarán un buen día

aprisionando la especie humana en campos de concentración haciéndola desaparecer en el cadalso o en la silla eléctrica. Semejantes revoluciones fueron realizadas por los esclavos humanos. No describiré más que hechos reales. En la realidad, ese proletariado técnico hará su revolución, sin servirse de barricadas, como sus camaradas los esclavos humanos. Los esclavos técnicos representan una mayoría numérica aplastante en la sociedad contemporánea. En el cuadro de esa sociedad obran con leyes propias, diferentes a las de los humanos. De esas leyes específicas de los esclavos técnicos no citaré más que el automatismo, la uniformidad y el anonimato.

»Una sociedad en la cual coexisten algunas decenas de miles de millones de esclavos técnicos y apenas dos mil millones de hombres (aunque éstos la gobiernen) tiene todos los caracteres de una mayoría proletaria. En el tiempo de los romanos, los esclavos humanos hablaban, oraban y vivían según las costumbres importadas de Grecia, de Tracia o de otros países ocupados. También los esclavos técnicos de nuestra sociedad guardan su carácter específico y viven según las leyes de su nación. Esta naturaleza, o si lo preferís, esa realidad existe en el círculo de nuestra sociedad. Su influencia se hace sentir cada vez más. Con el fin de poder tenerlos a su servicio, los hombres se esfuerzan en conocer e imitar sus hábitos y sus leyes. Cada empresario está obligado a saber un poco la lengua y las costumbres de los empleados que tiene a su servicio. Y los pueblos ocupantes adoptan casi siempre, por comodidad o interés práctico, la lengua y las costumbres del pueblo ocupado. Lo hacen a pesar de ser dominadores todopoderosos, a pesar de tratar a sus ocupados con mano de hierro.

»El mismo proceso se desarrolla en el círculo de nuestra sociedad, a pesar de que no queramos reconocerlo. Aprendemos las leyes y la manera de hablar de nuestros esclavos para dirigirlos mejor. Y así, poco a poco, sin darnos siquiera cuenta, renunciamos a nuestras cualidades humanas, a nuestras leyes propias. Nos deshumanizamos, adoptamos el estilo de vida de nuestros esclavos técnicos y terminamos por imitarles. El primer síntoma de esa deshumanización es el desprecio al ser humano. El hombre moderno sabe que sus semejantes, y hasta él mismo, son elementos que pueden reemplazarse. La sociedad contemporánea, que cuenta con un hombre por cada dos o tres docenas de esclavos técnicos, se ha organizado y funciona según leyes técnicas. Es una sociedad creada según las necesidades mecánicas y no humanas. Y ahí es donde comienza el drama.

»Los seres humanos están obligados a vivir y comportarse según leyes técnicas, extrañas a las leyes humanas. Y quienes no respetan las leyes de una máquina, elevadas a rango de leyes sociales, son verdaderamente castigados. El ser humano vive en una minoría, que con el tiempo se convierte en minoría proletaria. Se ve excluido de las sociedades a las que pertenece, pero en las cuales no puede integrarse jamás sin renunciar a su condición humana. El deseo de imitar a la máquina termina siendo un sentimiento de inferioridad que le obliga a abandonar sus caracteres

específicamente humanos y mantenerse alejado de los centros de actividad social.

»Esta lenta desintegración transforma al ser humano, haciéndole renunciar a sus sentimientos y a sus relaciones sociales hasta reducirlas a algo teórico, preciso y automático: a igual relación que la que une a unas piezas de una máquina entre sí. El ritmo y el lenguaje del esclavo técnico se imita en las actividades sociales, en la danza. Los seres humanos se convierten en loros de los esclavos técnicos. Pero no es más que el principio del drama. Es el momento en que comienza mi novela, es decir, la vida de mi padre, de mi madre, la tuya, la mía y la de tantas otras personas.»

—¿Quiere eso decir que nos transformamos en «hombres-máquinas»? —preguntó el juez, con el mismo tono irónico de antes.

—Ahí justamente estalla el drama. Nosotros no podemos transformarnos en máquinas. El choque entre las dos realidades —técnica y humana— no tarda en producirse. Pero los esclavos técnicos acabarán por ganar la guerra. Se emanciparán y se convertirán en los ciudadanos técnicos de nuestra sociedad. Y nosotros, los seres humanos, nos convertiremos en los proletarios de una ciudad organizada según la necesidad y la cultura de la mayoría de los ciudadanos, es decir, de los «ciudadanos técnicos».

—¿Y cómo se producirá ese choque? —preguntó el magistrado.

—Yo mismo siento curiosidad por verlo. Pero al mismo tiempo tengo miedo. Más me valdría morir que asistir a mi crucifixión y a la de mis semejantes.

—¿Crees que ocurrirán hechos concretos?

—Todos los acontecimientos que se desarrollan en estos instantes sobre la superficie de la tierra, y todos los que tengan lugar en años venideros, no son más que los síntomas y las fases de una misma revolución, la de los «esclavos técnicos». Al final, los hombres no podrán vivir en sociedad guardando sus caracteres humanos. Serán considerados con un criterio de igualdad, de uniformidad, y tratados según las mismas leyes aplicables también a los esclavos técnicos, sin concesión posible a su naturaleza humana. Habrá arrestos automáticos, condenas automáticas, distracciones automáticas y ejecuciones automáticas. El individuo no tendrá ya derecho a la existencia; será tratado como un émbolo o una pieza de máquina, y si desea llevar una existencia individual se convertirá en la irrisión de todo el mundo. ¿Habéis visto alguna vez a un émbolo llevar una existencia individual? Esta revolución se efectuará en toda la superficie del globo. No podremos escondernos ni en los bosques, ni en las islas. En ningún lado. Ninguna nación podrá defendernos. Todos los ejércitos del mundo estarán compuestos de mercenarios que lucharán para consolidar la sociedad técnica, de donde el individuo se hallará excluido. Hasta ahora los ejércitos combatían para conquistar nuevos territorios y nuevas riquezas, por orgullo nacional, por los intereses privados de reyes o emperadores y teniendo como finalidad el pillaje o la grandeza. Esos eran los fines profundamente humanos. Ahora, en cambio, los ejércitos combaten por los intereses de una sociedad a cuyo margen apenas tienen el derecho de vivir como proletarios. Es acaso la época más sombría de toda la historia

de la Humanidad. Jamás ha estado tan bajo el nivel del hombre. En las sociedades bárbaras, por ejemplo, un hombre era menos apreciado que un caballo. Eso puede ocurrir aún hoy en día en ciertos pueblos o ciertos individuos. Tú me contabas hace poco la historia de un campesino que acaba de matar a su mujer y no se arrepentía de ello, pero que ha tratado de suicidarse pensando que nadie alimentaría y abrevaría sus caballo durante el tiempo que él permaneciera en la cárcel. De igual manera infravaloraban al individuo en las sociedades primitivas. El sacrificio humano era cosa corriente. Pero en la sociedad contemporánea, el mismo sacrificio humano no es digno de ser mencionado. Es trivial. La vida humana no tiene más valor que el que se desprenden de su calidad como fuente de energía. Los criterios son puramente su calidad científicos. Es la ley de nuestra sombría barbarie técnica. Así llegaremos a la victoria total de los esclavos técnicos.

—¿Y cuándo se producirá la revolución que profetizas? —preguntó Jorge.

—¡Ya ha comenzado! —respondió Traian—. Participaremos en su desarrollo, y la mayor parte de nosotros no lograremos sobrevivir. Tengo mucho miedo de no poder terminar jamás ese libro.

—Tu pensamiento es muy profundo —dijo el magistrado.

—Soy poeta, Jorge —dijo Traian—. Poseo un sentido que los demás no tienen y que me permite entrever el porvenir. El poeta es un profeta. Lamento ser el primero en predecir cosas tan tristes. Pero me obliga mi misión de poeta. Es necesario que lo grite a todos los vientos, aunque no sea nada agradable.

—¿Crees seriamente en lo que estás diciendo?

—Por desgracia, estoy convencido.

—Creí que hacías solamente literatura.

—No es literatura —dijo Traian—. Cada noche espero que me ocurra algo.

—¿Qué podría ocurrirte? —preguntó el magistrado.

—Cualquier cosa. Desde el momento que el hombre ha sido reducido a la sola dimensión de valor técnico social, puede sucederle cualquier cosa. Pueden detenerle y enviarle a hacer trabajos para un plan quinquenal, para la mejora de la raza u otros fines necesarios a la sociedad técnica, sin ningún miramiento para su persona. La sociedad técnica trabaja exclusivamente según leyes técnicas, manejando solamente abstracciones de planos y teniendo una sola moral: la producción.

—¿Es posible que nos detengan alguna vez?

El juez había abandonado su tono irónico. Parecía un poco temeroso y se dirigía a Traian como a una echadora de cartas a la que se pide que prediga el porvenir sin haber creído al principio en sus manejos.

—Ni un solo hombre sobre la superficie del globo podrá conservar su libertad.

—¿Pereceremos en las cárceles sin ser siquiera culpables? —preguntó el magistrado.

—Quizá no —respondió Traian—. El hombre estará encadenado por la sociedad técnica durante largos años. Pero no perecerá bajo las cadenas. La sociedad técnica

puede crear la comodidad. Pero no puede crear el espíritu. Y sin espíritu no hay genio. Una sociedad desprovista de hombres de genio está condenada a la desaparición. La sociedad técnica, que ocupará el lugar de la sociedad occidental y que conquistará toda la superficie de la tierra, perecerá también. El ilustre Alberto Einstein afirma «que bastará una solución de continuidad de dos generaciones tan sólo en la línea de las mentes de primer orden dotadas para la ciencia física para que se hundan todas las construcciones cimentadas sobre esa ciencia»[4]. Ese derrumbamiento de la sociedad técnica irá seguido del renacimiento de los valores humanos y espirituales. La gran luz se proyectará sin duda desde el Oriente. Desde Asia. Pero no desde Rusia. Los rusos se han postrado ante la luz eléctrica de Occidente, y no sobrevivirán. El hombre oriental conquistará la sociedad técnica y utilizará la luz eléctrica para iluminar las calles y las casas. Pero no se convertirá jamás en esclavo suyo ni le elevará altares, como hoy hace, en su barbarie, la sociedad técnica occidental. No iluminará con luz de neón las vías del espíritu y el corazón. El hombre de Oriente se hará dueño de las máquinas de la sociedad técnica por medio del espíritu, como un director de orquesta, gracias al genio, de la armonía musical. Pero a nosotros no se nos concedió conocer tal época. Por desgracia, vivimos un tiempo en que el hombre se postra como un bárbaro ante el sol eléctrico.

—¿Pereceremos encadenados? —repitió el magistrado.

—Así es… Todos nosotros moriremos en las celdas de los esclavos técnicos. Mi novela será el libro de ese epílogo.

—¿Cuál será su título?

—*La Hora veinticinco* —dijo Traian—. El momento en que toda tentativa de salvación se hace inútil. Ni siquiera la venida de un Mesías resolvería nada. No es la última hora, sino una hora después. El tiempo preciso de la Sociedad Occidental. Es la hora actual. La hora exacta.

16

El sacerdote guarda silencio, con la cabeza apoyada en las manos.

—Padre —dijo el magistrado—: si las profecías de Traian se realizan y si el hombre está condenado a ser esclavo, ¿no puede hacer nada la Iglesia, no puede obrar en favor de la sociedad contemporánea? Si la Iglesia no puede salvar al ser humano en estas horas graves, ¿cuál puede ser aún su misión?

El padre Alexandru Koruga reflexionó unos instantes y luego dijo:

—La Iglesia no puede salvar las sociedades, pero sí puede asegurar la salvación de los individuos que las componen.

—¿Cree usted que las profecías de Traian pueden realizarse?

—Tengo la costumbre de creer a los poetas —respondió el sacerdote—. Y, en mi opinión, Traian es un gran poeta.

—Te agradezco el juicio, padre —dijo Traian, enrojeciendo de satisfacción como un niño.

Siguieron unos instantes de silencio.

—Me parece que alguien acaba de pasar por la terraza —dijo Traian.

Los tres hombres escucharon unos segundos. Pero sólo el rumor de la lluvia turbaba el silencio de la noche.

—Si hubiera alguien en el patio, los perros habrían ladrado —dijo el sacerdote—. Sólo Iohann Moritz, mi hombre de confianza, puede entrar en el jardín sin que los perros ladren. Y a esta hora debe de hallarse durmiendo tranquilamente en el barco que le conduce a América.

—Sin embargo, estoy seguro de haber oído a alguien subir por la escalera —dijo Traian—. Tengo los sentidos agudizados y oigo con facilidad los ruidos.

—Acaso sea un esclavo técnico que acaba de evadirse de tu auto —dijo el juez, sonriendo—. Quizá haya estallado su revolución y venga a hacernos prisioneros esta misma noche. ¿Cuántos esclavos técnicos empujan tu auto, Traian?

—No tienes más que sacar la cuenta: 55 HP. Cada HP, igual a siete hombres.

—El efectivo de algunas compañías, en total —dijo el juez—. Ya nosotros no somos más que tres. Si nos atacan, tendremos que capitular sin condiciones.

—Sin la complicidad de un hombre, los esclavos técnicos no pueden atacar a los seres humanos. Teniendo como cómplice a un *ciudadano*, que no es un ser humano, los esclavos técnicos se convierten automáticamente en monstruos del Apocalipsis.

—¿Qué entiendes por ciudadano? —preguntó el magistrado—. Todos somos ciudadanos.

—Ciudadano es el ser humano que no vive la dimensión social de la vida. Como el émbolo de una máquina, no efectúa más que un solo movimiento y lo repite hasta el infinito. Pero, contrariamente al émbolo, el ciudadano tiene la pretensión de erigir su actividad en símbolo, de dársela como ejemplo al universo entero, de hacerse imitar por todo el mundo. El ciudadano es el animal más peligroso que ha aparecido

en la superficie del globo desde el cruce del hombre con el esclavo técnico. Posee la crueldad del hombre y del animal y la fría indiferencia de la máquina. Los rusos han logrado crear el tipo más perfecto de toda la especie: *el comisario*.

En el cristal sonaron en aquel instante unos golpes suaves.

—Ya os había dicho que alguien andaba ahí fuera —dijo Traian—. Los sentidos de un poeta no le traicionan nunca.

17

El sacerdote salió al balcón dejando la puerta abierta. Regresó acompañado de un muchacho. El recién llegado no iba vestido más que con una camisa y unos pantalones. Sus ropas estaban completamente empapadas.

—Es Iohann Moritz —dijo el sacerdote.

Le tendió un vaso de vino y le invitó a sentarse.

El muchacho rehusó y permaneció en pie, apoyado contra la puerta. No quería mojar la alfombra ni la silla. El agua chorreaba de su pelo como de un alero. Era evidente que había andado durante largo rato bajo la lluvia.

—¿Quieres hablarme a solas? —preguntó el sacerdote.

—Puedo hacerlo aquí —respondió Moritz.

—Me inquietó ver que no pasabas a recoger tu paquete esta mañana —dijo el sacerdote.

—Ya no me voy a América —exclamó Moritz. Contempló unos instantes a los dos jóvenes; luego se volvió hacia el sacerdote y añadió—: Ayer me dio usted permiso para dormir en el cuarto que hay junto a la cocina.

El sacerdote comprendió la causa de que Moritz hubiera llamado a su puerta a medianoche.

—El cuarto te pertenece —dijo—. Puedes ocuparlo cuando te parezca.

—¿Puede ocuparlo otra persona durante esta noche? —inquirió el muchacho.

—Claro que sí —dijo el sacerdote—. Si alguien se halla necesitado y tú tienes interés en ayudarle, haces con ello una buena acción.

—Se trata de Suzanna, la hija de Iorgu Iordan. Ha huido de su casa porque su padre quería matarla.

Al pensar que todos los campesinos a quienes había dicho el nombre de la muchacha le habían rehusado la hospitalidad, Moritz miró al sacerdote fijamente.

—Si hace frío en el cuarto, puedes encender el fuego —dijo el anciano—. Ya sabes dónde hay leña.

Siguieron unos instantes de silencio. Iohann Moritz seguía inmóvil, apoyado contra la puerta. No quería marcharse antes de haber explicado al sacerdote, como en confesión, todo lo ocurrido. Cuando llegó al final de su historia y dijo que la muchacha se hallaba en pleno campo, a medio camino entre Fantana y la ciudad, Traian Koruga se levantó, se puso el abrigo y se ofreció a acompañarle en el auto. Media hora más tarde se hallaban ya de regreso.

El vehículo se detuvo ante la terraza. Moritz sacó a Suzanna en brazos. El juez contempló la escena desde la ventana. La mujer del pope iba a la izquierda de Moritz. El sacerdote, a su derecha. La muchacha yacía inerte en brazos de Moritz, como una niña dormida. El vestido azul, completamente empapado, se adhería a sus caderas. Traian penetró en el salón y el juez le siguió.

—¡Estás calado! —dijo.

Traian enrojeció, echando una mirada a sus zapatos embarrados. Luego, sobre sus ropas, que goteaban en el entarimado. Se había mojado inútilmente. Moritz había cogido por sí mismo a la muchacha entrándola en el auto. No había tenido necesidad de ayuda alguna, y, sin embargo, Traian había permanecido todo el tiempo a su lado bajo la lluvia torrencial. Analizando su gesto, el escritor se dijo que de repetirse la situación volvería a obrar igual. «Ha sido la necesidad de compartir el dolor del hombre que se hallaba a mi lado. Aunque mi ayuda no haya tenido ningún valor práctico, aunque haya sido completamente gratuita», pensó.

El sacerdote entró en la habitación. También estaba empapado y el agua chorreaba de su frente, de sus mejillas y de su barba. Habían acompañado a Iohann Moritz bajo la lluvia. Como su hijo sin ser necesario…

«También Dios hizo gestos inútiles cuando creó un universo —pensó Traian—. Dios creó cosas sin utilidad práctica. Pero esas son precisamente las más bellas. La vida del hombre es una creación inútil. Tan inútil y absurda como mi gesto o el de mi padre. Pero ese fervor es magnífico. Es inigualable, pese a su inutilidad.»

—No vayas ahora a coger frío, Traian —le advirtió el sacerdote.

—No cogeré frío —replicó éste—. ¿Cómo está la enferma?

—Tiene fiebre —dijo su padre—. Tu madre le está preparando té. Dios te recompensará por haberla traído en auto, Traian. Esos pobres tenían necesidad de ayuda.

El reloj de cucú dio la medianoche.

18

Iohann Moritz llamó a la puerta. No podía aguardar hasta el día siguiente para dar las gracias al sacerdote y a Traian. Entre todas las desgracias que se habían abatido sobre él en las últimas veinticuatro horas, se destacaba el gesto bondadoso del padre Koruga. Por eso le estaba agradecido. Se sentía satisfecho de que Suzanna hubiese hallado albergue. Las cosas habrían podido ocurrir de peor manera. Traian Koruga clavó en Moritz sus grandes ojos y le interrumpió:

—Padre: cuando vuelva a Fantana me alojaré en esta casa. Dale a Moritz el dinero que antes te confié y que construya él la suya. La necesita más que yo.

El sacerdote cogió el sobre y se lo tendió a Iohann Moritz. Su ademán fue sencillo, como todos los grandes gestos. Sin darle ningún consejo, le tendió simplemente el sobre. Iohann Moritz abrió. No estaba muy seguro de haber comprendido bien. Pero cuando vio el fajo de billetes, abrió los ojos desmesuradamente como el hombre que es testigo de un milagro. Hubiera deseado decir algo. Pero sus labios no acertaron a articular palabra. Apretó el sobre en su mano y guardó silencio.

—Dale las gracias a Traian —dijo el sacerdote, tras unos instantes de silencio—. Y después acuéstate. Que Suzanna guarde el dinero. Las mujeres saben guardarlo mucho mejor.

—Quizá Moritz quiera beber un vaso de vino ahora que es un propietario de Fantana —dijo el juez.

La mujer del sacerdote entró en la estancia. Moritz dejó el vaso en la mesa y la miró con expresión anhelante. La anciana dijo que Suzanna estaba mejor. Luego se llevó a su marido a un rincón y murmuró algo a su oído. El viejo frunció el entrecejo, luego sonrió. Moritz seguía con la mirada todos sus movimientos.

—Tranquilízate, no es una mala noticia. Mi mujer acaba de anunciarme que vas a ser padre. Tenéis que casaros antes.

Iohann Moritz estrechó la mano de Traian Koruga y la del juez. Luego salió… Fuera, seguía lloviendo. Antes de descender los escalones se metió el dinero bajo la camisa para no mojarlo. El sobre estaba tibio y tenía una suavidad agradable al tacto. Al sentir su contacto, Moritz vio levantarse ante sus ojos la casa, la tapia, el pozo el jardín. Tal como los había soñado siempre. Cuando penetró en el cuarto, Suzanna seguía durmiendo. Puso el dinero sobre la almohada y fue a acostarse en el pajar.

Al pasar silbando bajo las ventanas de la biblioteca, oyó que el sacerdote decía a Traian:

—Hubiera sido mejor no hablarle del matrimonio. La madre de Suzanna ha muerto. Está en el depósito del hospital y su padre en la cárcel. No era el momento más propicio.

—Pero ellos no saben nada —dijo Traian—. Hacen planes para el porvenir. Gozan del amor y del dinero que habían soñado. Son felices.

—Son felices, pero en realidad deberían llorar.

—¡Es verdad! —replicó el magistrado—. A nosotros, que sabemos toda la verdad, nos parece una profanación su alegría.

—Si vamos a analizarlo, toda alegría humana es un acto de profanación.

El reloj de cucú dio la una. Los tres hombres que se hallaban en la biblioteca del padre Koruga aquella noche, escucharon la hora y el rumor de la lluvia que caía afuera.

LIBRO PRIMERO

19

Dos años después, Iorgu Iordan fue puesto en libertad. Decidió regresar al país de donde salió hacía veintisiete años.

Antes de marcharse, pasó por última vez por Fantana. Quería vender la casa. Al atravesar la callejuela del pueblo, el jefe del puesto de gendarmes vio que las ventanas de la casa del tejado rojo, cuyos postigos estaban habitualmente cerrados, se hallaban abiertos aquel día. Y sin pensarlo más, penetró para ver qué ocurría. Iorgu Iordan se hallaba detrás de la casa, embalando unos efectos.

—Ya se ve que es usted rico, señor Iordan —dijo el gendarme—. Le ha debido costar caro salir tan pronto de la cárcel.

El gigante levantó los ojos y le miró fijamente.

—No le comprendo —dijo con voz seca y dura.

—Le pregunto si ha pagado usted mucho por salir de la cárcel —añadió el gendarme—. Tenía usted una condena de diez años.

Iorgu Iordan soltó el martillo que tenía en la mano. Sacó de bolsillo de su chaqueta verde un papel y se lo echó al gendarme. Luego siguió martilleando. Y recalcando cada palabra, le dijo:

—Te doy eso para que sepas con quién estás tratando. Dentro de algunos días iré vestido con el uniforme de suboficial de las SS. Soy ciudadano alemán y voy a cumplir mis deberes para con la patria. Ahora ya sabes por qué me han soltado.

El gendarme cogió la orden de movilización de Iorgu Iordan y la leyó. Sabía perfectamente que acababan de amnistiar a todos los ciudadanos alemanes que estaban encarcelados, con la condición de volver a su país y enrolarse en el ejército. Dobló el papel y se lo devolvió al gigante con una sonrisa.

—Lee también esto —dijo Iorgu Iordan sacando otro papel. Era una carta de agradecimiento. Había donado al ejército alemán toda su fortuna para que pudiera comprar un *panzer*. El embajador del Gran Reich alemán en Bucarest le había escrito la carta dándole las gracias. El gendarme desdobló el papel, pero no pudo leerlo, porque estaba escrito en alemán. Pero se extasió con el membrete del águila y la cruz gamada.

—¿Vende usted la casa o piensa conservarla? —preguntó.

—El *panzer* comprado con mi dinero ha recibido ya su bautismo de fuego —dijo Iorgu Iordan sin responder a la pregunta—. Pronto le seguiré yo. No soy joven, pero el Gran Reich alemán está dispuesto a aceptarme.

Dobló los papeles y volvió a metérselos en el bolsillo. Luego recogió el martillo y siguió clavando las cajas, sin mirar siquiera al gendarme. Cuando éste se despidió, Iorgu Iordan, sin levantar los ojos, murmuró algunas palabras en su idioma.

20

Al salir de casa de Iorgu Iordan, el jefe del puesto de gendarmería se dirigió a la posada. El mes de mayo lucía todos sus esplendores, pero las calles estaban húmedas y el gendarme andaba por las aceras para no llenarse las botas de barro. Le gustaba que las aceras brillaran como un espejo, y, a decir verdad, le gustaban también las mujeres. Y el aguardiente. El judío de la posada se lo facilitaba a grandes dosis. «Si no promulgaran de vez en cuando una ley nueva, los gendarmes reventaríamos de sed», acostumbraba a decir. Pero el Estado velaba para que eso no sucediera. En el mes de enero habían recibido la orden de mandar todos los judíos del pueblo a los campos de trabajo. Pero en Fantana no había más que un solo judío: Goldenberg, el posadero. El gendarme le había enseñado la orden recibida. Era secreta, y pronto se arrepintió de habérsela mostrado. Luego trató de consolarse diciendo que había hecho bien. A partir de entonces remitía trimestralmente un certificado médico, afirmando que el judío Goldenberg estaba enfermo y no podía ser trasladado a los campos de trabajo. Aquello le valía tres mil leis mensuales, lo que doblaba su sueldo y le permitía llevar una vida que desconocía con anterioridad a la promulgación del decreto. Además, tenía la sensación de efectuar una buena acción. El viejo Goldenberg seguía en el pueblo, dando de beber a los sedientos, en vez de sufrir en uno de aquellos terribles campos de trabajo.

Después de haber apurado un vaso de aguardiente, el gendarme apartó los visillos y echó, a través de los cristales, una mirada al cuarto del judío. Quería ver a Rosa, la hija del posadero, para darle como de costumbre los buenos días.

Rosa lucía una piel blanca y suave. Cuando le acariciaba el brazo, el gendarme tenía la sensación de que estaba tocando terciopelo. La piel de la muchacha era muy diferente a la de las campesinas. Habitualmente se sentaba al lado de la ventana, leyendo novelas. Pero aquella mañana tenía a su lado un mocetón robusto, que hablaba con grandes gestos.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó el gendarme con voz dura. El viejo Goldenberg vaciló unos instantes, como si dudara en decir la verdad.

—Es Marcu, mi hijo. Acaba de regresar de París.

—¡Preséntamelo! —dijo el gendarme.

No había conocido nunca a nadie que hubiera estado en París. Hablando con aquel recién llegado podrían aprenderse muchas cosas. Pero Marcu Goldenberg era un hombre taciturno, al que había que ir sacándole cada palabra de la boca. El gendarme había creído que los estudiantes de París eran muy diferentes y se sintió decepcionado. El hijo de Goldenberg llevó su aspereza hasta el punto de no querer beberse el vaso de aguardiente que le ofreció. Un mocetón bastante antipático. Sin embargo, antes de marcharse, el gendarme decidió ofrecerle otra oportunidad.

—Ven esta noche al puesto. Jugaremos una partida…

Al salir de la posada se dijo que el viejo Goldenberg había malgastado su dinero

enviando aquel hijo a París.

21

Al pasar delante de la casa de Iohann Moritz, el gendarme se detuvo. En el patio estaba Suzanna, amasando arcilla para hacer ladrillos. La casa, construida desde hacía dos años, era grande. Su marido y ella habían trabajado día y noche hasta poder ver al fin su obra terminada. Era muy hermosa y tenía una gran terraza.

—¿Por qué sigues haciendo ladrillos? La casa ya está terminada.

El gendarme hizo ademán de penetrar en el patio, pero la puerta estaba cerrada con llave.

—Estamos construyendo un establo para las vacas —respondió la mujer.

Continuó amasando la arcilla con los pies. Desde donde estaba, el gendarme alcanzaba ver sus muslos blancos y desnudos.

—¿No está tu marido? —preguntó.

—Iani se ha ido al molino —respondió ella riendo.

En el fondo del patio, los dos hijos de Iohann Moritz se tostaban al sol. El primero en su cuna y el segundo jugando entre el polvo. Suzanna les miraba de vez en cuando, y luego humedecía la arcilla y seguía amasándola. Llevaba un vestido ceñido que resaltaba la redondez de sus caderas. El gendarme trató una vez más de abrir la puerta.

—¿No quieres abrirme? —preguntó.

—Estás bien ahí.

—Nunca puedo encontrarte sola. Ni siquiera ahora, que tu marido no está, quieres abrirme la puerta.

—Así tiene que ser —dijo ella—. Hace demasiado rato que estás ante esta puerta. Sigue tu camino y déjame tranquila.

—Abre un poco; no seas mala.

—Iani está por volver. Si te encuentra aquí, te abrirá la cabeza a hachazos.

—¿Lo lamentarías? —preguntó el gendarme.

—¿No tienes otra pregunta más inteligente que hacerme? —dijo Suzanna—. Harías mejor callándote y continuando tu camino. Iani va a volver de un momento a otro…

—Quiero preguntarte otra cosa. Luego me marcharé.

—Pregunta lo que quieras.

Suzanna dejó de amasar y se puso en jarras.

—Si no aguardaras a tu marido, ¿me abrirías la puerta?

—¡Quieres saber demasiado! —respondió la mujer.

Prosiguió su trabajo de amasar arcilla. Hasta entonces no se le había ocurrido pensar qué haría si Moritz se marchara algún día y si el gendarme acudiera a visitarla.

—Ahora eres una mujer casada —dijo él—. ¿Qué es lo que te da miedo?

—Déjame tranquila y márchate —gritó ella, irritada.

—Respóndeme y me marcharé —dijo el gendarme.

—No sé nada —exclamó ella secamente.

—Contesta sí o no —dijo el gendarme—. Si no respondes, me quedaré.

Se acodó en la puerta y aguardó la respuesta.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó ella—. Iani no abandona nunca su hogar.

—¿Y si lo abandonara algún día?

—Entonces ya veríamos —dijo Suzanna—. Pero te advierto que Iani no piensa marcharse. Tenemos que construir el establo. Luego, abrir los pozos. ¿Por qué iba a marcharse cuando tenemos tanto quehacer?

Los ojos del gendarme brillaron. Se alejó de la puerta diciendo.

—Ya sabía yo que eras una buena muchacha.

Se marchó. Suzanna le oyó alejarse silbando. Interrumpió su trabajo. Estaba asustada. Arrancó las pellas de arcilla de sus pies y corrió hacia donde estaban sus hijos. Cogió al mayor en brazos y lo estrechó contra su pecho. Tenía la impresión de haber cometido un pecado, de haber hecho algo muy grave, capaz de causar la desgracia de Moritz y de sus hijos. «Pero, en el fondo, ¿he hecho algo malo? —se preguntó—. ¿Por qué tener miedo?»

Dejó al niño en el suelo y luego reanudó el amasado de la arcilla. Era mediodía.

22

Una semana después, un gendarme llamó a la puerta de Iohann Moritz.

Se hallaba sentado a la mesa. Echó una ojeada por la ventana y viendo el quepis del policía, dijo:

—¿Qué querrá?

Salió al patio. Cuando volvió a entrar llevaba un papel en la mano.

Se sentó otra vez a la mesa y siguió comiendo sin decir palabra. Suzanna le preguntó:

—¿Qué dice ese papel?

Iohann Moritz tragó el bocado que tenía en la boca y luego respondió:

—Una orden de requisa. Después de comer veremos lo que Estado quiere ahora de nosotros.

Parecía muy tranquilo. Sabía que todos los campesinos recibían órdenes de requisa, que algunas veces afectaban a los caballos, otras al ganado y otras a los carros. «Quizá el Estado quiere que entregue un saco de maíz o de trigo», pensó. Los cereales estaban intervenidos y era delito grave ocultarlos a la acción gubernativa.

Después de haber comido, Iohann Moritz se limpió las manos para no manchar el papel que había llevado el gendarme. Lo desdobló y se puso a leerlo.

Suzanna fue siguiendo con la mirada la expresión de su rostro, que se tornó rojo, palideció luego y terminó por ponerse lívido.

—¿Qué dicen? —preguntó Suzanna.

Los niños, callados y llenos de asombro, miraban también con fijeza a su padre.

Moritz se tendió en la cama, con las manos debajo de la nuca.

—¿No quieres decirme lo que está escrito en ese papel? —preguntó Suzanna.

El silencio de su marido no presagiaba nada bueno.

—Aunque te lo diga, no comprenderás nada —exclamó—. Ni yo mismo lo entiendo.

—¿Es una mala noticia, Iani?

—El furriel ha debido equivocarse —dijo Moritz—. Los furrieles de los regimientos están pensando siempre en otras cosas mientras escriben.

Tendió el papel a Suzanna.

—¿Qué dices a eso? Una orden de requisa. Con ésta es la tercera que recibimos. La primera nos arrebató el trigo, la segunda los sacos que compramos a Porfirio. Pero la orden no alude esta vez a los sacos ni al trigo, sino a mí. ¿Cómo pueden requisar a un hombre? ¿Comprendes eso?

Suzanna leía con tanto trabajo, que Moritz perdió la paciencia. Le cogió el papel de las manos y lo leyó en voz alta. Luego gritó:

—¿Cómo pueden requisarme? Soy un hombre. Pueden requisar los caballos, las casas, las vacas, los sacos, pero no los hombres. Pero aquí está mi nombre. ¡El furriel debe estar completamente loco!

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Suzanna.

—Mañana, a las siete, tengo que presentarme en el puesto de la gendarmería.

—Debes tener razón… Sin duda se habrán equivocado los furrieles.

—Claro que deben haberse equivocado —respondió Moritz Pero interiormente sentía alentar la duda. ¿Y si no se hubieran equivocado?

Se preparó como si tuviera que incorporarse al ejército. Si la orden no era falsa, era posible que pasara un mes o dos sin regresar a su casa.

23

Moritz pasó toda la tarde de un humor irascible. Pero Suzanna no se enfadó con él. Veía bien a las claras que estaba furioso a causa de la orden recibida.

Al anochecer, cogió el papel, lo envolvió en una hoja de periódico para no mancharlo y se lo guardó en el pecho.

—Voy a enseñarle la orden al padre Koruga —dijo al salir.

Pero en casa del sacerdote sólo estaba su mujer. El padre Alexandru Koruga había ido a pasar un día a la ciudad.

Moritz estuvo a punto de contarle a la mujer del «pope» todo lo que ocurría. Pero luego desistió. Le besó la mano y salió.

En la calle ladraban los perros. Era casi de noche. Moritz tropezó contra una piedra y no pudo contener un juramento. Apretó el paso y entró en su casa cuando las sombras habían invadido ya todo pueblo.

24

La noche fue tormentosa. En cuanto se acostó, Moritz se sintió invadido por sombríos pensamientos. Suzanna se acercó a él y le rodeó el cuello con sus brazos. Quería hacerle olvidar la preocupación. Pero él se desasió y la apartó, volviéndole la espalda. Aquella noche no sentía ninguna atracción hacia su mujer. Mil pensamientos le acudían a la mente. ¡Había tanto trabajo en una casa! Ni siquiera afanándose día y noche se lograba dar cima a toda la tarea. Pero cuando tenía que partirse de pronto, obligado a abandonarlo todo y sin saber cuánto duraría la ausencia, apenas podía contenerse el temor. Moritz estaba desesperado. Sentía igual desolación que si fuera a morirse. Había que solucionar muchos asuntos antes de partir.

Iohann Moritz, atormentado por los pensamientos, rebullía en la cama con inquietud. Acababa de comprar diez estéreos de madera. Los había pagado y, después de cortarlos, había hecho con ellos pequeños montones, que estaban aún en el bosque esperando su recogida. Sólo faltaba trasladarlos a la casa. Y precisamente ahora tenía que abandonarlo todo. Era madera de encina, que costaba cara y era difícil de adquirir. La madera que hacía falta para construir adecuadamente el establo. Tenía ya pensado el lugar donde dejarla: junto a la tapia. Los troncos eran largos y no cabían en cualquier lado. Pero la orden de partida había llegado imperativamente y tenía que dejarlo todo sin hacer. Iohann Moritz se volvió hacia Suzanna. La madera no podía quedarse en el bosque. Suzanna ni siquiera sabía dónde se hallaba y era bastante difícil encontrarla. Se decidió y dio a su mujer unos ligeros golpes en el hombro.

«Tengo que decirle que la madera se encuentra detrás del cantón, a algunos centenares de metros del arroyo. Pero allí también hay madera perteneciente a otros. Si no se lo explico con claridad estoy seguro de que no podrá encontrarla», se dijo para sus adentros.

Suzanna sintió la mano de su marido posarse en su hombro y sonrió entre sueños. Había luna llena aquella noche y la alcoba estaba iluminada como si fuera de día. Iohann Moritz sabía que Suzanna no podría transportar sola toda la madera. No era trabajo para una mujer.

«Si la acompaña el viejo Artemio, no tardará en encontrarla. Pero antes tengo que decirle que la he comprado…»

Apretó el hombro de la mujer. Ella sonrió de nuevo. Su rostro estaba iluminado por la luna. Sonrió y se pasó la lengua por los labios. Moritz se sintió conmovido y no se atrevió a despertarla. La mujer dormía profundamente como un niño. Pensó que cuando se despertara al día siguiente le diría dónde estaba la madera. Retiró su brazo y permaneció tendido boca arriba. Habitualmente solía dormirse con facilidad así echado. Pero aquella noche no pudo conciliar el sueño. De pronto se acordó de la orden recibida. Pensó en la madera, había llegado a olvidarla. Se enfureció. Había hecho el servicio militar como guarda fronterizo, conocía los reglamentos militares y suponía que no habían cambiado de un día para otro. Los hombres no podían

requisarse como si fueran carros, bueyes, carretas o ganado.

Iohann Moritz se frotó las sienes y decidió no pensar más en todo aquello. Al día siguiente sabría de qué se trataba. Quizá fuera tan sólo una equivocación de los furrieles y resultara inútil atormentarse. Acaso se tratara de una broma que habría querido gastarle alguno de los escribientes de la compañía, mandándole una orden de requisa en vez de una papeleta de movilización.

Apenas había conseguido calmarse, cuando se acordó de pronto que Antim Balta le debía quinientos leis. No sabía cuánto tiempo iba a estar ausente y Suzanna podía necesitar dinero. Se volvió otra vez hacia ella. Dormía echada sobre el lado izquierdo, apretando la mejilla contra la almohada.

«¿En qué estará soñando?», pensó Moritz. Vaciló unos instantes y tampoco se atrevió a despertarla aquella vez. Se lo diría al día siguiente.

Se rebulló inquieto y luego pensó que cuando llegara la estación de las lluvias el muro del pozo se hundiría si no tenía tiempo de terminarlo. «Acaso haya regresado antes de que comience a llover», se dijo. Y no volvió a pensar en el pozo. Sin embargo, no habían transcurrido unos segundos cuando se acordó de que los ladrillos para el establo no estaban aún cocidos. Había hecho ochocientos, amontonándolos cerca de la casa para que se secaran. Pero si se secaban demasiado sin que llegara el momento de cocerlos, acabarían por resquebrajarse y todo el trabajo podría darse por perdido. El pensamiento le atormentó y dio unas vueltas en la cama. Miró de nuevo a Suzanna. Hubiera querido pedirle consejo. Pero su mujer seguía durmiendo, con una sonrisa en los labios y una expresión reposada en el rostro. Moritz se dio cuenta de que no podía serle de ninguna ayuda. Sería inútil despertarla. Cocer los ladrillos era trabajo de hombre. Repasó entre sus amistades del pueblo, sin hallar a nadie que pudiera cocerle los ladrillos a conciencia. Cada cual tenía su casa y su propio trabajo. Si hubiera sido de día habría tratado de hablar a uno o a otro. Pero a aquella hora estarían todos durmiendo. No podía despertarles para hablarles de sus ladrillos. «Voy a cubrirlos con paja y hojas de maíz. Así tardarán más en secarse y permanecerán húmedos algunas semanas más —se dijo—. Quizá para entonces esté de regreso.» Se levantó. La puerta de la terraza se hallaba abierta. Salió. Estaba desnudo. Hubiera querido volver a la alcoba para ponerse la camisa y el pantalón, pero temía despertar a su mujer.

Cogió un ladrillo y lo contempló a la luz de la luna. Hubiera tenido que meterse en el horno dentro de dos o tres días a lo más tardar.

Se acercó al pozo. Luego recorrió todo el patio, olvidando por completo de que estaba desnudo. Contempló las paredes de la casa. Se distinguían muy bien, pues la luna alumbraba como si fuera de día.

Hacía mucho tiempo que la luna no era tan brillante. Moritz pareció olvidarse de que tenía que marcharse al día siguiente. Sin querer, comenzó a hacer planes para la construcción del establo. Quería comprar un carro y dos caballos. Luego, si era posible, una vaca. Llegó hasta el fondo del patio, junto al almiar de paja. Cogió una

brazada y cubrió con ella los ladrillos. Suzanna hubiera podido hacerlo al día siguiente, pero ya que estaba allí, más valía ahorrarle trabajo. Transportó otras brazadas de hojas de maíz. El trabajo le hizo entrar en calor, y antes de que cantara el gallo tenía cubiertos todos los ladrillos. Cuando acabó, el alba comenzaba a despuntar ya por el horizonte. Moritz no pudo evitar un estremecimiento. De pronto había recordado que tenía que marcharse aquella misma mañana. Sintió vergüenza de estar completamente desnudo y volvió a la terraza. Entró en la alcoba, deteniéndose al ver que Suzanna seguía durmiendo. Estaba atravesada en la cama, desnuda y con la misma expresión reposada de antes en el rostro. Moritz se echó a su lado sin despertarla. Ella extendió en sueños una pierna y la puso sobre la de él. Moritz se adormeció rápidamente. Poco después, un sobresalto le hizo despertarse de nuevo. Miró a su alrededor. Suzanna seguía durmiendo. La luna estaba enganchada en el alféizar de la ventana como el casco de un gendarme. Iohann Moritz la miró fijamente y no pudo cerrar los ojos hasta que aparecieron las primeras luces del día.

25

Aquella misma mañana, Iohann Moritz se presentó a los gendarmes. Al dirigirse al puesto se cruzó con los campesinos que iban al molino, al campo o al bosque. Volvió la cabeza para no verlos. Él también hubiera tenido que ir aquella mañana al molino o al bosque. Pero en vez de eso se veía obligado a marcharse, dejándolo todo. Estaba requisado. Por unos instantes atravesó su mente la idea de la huida. Si se escondía en el bosque, los gendarmes no podrían hallarlo nunca. Pero al instante desechó aquellos propósitos. Tenía una mujer, una casa, unos hijos. No podía huir.

Penetró en el patio del puesto de gendarmería. El jefe se estaba afeitando en el despacho. Moritz aguardó a que terminara para preguntar si no habría algún error en lo que concernía a su orden. Un olor a leche quemada llenaba todo el patio. Alguien posó la mano sobre el hombro de Moritz. Se volvió. Era un policía. No el que le había llevado la orden, sino otro. A su derecha se hallaba Marcu Goldenberg, el hijo del judío de Fantana. Moritz no les había visto acercarse y le pareció que acababan de surgir súbitamente de la tierra. El policía le cogió por el cuello de la camisa y le puso en pie como si levantara un saco. Moritz se sometió dócilmente a lo creía que era tan sólo una broma de soldado. Pero a los pocos instantes se dio cuenta de que Marcu Goldenberg iba maniatado.

—¡Uno al lado de otro! —ordenó el soldado.

«No debe tratarse de una broma desde el momento en que Marcu lleva las manos atadas», pensó Moritz. Acercó su codo al del judío temblando de miedo. Cada vez que veía hombres atados sentía el mismo temor. A su espalda, el centinela cargó su arma. Moritz no pudo verlo, pero lo presintió. Él también había sido soldado. El gendarme caló la bayoneta. Iohann Moritz comprendió entonces lo que ocurría. Cerró los ojos y así anduvo un corto trecho. Al salir del patio echó aún una mirada hacia la ventana del despacho. El jefe del puesto seguía afeitándose. Atravesaron Fantana. Los campesinos se arremolinaban en las calles y las mujeres salían a las puertas para verlos pasar.

Delante de la casa de Nicolás Porfirio, un grupo de mujeres que volvían de la fuente dejaron los jarros en el suelo y se santiguaron a verlos pasar. Moritz cerró los ojos. Algo acababa de quebrarse en su interior. Sabía que las mujeres acostumbraban a santiguarse cuando veían a unos hombres con las manos atadas, conducidos con la bayoneta en los riñones. Oyó el paso del gendarme a su espalda. Un silencio profundo parecía invadirlo todo. Sólo escuchaba sus propios pasos, los de Marcu Goldenberg y los del soldado. Le pareció que sus piernas habían dejado de pertenecerle. Que andaban maquinalmente. Y que la carne de su cuerpo no era ya *su carne*. Que le era completamente extraña. Como su cuerpo entero. Como todos sus pensamientos. Todo pertenecía a otro. No le quedaba ya nada suyo.

26

El jefe del puesto terminó de afeitarse y salió del despacho silbando alegremente. La mañana era espléndida. Un asistente le echó agua y se lavó cuidadosamente. Tan pulcramente como se había afeitado.

—¿Una nueva? —preguntó el asistente, riéndose.

Adivinaba que el brigada iba a ver a una mujer. El jefe guiñó el ojo. Pero no respondió. Después de haberse secado se puso el uniforme nuevo y se sentó en el despacho. Cogió del archivo el duplicado del informe que acababa de enviar aquella mañana al cuartel y leyó:

> *Tengo el honor de enviar, bajo escolta, a los individuos Marcu Goldenberg, doctor en derecho, de treinta años, y Moritz Ion, agricultor, de veintiocho años, que están afectados por la ley, conforme a sus órdenes interiores concernientes a la requisa y envío al campo de trabajo de todos los judíos e individuos sospechosos de nuestro distrito.* —Firmado*: El brigada* Nicole Dobresco*, jefe del puesto de gendarmes de Fantana.*

Releyó el informe y luego lo volvió al archivo. Se sentía satisfecho. Atusó sus bigotes y se miró en el espejito de bolsillo. Luego se irguió, se colgó el fusil del hombro y se dirigió hacia la casa de Iohann Moritz. Suzanna estaría sola. Aguardaba aquel momento desde hacía dos años.

Y se puso a silbar satisfecho.

27

Una hora más tarde, el jefe del puesto se hallaba ya de regreso. Al marcharse había anunciado que estaría ausente todo el día. Pero no había sido así. Estaba encolerizado y no sabía qué hacer para calmarse. Abrió el archivo de la correspondencia y releyó una vez más el informe remitido al cuartel aquella misma mañana. Su furor creció y hubiera querido rasgarlo en mil pedazos. De nada había servido. A pesar de estar sola, Suzanna no había querido recibirle. Y como él intentó forzar la puerta, había cogido un hacha, amenazándole con hendirle la cabeza. No iba en broma. El gendarme sabía cómo las gastaban las mujeres. En vista de ello había renunciado a sus propósitos. Pero estaba irritado. Toda su maniobra para detener a Moritz y conseguir a la mujer había resultado completamente inútil.

«¡He gastado tinta y papel para nada!», se dijo para sus adentros. Y al pensar en Moritz comenzó a jurar con todas sus fuerzas.

28

En el patio del cuartel, la columna de prisioneros estaba dispuesta para la marcha. Moritz contempló los hombres que la formaban, sus bien cortados trajes, sus maletas de cuero. Se sentía cansado. Los pies le dolían. Goldenberg no había pronunciado una sola palabra en todo el camino. También él estaba extenuado de fatiga. Hubiera dado cualquier cosa por poder sentarse. Tras ellos se abrió la puerta. La columna de presos comenzó a ponerse en marcha. Los hombres fueron saliendo del patio. Pasó un oficial con un fajo de papeles en la mano y echó una mirada al rostro pálido de Goldenberg. Luego se fijó en Moritz y preguntó al gendarme:

—Todos judíos, ¿verdad?

Arrancó el sobre amarillo de manos del soldado, y sin aguardar respuesta mostró a Moritz la columna que salía en aquel momento por la puerta. Luego ordenó:

—¡En columna de cuatro!

Iohann Moritz contempló al oficial sin comprender nada. El teniente le agarró por el hombro y, haciéndole dar una vuelta sobre sí mismo como una peonza, le envió a la fila de un puntapié. Iohann Moritz se puso al paso de los demás y salió del patio con los otros prisioneros.

Al volver la cabeza vio que Marcu Goldenberg le seguía.

29

Anduvieron hasta el anochecer. Cuando se detuvieron para hacer un alto, estaban ya en las proximidades de la ciudad. Marcu Goldenberg se acercó a Iohann Moritz.

—Desátame las manos —le dijo.

Se volvió de espaldas. Las manos de Goldenberg eran blancas y finas. En sus muñecas se veía un trazo rojo, como sangre. Cuando Moritz le hubo desatado, se limitó a decir:

—Gracias.

Ni siquiera sonrió, ni tampoco miró al que le había liberado. Se sentó en la hierba, clavando en el horizonte su mirada fría como el cristal. Iohann Moritz lo hizo a su lado. Deseoso de entablar conversación, le tendió la cuerda que acababa de desatar.

—¿Necesitas aún esta cuerda? —preguntó—. ¿Quieres dármela?

—Puedes guardártela —respondió Goldenberg.

Su voz había perdido toda dureza. Iohann Moritz arrolló la cuerda y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

—Conviene tener un cabo de cuerda —dijo—. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Marcu Goldenberg sonrió. Fue la primera vez que Iohann Moritz le vio sonreír.

30

Aquella misma noche la columna de presos judíos llegó a orillas del río Topolitsa. El cauce estaba seco. Lo bordeaban hileras de sauces y espesas matas de arbustos.

En aquel punto tenían que construir los judíos un canal. A lo lejos se veían algunas casas. Pero no había un solo pueblo en las proximidades. Sólo dos establos estaban abandonados parecían montar guardia en aquella tierra desierta. Construidos para los caballos de las yeguadas cuando aquella tierra pertenecía a un monasterio, los establos se hallaban en los mismos linderos del bosque. Un camión militar cargado de azadones, palas y picos, así como de una caldera para la cocina, se detuvo ante ellos. Los presos se quedaron contemplando el camión. En realidad no tenían otra cosa que ver.

Aquella noche se acostaron en los establos. Moritz se tendió sobre la hierba, a la intemperie. La cama era blanda y se durmió enseguida. Pero durante la noche se despertó muchas veces. La luna brillaba con una claridad casi diurna. Moritz hubiera creído que estaba en su casa de no haber visto los cuerpos envueltos en abrigos y tendidos a su lado. Al mirarlos se daba perfecta cuenta de que estaba lejos de Fantana. Y entonces cerraba los ojos.

Al día siguiente, los judíos formaron en dos largas hileras para que les contaran. Iohann Moritz y Marcu Goldenberg volvieron a encontrarse uno al lado del otro. Cuando Moritz le dio los buenos días, el judío contestó, y algo semejante a una sonrisa se reflejó unos instantes en su rostro.

Un brigada se situó ante la columna, distribuyendo a los presos palas y picos. Diez hombres descargaron la caldera del camión instalaron delante de los establos, bajo un nogal. Luego, el brigada, que tenía dientes de plata y un poblado bigote negro, les soltó un discurso. Dijo que los judíos tenían que construir aquel canal para el bien y la defensa de la patria. Les dijo también que él —el brigada— sería a partir de aquel momento el Dios de los judíos, y que si se le ocurría afirmar algo, ni el propio Moisés, que estaba en el cielo, podría contradecirle. Les dijo, además, que se llamaba Apóstol Constantin, y que tenía dos hijos: uno abogado y el otro oficial.

Los judíos le escucharon atentamente. Algunos se atrevieron a sonreír. Pero todos sintieron miedo.

—Hoy no habrá nada que comer —les dijo el brigada—. La cocina no está instalada aún. A partir de mañana os daremos té y sopa de judías dos veces al día. Además, medio pan.

Luego comenzó el trabajo. Cada hombre tenía asignado un pedazo de terreno. Cuando terminara de cavarlo, sería libre de hacer lo que quisiera hasta el anochecer. Pero si no lo acababa, lo acusarían de sabotaje, lo encadenarían y le aplicarían la ley marcial como enemigo de la patria. El brigada así lo había afirmado, sin que ninguno de los presos dudara un momento de sus palabras.

Al segundo día, Iohann Moritz dejó de trabajar y le dijo al brigada que él no era

judío. Éste respondió que no examinaría ningún reclamación hasta que estuviera instalado el despacho. Iohann Moritz volvió al lado de Marcu Goldenberg y aguardó. Sabía que en el ejército había que habituarse a esperar.

* * *

El despacho no se instaló hasta diez días más tarde. Era una barraca de madera con mesas, sillas y camas para los guardianes.

Cuando Iohann Moritz se asomó a la puerta del despacho, el brigada le dijo que volviera dentro de una semana. No tenía tiempo aún para examinar reclamaciones.

31

Mientras trabajaba en la construcción del canal, hundiendo el azadón en la tierra húmeda, Iohann Moritz preguntó el nombre a su vecino de la derecha. Le gustaba hablar con la gente que le rodeaba. Opinaba que los hombres que no hablaban, rumiaban en silencio su odio.

—¿Te da vergüenza hablar «yiddish»? —le preguntó su vecino.

—¡No sé «yiddish»! —respondió Moritz.

—Es vergonzoso.

El judío escupió y volvió ostensiblemente la mirada hacia otro lado.

Moritz se dirigió a su vecino de la izquierda.

—Háblame «yiddish» —le respondió éste.

—Es justamente lo que quería explicarte —replicó Moritz—. No sé «yiddish».

Varios judíos le miraron con odio. Interrumpió su trabajo y trató de explicarles lo que ocurría. Pero nadie le escuchó.

«Se han concertado para no hablar más que “yiddish”. No me importa. Son judíos y tienen derecho a hablar su lengua. ¿Pero porqué voy a hablarla yo?»

—¿Sabes acaso el hebreo? —le preguntó alguien.

Moritz levantó la cabeza. Todos habían interrumpido su trabajo y le contemplaban con mirada burlona. Luego se echaron a reír.

Iohann Moritz se enfureció. Sus mejillas se congestionaron de cólera y no pudo contenerse más.

—Tratándose de lenguas extranjeras, puedo reírme más que vosotros. Conozco cuatro al dedillo. ¿Cuántas sabes tú? —preguntó a su vecino de la derecha.

Este le respondió inmediatamente:

—Sé «yiddish».

Moritz hundió su azadón en la tierra esponjosa. Los judíos querían burlarse de él. Sabían todos el rumano, pero no querían hablarlo.

Cuando terminaron de trabajar, el viejo Isaac Lengyel, jefe de la columna le habló aparte.

—Sé que los judíos atravesamos en este momento una época difícil. Pero aquí nos hallamos todos reunidos y por lo tanto debemos hablar «yiddish».

—¡Pero yo no soy judío! —dijo Moritz.

—¿Por qué escondes tu raza? —le preguntó Isaac Lengyel—. Antes de que te detuvieran, hacías bien en ocultarla. Pero ahora tu actitud no tiene ningún sentido. Si persistes en mentir, serás renegado.

—¡Pero yo no soy judío, señor Lengyel! —exclamó Moritz con voz temblorosa.

—¡No me importa! —dijo el viejo—. ¡Si prefieres ser renegado…!

Iohann Moritz conoció, a partir de aquel día, la angustia de la soledad. Nadie quería creer que no era judío. Todos pretendían que mentía, que no era rumano y que hacía todo aquello para salir campo.

En el registro que llevaba el viejo Lengyel estaba inscrito como judío bajo el nombre de Moritz Jacob.

—No hay ningún judío que se llame Iohann —le había dicho Lengyel—. Tu nombre es Jacob. Iohann no es más que la traducción rumana.

Los camaradas del campo le llamaban Yankel. No se opuso, pero le fue difícil acostumbrarse.

—Podéis llamarme Jacob y Yankel —les dijo—. Sólo lamento que no me creáis.

32

Iohann Moritz supo que todos los judíos que se hallaban detenidos en el campo habían sido conducidos por una orden de requisa. Aquello terminó de convencerle de que el Estado requisaba a los judíos como a los caballos, los carros y los sacos de trigo. Pero él no era judío. Y eso era lo que quería decirle al brigada. Era la única persona que podía escuchar su queja. Pero el brigada no tenía nunca tiempo libre. Un día, por fin, logró hablarle. Al verle, el oficial exteriorizó su irritación:

—Estás aquí desde hace cuatro meses y no haces más que molestarme. Veo que eres un elemento de desorden. Cada vez que abro la puerta del despacho te encuentro aquí, clavado en el umbral. Cada día tienes en los labios una reclamación. ¿No comes bastante? ¿No puedes trabajar? ¿No puedes vivir sin tu mujer?

Iohann Moritz había preparado un discurso que repetía diariamente para sus adentros. Expresó sus deseos de contar al brigada toda su historia.

—¡Sé breve! —le recomendó el oficial.

—Quiero marcharme —imploró Iohann Moritz—. No soy judío.

—¿Que no eres judío?

El brigada le miró irónicamente. Luego cogió el registro de prisioneros que se hallaba sobre la mesa y lo abrió por la letra «M».

Leyó en voz alta:

—Moritz Jacob, veintiocho años, casado, dos hijos, domiciliado en el pueblo de Fantana. Nombre de la mujer: Suzanna. ¿Eres tú, no es así?

—Soy yo —respondió Moritz.

—¿Por qué me dices entonces que no eres judío?

—Soy yo, efectivamente —dijo Moritz—. Pero no soy judío.

—¿Te das cuenta de que es muy grave lo que afirmas? —preguntó el brigada—. Una mentira representa la cárcel. Sostienes que todo lo que está escrito aquí (y son documentos militares) es falso. ¿Sabes lo que te espera si se descubre que eres judío?

—No soy judío —repitió Moritz.

—¿Entonces qué haces aquí?

—¡No lo sé!

—¿Y por qué vienes a decírmelo ahora? —preguntó el brigada—. En todos los documentos oficiales he hecho constar que los doscientos cincuenta hombres que trabajaban en el canal, bajo mi mando, son judíos. He firmado mi declaración. Y ahora vienes a decirme que no eres judío. Y que, por lo tanto, he firmado una declaración falsa, que me espera la cárcel… —El rostro del brigada estaba congestionado de cólera—. Merecerías que te diera un par de bofetadas que te dolieran cinco días seguidos. Sin embargo, tomaré nota de tu declaración. Pero como lo que dices es muy grave, quiero que escribas la declaración de tu propia mano y que la firmes. Quien te ha mandado aquí irá a la cárcel si resulta que no eres judío. Pero si lo eres, te trasladarán del campo al penal. ¿Comprendes?

Moritz permaneció de pie junto a la puerta mientras el brigada escribía la declaración. Luego la firmó. En ella constaba que Iohann Moritz no era judío y que, en consecuencia, pedía ser puesto en libertad.

—Y ahora puedes marcharte —dijo el brigada—. Mañana por la mañana remitiré a mis superiores el papel que acabas de firmar. Luego aguardaremos a que llegue la respuesta.

Moritz sonrió. Al salir del despacho tuvo la impresión de que se dirigía ya a su casa. Le sacó de su ensueño Strul, el asistente, corriendo tras él. El brigada quería decirle algo más.

—Escucha, Moritz —añadió el oficial—. Llevo veinticinco años en servicio. Soy padre de familia. No querrás que renuncie a mi carrera por culpa de mi declaración. Tu caso no es tan sencillo como parece. Te apellidas Moritz. ¿Por qué te apellidas Moritz si no eres judío? Y además, hablas «yiddish». ¿Has visto alguna vez a un rumano hable «yiddish»? ¿Hablo yo esa jerigonza?

—Lo he aprendido en el campo —respondió Moritz—. Si se sabe alemán y se oye hablar «yiddish» durante todo el día, es fácil aprenderlo.

—Escucha —dijo el brigada—. En primer lugar tienes un nombre judío. En segundo lugar, hablas «yiddish». En tercer lugar, estás inscrito como judío. ¿Y quieres hacerme creer que eres rumano?

El brigada cogió la declaración firmada por Moritz y la dejó sobre la mesa.

Pero Iohann no abandonó el despacho. Estaba tan irritado que no podía articular palabra.

—Juro por todos los santos que no soy judío.

—Eso lo veremos luego —respondió el brigada—. Esperando que este asunto se aclare, he tomado nota de tu declaración y voy a hacer un informe con todas mis deducciones. Soy un hombre justo. Lo sido toda mi vida. Además de tu declaración, he tomado asimismo nota del hecho de que tienes un nombre judío, cuyo origen conoces, y que hablas «yiddish», pero que declaras haberlo aprendido en el campo, según pueden certificar los testigos convenientes. ¿No es así?

—Efectivamente —respondió Moritz.

—Pasemos a otra cosa —dijo el brigada—. ¿De qué religión eres?

—Ortodoxa.

Le miró con aire receloso.

—¿Sabes cómo bautizan a los judíos?

—Lo sé.

—¿Y declaras no haber sido bautizado como ellos?

—Así es.

—¿Estás seguro?

—Seguro, señor.

—Acércate a la ventana y demuestra que no estás bautizado como los judíos —ordenó el oficial.

Iohann Moritz se desabrochó el pantalón. Al quedarse desnudo de la cintura para abajo, miró al brigada.

—No tienes que ruborizarte como si fueses una mujer —dijo el oficial—. No hay nada de que avergonzarse. Acércate más a la luz. Quiero comprobar con mis propios ojos lo que voy a escribir en el informe.

Se levantó, y arrodillándose delante de Moritz se puso a estudiar el lugar en cuestión, comparando lo que veía con lo que había visto o de lo que había oído hablar. Pero a pesar de todo no supo muy bien a qué atenerse. Quería ser muy exacto en el informe. Se levantó y encendió un cigarrillo. Tenía el rostro completamente congestionado.

—Me estás causando muchas preocupaciones, Moritz —le dijo—. ¿Crees que la patria me envía aquí para mirar tu pene…? Soy militar, hijo mío, y éste no es asunto mío. Si lo hago es por ser justo. Acaso no seas judío, y entonces no tienes por qué estar aquí.

El brigada abrió la puerta de la habitación contigua y llamó a Strul, el asistente.

—¡Examina a Moritz! —le ordenó—. Dime si está circunciso como tú.

Strul se arrodilló delante de Moritz. Había sido empleado de Banco y hacía todas las cosas con una precisión matemática. Después de examinar atentamente se puso en pie, y cuadrándose ante el brigada, informó:

—Si le han circuncidado, no ha sido más que superficialmente.

—¿Qué es lo que quiere decir «superficialmente»? —dijo el brigada—. Responde claramente. ¿Está o no está circunciso?

—No puedo precisarlo —contestó Strul—. Me parece ver una incisión parcial, pero no sabría afirmar si ha sido hecha por un rabino o procede de otras causas.

—Ya lo ves, Moritz. Tu caso es muy complicado. Pero, a pesar de todo, voy a enviar estos documentos. Puedes retirarte. Strul, quédate aquí y ayúdame a redactar el informe.

Moritz dio media vuelta y salió de la oficina abotonándose pensativamente el pantalón.

33

Después de la detención de Iohann Moritz, el padre Koruga, que había vuelto de la ciudad, se dirigió al puesto de la gendarmería. Debían ser las nueve de la mañana. El jefe acababa de llegar y a las primeras palabras del sacerdote dio rienda suelta a su indignación:

—He recibido una orden de requisa y me he limitado a ejecutarla —dijo el gendarme—. No puedo darle otros datos. No sé mucho más que usted. Diríjase a la gendarmería de la ciudad.

—¿Está Moritz allí? —preguntó el sacerdote.

—No lo sé —respondió el gendarme—. Y aunque lo supiera tampoco podría decírselo. Son secretos militares. Se requisa hombres para que trabajen en las fortificaciones, y está prohibido divulgar el lugar donde se hallan.

El sacerdote se levantó y le dio las gracias por los informes. Se trasladó al puesto de gendarmería de la ciudad. Llegó aquella misma tarde. Pero Iohann Moritz no estaba allí. Nadie había oído hablar de él.

—¿Era un judío? —preguntó un oficial joven.

—Es un cristiano ortodoxo. Pertenece a mi parroquia —respondió el sacerdote.

—Entonces no lo han mandado aquí —respondió el oficial—. Vaya usted a ver al gendarme del pueblo y dígale que nos comunique el número con el que expidieron a ese hombre. Durante todo el día de ayer y esta mañana hemos estado recibiendo columnas de judíos. Pero como dice usted que el hombre por el que se interesa no es judío, no debe encontrarse entre ellos.

—No es judío —repitió el sacerdote.

Al día siguiente volvió a la gendarmería con el número del informe. El oficial de la víspera, después de rebuscar en un registro le respondió:

—Lamentamos no poder facilitarle ninguna indicación. Hace falta la autorización del Ministerio de la Guerra.

—Quiero saber solamente si Moritz Ion fue detenido y el lugar donde se encuentra —dijo el párroco—. Eso no puede ser un secreto.

—Está detenido —respondió el oficial—. Pero no podemos decirle el lugar donde se halla. Además, ni siquiera lo sabemos. Ha sido remitido al Estado Mayor y éste no nos indica nunca el lugar donde se envía a los hombres que recibe, ni lo que hace de ellos.

La respuesta fue seca. El oficial, después de haber hallado el nombre de Iohann Moritz en el registro, no dejaba de contemplar al sacerdote con una mirada recelosa.

El padre Alexandru Koruga salió de la oficina. Apenas había dado media vuelta cuando el oficial comentó en voz alta:

—Este «pope» miente como un sacamuelas. Ha declarado que el individuo en cuestión es ortodoxo y lo encuentro inscrito en el registro como judío. Si vuelve a poner los pies aquí le echaré sin consideración.

34

El padre Koruga escribió a Traian para enterarle de la detención de Iohann Moritz. Le rogó que intercediera en el Ministerio de la Guerra y en el Estado Mayor. Unos días después recibió respuesta. El resultado de sus gestiones por doquier era la promesa de que Moritz sería puesto en libertad.

Pero después de recibir esa carta transcurrieron dos semanas. Luego tres y cuatro. Finalmente, dos meses. El verano se acercaba a su final, y al llegar los primeros días de otoño Iohann Moritz no estaba aún de vuelta. El padre Alexandru Koruga fue a visitar al prefecto del Municipio. Al dirigirse a la ciudad encontró en el camino al viejo Goldenberg, padre de Marcu, y le invitó a subir al coche. El judío había adelgazado mucho.

—Desde el día en que lo detuvieron no he vuelto a tener noticias de Marcu —dijo el comerciante. Suspiró dolorido—. Me gasté una fortuna para que fuera a estudiar a las universidades de Bucarest y París. Y ahora que tenía terminado su doctorado y que había vuelto a casa, lo detienen y lo mandan a cavar trincheras. ¿Hacía falta doctorarse en derecho para eso?

El párroco sacó un pan caliente de su cartera, lo partió en dos y le tendió la mitad a Goldenberg.

Comieron en silencio. El camino era empinado y el caballo iba a paso lento. Al llegar a la cima de la colina, el judío volvió a hablar:

—Me han requisado la casa. Dentro de algunos días tengo que dejarla, si no quiero que los gendarmes me expulsen. La construí con el sudor de mi frente. Primero se llevaron a Marcu. Ahora me quitan la casa. ¿Qué he hecho yo, padre?

El judío se calló. Y tras unos instantes de silencio exclamó con desesperación:

—Acabaré por colgarme. ¡No puedo más!

Al llegar a la ciudad, Goldenberg descendió del coche. Desde el pescante, el sacerdote lo vio desaparecer en el dédalo de callejuelas estrechas que formaban el «ghetto».

35

Después de haberse separado de Goldenberg, el padre Koruga se dirigió a la prefectura. Dejó que el caballo avanzara al paso y contempló las casas, las aglomeraciones de casas con hileras de pisos superpuestos que no acababan de crecer, cada vez a mayor altura.

Al llegar ante la prefectura, el caballo se detuvo solo. El párroco acudía por lo menos una vez a la semana para inquirir lo que le había ocurrido a Moritz. Por eso el animal sabía perfectamente dónde se dirigía su dueño cuando iban a la ciudad. El prefecto no estaba jamás en su despacho, y cuando se hallaba allí parecía siempre ocupado. El sacerdote Alexandru Koruga no conseguía hablar nunca con él. Los secretarios y los conserjes le conocían, y al verle sonreían compasivos. Sin embargo, aquel día el secretario se dirigió hacia él.

—El señor prefecto le recibirá esta misma mañana —dijo—. Dentro de media hora le tocará el turno.

Una hora más tarde, el sacerdote Alexandru Koruga consiguió llegar por fin ante el prefecto.

—Hace seis meses detuvieron a un muchacho de mi parroquia —explicó—. Quisiera saber el lugar donde se halla y la causa por que ha sido detenido. He oído decir que está en un campo de judíos. Me extraña, porque es rumano y cristiano. Yo mismo lo bauticé. Quisiera intervenir para que le pusieran en libertad.

—Por principio soy contrario a toda intervención en asuntos de esta índole —respondió el prefecto.

—Pero el hombre de que le hablo no es culpable de nada.

—El hombre de quien acaba de hablarme se halla en un campo de judíos —replicó el prefecto—. Así acaba de declararlo usted mismo hace unos instantes.

—Sin embargo, no es judío.

—Es igual. Desde el momento en que está en un campo de judíos, se halla bajo la jurisdicción de unas leyes y disposiciones que no son de mi incumbencia. He aquí la respuesta a la primera pregunta. En cuanto a la segunda, y a mi juicio la principal, voy a responderla inmediatamente: Me disgusta que los sacerdotes de mi departamento, en lugar de cuidarse de su parroquia, acudan continuamente a las autoridades con preguntas de toda especie. Nos hallamos en estado de guerra y cada cual debe ocupar su puesto. Le ruego que considere mi advertencia como oficial. No quisiera verme en la obligación de imponerle sanciones a este respecto.

—Trabajar por el bien del hombre y la justicia humana es trabajar por la Iglesia y por Dios —respondió el sacerdote—. Al intervenir por Iohann Moritz, intervengo por la Iglesia y por Dios. Es mi misión como sacerdote. Lo que acaba de ocurrirle a ese hombre es injusto.

—¡La injusticia sólo existe en la imaginación de usted! —exclamó el prefecto con voz fría y concisa—. Nos hallamos en estado de guerra, luchando por la Patria y la

Iglesia contra el Anticristo. ¿Sigue sosteniendo usted que es injusto que un individuo cualquiera esté trabajando en las fortificaciones y sirviendo así nuestra sagrada causa?

—Ese individuo es un ser humano —respondió el párroco—. Y ese ser humano ha sido detenido y enviado a trabajos forzados sin ser culpable y sin haber sido siquiera juzgado.

—¡Tonterías! Si tuviéramos que ocuparnos de cada individuo por separado, la marea bolchevique nos anegaría muy pronto y no tardaríamos en balancearnos del extremo de una cuerda. Usted el primero, padre. Tenemos la certidumbre de estar combatiendo por la Cruz.

—Aquel que no piensa en el hombre, no puede pretender luchar por la Cruz —respondió el sacerdote—. Nadie puede ser defensor y enemigo de la Cruz al mismo tiempo.

—¿Quiere usted que soltemos a su Moritz y que de paso dejemos entrar a los bolcheviques en el país, incendiar nuestras iglesias, violar nuestras mujeres y cargarnos de cadenas? ¿Cree usted luchar así por la Iglesia?

—El más noble ideal, ya sea nacional, social o religioso, no puede excusar la injusticia, siquiera hecha a un solo hombre. *Accusatio ordinatur ad bonum commune quod intenditur per cognitionem criminis: nullus autem debet nocere alicui injuste, ut bonum commune promoveat*.[5] Transformar a los hombres en esclavos en nombre de Cristo es un crimen contra Cristo.

—¿Está usted seguro de que el individuo no es judío? —preguntó el prefecto.

—Absolutamente seguro.

—¡Entonces se ha cometido una terrible infamia! —exclamó el funcionario—. Hay que castigar al culpable. ¿Quién dio la orden de requisa?

—No lo sé —respondió el párroco—. Desde hace seis meses no hago más que preguntárselo a las autoridades: a la policía, a la gendarmería, al ejército. Lo he preguntado por doquier. Pero nadie quiere decírmelo. Todos me responden que es secreto.

—Es natural —dijo el prefecto—. Estas operaciones son estrictamente secretas. Yo tampoco puedo decirle nada. Es necesario que pase usted antes por el Estado Mayor. En cuanto haya recibido una autorización, vuelva aquí y consultaremos los archivos. Si trata de un abuso, puede estar seguro de que quien lo haya cometido recibirá un castigo ejemplar. Pero no puedo darle ningún dato sin un documento oficial que me autorice a ocuparme del asunto.

El prefecto se levantó. La audiencia había terminado. Pero el padre Koruga no se movió de su silla.

—¿Es posible, señor prefecto, que el hombre haya llegado a semejante grado de insensibilidad? ¿Que sea como una máquina y que permanezca sordo a la llamada del prójimo? No me atrevo a creer que no haya usted comprendido mi ansiedad. Es usted hombre. El hombre posee sentidos. Y un alma. El hombre no es una máquina. ¿De

verdad no comprende la injusticia que se está cometiendo con Iohann Moritz?

—Padre —dijo el prefecto—. Para serle absolutamente sincero he de confesar que lamento mucho no estar en condiciones de servirle. Creo que tiene usted razón. Le digo todo eso porque soy también hijo de sacerdote. Pero tengo como principio no ocuparme de los judíos, ni de los francmasones, ni de los de la «Guardia de Hierro». Son asuntos peligrosos, que pueden volverse contra quien los remueve. Un funcionario como yo no puede echar a perder su carrera.

El padre Koruga se levantó. El prefecto le acompañó hasta la puerta, y estrechándole la mano le dijo:

—Lamento no poder hacer nada por su hombre… ¿Cómo se llama? ¡Ah sí, Moritz, según creo! En cualquier otra ocasión, venga a verme y estaré a su disposición.

36

A la salida de la ciudad se alzaba una iglesia. El sacerdote se detuvo ante ella. Pensó en el gendarme de Fantana, en el prefecto, en el joven oficial de la gendarmería y en todos los policías y funcionarios que había encontrado durante sus inútiles pesquisas y que parecían estar custodiando al preso Iohann Moritz. Se quitó el sombrero y recitó esta plegaria de W. H. Auden:

> *Y ahora, roguemos a la intención de quienes detentan alguna desgraciada partícula de autoridad, roguemos por todos aquellos a través de quienes tenemos que sufrir la tiranía impersonal del Estado, por todos aquellos que investigan y contrainvestigan, por todos aquellos que dan autorizaciones y promulgan prohibiciones, roguemos porque no consideren jamás la letra y la cifra como algo más real y más vivo que la carne y la sangre… y haced, Señor, haced que nosotros; simples ciudadanos de esta tierra, no lleguemos a confundir al hombre con la función que ocupa. Haced que tengamos siempre presente en el espíritu y en la mente, que de nuestra impaciencia o de nuestra pereza, de nuestros abusos o de nuestro temor a la libertad, de nuestras propias injusticias, en fin, ha nacido este Estado que tenemos que sufrir para perdón y remisión de nuestros pecados.*

El sacerdote se cubrió la blanca cabellera con el sombrero y prosiguió su camino hacia Fantana.

Al salir de la ciudad se encontró al viejo Goldenberg, que se dirigía también al pueblo. El caballo, que conocía al comerciante judío, se detuvo. Sabía que el párroco le invitaba siempre a subir a su carruaje.

37

El jefe de la gendarmería de Fantana recibió orden de redactar un inventario de todos los bienes inmuebles pertenecientes a los judíos del poblado. Inventarió todo lo que era posesión del viejo Goldenberg, pero no remitió el documento. Sabía que Moritz se hallaba también en un campo de judíos, y aquello le contrariaba. Al enviar a Moritz al cuartel de la ciudad, el gendarme no había tratado de hacerlo pasar por judío. Las disposiciones para la requisa de mano de obra estipulaban que sólo podrían reclutarse forzosamente los judíos y los indeseables. Moritz era rumano y hubiera sido una grave falsedad haberlo hecho pasar por judío. Por eso el gendarme lo había inscrito como indeseable. Así resultaba completamente legal. Como no había disposiciones precisas a tal respecto, cualquiera podía ser considerado por un gendarme como indeseable. Sin embargo, una vez en el cuartel de la ciudad, Moritz había pasado a engrosar el registro de los judíos. La culpa era de los gendarmes de la ciudad, o mejor dicho, del propio Moritz, por llevar un nombre judío. El jefe de puesto de Fantana comenzó a lamentar todo aquel embrollo. Había creído que Moritz no estaría ausente más que algunas semanas. Pero transcurridos seis meses, aún no daba señales de regreso. Por si fuera poco, la orden de requisar todos los bienes de los judíos venía a complicarlo todo más. En justicia, la casa de Moritz no hubiera tenido que ser objeto de aquella requisa. Pero en los registros de la ciudad constaba con toda claridad el nombre de los dos judíos de Fantana: Goldenberg y Moritz.

El gendarme se rompía la cabeza tratando de hallar una solución. Si comunicaba a la gendarmería de la ciudad que Moritz no era judío, y que por lo tanto su casa no podía inscribirse en el registro de requisa, ordenarían una investigación para establecer las causas del arresto de Iohann Moritz. Y al jefe de puesto no le interesaba una investigación. Prefería librarse de aquella medida, pues es seguro de que Suzanna declararía en contra suyo. Había que hallar otro medio. Y el jefe del puesto se decidió a pedir consejo a Goldenberg.

—Si Suzanna se divorcia tendrá derecho a seguir ocupando la casa. No consta en ningún lado que sea judía. En todo caso, en la ciudad han obrado así todos los judíos casados con cristianas.

El gendarme le dijo que Suzanna no querría divorciarse nunca. Y en su fuero interno se repitió que, como Moritz no era judío, todo aquello no tardaría en degenerar en un escándalo fenomenal. Sobre todo si a Suzanna se le ocurría la idea de solicitar los servicios de un abogado y éste ordenaba la apertura de una investigación.

—El divorcio se obtiene fácilmente —dijo el viejo Goldenberg—. Basta que la mujer declare por escrito que quiere separarse de marido por motivos «de orden étnico». El divorcio queda aprobado apenas se presenta la demanda. Ni siquiera hay juicio. Todo resuelve por vía administrativa. Así lo estipulan las nuevas leyes.

38

El gendarme escribió de su propio puño y letra la petición de divorcio, redactándola como si procediera de Suzanna. Luego fue a verla para que firmara el documento.

—Tu marido está en un campo de judíos. He recibido orden de requisar vuestra casa. En las actas consta que Moritz es judío. Sé que no es de esa raza, pero su apellido es causa de sus desgracias. ¿Por qué diablos de apellida Moritz?

Suzanna le escuchó con la barbilla apoyada en la puerta. Le miraba fijamente, sin pestañear, cuando de pronto unos grandes lagrimones brotaron de sus ojos muy abiertos.

—Me has quitado a mi marido —dijo—. Y ahora quieres arrebatarme mi casa. Te mataría, todo y siendo gendarme… ¡No me quitarás esta casa! ¡No me la quitarás!

Se agachó, cogió una enorme piedra y la lanzó por encima de la puerta. El gendarme se ladeó para hurtar el golpe.

—No quiero quitarte la casa, mujer —dijo—. Precisamente he traído este documento. Si lo firmas podrás seguir viviendo aquí.

Tendió a Suzanna la petición de divorcio y la estilográfica. Ella cogió ambas cosas, pero por muchos esfuerzos que hizo no pudo leer el documento. Tenía los ojos arrasados aún en lágrimas.

—¿Qué pone aquí?

—Es una simple demanda de divorcio —dijo el gendarme—. Una sencilla formalidad para que puedas seguir en esta casa.

—¿Quieres que me divorcie? —gritó ella.

Soltó un rugido como una tigresa, y le habría despedazado de haber podido. Él, sin asustarse, cogió su mano entre los barrotes de la puerta e intentó calmarla.

—Es una simple formalidad —dijo—. No vayas a creer que se trata de un divorcio verdadero. Si no firmas el documento, no tardarán en echarte de aquí. ¿Y dónde irás, en pleno invierno, con tus hijos en brazos?

Pero Suzanna no quiso atender a razones.

—Iani es mi marido. Antes moriré que abandonarle.

El gendarme permaneció ante la puerta más de una hora. Suzanna acabó por sentirse fatigada. Había llorado demasiado. Entró unos instantes en la casa y reapareció a los pocos momentos. Le tiró otra vez piedras y luego, cogiendo un hacha, le amenazó. Sin embargo, tras las explosiones de furor, razonó que valía más firmar un papel que ser expulsada de la casa. Estaba segura de que cuando regresara Iani le perdonaría haber firmado. Vería que había seguido siendo fiel, trabajando sin descanso, guardando la casa y cuidando a los niños. Que había seguido siendo su mujer. Y firmó. El gendarme metió la petición de divorcio en el bolsillo interior de la guerrera y se alejó silbando. Podía ya dormir tranquilo. ¡No habría investigación! Y sonrió, acentuando la alegre tonadilla de su silbido.

39

Los presos que trabajaban en el campo donde se hallaba Moritz hubieran podido escaparse todos. Tan sólo cinco soldados componían la guardia. Pero como sabían que un día u otro volverían a encontrarles, ni siquiera intentaban la evasión.

Marcu Goldenberg fue la excepción. Se escapó. Pero con tan mala suerte, que tropezó con el propio brigada en la carretera. Y al poco rato volvió a hallarse en el campo.

El brigada reunió a los presos antes de la hora de trabajo y les dijo:

—¿Qué debo hacer? ¿Encadenar a Goldenberg y enviarlo al Tribunal de Guerra o dejarlo aquí? ¿Os encargaréis vosotros de custodiarle para que no vuelva a cometer ninguna tontería?

Los presos asintieron y tomaron sobre sí la responsabilidad de guardar a Marcu Goldenberg. Hasta aquel día, éste no había trabajado nunca en el canal. Estaba enfermo todo el tiempo y por eso habían acabado por emplearle como escribiente en el despacho. Pero tras el intento de fuga, el viejo Lengyel le dio una pala y le indicó la porción de canal que tenía que cavar.

Marcu Goldenberg se negó. Prefería que le cortaran las manos antes que cavar una sola fanega de tierra.

—Este trabajo atenta contra mis convicciones políticas —dijo.

Los presos le rodearon con expectación. Ninguno se había atrevido a dejar de trabajar en la construcción del canal alegando convicciones políticas. Por eso sentían curiosidad por lo que iba a decir.

—Se está construyendo este canal para detener el avance del ejército rojo —dijo Marcu Goldenberg—. Pero yo soy comunista. Y no quiero obstaculizar el camino a mis camaradas.

Los presos apreciaron en su justo valor la actitud valiente de Marcu. Estaban todos de acuerdo. Pero cuando se dieron cuenta de que el pedazo de tierra de Goldenberg tendrían que cavarlo ellos, su entusiasmo se enfrió rápidamente. El viejo Lengyel dio la señal de partida y prometió que arreglaría el enojoso asunto.

En cuanto los demás empezaron a trabajar, el anciano se acercó a Marcu, que permanecía a orillas del canal, con las manos metidas en los bolsillos.

—Nosotros, los judíos, tenemos una cualidad que no puede igualarnos ningún pueblo de Occidente. Sabemos transigir. Nuestro pueblo es lo bastante sagaz para apreciar el compromiso y despreciar las posiciones tajantes. Es una virtud que hemos heredado de Oriente. ¿Me entiendes? El que sabe nadar y guardar la ropa es un sabio. Pero tú has despreciado esa sagacidad tomando una posición rotunda y olvidando que esa actitud es característica de los pueblos bárbaros, de los pueblos de soldados. Las naciones refinadas pueden permitirse el lujo de tener varias actitudes al mismo tiempo y escoger entre ellas la que se adapte mejor a la situación imperante. Si no quieres obrar de acuerdo con esta sagacidad nuestra, peor para ti. ¿Sigues aferrado a

la idea de no trabajar en el canal?

—No trabajaría de ninguna manera —respondió Marcu.

—Pero tu porción de canal tiene que cavarla alguien. Diariamente, uno de nosotros hace doble trabajo. Hasta ahora has estado en el hospital. A partir de hoy…

—Lo sé —dijo Goldenberg—. ¡Pero no trabajaré!

—Si tú no trabajas, nosotros tendremos que hacerlo en tu lugar. Hoy lo estamos haciendo ya. Comprenderás que no es posible que estés aquí sin hacer nada, con las manos en los bolsillos, mientras los demás trabajamos por ti.

—No os he pedido que lo hagáis —dijo Marcu Goldenberg, desdeñoso—. Si trabajáis, peor para vosotros. Supondré que encontráis en ello un especial placer…

—No nos gusta trabajar y tú lo sabes perfectamente. Pero no podemos dejar que el brigada se entere de tu actitud y te envíe al Tribunal de Guerra con las manos esposadas.

—Decidle que soy un saboteador. ¿Por qué no vais a decírselo en seguida?

—Escucha, Marcu —dijo Lengyel—. Eres doctor en derecho y tienes que comprender la situación. No podemos pedir que te arresten y presenciar luego tu salida del campo entre dos hileras de bayonetas. No podemos hacer eso. En toda Europa los fascistas están cazando ahora judíos, cazándonos como si fuéramos a animales salvajes. Los fascistas son nuestros enemigos, Goldenberg. Por eso nosotros, los judíos, no podemos pedir que arresten a otro judío y le envíen a un Tribunal de Guerra. Tampoco podemos cavar su porción de canal y trabajar en su lugar, cuando apenas conseguimos terminar cada cual las secciones que nos designan.

—¿A qué viene este sermón? ¿Esperas conmover acaso mis sentimientos? —preguntó Marcu con sarcasmo—. Si crees que has de convencerme, pierdes el tiempo.

—No cometeré esa ingenuidad —dijo Lengyel—. Eres un fanático. Y todo fanático me parece un animal rabioso, al que no debo aproximarme. Pero tienes un padre y una madre, Marcu. Sé que no piensas casi nunca en ellos, pero nosotros, los demás, lo hacemos en tu lugar. Eres judío. Y no podemos olvidarlo. Corre por nuestras venas la misma sangre. Aunque tú lo hayas olvidado, así es. Por eso tratamos de hallar una solución de compromiso para conciliar tu fanatismo, los intereses de nuestra comunidad y nuestro sentimentalismo, que tú juzgas ridículo.

Los otros presos habían ido formando un extenso corro en torno a los dos hombres y les escuchaban con atención.

—No quieres trabajar en el canal porque representa un obstáculo para tus camaradas del ejército rojo —dijo Lengyel—. No podemos forzarte a hacerlo. Pero tienes que hacer, en su lugar, otro trabajo que no tenga significación política o militar. Por ejemplo, limpiar letrinas. ¿Recuerdas que hasta ahora hemos tenido que limpiar por riguroso turno? Pues tú puedes hacerlo ahora diariamente, y aquel a quien le tocaba trabajará en tu lugar… Creo que ésa es la mejor solución. Aunque te prevengo que el trabajo es duro y desagradable.

El viejo Lengyel estaba seguro de que Goldenberg, puesto a elegir, preferiría

seguir trabajando en el canal. Sabía que no resistiría la humillante y desagradable limpieza de las letrinas más de dos días, y mucho menos tratándose de un intelectual.

—Reflexiona bien… Te doy de plazo hasta esta noche para pensar.

—No es necesario —dijo Marcu—. Ya está tomada mi decisión.

—¿Cuál es?

—Me decido por las letrinas —respondió Goldenberg—. Es una actividad constructiva. El trabajo en el canal es criminal, reaccionario y fascista. Prefiero estar encorvado en las letrinas todo el día antes que tener que levantar obstáculos a mis camaradas del ejército rojo.

El viejo Lengyel palideció. Su plan había fracasado.

—Deberías reflexionar antes de tomar semejante decisión —dijo con voz temblorosa.

—Ya lo he hecho —respondió Goldenberg, volviéndole la espalda.

Ninguno de los presos tuvo el valor de acercarse a Marcu y hablarle. Sólo Iohann Moritz se atrevió a hacerlo.

—¡Estás loco! —dijo—. ¿Cómo puedes preferir estar agachado todo el día? Es peor que el penal.

—¡Lárgate! —gritó Goldenberg—. Sé lo que tengo que hacer.

—Nadie lo diría —replicó Moritz.

En aquel momento se dio cuenta de que la mirada de Marcu Goldenberg se parecía mucho a la de Iorgu Iordan.

Y se alejó de él.

40

Al día siguiente, el viejo Lengyel no pudo contener sus remordimientos. Le parecía que se había portado mal con Marcu y aquella misma noche fue en su busca para hacerle cambiar de decisión. Quería lograr a todo trance que el muchacho dejara de limpiar las letrinas. Lengyel era un viejo bastante sensible y sentía remordimientos, como si él hubiera sido causa de que condenaran al muchacho a aquel trabajo.

Marcu no había terminado aún. Todo el día había estado transportando cubos malolientes desde la fosa que servía de letrina hasta más allá de los límites del campo. Una vez fuera, los vaciaba en un montón.

Pero el día estaba lluvioso y la fosa se anegaba sin cesar de agua. Su tarea era, por lo tanto, más pesada. Marcu estaba agotado. De naturaleza débil, tenía los pulmones enfermos y se resentía del menor esfuerzo.

—Creo que deberías renunciar a esto —dijo Lengyel—. No es un trabajo para ti.

Marcu descendió a lo hondo de la fosa y llenó de nuevo su cubo. Luego volvió a subir y sacó los excrementos con la pala.

—En tu lugar, yo no resistiría todo el día la suciedad y el mal olor.

Marcu no respondió. Apenas podía tenerse en pie. Pero seguía trabajando. Levantó los dos cubos y pasó por delante del viejo. Pero cuando volvió, Lengyel se hallaba aún allí.

—Tus ropas y tu piel despedirán sin cesar este olor. Y por la noches no podrás siquiera descansar.

El anciano se dispuso a decirle que a partir del día siguiente podría trabajar de nuevo como escribiente en la oficina. Pero Marcu, sin poder aguantar más, levantó los brazos, cerró los ojos y descargó el golpe. El filo de la pala se hundió en el cráneo de Lengyel. El viejo se desplomó. Con las manos crispadas en el mango de la pala, Marcus siguió descargando golpes una y otra vez. Cuando abrió los ojos vio al viejo Lengyel desangrándose a sus pies, con el cráneo hendido. No había querido matarle. Pero una vez cometido el homicidio, no se arrepentía de nada.

41

Cuatro meses habían transcurrido desde aquel día. A Iohann Moritz le parecía estar viendo aún la cabeza del viejo, hendida por el filo de la pala, y a Marcu saliendo del campo entre bayonetas. Pero las imágenes estaban tan envueltas en la niebla lejana, que a veces se preguntaba si todo aquel asunto no había ocurrido hacía años, muchos años. Los muertos se olvidan pronto. Cierto que Marcu no estaba muerto, pero los encerrados en el penal se olvidan con tanta rapidez como si hubieran muerto.

Aquel día estaba nevando. El brigada les anunció la inspección de un general.

—Estamos esperando también la visita del rey —añadió después—. Tiene que venir a ver el canal que hemos abierto. Dibujó los planos por su propia mano y por eso quiere verlo.

Moritz pensó en Marcu, que debía hallarse en cualquier parte, quizás en el fondo de una mina de sal. Luego pensó en el rey, que había dibujado por su propia mano el plano del canal. Le pareció estar viéndole en su mesa de trabajo, con el lápiz en la mano dibujando sin cesar. Como en las fotografías. El canal era muy largo. Según se decía tenía más de cien kilómetros. Pero cada preso no conocía más que el pequeño pedazo que cavaba por sí mismo. Tenían las obras tres metros de profundidad y las orillas bastante escarpadas. Aún no lo habían llenado de agua. Moritz trató de imaginarse el agua deslizándose por aquel mismo trozo que estaba ahora abriendo. Había oído decir que después de la guerra podrían pasar barcos por aquel canal, pero que de momento serviría sólo para detener el avance ruso. Por tal razón, el trabajo estaba envuelto en el más estricto secreto. Sólo el rey y algunos generales lo conocían. Aquello era lo que el brigada les había dicho.

Moritz había soñado algunas veces con el rey. Le había imaginado con sus generales, hablándoles al oído y discutiendo sobre aquel canal donde él, Moritz, estaba trabajando. Comprendía la razón de que les prohibieran escribir a sus casas, a sus mujeres, a sus hijos: tenía que guardarse el secreto para que los rusos no se enteraran de que existía el canal. El brigada les había dicho una vez que los rusos tenían por doquier espías, deseosos en todo instante de fotografiar la obra. Pero que la policía conseguía arrestarles siempre. También les había dicho que el Estado no podía soltar a los presos, pues si volvían a sus casas divulgarían el secreto del canal.

Moritz pensó que una vez terminada la guerra le gustaría volver por allá, para enseñar a Suzanna, su mujer, y a sus hijos el canal donde había trabajado. Entonces estaría sin duda lleno ya de agua. Trató de grabarse bien en la memoria el lugar donde estaba trabajando, para acordarse cuando regresara. Los niños se maravillarían y no podrían creer que allí mismo había existido un prado donde pastaba el ganado. Cuando regresaran a Fantana se lo explicarían a los demás muchachos de la escuela. No todos podrían jactarse de tener un padre que había construido un canal. Moritz se sintió orgulloso, pero tanto pensó en sus hijos y en su mujer, que acabó atormentándole la idea de su hogar. Quizá se habrían secado demasiado los ladrillos

que estaban en el patio… Quizá Suzanna no habría podido transportar la madera desde el bosque… Quizá no habría podido recoger todo el maíz… Aquella noche no le fue posible conciliar el sueño. Pero al día siguiente se había ya calmado su nostalgia. Estaba seguro que Suzanna lo había arreglado todo. Y lo que no hubiera podido hacer su débil naturaleza de mujer, lo haría él a su vuelta. A partir del día en que el brigada le había examinado, haciendo que se bajara el pantalón, Iohann Moritz aguardaba que le soltaran en cualquier instante. Pensaba que la orden habría llegado hacía tiempo, pero que no podían soltarle en tanto la obra no estuviera terminada. Pero el rey y sus generales iban a llegar de un momento a otro, para ver si les gustaba el canal. E inmediatamente le dejarían volver a su casa. Moritz no sentía ninguna irritación contra el Estado que le había encerrado allí. Todo lo más, estaba furioso contra el soldado que le había escoltado durante el trayecto de Fantana a la ciudad. Y también contra el jefe del puesto. Tenía la seguridad de que a él se debía su requisa y que era la causa de todas sus desventuras. Pero como nada lograba con enfurecerse, procuraba contener su irritación. Estaba seguro, además, de que cuando regresara a la aldea saludaría al gendarme Dobresco como siempre, descubriéndose respetuosamente. Seis o siete meses antes le habría vuelto la espalda. O acaso le habría insultado, pues el gendarme se había burlado de él con aquella orden de requisa. Pero ahora se sentía tranquilo. El tiempo conseguía borrarlo todo, y sabía que dentro de poco se hallaría de regreso. Sentía gran nostalgia por su pueblo y por su mujer. Los niños estarían, sin duda, muy crecidos. Moritz se dejaba mecer suavemente por los sueños, viéndose a sí mismo entrar en su casa, coger a Petru en brazos y besar fuertemente a Nicolae. Luego oía su propia voz contando a Suzanna lo ocurrido, cómo había trabajado y dónde había estado. Pero no le diría nada de los golpes recibidos y le ocultaría también el hambre que había pasado. ¿Para qué apenarla? Tan sólo comentaría entre risas su aprendizaje de «yiddish» y la confusión de todos los del campo, que le habían tomado por un judío. Claro que el brigada, más listo que los demás, le había ordenado que se bajara el pantalón para examinar si… Suzanna se reiría de buena gana, sobre todo cuando supiera que el brigada había mandado a Strul que le examinara también. Entonces él le diría que tanto uno como otro se habían quedado atónitos y habían dicho: «Tenemos que hacer que salgas cuanto antes del campo, pues no eres judío y el rey ha ordenado que sólo los judíos trabajen en este canal.»

Suzanna se sentiría dichosa de que todo aquel asunto hubiera terminado y de que se hallara de nuevo en casa. Se acercaría a él, le estrecharía amorosamente en sus brazos y diría: «¡Eres mi marido y te quiero más que al sol que brilla en el cielo!»

Todo aquello soñaba Moritz mientras esperaba la visita del general. Pero aquel mismo día les anunciaron que éste no llegaría hasta el siguiente. Los presos, que le habían aguardado formados y con palas al hombro, se dispersaron.

Llamaron a Moritz a la oficina.

—El brigada quiere hablarte —dijo Strul.

Moritz sintió que el corazón le latía con fuerza. Se dijo a sí mismo que por fin había llegado la orden de ponerle en libertad. Para aquello debían llamarle a la oficina. Pero no se lo preguntó a Strul. Apenas podía ocultar su alegría. Siempre se había imaginado que le pondrían en libertad cuando acabaran el canal. Pero aún no estaba terminado y ya la buena noticia parecía caerle del cielo. El brigada llevaba un uniforme nuevo. El suelo estaba recién fregado, la mesa de despacho estaba cubierta por un papel azul sin una mancha y los archivos aparecían ordenados en su rincón. Se echaba de ver que aguardaban la visita del general. Moritz se detuvo junto a la puerta. Saludó. Estaba impaciente por oír la buena noticia. Pero contenía su alegría, pues no quería exteriorizarla como un chiquillo. Sentado en otra silla, junto al brigada, se hallaba el doctor Samuel Abramovici. Era también un preso, pero al mismo tiempo un gran amigo del brigada, que permanecía todo el tiempo en el despacho. Strul se sentó en un rincón, delante de su mesita, cubierta también de papel azul. Todos le miraban con los ojos muy dilatados. Parecían muy serios. Finalmente, el brigada se decidió a hablar.

—Moritz, hijo mío, tu mujer se ha divorciado de ti. Ya no es tu mujer.

Y después de atusarse el bigotito, prosiguió:

—Nos han enviado la declaración de divorcio para que la firmes.

El brigada sacó un papel de un cajón y tendió a Moritz la pluma. Pero éste no se movió de la puerta.

—Pide el divorcio por razones de orden étnico. No quiere seguir siendo la mujer de un judío.

Se interrumpió unos instantes y luego prosiguió con un tono de reproche:

—¿Por qué me contaste ese montón de mentiras como que eres rumano y cristiano? Querías engañarme, ¿verdad? Pero no pensaste que te encontrarías ante un viejo zorro como yo. No cursé tu demanda y el tiempo me ha dado la razón. Tu mujer acaba de divorciarse porque eres judío. Supongo que ella debe saber a qué atenerse, ¿no es así?

El brigada sonrió. Pero al volver a fijar su mirada en Moritz Y verle descompuesto y palidecer, se esfumó su sonrisa.

—Todas las mujeres son iguales —dijo—. Seguramente encontró a otro en cuanto te marchaste. Todas son unas rameras. ¡Bah! No tienes que preocuparte…

Moritz sintió deseos de despedazarle. Nadie le había dicho nunca que su mujer era una ramera. Apretó los dientes, con la cólera hirviendo en su interior. Hubiera querido dominarse, pero sentía como si una mano se agarrara a su garganta. Estaba a punto de estallar.

Apretó los puños e hizo un esfuerzo para no golpear al brigada, para no golpear a todos los que le rodeaban.

—Mi mujer no es una ramera —dijo.

—Tienes razón —replicó el brigada—. Tu mujer no es nada, puesto que no tienes mujer. Tuviste una hasta…

Cogió un papel que se hallaba sobre la mesa y leyó la fecha del encabezamiento:

—Hasta el 30 de enero. En esta fecha se pronunció el divorcio y has vuelto a ser soltero.

El brigada volvió a sonreír, imitado por el doctor Abramovici.

—¡Mi mujer no ha pedido el divorcio! —dijo Moritz—. Conozco a Suzanna.

—Si no quieres creerlo, peor para ti —dijo el brigada—. Pero tienes que firmar aquí conforme has tenido conocimiento del divorcio y vuelves a ser soltero.

—No soy soltero.

—Bien. No eres soltero. Pero de todos modos tienes que firmar aquí conforme te has enterado del acta.

Moritz miró la estilográfica que le tendía el brigada y gritó:

—¡No firmaré nada!

El brigada se enfureció. Sus mejillas se congestionaron al recordar que era militar y que la respuesta de Moritz constituía un acto de indisciplina.

—¡Firma! —ordenó—. ¿Olvidas dónde te hallas? ¿Has perdido la cabeza?

Iohann Moritz cogió la estilográfica y firmó. Se trataba de una orden y tenía que obedecer.

Después de escribir su nombre en la hoja de papel, justamente en el lado derecho, donde el brigada le había señalado, dejó estilográfica sobre la mesa e hizo ademán de abandonar la habitación. Tenía los ojos llenos de lágrimas y la cabeza le daba vueltas.

—¡Lee! —dijo el brigada—. Tienes que saber lo que has firmado.

—No necesito leer nada —respondió Moritz—. Sé que no es verdad.

Fue a abrir la puerta. Pero su mano temblorosa no acertó con el picaporte.

—Quédate a fumar un cigarrillo —dijo el doctor Abramovici, tendiéndole la pitillera.

Moritz cogió un cigarrillo y se puso a fumar. Pasaron unos instantes. Lanzó una bocanada de humo, sin acordarse en qué momento el doctor Abramovici le había tendido el encendedor. Una llama amarilla que bailoteaba, agrandándose cada vez más.

—¿Es que tienes hijos? —preguntó el doctor.

Moritz pareció despertarse de un largo sueño. Respondió maquinalmente, como si fuera otro el que hablara por él. No fueron sus labios los que se movieron. Luego, sin saber cómo, se halló fuera de la oficina. Pasó todo el día a orillas del canal, entre la tierra helada. Pero no sentía frío. Mil pensamientos le atravesaban la mente. De vez en cuando recordaba el papel que acababa de firmar, y se sentía invadido por una cólera intensa.

Al día siguiente fue a ver de nuevo al brigada. Le pidió el documento y lo leyó. Hasta aquel momento no había creído en nada de aquello. Pero después de la lectura supo que era verdad. Suzanna se había divorciado porque creía, también ella, que era judío y porque sin duda había encontrado otro hombre.

No volvió a enfadarse cuando el brigada le dijo que era soltero. Sintió una gran

congoja, pero no se irritó porque sabía que era verdad. Lo había leído con sus propios ojos…

42

Al día siguiente, el brigada apareció ataviado con su marcial uniforme nuevo. Los presos aguardaron hasta el mediodía formados a lo largo del canal. Pero el general no apareció.

Al tercer día, el brigada volvió a ponerse su uniforme de diario. Anunció que el general se había enfadado y que no acudiría a visitar el canal.

Estuvieron una semana sin trabajar. Luego el campo donde se hallaba Moritz se desplazó hacia el Norte.

Hasta entonces habían trabajado sin descanso en una tierra arcillosa, amarilla y blanda. Pero en el nuevo emplazamiento el canal tenía que atravesar unos terrenos calizos.

El brigada se fue a la ciudad en un camión para buscar otras herramientas, ya que las anteriores no eran adecuadas más que para la tierra arcillosa. Estuvo ausente tres días. Luego regresó con dos camiones llenos de herramientas apropiadas para horadar y romper los bloques de piedra. El trabajo era duro y hacía frío. Moritz estuvo agotado todo el invierno. La comida era mala y los hombres caían como moscas. Había muchos enfermos y hasta murieron algunos. Moritz no estuvo enfermo. Solamente se sintió algo afectado en la garganta durante una semana. El trabajo avanzaba lentamente, y al llegar al mes de abril se hallaban en el mismo lugar que en Navidad. No habían adelantado más que algunas decenas de metros. Se rumoreaba que más de cinco mil hombres trabajaban aquel invierno en el canal. La tarea iba a durar aún todo el verano y no estaba acabada hasta el otoño próximo. En octubre abrirían la corriente de agua.

Pero algunos meses más tarde recibieron orden de cesar el trabajo. El brigada les hizo saber que el Estado Mayor había renunciado a seguir construyendo aquel canal. El rey Carlos II había sido destronado y se hallaba ya fuera de la nación. Estaban también destituidos todos los generales que le habían ayudado a hacer planes de aquel canal. Al palacio llegaron otros generales que pretendían que el proyecto del canal trazado por el rey no era bueno. Dieron orden de que cesara todo trabajo, y los judíos embarcados en trenes, fueron transportados a la frontera occidental de Rumania, para elevar allá fortificaciones contra los húngaros.

Al abandonar la obra, Iohann Moritz lamentó que el rey hubiera trazado mal el plan. Todo el trabajo había sido inútil…

43

El nuevo campo se hallaba situado en un bosque de la frontera rumano-húngara. Los judíos estuvieron metidos en los trenes tres días y tres noches. Al partir, se llevaron también las herramientas con que abrían el canal. El brigada transportó toda su oficina, con la barraca de madera, al propio tren, y los presos conservaron también sus piojos. Cada cual poseía algunas decenas.

Pero al llegar al nuevo campo se dieron cuenta de que no necesitaban las herramientas del canal. Tenían que cortar árboles para las fortificaciones. Iohann Moritz no había visto nunca fortificaciones, y se asombró de que cortaran bosques enteros de árboles y los transportaran a la frontera.

Miles y miles de hombres no hacían otra cosa que cortar árboles y llevarlos hasta el valle.

Iohann Moritz trató de ver las fortificaciones, pero su curiosidad no tuvo éxito. A su entender, toda aquella madera cortada formaría una especie de muro gigante entre los húngaros y los rumanos. Acaso fuera aquélla la idea del Estado Mayor. Quizá fuera otra. Él no lo sabía, pero aguardaba con impaciencia ver elevarse el muro gigante que tenía que separar ambos países. Cuando estuviera acabado, él, Moritz, podría contemplarlo desde lo alto del bosque. Había oído decir que los húngaros estaban haciendo iguales fortificaciones en su territorio, al otro lado de la frontera. Iohann Moritz sentía curiosidad por ver cuáles serían más altas. Y escuchaba con satisfacción al brigada decirles que las fortificaciones de los húngaros no valían nada y que los rumanos podrían atravesarlas en una noche, si quisieran. Pero los rumanos no querían. Con mucha frecuencia se imaginaba Moritz a los soldados rumanos pasando a Hungría.

Si seguía estando allí en el momento del combate, lo contemplaría desde lo alto del bosque. El brigada les había dicho que las fortificaciones serían tan altas, que ni siquiera un pájaro podría volar por encima de ellas. Por eso Moritz se las imaginaba altas, muy altas. Algunos pájaros volaban a tanta altura, que apenas se lograba verles. Y si ellos no podían pasar por encima de las fortificaciones rumanas —el brigada así lo había dicho— quería significar que desde abajo no podría verse la parte más alta de las fortificaciones, que se perdería en el cielo, entre las nubes. Iohann Moritz se preguntaba dónde debían hallarse los troncos de los árboles que había derribado por su propia mano. Su deseo hubiera sido marcarlos con una señal para poderlos reconocer en el momento en que las fortificaciones estuvieran terminadas. Cada día, mientras cortaba madera en el bosque, Iohann Moritz pensaba en todo aquello. Así el tiempo pasaba más de prisa. Quizá fueran tonterías, y si alguien hubiera podido leerle los pensamientos se habría muerto de risa. Pero a él le gustaban. Evitaba pensar en su casa y en su pueblo, pues entonces sentía que la sangre le nublaba la vista.

Una mañana Strul acudió a su encuentro y le dijo que se presentara en la oficina. Desde la firma del documento de divorcio, Moritz no había vuelto a poner los pies en

la oficina. Cada vez que se imaginaba la mesa y el brigada, recordaba el rincón donde había estado aquel día y la manera como se había apoyado para firmar. Por eso no quería volver. Ni siquiera le gustaba ver la oficina. Se hallaban únicamente el doctor Abramovici, Strul y Hurtig, el cocinero del campo. Moritz los saludó y ellos respondieron amistosamente. Luego le ofrecieron asiento.

Moritz aguardaba ver aparecer de un momento a otro al brigada. Suponía que si le habían obligado a volver del bosque era porque tenían algo importante que comunicarle.

—El brigada no está aquí. Podemos hablar tranquilamente —dijo el doctor Abramovici.

Ofreció a Moritz un cigarrillo, pues acostumbraba a tener siempre cigarrillos. Y de los mejores, de los más caros…

—Yankel —dijo el doctor Abramovici—. Tu mujer te ha abandonado…

Moritz cambió de color. Luego palideció intensamente.

—Eso no le importa a usted —dijo—. Es asunto mío, no de los demás.

—Quise decir solamente que nadie estará esperándote en tu hogar si abandonas el campo —dijo el doctor Abramovici—. Si te he de ser franco, no creo que nadie salga de aquí antes de que la guerra termine. Y aún puede durar diez años.

Iohann Moritz suspiró. Pensó que si estaba diez años más en el campo, al salir habría ya encanecido.

—¿Has deseado alguna vez marcharte a otro país? —preguntó el doctor Abramovici.

Moritz recordó entonces que había querido marcharse a América con Chizta Ion. «Si hubiera llovido aquel día, hoy estaría en América. No habría encontrado a Suzanna aquella noche y ahora me hallaría muy lejos. No en este maldito campo.»

—Claro que quise marcharme una vez —dijo Moritz alegremente—. Quise irme una vez a América, pero no pudo ser…

—Esta vez sí que podrá ser —replicó el doctor Abramovici—. Si quieres, dentro de algunos meses estarás en América.

Moritz contempló fijamente a Abramovici, a Strul y a Hurt. Ellos le miraron también a su vez. No parecían burlarse. De haber querido bromear, no le habrían hecho acudir desde el bosque.

—¡Claro que sí! —exclamó Moritz.

—Entonces no necesitas más que unirte a nosotros —dijo el doctor—. Queremos pasarnos a Hungría. ¿Tienes miedo de evadirte?

—No tengo miedo —dijo Moritz.

—En Hungría no hay leyes antisemitas —dijo el doctor—. Tengo una hermana que se casó en Budapest y vive allá. Me espera. El señor Hurtig tiene también parientes en Hungría. Pero necesitamos alguien que nos ayude a transportar los equipajes. Tengo unas seis maletas. He cogido todo lo que tenía de valor. Después de atravesar la frontera, cuando estemos ya en territorio húngaro, debemos andar a pie

unos diez kilómetros. No puedo llevar todo el equipaje solo. Y, además, ninguno de nosotros habla el húngaro. Por eso hemos pensado en ti…

—¿Cómo podremos salir de aquí? —preguntó Moritz.

—El brigada nos llevará en camión desde el campo a la frontera —dijo el doctor—. No podríamos evadirnos de otra manera, ya que las patrullas guardan todos los caminos. Pero al ir en camión militar no nos descubrirán.

—¿Sabe el brigada que nos evadimos?

—Claro que sí —dijo Hurtig—. Pero tiene una familia numerosa y necesita dinero. Tú harías lo mismo si estuvieras en su lugar.

Moritz no respondió.

—Coge otro cigarrillo y ve a hacer las maletas —dijo el doctor—. Procura que los otros presos no se den cuenta de nada.

—¿Es necesaria tanta prisa? —preguntó Moritz.

—Hay que obrar con la mayor rapidez posible —respondió el doctor—. A la nueve, el brigada nos espera en la puerta con el camión. Coge tus cosas y vuelve en seguida a la oficina. Te aguardamos. No cojas mucho equipaje. Recuerda que tienes que cargar con mis baúles.

Iohann Moritz salió. Volvió poco después con una cartera, donde había metido una camisa, un pantalón y medio pan.

A las nueve salieron del campo. Se metieron en el camión y el propio brigada les condujo a la frontera.

A las tres de la mañana, Iohann Moritz transportó los baúles del doctor Abramovici a territorio húngaro. Al despuntar el alba se hallaban ya ante una estación. El doctor le dio a Moritz dinero para que comprara cuatro billetes de segunda hasta Budapest.

44

En una recepción de la delegación de Finlandia en Bucarest, Traian Koruga conoció al general Totu, ministro rumano de la Guerra. Algunos días después fue a visitarlo al Ministerio y le expuso el caso de Iohann Moritz. El general le escuchó con interés. Anotó el nombre, la profesión, la fecha de nacimiento y de detención de Iohann Moritz, y luego dijo:

—Dentro de una semana, a lo más tardar, su hombre estará de vuelta al hogar. Voy a dar orden para que el caso sea examinado inmediatamente y preparen los papeles para ponerle en libertad. Hoy estamos a…

El general miró el calendario.

—…veintiuno de agosto. Puede usted pasar el día veintiocho y le entregaré la orden para que pongan en libertad a su hombre. —Se interrumpió y luego preguntó —: ¿Es ese Moritz criado de su padre?

—Se trata de su hombre de confianza —respondió Traian—. Propiamente dicho, no es un criado.

—En el campo hay crisis de mano de obra —respondió el general, interrumpiéndole—. Comprendo perfectamente que se preocupen ustedes por ese pobre diablo. Unos brazos son siempre bien acogidos cuando se acerca la recolección.

Traian, bastante molesto, trató de explicar al general que no intercedía a favor de Moritz porque fuera criado de su padre y necesario para el trabajo en el campo, sino solamente porque su detención era injusta.

—Mi intervención es un simple acto humanitario, un acto gratuito…

—Yo también obro así —dijo el general—. Frecuento el campo para asistir a un bautizo o al matrimonio de muchos campesinos. Es necesario utilizar todos los métodos posibles para hacerles trabajar. Tenemos que darles la ilusión de que somos sus amigos, aunque para ello tengamos que ir a sentarnos a la misma mesa que ellos. Comprendo muy bien lo que quiere usted decir. Su padre se halla, sin duda, en la misma situación que yo…

El general abrió un cajón, sacó la última novela de Traian y la dejó sobre la mesa. Era un ejemplar completamente nuevo, con las hojas aún sin cortar.

—Acabo de mandar a mi ayudante de campo a la librería a comprarla —dijo el general—. ¿Tendrá usted la gentileza de escribir una dedicatoria para mi hija? Se llama Elisabet, tiene dieciocho años y devora las novelas. Usted es uno de sus autores preferidos. Cuando vaya a comer y le cuente que ha estado usted a verme, me preguntará un montón de cosas: su traje, la corbata que lleva, los cigarrillos que fuma… La juventud es así. ¡Qué vamos a hacerle!

Traian bajó la escalinata del Ministerio de la Guerra completamente seguro de que aquella vez había obtenido la libertad de Iohann Moritz. Pasó por la florista para recoger el ramo de rosas blancas que había encargado aquella mañana y luego entró

en las oficinas de correos para mandar un telegrama a su padre:

Veintinueve de agosto en Fantana con mi prometida y la orden de libertad de Iohann Moritz.

—¿Estaremos el veintinueve de agosto en casa de tu padre, en Fantana? —preguntó Eleonora West, encantada ante la perspectiva de aquel viaje—. Sólo falta una semana, ¿verdad? ¡Quisiera que ya hubiera transcurrido!

Cogió las rosas blancas de manos de Traian y las colocó en un jarrón.

Este contempló largamente los bucles rojizos que le caían por los hombros, contrastando con su vestido de seda negro. Luego su silueta esbelta y sus piernas torneadas.

—¡Nora! ¿Sabes lo que me pregunto cada vez que te miro?

Ella se volvió sonriente hacia su prometido.

—Me hago la misma pregunta que el poeta Tudor Arghesi: «¿Fue tu madre un hada, una gacela o un rosal? ¿Qué semilla maduró entre sus caderas? La de un espíritu, sin duda, o bien de un hada, puesto que tú no eres de la raza de los mortales…» Eres demasiado hermosa. Debe haber cervatillos en tu árbol genealógico. Tus ojos tienen la mirada asustada de las ardillas. De una de ellas has heredado esa ligereza. Debes tener también algas entre tus antepasados. Tu cuerpo guarda la armonía de las hierbas acuáticas y eres caprichosa como las caricias de un gato de angora.

Eleonora West, vuelta de espaldas, hundió las mejillas en el ramo de rosas.

—¿Te molestan mis comparaciones? —preguntó Traian.

—¡No! —respondió ella.

—Te has puesto triste. Sin ver siquiera tus ojos adivino su melancolía. ¿Es a causa de lo que he dicho?

—¡No! —Nora esbozó una sonrisa—. No estoy triste. Pensaba solamente en mi árbol genealógico. Sería difícil hallar gacelas, príncipes, hadas, algas o ardillas…

Se sentaron a la mesa. Estaban solos en el inmenso comedor con muebles de roble.

La casa de Eleonora West era una de las más célebres de Bucarest. Había trazado los planos ella misma, y tanto los muebles como las alfombras, estaban ejecutados según sus bosquejos. Eleonora tenía veintinueve años y era directora del mayor periódico rumano, *Occidente*. Había frecuentado las más célebres universidades de Europa. Escribía los artículos de fondo de su periódico, dirigía una editorial, una revista literaria y artística, y participaba intensamente en la vida política, cultural y mundana. Traian la conocía desde hacía algunos años. Su amor era tan intenso como en los primeros tiempos y acaso algo más profundo. Pero no se habían casado. Cada vez que Traian lo insinuaba, Eleonora West respondía:

—No sería nunca una buena esposa. Amo demasiado mi trabajo para renunciar a él sin tener la impresión de haber estropeado algo muy precioso en mi vida.

—Creo que soltarán a Iohann Moritz —comentó Traian—. El ministro de la Guerra me ha prometido que lo hará el 29 de agosto. He telegrafiado a mi padre que

llegaré a Fantana con mi prometida y con la orden de libertad de su hombre de confianza. Se sentirá doblemente satisfecho.

—¿Sigues con la intención de presentarme a tus padres como prometida? —preguntó Nora.

—Sí —dijo él—. Pero si no quieres, puedo renunciar a mi idea. Causaré bastante pena a mi padre, pero me sabrá perdonar…

—¿Por qué presentarle tu prometida y no tu mujer? —preguntó Nora—. Si nos casamos pasado mañana, por la mañana, seremos y marido y mujer al llegar a Fantana.

Traian Koruga creyó que Nora bromeaba. Hacía dos años que trataba en vano de convencerla. Estaba seguro de que Eleonora le amaba, pero no quería ser su mujer. No quería ser la mujer de nadie. Y de pronto, le proponía el casamiento.

—¿Hablas en serio? —Se levantó y dio unos pasos nerviosos por el comedor—. ¿Qué te ha pasado? Esta mañana, por teléfono, no me has dicho nada. ¿Cuándo te has decidido?

—No me ha pasado nada —respondió ella—. El 29 de agosto, al llegar a Fantana, seremos ya marido y mujer. Me lo habías pedido varias veces. ¿Es que has cambiado ahora de opinión? Hubieras podido decírmelo…

Traian Koruga se dio cuenta de que acababa de ocurrir un importante acontecimiento. Algo que había impulsado a Nora a aceptarlo como marido. ¿Pero cuál era aquel acontecimiento? No podía adivinarlo.

—Por ahora nos casaremos civilmente —dijo ella—. El matrimonio religioso se celebrará más tarde, en Fantana. Tú siempre has soñado con una boda en la iglesia de tu padre. Me has imaginado vestida de blanco, rodeada de jóvenes campesinas avanzando hacia el altar… Obtendré el permiso para el matrimonio civil. Ahora mismo telefonearé al fiscal general…

—Nora, ¿qué te pasa? —preguntó Traian—. Estoy seguro que te ocurre algo grave.

—¡No me pasa nada! —dijo ella—. Absolutamente nada. O mejor dicho, tan sólo me ocurre que he decidido ser tu mujer. He tomado espontáneamente esa decisión y quiero realizarla inmediatamente para que nada ni nadie intervenga ni se oponga. La felicidad que se me ofrece es tan esencial para mí, que quisiera poseerla inmediatamente, apresarla fuertemente en mis manos. Tengo miedo de perderla si aguardamos demasiado. Eso es todo. ¿No me crees?

46

Después de la comida, Traian Koruga y Eleonora West entraron en la biblioteca para examinar los libros y los cuadros.

Traian estaba convencido de que Eleonora no le había dicho la verdad. Pero no volvieron a hablar del casamiento. Parecía que ambos sintieran la necesidad de escapar a los pensamientos que les obsesionaban. Se detuvieron ante un cuadro de Picasso.

Eleonora West se quedó contemplando la tela, que representaba una mujer desfigurada hasta tal punto por el sufrimiento, que su rostro no tenía ya nada de humano. Era una visión de carne desmenuzada, un retrato del ser humano a quien el dolor había desmontado como a una máquina. No quedaban más que los elementos esenciales: los ojos, la nariz, la boca, las orejas…, cada uno de ellos viviendo aisladamente una existencia individual. El sufrimiento les había alejado uno de otro. El cuerpo humano había renunciado a su unidad.

Traian Koruga se volvió hacia Nora y por un instante tuvo la impresión de que ella se parecía a aquel retrato. Ningún aparato fotográfico hubiera podido fijar su expresión en aquel momento. El dolor era demasiado profundo. El rostro de Eleonora West estaba devastado como el de la mujer de Picasso. Como el de ésta, parecía también atravesado por esas corrientes de alta frecuencia, que no pueden electrocutar precisamente por su gran fuerza.

—¿En qué piensas, Nora? —preguntó.

—En nada —respondió Eleonora—. Vamos a tomar café, ¿quieres?

Y sin esperar respuesta, le volvió la espalda, como hizo cuando él hablaba de su parentesco con las gacelas y las algas marinas.

47

El matrimonio civil se celebró en el Municipio. Traian Koruga y Eleonora West iban vestidos con trajes de calle y dos amigos de Traian les sirvieron de testigos. Tras la ceremonia, comieron en restaurante de Baneasa.

—El matrimonio religioso lo celebraremos con una gran fiesta —dijo Traian. Y se puso a contar a Nora y a los amigos costumbres de una boda rumana en el campo—. La comitiva va precedida, al dirigirse a la iglesia, por campesinos a caballo; cincuenta mozos con el traje nacional y montados en blancas cabalgaduras. Una carreta tirada por cuatro bueyes les sigue. Es costumbre que en la carreta se expongan los regalos recibidos por la novia y su dote. Pero nuestra carreta estará cargada de flores. Tendremos doce padrinos. En pleno servicio religioso, en el momento en que las madrinas y los padrinos se cogen por las manos y bailan al corro, desde lo alto de la iglesia cae una lluvia de caramelos. Cuando yo era niño, acostumbraba recoger caramelos en todas las bodas. Pero nunca más de cuatro. Quiero que en la nuestra todos los chiquillos puedan llenarse los bolsillos. Haremos que acudan doce orquestas de zíngaros con violines y guitarras. El vino correrá de manera abundante y todo el pueblo podrá emborracharse. Nuestra boda se celebrará en un claro del bosque e invitaremos a millares de personas. La fiesta durará una semana…

Nora consultó su reloj de pulsera. Faltaba un cuarto de hora para la cita que tenía con el abogado Leopold Stein.

—¡Vayámonos! —dijo—. Tengo trabajo en la oficina.

Traian interrumpió su relato de las bodas en Fantana. Los dos se levantaron, y después de despedirse de sus amigos, se alejaron.

48

Traian Koruga acompañó a su mujer hasta la redacción. El palacio del periódico *Occidente* era un inmueble ultramoderno, con fachada de mármol blanco. Había sido construido por Eleonora West en el emplazamiento de una antigua imprenta. Traian contempló los seis pisos, cuyas ventanas brillaban al sol. Sonrió. «Es la obra de Nora», pensó, y sin añadir palabra, dijo:

—Te aguardo en el auto.

Sabía que Nora tenía por costumbre conducir sola el auto al regresar de la oficina, pero creía que aquel día haría una excepción. Era el de su boda.

—Volveré sola después de haber liquidado lo que tengo que hacer —dijo ella.

Luego aguardó a verle marchar, ascendió los escalones de mármol blanco y desapareció en el interior del inmueble por la gran puerta de hierro forjado que le abrió rígidamente el portero galoneado de oro.

Eleonora West entró en su despacho con paso indiferente y majestuoso. Aparentó no reparar en la presencia de un anciano vestido de negro que se había levantado a su llegada. Dejó los guantes y el monedero sobre la mesa, invitando con un gesto al anciano a sentarse. Este obedeció. Eleonora cogió entonces un cigarrillo y se esforzó en encenderlo, dominando el temblor de sus dedos. Luego se instaló en el diván y fijó su mirada en el viejo.

—Le escucho, señor Stein —dijo.

El viejo abrió la cartera que tenía sobre las rodillas y sacó un fajo de papeles que colocó en el borde de la mesa. Nora fue siguiendo todos sus movimientos con sostenida atención.

—El asunto está arreglado, señorita West —dijo el viejo—. Aquí están los documentos.

Sacó de la carpeta dos papeles que le tendió.

—¿Son las únicas actas existentes en los archivos de Ploesti? —preguntó Nora.

—Las únicas existentes en los archivos hasta esta mañana —respondió el anciano —. Ahora los documentos se hallan sobre su mesa. Ya no están en los archivos.

Eleonora West echó una mirada temerosa a los papeles. Luego los dobló, metiéndolos en un cajón.

—Sería más prudente destruirlos en seguida —dijo el viejo.

Nora le contempló, fijándose en sus gafas cercadas de oro, su cuello raído y su traje de corte antiguo.

—Desde el momento en que los documentos se hallan en mi despacho, no hay nada que temer, señor Stein —dijo ella.

—En lo que a mí respecta, no temo nada. Pero por usted misma valdría más que los quemara en este mismo instante.

—¿Cuánto le ha costado esta pequeña operación? —preguntó Nora.

Estaba deseosa de cambiar el curso de la conversación. Se daba cuenta de que el viejo tenía miedo. Quemaría los documentos, pero antes quería examinarlos.

—Exactamente cien mil leis —dijo Leopold Stein.

—¿Y su comisión?

—Todo comprendido.

Eleonora West sacó de su mesa de despacho dos fajos de billetes de banco y se los tendió al anciano. Éste los metió en la cartera conteniendo apenas el gesto de contarlos.

—Es todo lo que tenía que pedirle —dijo Nora.

Quería quedarse sola para leer los documentos. Pero el anciano no se movió.

—¿Hay alguna cosa más? —preguntó ella.

—No hay nada más —respondió Leopold Stein—. El asunto está arreglado hasta donde puede estarlo.

—¿Todo se halla en regla?

—Así es —dijo él—. Pero el asunto sólo puede liquidarse temporalmente con la destrucción de los documentos. Es lo que quería decirle. Me permito llamar su atención sobre este punto porque fui amigo y colaborador de su padre, y porque la tuve a usted sobre mis rodillas cuando era pequeña. Y lamento decirle que el asunto no está arreglado más que a medias con la desaparición de los documentos.

—Explíquese —dijo Eleonora West.

—Es muy claro. Usted ha querido poseer las actas que prueban el origen judío de sus padres. Y yo las he sustraído del archivo.

—El asunto está arreglado entonces.

—Puede usted hacer desaparecer los documentos, pero no los mismos hechos —dijo Leopold Stein—. A despecho de todo, sigue usted siendo judía, y si alguien quiere probarlo…

—Si alguien quiere probarlo, no podrá hacerlo.

—Pero le pedirán documentos.

—Me los procuraré —dijo ella—. Con dinero puedo tener todos los papeles que quiera.

—Justamente —respondió el abogado—. Pero así se choca con el código penal. Y es imprudente jugar con el código como con el fuego.

—¿No acaba usted de robar los documentos de los archivos de Ploesti? —preguntó Nora irónicamente—. ¿Con qué derecho me da estas lecciones de moral?

—No son lecciones de moral —dijo el anciano—. Sólo le advierto que el juego es peligroso y que no podrá seguir jugando de manera indefinida.

—Ya sabe usted perfectamente que ésa es la única solución —dijo Nora, encendiendo otro cigarrillo—. No puedo hacer nada más. Desde el momento en que la sociedad me prohíbe vivir mi propia vida, tener una casa, una profesión y un marido, estoy dispuesta a luchar desesperadamente, sirviéndome de todas las armas que tengo a mi disposición. Lucharé como un animal herido. Todos mis instintos de conservación entrarán en juego.

—Lo principal, señorita West, no es combatir, sino ganar el combate.

—Lo ganaré —dijo ella aplastando su cigarrillo en el cenicero.

—¿Cree usted verdaderamente que podrá permanecer mucho tiempo siendo propietaria y directora de periódico? Hasta ahora se ha negado a declarar su origen judío. Eso no ha sido, al fin y al cabo, más que un acto de valentía propio de la juventud. Ha tenido usted suerte. Por miedo o por cobardía, nadie se ha atrevido a provocar una investigación. Han llovido denuncias pidiendo la requisa de la imprenta y el periódico, de acuerdo con las nuevas leyes étnicas. Pero usted ha conseguido comprar a los encargados de la investigación. Y ganar de nuevo la partida. Ahora acaba de destruir las actas que prueban el origen judío de sus padres. Con eso no ha hecho más que ganar tiempo de nuevo. Pero las leyes étnicas se aplican cada vez con mayor severidad. Ningún judío podrá escapar. Sólo estamos al principio de la ola de

medidas antisemitas. Por ahora puede usted seguir dirigiendo un gran periódico, a pesar de ser judía y de que según dispone la ley, no tenga derecho a publicar un solo artículo. Pero necesita al mismo tiempo pensar en el futuro.

—En el futuro seguiré siendo la directora y la propietaria del periódico *Occidente* —replicó Nora.

Leopold Stein conocía la lógica irreprochable de la mujer que tenía delante. Pero en aquel momento su respuesta no revelaba más que fanatismo, y los fanáticos no tienen nunca lógica. No se atrevió a contradecirla. Cuando el ser humano renuncia a la lucidez, nadie debe contradecirle. Toda tentativa de mostrarle la verdad está condenada al fracaso.

—Esta mañana me he casado con un cristiano —dijo Eleonora West—. Pondré el periódico a su nombre y así nadie podrá requisarlo. Aunque Rumania se convierta en una nación más antisemita que Alemania.

—¿Se ha casado usted de verdad? —preguntó Leopold Stein, sin tratar de ocultar su asombro.

—A partir de hoy soy la señora Eleonora West-Koruga —dijo—. Mi marido es el novelista Traian Koruga, que dentro de algunos días será director y propietario del periódico.

Nora West se echó a reír satisfecha. Leopold Stein comenzó a hurgarse en los bolsillos sin saber siquiera qué buscaba. Trataba de hurtarse a la mirada de Eleonora. Le fueron necesarios algunos minutos para volver de su asombro y creer en la verdad de toda aquella historia.

—Dicho en otro términos —exclamó con una ligera tosecilla—, cede usted el periódico y renuncia a la dirección.

—No solamente no cedo el periódico, sino que reorganizo todos sus cuadros… Ya he buscado un nuevo director.

—¡La idea es genial! —exclamó Leopold Stein—. ¡Maravillosa! ¿Y ha aceptado él todas esas condiciones?

—No comprendo lo que quiere usted decir —exclamó.

—¿Ha aceptado el señor Traian Koruga, su marido, esa solución? Para un hombre debe ser bastante desagradable. Quiero decir que una mujer le ha comprado con un fin bien determinado.

—¡No he comprado a nadie! —dijo Nora West nerviosamente—. Me he casado por amor.

Leopold Stein se levantó y la felicitó. Pero ella no le tendió la mano. Ojeó las partidas de nacimiento de sus padres y unas lágrimas aparecieron en sus ojos.

—Los hombres no tienen derecho a recibir felicitaciones más que en el momento de su muerte —dijo después—. Lo reconocerá así si hace un esfuerzo por ser objetivo. Pero una vez muertos, ya no pueden recibirlas. Es una lástima. Se pierden la única ocasión en que de verdad las merecen.

El anciano volvió a sentarse en su sillón.

—¡Creí que se había usted casado por amor! —dijo.

—¿No me cree enamorada? —preguntó ella—. Es usted inteligente, y sin embargo no llega a comprenderlo.

—¿Por qué sufre entonces? —preguntó el anciano—. Tengo la impresión de que está llorando.

—Y yo tengo la impresión de que está usted muy cansado, señor Stein —dijo ella —. No sé lo que le pasa. No comprende usted nada en absoluto. Nadie diría que es usted judío… Amo a Traian Koruga. Es incluso el primer hombre que he amado. Le quiero desde hace muchos años y estoy muy enamorada de él. Pero en mi opinión, el amor no es motivo para el matrimonio. Si me he casado ha sido por causa de las leyes étnicas. Para salvar el periódico. Para salvar mi vida… ¿Me entiende usted ahora?

Pero Leopold Stein no parecía haber comprendido. Besó la mano de Eleonora West y se encaminó hacia la puerta. Ella le llamó.

—A finales de esta semana me marcho al campo a casa de mis suegros —dijo—. El padre de Traian es un párroco ortodoxo. Estaré algunos días. A mi vuelta quiero tener los papeles de cesión de todos mis bienes muebles e inmuebles, comprendido el periódico, a nombre de Traian Koruga. Si halla usted una dificultad para la cesión, haga un contrato de venta. Trate de hallar la mejor solución y la más valedera desde el punto de vista jurídico. La operación ha de efectuarse rápidamente…

—Es usted muy inteligente —dijo el anciano.

—No soy inteligente —respondió ella—. Soy una mujer que lucha con todas sus fuerzas, con todos sus instintos y con toda su lucidez para defender su derecho a la vida. Hasta la vista, señor Stein…

50

Cuando el anciano se hubo marchado, Eleonora se sentó en mesa de despacho, apoyó la cabeza en ambas manos y lloró. Lloró como sólo saben hacerlo las mujeres. No sólo con los ojos, sino con todo el ser. Luego descolgó el auricular y llamó a Traian.

—Sé amable y ven a buscarme a la redacción —le dijo.

—¿Ha ocurrido alguna cosa?

—Absolutamente nada. Pero ven a buscarme. Te juro que no ha ocurrido nada… Ven a buscarme… Ven en seguida.

Traian Koruga se levantó para marcharse. Pero al salir de biblioteca contempló nuevamente la mujer de Picasso. La mitad del ojo reía y la otra mitad lloraba. Aquélla era la causa de que estuviera, cortada en dos; para que pudiera reír y llorar al mismo tiempo y con igual intensidad.

51

Mientras aguardaba a Traian Koruga, Eleonora West descolgó el receptor y preguntó por Leopold Stein.

Sabía que vivía en las proximidades del periódico y suponía que habría tenido el tiempo justo de regresar a su casa.

—Señor Stein —le dijo—. Respóndame con toda sinceridad: ¿Cree usted que me he casado por amor o por interés? Le ruego que no me mienta. Deme su opinión sincera.

—¿Qué piensa usted misma? —preguntó Stein.

—Ni siquiera lo sé —respondió Eleonora—. Aunque me cortaran la cabeza, me vería incapaz de responder de una manera precisa. Hay instantes en que me parece haber obrado solamente por amor. Otras veces me digo que por ambos móviles a la vez. Pero ninguna de esas explicaciones me parece factible. No estoy segura más que de una sola cosa: que no me era posible aguardar un instante más y que tenía que hacer lo que he hecho. Pero quisiera conocer yo también la verdadera razón.

—No ha sido por interés, pero tampoco por amor.

—No me he casado entonces por interés, como una mujer…

—No, señora West. Es usted demasiado orgullosa para casarse con alguien por interés, aun estando en peligro su fortuna y su periódico.

—¿Está usted seguro?

—¡Claro que sí!

—¿Me he casado entonces por amor?

—Para amar verdaderamente hay que creer en el futuro. Hay que tener fe en la felicidad y aun, lo que parece más absurdo, hay que creer sobre todo en que esa felicidad será eterna y que podrá dárnosla el ser amado. Usted es demasiado cerebral para creer esas cosas. Esa es la causa de que, excúseme por decirlo, no se haya casado por amor.

—¿Entonces? —preguntó ella.

—Ni por amor ni por interés —respondió Leopold Stein—. Por miedo tan sólo. Su gesto ha tenido la rapidez sorprendente de la desesperación.

—¿Y el amor, no ha influido para nada? —preguntó Eleonora.

—Algo de amor, en efecto. Pero el amor de usted se parece al que debieron sentir las mujeres en la época en que habitaban los bosques, amenazadas en cada momento del día y de la noche con ser devoradas por las fieras. Entonces las mujeres se agarraban desesperadamente a las rodillas de los hombres, reclamando protección, amor y vida, deseando todas esas cosas con una intensidad y una pasión idénticas. Las mujeres no pueden sentir semejante amor más que en casos de temblor de tierra, de diluvio o de grandes cataclismos. Solamente en las ocasiones que el mundo amenaza hundirse.

—¿Por qué no me ha dicho usted todo eso cuando se hallaba ante mí?

—No quería hacerla dudar de su fuerza y de su poder. Vi perfectamente que había obrado usted por miedo. Y tuve compasión. Recuerde que cuando era pequeña la senté muchas veces en mis rodillas.

Traian Koruga entró en el despacho. Nora colgó el receptor y salió a su encuentro. Se abrazaron riendo y Traian la besó.

—Estoy contento de verte de buen humor —dijo—. Por teléfono creí oírte llorar.

52

El día veintisiete de agosto, víspera de su partida para Fantana, Traian se personó en el Ministerio de la Guerra para que le entregaran la orden de libertad de Moritz. Al subir las escaleras sentía satisfecho como si tuviera ya el documento en el bolsillo.

El ayudante de campo, que conocía las buenas relaciones que ministro tenía con Traian Koruga, le introdujo inmediatamente Traian penetró en el despacho del general. Llevaba en el bolsillo un ejemplar de lujo, ilustrado, de su primera novela. En la primer página, una dedicatoria amable a la hija del general, demostraba que el novelista no se había olvidado de las aficiones de la muchacha Pero el ministro no se levantó para acudir a su encuentro. Ni siquiera le miró.

—¿Le molesto, señor ministro? —dijo Traian.

—No, no me molesta usted —respondió el general fríamente—. Tome asiento.

Tampoco le tendió la mano. Traian se dio cuenta de aquel detalle.

—Lamento tener que anunciarle una mala noticia —dijo el general, atacando directamente el asunto—. El individuo por el cual intervino usted la semana pasada y por el que sin duda viene también ahora, no puede ser libertado. O al menos no podemos ponerle ahora en libertad. Se necesita una investigación que establezca si la afirmación de usted concerniente a su origen étnico está justificada.

Traian Koruga sintió deseos de abandonar inmediatamente el despacho. Pero al acordarse de Moritz no se movió.

—Esto es todo, señor Koruga —dijo el general—. No queda más que esperar el resultado de la comisión investigadora.

Traian se dio cuenta de que con aquella frase se daba por terminada la entrevista. El general le invitaba claramente a salir del despacho. Lo comprendió, pero no se puso en pie. Pensó que al día siguiente tenía que salir para Fantana y que su padre estaría aguardando la orden de libertad de Moritz.

—Señor ministro —dijo—. Hace exactamente una semana me prometió usted dar esta orden. Me dijo textualmente que mi sola afirmación era para usted garantía suficiente y que no sería necesaria una investigación.

—Hace una semana era diferente la situación.

—No veo en qué ha podido cambiar —dijo Traian—. Iohann Moritz sigue encerrado en un campo de judíos a pesar de ser rumano.

—Eso es lo que tendrá que establecer la comisión investigadora.

—Pero los trabajos de investigación pueden durar aún meses y más meses —dijo Traian—. El pobre hombre se halla detenido desde hace un año y medio.

—Lo sé —dijo el general—. Los trabajos de la comisión pueden durar un año todavía. E incluso dos. Hoy en día no tenemos tiempo que perder en investigaciones. Estamos en guerra.

—Pero, mi general: ¿No representa mi declaración una garantía suficiente para soltar a Moritz primero y luego hacer la investigación?

—¡No! —respondió el general.

—Lamento que haya usted cambiado de opinión en el transcurso de una semana —dijo Traian levantándose.

—Yo lo lamento también. Pero mi cambio tiene un fundamento.

—¿Es acaso una alusión personal, señor ministro?

—No es una alusión. Me refiero a hechos concretos.

—Esta vez me toca a mí pedirle explicaciones —dijo Traian palideciendo.

—¿Explicaciones, señor Koruga? Cuando todos los judíos del mundo luchan al lado de los bolcheviques contra nuestro país y quieren esclavizar a nuestra patria, usted, un verdadero rumano y uno de los más grandes escritores del país, se casa con una judía.

El general estaba congestionado de irritación.

—Como militar —prosiguió— considero su gesto como una traición. ¿Me entiende usted? Una traición. ¿Cómo fiarme de su palabra después de lo que acaba de hacer? Su intervención me hace creer incluso que Moritz es judío, y no me sorprendería ver confirmada mi suposición. ¿Puedo creerle a usted bajo palabra de honor?

—Es evidente que no —dijo Traian.

Luego salió del despacho.

Al descender las escaleras sintió el peso del libro en el bolsillo. Lo abrió y rasgó la página dedicada. Luego subió a su automóvil.

53

«¡Eleonora es judía! —se dijo Traian—. Y ni siquiera ha querido decírmelo.»

Se sentía burlado, engañado en su amor…

Al salir de la ciudad detuvo el auto. Abrió la portezuela y contempló los campos.

«Nunca me dijo nada. Pero la verdad es que yo tampoco se lo pregunté. Hubiera sido ridículo preguntar una cosa parecida. Ningún hombre inquiere el origen racial de la mujer que ama.»

Recordó haberle hablado muchas veces de su árbol genealógico, de su parentesco con los cervatillos, las algas, las gacelas y los espíritus. Y que al escucharle, el rostro de Eleonora West se había ensombrecido siempre. Lo recordó y se sintió culpable.

«Sin duda creyó que aludía a su origen judío. ¡Ha debido sufrir terriblemente!»

Cerró la portezuela y regresó a la ciudad. De su pensamiento no se apartaba la mujer del cuadro de Picasso.

«Ahora lamento no haberlo sabido antes. Así le habría ahorrado a la pobre Nora muchos sufrimientos.»

Traian detuvo el auto al pasar por una florista y compró un ramo de rosas blancas para mandárselo. La dependienta le envolvió las rosas sonriendo.

54

—Dime, ¿qué estas escribiendo? —preguntó Nora.

Traian Koruga había comenzado a trabajar en su nueva novela. Eleonora le oía levantarse a las cuatro de la mañana, ponerse su batín y salir de la alcoba.

Permanecía encerrado en su despacho hasta la hora del desayuno, que tomaban juntos. Habían transcurrido dos meses desde el día de su boda. Sobre la mesa, en un jarrón, se veía un ramo de flores.

—¿No quieres decírmelo? —preguntó Nora.

Estaba impaciente. Traian había evitado hasta aquel momento hablar de su novela. Cada vez que sacaban la conversación, él procuraba eludir la respuesta. Pero aquel día decidió hablar.

—Una vez hice un crucero en un submarino —dijo—. Permanecí mil horas bajo el agua. Hay en los submarinos un aparato especial para indicar el momento preciso en que es necesario renovar el aire. Pero antes de existir esos aparatos se embarcaban a bordo conejillos blancos. En el momento en que la atmósfera se hacía tóxica, los conejillos morían y los marinos sabían entonces que no les quedaban más que cinco o seis horas de vida. En aquel instante el capitán tenía que tomar la decisión suprema: o hacía un esfuerzo desesperado para remontar a la superficie o no abandonaba el fondo y moría con todos los demás. Habitualmente, para no verse morir se mataban entre sí a tiros.

»En el submarino donde me hallaba no había conejillos blancos, pero sí aparatos. El capitán observó que yo notaba la mínima disminución de la cantidad de oxígeno. Se burló de mi sensibilidad y luego dejó de utilizar los aparatos. Yo le fui indicando con una precisión, siempre confirmada con los aparatos, si había bastante aire.

»Es un don que tenemos, los conejillos blancos y yo, de sentir seis horas antes que el resto de los humanos el momento en que la atmósfera se hace irrespirable. Pues bien: desde hace algún tiempo me acomete igual sensación que sentí a borde del submarino: la atmósfera se ha hecho sofocante.

—¿Qué atmósfera? —preguntó Nora.

—La atmósfera donde vive la sociedad contemporánea. El ser humano no puede seguir soportándola: la burocracia, el ejército, el gobierno, la organización del Estado y la administración, todo contribuye a ahogar al hombre. La sociedad actual sirve a las máquinas y a los esclavos técnicos. Está creada para ellos. Los hombres están condenados a la asfixia, pero no se dan cuenta. Persisten en su suposición de que todo sigue normal, como en el pasado. Los tripulantes del submarino también resistían en la atmósfera enrarecida. Tras la muerte de los conejillos, seguían viviendo aún seis horas. Pero luego terminaba todo. Y yo sé que eso va a ocurrir ahora.

—¿Ése es el tema de tu novela?

—En mi novela describo la manera cómo mueren entre terribles tormentos, asfixiados por una atmósfera que no les permite la existencia, los hombres de este

mundo. Y como no he podido tomar toda la humanidad como ejemplo, he seleccionado los diez seres que mejor conozco.

—¿Y mueren tus personajes?

—Tras la muerte de los conejillos blancos, los hombres no pueden vivir más que seis horas, como máximo. Mi novela describe las seis últimas horas de la vida de mis mejores amigos.

—¿Y qué es lo que has escrito hasta ahora?

—El primer capítulo —dijo Traian—. Uno de los personajes ha sido arrancado de nuestro ambiente y…

—¿Qué le ocurre?…

—Por el momento le han arrebatado su libertad, su mujer, sus hijos, su casa… Le han matado de hambre y le han golpeado. Han comenzado a arrancarle los dientes, más tarde le arrancarán los ojos y la carne que cuelga entre sus huesos. Los últimos tormentos se los aplicarán probablemente de manera automática y eléctrica.

—¿Todo eso ha pasado en realidad? —preguntó Nora.

—Todo es verdad —dijo Traian—. En mi novela he hecho constar el nombre de la calle, de la ciudad y el país donde habitan mis personajes. He divulgado hasta sus propios números de teléfono. Además, tú también conoces mi primer personaje y puedes comprobar la autenticidad de los hechos relatados.

—¿Quién es tu primer personaje?

—Iohann Moritz.

La frente de Nora se ensombreció. Todo lo que Traian acababa de contar sobre Iohann Moritz era rigurosamente cierto.

—Tengo compasión de él —dijo ella—. ¿Y quién será el héroe del segundo capítulo?

—No lo sé aún —dijo Traian—. Acaso mi padre o mi madre. Quizá yo mismo o tú. De todas maneras será uno de nosotros.

—¿Y todos los capítulos se parecerán al de Iohann Moritz? —preguntó Nora—. ¿No habrá en tu novela un solo *happy end*?

—No, ni uno solo —respondió Traian—. Tras la muerte de los conejillos blancos no hay *happy end* posible. Sólo faltan algunas horas para que todo termine.

LIBRO SEGUNDO

55

Iohann Moritz se hallaba en Hungría desde hacía dos horas. En compañía de los tres judíos estuvieron aguardando largo rato delante de la estación, temerosos de entrar y que alguien les descubriera. Al fin llegó el tren.

El doctor Abramovici, Strul y Hurtig subieron a un vagón de segunda clase. Iohann Moritz se quedó en el andén para darles las maletas por la ventanilla. En el último instante saltó al estribo. Hurtig le cogió del brazo, le metió en el interior y cerró la portezuela. Moritz se puso mortalmente pálido. El pensamiento de que hubiera podido quedarse solo en el andén, le atemorizaba. ¿Qué habría sido de él, en territorio húngaro, sin el doctor Abramovici y los demás? Dio gracias a Dios por haber podido saltar a tiempo.

El doctor y Hurtig hallaron sitio inmediatamente. Strul y Iohann Moritz fueron mirando en todos los compartimentos. Las luces estaban apagadas, todos los viajeros dormían y no había ningún sitio libre. Permanecieron en el pasillo, sentados sobre las maletas. Poco después descendió una mujer y Strul ocupó su sitio. Moritz se quedó solo en el corredor. El doctor Abramovici abrió la puerta del compartimento y le dijo:

—No te duermas. Podrían robarte las maletas…

—No me dormiré —respondió Moritz.

Pero apenas hubo cerrado el doctor la puerta del compartimento, cuando le rindió un sueño profundo. Cerró los ojos y no volvió a abrirlos hasta llegar a Budapest.

Cuando descendieron del tren era ya de día. Moritz tenía mucha sed, pero Hurtig no le dio permiso para entrar en un restaurante y beber una limonada. La policía podía hallarlo en el restaurante descubrir que se habían evadido de Rumania y detenerles a los cuatro.

—Mi hermana te dará un gran vaso de agua —le dijo el doctor.

Siguieron andando. Al salir de la estación se detuvieron instante ante la larga fila de autos y coches.

—Es más prudente ir a pie —dijo Hurtig—. El cochero podría denunciarnos. Sería estúpido que nos detuvieran ahora que ya estamos en Budapest.

Echaron a andar por las calles anchas y desiertas. Moritz llevaba unas maletas cargadas al hombro y otras en la mano. Pesaba mucho. Pero le costaba menos llevarlas que la noche antes, cuando habían atravesado la frontera.

«Quizás estas maletas me parezcan menos pesadas porque ando sobre el asfalto», pensó, apoyando con fuerza la planta de su pie descalzo sobre el asfalto frío. Los tranvías no circulaban aún. Era demasiado temprano. Moritz se admiró ante los faroles eléctricos, que iban apagándose solos en las calles, y preguntó a Hurtig quién los apagaba.

—¡No hables en rumano, condenado! —exclamó éste, encolerizado—. Si nos oyen hablar en rumano nos arriesgamos todos a ir a la cárcel.

—¿Está prohibido hablar rumano?

—No está prohibido —dijo Hurtig—. Pero aquí envían a todos los rumanos a campos de concentración. Hungría es enemiga de Rumania. ¿Has comprendido ahora?

—¿Y en qué hablaremos?

—En «yiddish» —respondió el doctor Abramovici—. En Hungría no persiguen a los judíos como en Rumania. Por lo menos hasta ahora no se han promulgado leyes antisemitas.

A partir de aquel instante Iohann Moritz se guardó de hablar una sola palabra en rumano. No utilizó más que el «yiddish». Se sentía fatigado, y al llegar a casa de la hermana del doctor, en la calle de Petofi, jadeaba. Dejó las maletas en la puerta. La sirvienta acudió a echarle una mano y Moritz la acompañó hasta la cocina. La muchacha llevaba un vestido azul. Tuvo la impresión de haber visto aquel vestido en alguna parte. Luego se acordó que Suzanna había llevado antes uno parecido.

56

La hermana del doctor Abramovici estaba bastante metida en carnes. Llevaba una bata con grandes flores rojas y hablaba muy de prisa. Llamó a Iohann Moritz al cuarto donde se hallaban el doctor Abramovici, Hurtig, Strul y también Isaac Nagy, el cuñado del doctor, y les dio a todos una copa de aguardiente. Moritz permaneció en pie. No había suficientes sillas para todos. La hermana del doctor apareció con una tetera y la dejó encima de la mesa. Contempló luego a Moritz y le dijo:

—No queda sitio. Ve a tomar el té a la cocina.

—Es mejor, efectivamente —dijo Nagy en húngaro—. Nosotros tenemos que hablar de cosas serias.

Moritz comprendió que aquellos señores no deseaban que se sentara a la mesa con ellos. Pero no se ofendió. Iulisca se sintió satisfecha al verle aparecer por la cocina. Le sirvió tres tazas de té con mucho azúcar y limón. Luego le ofreció tres gruesas rebanadas de pan, con jamón y mantequilla. Moritz se las comió apresuradamente. Tenía hambre de lobo. Luego quiso lavarse, pero Iulisca le dijo:

—Acompáñame antes al mercado. Ya te lavarás cuando volvamos.

Iohann Moritz cogió la cesta y salió con Iulisca para la compra. A partir de aquel día, cada mañana la acompañó.

Al volver del mercado cortó leña y la llevó a la cocina. Después de la comida lavó la loza con Iulisca. La muchacha tenía un carácter muy alegre y bromeaba sin cesar. Iohann Moritz pensó que lo estaba pasando muy bien en aquella casa.

57

Enfrascado en el trabajo de la cocina y alegrado por las bromas de Iulisca, Moritz no se dio cuenta de que había pasado todo el día sin ver al doctor Abramovici y los otros. Al mediodía preguntó por ellos. La hermana del doctor le dijo que estaban durmiendo. Luego se ocupó de sus asuntos y dejó de pensar en sus compañeros de fuga. Pero por la noche, al acostarse, se dio cuenta de que no habían aparecido en todo el día. Sin embargo, habían comido allí. Moritz estaba seguro de haber lavado él mismo los platos de la comida. Y a las cinco todavía estaban en la casa, pues también había lavado cinco tazas. Pero no recordaba el número de cubiertos que había habido en la cena. Iulisca había aparecido con un montón de platos y a Moritz no se le había ocurrido contarlos antes de lavarlos. Fue tan grande su obsesión que no pudo conciliar el sueño. Tenía la impresión de que los platos habían disminuido después de la cena.

«Tal vez Hurtig haya ido a casa de sus parientes», se dijo, lamentando que se hubiera marchado sin despedirse. Pero después de todo, lo más seguro era que hubiera cenado en casa y que todo fueran figuraciones suyas. Pero al día siguiente comprobó que había acertado. Hurtig no estaba allí. Se había marchado la noche anterior, sin cenar en casa de Isaac Nagy. Pero el doctor Abramovici y Strul estaban todavía allí. Hacia las diez, Iulisca apareció con sus zapatos y los limpió cuidadosamente, llevándoselos luego ella misma. A la vuelta, dijo a Moritz.

—*Madame* me ha prohibido que te deje salir de la cocina. Ella es así; ¿qué quieres hacerle? Tiene siempre miedo que la roben.

58

En el transcurso de la tarde, el doctor Abramovici llamó a Moritz al comedor.

—Coge esas maletas y ven conmigo —le ordenó.

Moritz se alegró. Había sospechado siempre que el doctor le llamaría de un momento a otro. Estaba seguro de que no le olvidaría.

—¿Por qué vas descalzo? —le preguntó el doctor lleno de irritación cuando descendieron a la calle.

Moritz se sintió avergonzado. Echó una mirada a su alrededor y no vio a nadie descalzo. Todo el camino anduvo con la cabeza baja. Todas las personas que pasaban a su alrededor iban calzadas, todas llevaban zapatos o botas. Su vergüenza se acrecentó. Hubiera querido que la tierra se abriera para tragárselo. Intentó pedir perdón al doctor, pero Abramovici seguía andando delante de él, con las manos en los bolsillos, como si le ignorase.

59

Se detuvieron ante la puerta de una vieja casa, rodeada de un jardincillo florido. El doctor cogió las maletas y penetró solo. Moritz permaneció en el umbral. Leyó el rótulo de la pared: «Consulado.» Luego se puso a contemplar las gentes que pasaban por la calle.

El doctor Abramovici no estuvo mucho tiempo ausente. Reapareció sin sus maletas. Descendió sonriendo los escalones, pero al ver a Moritz, la sonrisa se esfumó de sus labios. Se detuvo, y metiéndose las manos en los bolsillos, pareció reflexionar unos momentos. Su frente habíase ensombrecido y durante todo el camino de regreso no pronunció una palabra. Iohann Moritz le seguía a cierta distancia para que los transeúntes no pudieran adivinar que el médico iba acompañado por un hombre descalzo. Por nada del mundo hubiera querido Moritz ser causa de que el doctor Abramovici se avergonzara.

Al llegar ante la puerta de Isaac Nagy, el doctor se detuvo, aguardó a que Moritz le alcanzara y dijo:

—Tu caso, querido Yankel, es de los más complicados. La comunidad judía de Budapest que nos ha arreglado los papeles para marchar a América no quiere ocuparse de ti. Les he dicho que habías venido con nosotros, les he suplicado que te ayudaran, pero en vano. Me han respondido que no podían ocuparse de los cristianos. El comité judío debe ayudar a los judíos. Para eso se llama «Comité israelita». Y tú no eres judío, ¿verdad?

—No lo soy, señor doctor.

—Tienen razón en obrar así —continuó el doctor Abramovici—. Pero lamento que eso haya ocurrido, pues hubiera deseado llevarte conmigo a América. No soy hombre capaz de abandonar a nadie.

El doctor Samuel Abramovici abrió su portamonedas y comenzó a contar los billetes que contenía. Iohann Moritz los contempló, sorprendiéndose de que los billetes húngaros fueran tan pequeños.

—Aquí tienes veinte pengos —dijo el doctor Abramovici—. Es una gran cantidad de dinero. Aquí en Hungría hay que trabajar una semana para ganar veinte pengos. Tú, en cambio, los has ganado transportando unas maletas durante algunas horas.

Iohann Moritz no había pensado nunca en reclamar dinero por haber transportado las maletas. Pero el doctor seguía con su mano extendida. Moritz cogió el dinero y se lo metió en el bolsillo.

—Lo más importante es que te sacamos de aquel campo para traerte aquí —continuó el doctor—. De no haberte ayudado a escapar, estarías pudriéndote allí. Pero no te pido nada a cambio. No soy hombre capaz de reclamar nada por los servicios que presto a los demás.

Hacía una semana que Iohann Moritz se hallaba en Hungría. Y seguía haciendo igual trabajo que el primer día: acompañaba a Iulisca al mercado, cortaba leña, bajaba el cubo de la basura y fregaba la loza. Por la noche, limpiaba la cocina y fregaba el suelo y las escaleras.

Un domingo, por la mañana, Isaac Nagy le encontró en el corredor y le dijo con voz dura:

—¿No has encontrado aún trabajo? Va a hacer una semana que estás aquí. No creerás que voy a estar socorriéndote toda mi vida.

Salió sin añadir una sola palabra más. Iohann Moritz lamentó en aquel momento no haber buscado trabajo. Pero la verdad era que siquiera había pensado en ello. Siempre creyó que era un criado más casa de Isaac Nagy.

«¿Cómo he podido ser tan idiota como para no buscar trabajo? —se dijo—. Estas buenas gentes tienen razón. No pueden estar alimentándome toda la vida.»

Aquella misma noche habló a Iulisca, que le prometió hallar cualquier cosa para él. Conocía a alguien que estaba empleado en una fábrica de chocolates.

—Y así podrás traerme chocolate —dijo—. A menos que quieras dárselo a otra…

—¿A quién iba a dárselo? —dijo Moritz, molesto de que Iulisca hubiera podido pensar siquiera aquello—. Te traeré todo el chocolate que me den. Ni yo mismo lo probaré.

Después de cenar se acostó y tuvo un sueño. Se vio a sí mismo trabajando ya en la fábrica de chocolate.

Al día siguiente, el doctor Abramovici se despidió de su hermana y su cuñado. Moritz le transportó las maletas a la estación y subió al coche cama.

—¿Se marcha usted muy lejos? —preguntó.

—A Suiza —dijo el doctor—. Quiero reposar unas semanas ante de mi partida para Estados Unidos.

En el momento de salir el tren, el doctor tendió la mano.

Iohann Moritz sintió que el rubor le subía al rostro. Todos los señores que se hallaban en el andén habían visto cómo el doctor Abramovici le estrechaba la mano, le estrechaba la mano a él, un hombre que iba descalzo.

Cuando el tren se puso en marcha, Abramovici gritó por la ventanilla:

—¡Adiós, querido Yankel! No te olvidaré. Haré lo que sea necesario para sacarte de aquí.

—¡Hasta la vista! —respondió Moritz.

Y cuando el tren hubo desaparecido a lo lejos, se echó a llorar, sintiéndose solo y abandonado en el mundo. Hurtig y Strul habían partido, sin despedirse siquiera. Y ahora acababa de marcharse el doctor.

Moritz permaneció aún largo rato en el andén. Jamás se había sentido tan solo. Luego, al recordar la fábrica de chocolate, su pena se mitigó un poco y emprendió el

regreso. Al llegar a la calle de Petofi, pensó: «Cuando comience a trabajar, compraré a Iulisca un collar de cuentas de cristal.»

61

Iohann Moritz e Iulisca fueron aquel día al mercado mucho más temprano que de costumbre. Compraron con más rapidez la carne y todo lo que necesitaban y luego fueron a una calle de casas bajas.

Moritz sostenía la cesta con la mano izquierda, cogiendo del brazo a Iulisca con la derecha. Ambos andaban muy deprisa.

—La fábrica de chocolate se halla en el otro extremo de la ciudad. Tenemos que darnos prisa.

Si tardaban mucho, Iulisca no tendría tiempo de preparar la comida. El día anterior había hablado con un muchacho de su pueblo que trabajaba en la fábrica. Éste le había dicho que llevara a Moritz una mañana para discutir con el jefe. «Si viene le admitirán en seguida, pues estamos faltos de obreros.»

—Acaso me admitan en seguida —dijo Moritz, abriéndose camino a través de un tropel de gente aglomerada en una esquina—. Si me admiten en seguida, el lunes próximo tendré mi primer salario. Y quizá me den ya chocolate para ti. —Apretó su brazo, Iulisca le miró, y ambos se echaron a reír—. Luego alquilaré una habitación —prosiguió—. No puedo estar toda mi vida viviendo a costa de tus dueños. Buscaré un cuarto cerca de la fábrica.

—¿Podré visitarte a menudo? —preguntó Iulisca.

Pero él no la oyó. Sus miradas estaban fijas en el tropel de gente que les cerraba el paso. Se preguntó por qué había tantas personas juntas. Iulisca se detuvo e intentó ver lo que ocurría.

—Vayamos por otra calle —dijo—, si no no me quedará tiempo preparar la comida.

Volvieron sobre sus pasos, andando más aprisa todavía. Pero el otro extremo de la calle estaba cerrado por un cordón de policías.

Iulisca miró a los agentes con el rabillo del ojo y apresuró el paso.

—¡Los gendarmes y los soldados son los hombres más ordinarios del mundo! —dijo—. Nunca me casaría con un gendarme.

Se volvió para ver si Moritz la escuchaba. Pero éste no se halla a su lado. Le buscó con la mirada entre la multitud y le vio cerca de los gendarmes.

Fue hacia él, dándose cuenta de que se hallaban cogidos en una redada. Los gendarmes comprobaban los papeles de todos transeúntes antes de dejarles seguir adelante. No pedían nada a mujeres, y por esa razón había podido ella pasar.

Recordó que Moritz no tenía ningún documento, y tuvo miedo. Volvió a atravesar el cordón de gendarmes. Uno de ellos quiso pellizcarla en el brazo, pero ella se hurtó acercándose a Moritz. De pronto se halló entre un grupo que un gendarme empujaba bayoneta calada, hacia un camión. Moritz sostenía la cesta sobre cabeza para que ella pudiera verla y fuera a buscarla. Iulisca hubiese deseado recobrarla, pero los gendarmes no la dejaron avanzar un solo paso. Les explicó que quería sólo recuperar

la cesta, pero ni siquiera quisieron escucharla.

Iohann Moritz subió al camión. Sacó el brazo, dejando que la cesta colgara fuera para que Iulisca pudiera cogerla.

El vehículo se puso en marcha. Moritz colocó la cesta sobre sus rodillas. «La señora Nagy la echará si regresa sin la cesta», pensó sintiendo deseos de saltar del camión para llevársela. Pero no podía hacerlo. Dos gendarmes, con la bayoneta calada, guardaban a los detenidos. Al contemplarles, Iohann Moritz olvidó la cesta y se dio cuenta de que estaba preso otra vez.

62

Cuatro semanas habían transcurrido desde aquel día. Moritz no sabía nada de todo lo que había podido ocurrir fuera de las paredes de su celda. Ni siquiera había visto el sol. La ventana enrejada daba al patio y sus muros grises y elevados le ocultaban todo el horizonte. Hacía cuatro semanas que no respiraba siquiera una bocanada de aire fresco. Los otros detenidos salían al patio una hora diaria. Les oía abandonar sus celdas y volver a entrar en ellas. Sabía que habían ido a tomar el aire. Pero él seguía encerrado…

Antes de que despuntara el día, Moritz abrió los ojos. Sus párpados estaban hinchados y se abrían con dificultad. Moritz se llevó la mano a los ojos. La sangre se había coagulado en ellos. ¿En qué momento le habían vuelto a trasladar a la celda? Ni siquiera se acordaba. «Han debido traerme en brazos.» Algunas veces, cuando le devolvían a la celda, ni siquiera veía dónde ponía el pie. Otras tenía que permanecer tendido, sin poder moverse durante horas. Acostumbraban a llevarle en brazos. Casi siempre recordaba luego el momento en que acababan de pegarle, cuando los guardianes le cogían, le devolvían a la celda y le tendían sobre el jergón. Pero aquel día no se acordaba de nada. De nada absolutamente. Le ocurría por vez primera. «Han debido pegar un poco fuerte», pensó. Se llevó la mano al rostro. Tenía la barba espesa y dura, con coágulos de sangre en el bigote, el pelo y las cejas. Iohann Moritz se pasó la lengua por los labios. Estaban hinchados también y le dolían como unos forúnculos prontos a reventar. Los dientes también le hacían sufrir. Hasta aquel día había perdido cuatro, escupiéndolos entre bocanadas de sangre, después de haber recibido puñetazos en la mandíbula. Ésta le dolía intensamente. «Si me han hecho saltar más dientes, ni siquiera podré comer el pan que me dan», pensó para sus adentros. Pero tampoco se preocupó de pasar la lengua por las encías para ver si le faltaban más, pues cualquier movimiento le producía un dolor intenso. Cerró otra vez los ojos y dejó transcurrir largo rato. Oyó unos pasos que se aproximaban por el corredor. Pero no escuchó como tenía por costumbre. Le importaba poco quién pudiera ser. Se trataba del guardián que iba a buscarle para otro interrogatorio. Al verle, Moritz no pudo contener un aullido. Tenía la planta de los pies como si fuera un pan recién sacado del horno. El guardián le empujó bruscamente. A cada paso, Moritz tenía la sensación de que alguien le arrancaba un jirón de piel.

Se hallaban aún a cien pasos del despacho del inspector Varga, que dirigía la investigación. Faltaban aún cien pasos. Moritz sintió que todas sus fuerzas le abandonaban y cayó desplomado en el suelo. El gendarme le pasó los brazos por los sobacos y le levantó.

Pesaba menos que un niño. Sólo sus huesos y su piel podían tener algún peso. Pues la carne y la grasa habían desaparecido.

63

El mismo día de su detención, Iohann Moritz hizo su primera declaración. Contó con exactitud cómo había llegado a Hungría, pero los gendarmes no le creyeron. Le pegaron para que dijera la verdad. Pero después de haber sido torturado, Moritz repitió historia exactamente de la misma manera. Y entonces volvieron a pegarle.

Se hallaba en la cárcel del Servicio Secreto húngaro. Cada día le interrogaban y le pegaban.

—¿Por qué te han enviado a Hungría? —preguntó el inspector.

—Nadie me ha mandado a Hungría —respondió Moritz.

—Sin embargo, has declarado que te condujeron hasta la frontera en un camión militar. Y que una brigada te acompañó…

—Es cierto. El brigada se llamaba Apóstol Constantin. El comandante de un campo —respondió Moritz—. También es amigo del doctor Abramovici. Nos acompañó para que las patrullas no nos detuvieran.

—Sin duda se trataba del comandante Tanase Ion, de los servicios rumanos de espionaje —dijo el inspector—. Sabemos que trabaja este sector. Nos envía agentes mensualmente. Estoy seguro de que fue él quien te mandó a Hungría. Pero queremos saber tu misión. ¿Cuál es tu misión?

Moritz bajó los ojos.

—He dicho toda la verdad.

Sabía que dentro de algunos instantes le conducirían a la cámara de torturas, y le pareció que la carne comenzaba ya a dolerle.

—¿Te das cuenta de que toda esta comedia no te sirve para nada? —dijo el inspector—. Es estúpido seguir resistiendo. Has declarado que estuviste encerrado en un campo de judíos de Rumania durante dieciocho meses.

—Así es —dijo Moritz.

—No es verdad… Ni siquiera pusiste los pies en ese campo. Eres rumano.

—Es verdad. Soy rumano —repitió Moritz.

—Y en Hungría has querido hacerte pasar por judío —dijo el inspector—. Todo para obligarnos a creer que en Rumania te encerraron en un campo de judíos. Luego declaraste que habías atravesado la frontera con otros tres judíos…

—Es verdad —dijo Moritz.

—No es cierto. Viniste completamente solo. Tampoco es verdad que pasaras unos días en casa de Isaac Nagy. Nadie ha vivido en casa de los Nagy desde hace seis meses. ¿Imaginabas que íbamos a creerte sin hacer una investigación? En esta carpeta guardo las declaraciones escritas de la señora y el señor Nagy. Jamás oyeron hablar de ti. Rosa Nagy no tiene un hermano médico.

—¿Han dicho que no me conocían? —exclamó Iohann Moritz—. ¡Si he estado trabajando en su casa, cortando leña, fregando platos…!

Se echó a llorar. Luego, como si se le hubiera ocurrido una súbita idea salvadora,

dijo:

—¿Por qué no se lo preguntan a Iulisca, su criada?

—También eso es una falsedad —gritó el inspector—. Rosa Nagy no tiene ninguna criada con el nombre de Iulisca. Si querías mentir, haberte enterado por lo menos del nombre de la criada.

El inspector se echó a reír.

—He interrogado también a la sirvienta. Está en la casa desde hace ocho años. Iulisca es una invención tuya. Querías engañarnos, ¿verdad? ¿Fue el comandante Tanase quien te metió en la cabeza la historia de Iulisca para que nos la repitieras?

Iohann Moritz cerró los ojos. Aguardaba a que le llevaran a la mazmorra inferior. Trataba de no pensar en nada, y sin embargo le torturaba constantemente la idea de que la señora Nagy había declarado que no le conocía.

No habían transcurrido unos instantes cuando oyó unos pasos que se acercaban. Tuvo la sensación de que eran los del carcelero que le conducía siempre a la habitación del sótano. Pero no era él. Se abrió la puerta y apareció Isaac Nagy. Iba vestido elegantemente, con un terno castaño, y ni siquiera le miró.

—¿Conoce usted a este individuo? —preguntó el inspector.

—Hoy lo veo por vez primera —respondió Isaac Nagy elevando la mirada hasta Moritz.

—¿Han vivido en su casa tres judíos recién llegados de Rumania? —preguntó el inspector.

—Mi mujer y yo, con la sirvienta, somos los únicos que vivimos en nuestra casa desde hace muchos años.

—¡Muchas gracias! —dijo el inspector.

Isaac Nagy salió del despacho. Su mujer entró inmediatamente. Declaró también que no conocía a Moritz ni le había visto nunca antes.

—¿Tiene usted un hermano médico en Rumania? —inquirió el inspector.

—Soy hija única.

Varga lanzó una mirada hosca hacia Moritz y luego añadió:

—¿Ha tenido usted una mujer llamada Iulisca en su servicio?

—¡Jamás! —respondió la interrogada—. Hace ocho años que vivo en Budapest y sólo he tenido una sirvienta llamada Josefina.

La señora Nagy salió del despacho sonriendo. Tras ella penetró una anciana que declaró llamarse Josefina y estar al servicio de familia Nagy desde hacía ocho años. Cuando salió, el inspector volvió a quedarse a solas con Iohann Moritz.

—¿Reconocerás ahora que has mentido? —le preguntó—. Di la verdad: ¿Por qué te han mandado a Hungría?

Moritz se echó a llorar…

64

Del despacho del inspector Varga, Iohann Moritz fue conducido como de costumbre, al cuarto de tortura. Aunque hubiera tenido que estar habituado, nunca había sentido, en realidad, tanto miedo como en aquel instante. Al entrar en la mazmorra, la luz le dio pleno rostro. Una luz poderosa y fuerte. Deslumbrante.

Iohann Moritz cerró los ojos. Pero la luz parecía penetrar a través de sus párpados, quemándole las sienes igual que una brasa.

—¡Desnúdate! —ordenó el carcelero con una carcajada.

Era un hombre corpulento, con un bigote poblado y que acostumbraba a jugar siempre a las cartas. Moritz se desabrochó el cuello de la camisa. Sabía que si no se desnudaba rápidamente uno de los carceleros le daría un latigazo.

Pero sus dedos estaban hinchados y no podía desabrocharse los minúsculos botones de la camisa. Sentía gran temor a aquellos dos hombres. Echó una mirada de soslayo a los carceleros, que seguían jugando a las cartas. Estaban tan absortos en el juego, que ni siquiera se daban cuenta de la lentitud de sus gestos. Logró quitarse por fin la camisa. Ante él, en un estante, se alineaban unas varillas de hierro como las usadas en los cuarteles para limpiar el cañón de los fusiles. Se hallaban ordenadas según su grosor. A la izquierda las más gruesas, a la derecha las más finas. La más delgada se hallaba en el extremo de la estantería, a la derecha. Era tan fina como una brizna de paja. Moritz sabía bien la intensidad del dolor que producían aquellas varillas.

—¡Manos a la obra, muchachos! —ordenó uno de los carceleros.

Sobre la mesa, las cartas quedaron dispersas.

—Quien no trabaja, no come —dijo.

Moritz observó atentamente cómo se desperezaban. Una camiseta azul moldeaba su fornido busto. En su rostro se veían huellas de sueño.

El segundo carcelero apagó su cigarrillo y echó una mirada a Moritz.

—¿Quieres decirnos por qué te han enviado a Hungría? —dijo con el mismo tono de voz que hubiera empleado para pedir lumbre al más pacífico transeúnte.

—Nadie me ha enviado a Hungría —respondió Moritz.

Los dos carceleros se irguieron como tocados por un hierro candente. Sus ojos brillaron coléricos. Iohann Moritz se echó a temblar. Uno de los carceleros se acercó a él y le dio un puñetazo en pleno rostro. Luego volvió a pegarle otra vez, y luego otra. Moritz dejó de sentir su barbilla, sus mejillas, todo su rostro…

El segundo carcelero le cogió luego, extendiéndole sobre el banco que ocupaba la parte central de la mazmorra. Le tendió boca abajo y luego se encaramó sobre él, sentándose en su espalda. Diariamente se sentaba el carcelero de aquella forma. Pero Moritz nunca había sentido tanto dolor como en aquel instante. La cavidad torácica se aplastó contra el banco de tortura, y sus pulmones, apretados por el peso del corpulento carcelero, casi dejaron de aspirar el aire.

—¿Qué respondes? —preguntó el carcelero que le había pegado antes.

Moritz no respondió y sintió inmediatamente el primer golpe pegado en la planta de los pies. Apretó convulsivamente las piernas, pero el que estaba sentado sobre él las cogió con ambas manos, atándoselas al banco. Siguió inmediatamente un segundo golpe. Debían estar pegándole seguramente con una barra gruesa. La planta de los pies no le hacía ya daño. Sólo sufría su cerebro. Menudearon los golpes. Primero le repercutieron en el cerebro, luego en el pecho y finalmente dejó de sentirlos. Su cuerpo estaba completamente rígido. Pero no duró mucho aquel alivio. De pronto le acometió una impresión diferente. Parecía que le asestaran cuchillazos en la planta de los pies. Seguramente le estarían pegando con las barras finas. El dolor le ascendía por las piernas hasta alcanzarle los riñones. Perdió el dominio de su vejiga y su vientre. Los golpes siguieron sucediéndose sin interrupción. Iohann sintió que le acometían unas espantosas náuseas y vio una luz amarilla brillándole ante los ojos. Comenzó a vomitar los alimentos que había ingerido. El pantalón mojado se le adhirió a la piel y el agua y el pan que había tragado se negaron a seguir permaneciendo en su estómago.

Poco después se vio a sí mismo anegado por aquella luz amarilla que le rodeaba. Tenía la boca llena de un jugo amargo y verdoso. Por la nariz, por la boca y por todos los orificios le salían líquidos. Estaban mezclados con una espuma verde como la baba de un sapo. Iohann Moritz se dio cuenta de que la vida se escapaba por doquier. Sólo el espíritu seguía despierto. El carcelero seguía golpeándole con varillas cada vez más finas, pero él no sentía ya nada. La sangre, que tampoco podía soportar los golpes, trató de evadirse de aquella envoltura de carne atormentada, machacada. Surgió impetuosa por todas las puertas que halló abiertas, abandonando el cuerpo de Iohann Moritz por la nariz, las orejas, mezclada con la orina y transpirándole incluso por los poros. No quería permanecer en aquel cuerpo despedazado por el sufrimiento. Tenía que evadirse. De cualquier manera y por doquier.

65

Al volver en sí, Iohann Moritz recordó el careo de la vista con Isaac y Rosa Nagy. «Si hubiera dicho la verdad, el inspector me habría soltado y ayer no me hubieran torturado.» Jamás había sido tan fuerte la paliza como la víspera. Su cuerpo era una inmensa llaga, una enorme llaga de los pies a la cabeza. «Isaac Nagy les dijo que no me conocía. Y su mujer corroboró la afirmación.» Moritz volvió a verse a sí mismo lustrando cada mañana los zapatos de Isaac Nagy, cortando —por orden de Rosa Nagy— la leña y fregando el suelo de la cocina. «¿Cómo han podido afirmar que no me conocían? Incluso pretenden no haber visto jamás a Iulisca, no haber tenido nunca una sirvienta de ese nombre…»

Sintió que las fuerzas le faltaban. Sabía que su cuerpo y su alma estaban debilitados y que, tanto la víspera como la antevíspera, le habían conducido a la celda sin que recordara cómo y en qué momento le habían llevado hasta allí, desvanecido sin duda a causa de los golpes. Pero estaba *seguro* de haber vivido en casa de Isaac Nagy. Estaba *seguro* de que su sirvienta se llamaba Iulisca. Sin embargo, Isaac Nagy había dicho que *no*. Su mujer había dicho que *no*. Él mismo les había oído decir *no*.

Iohann Moritz cerró los ojos.

66

Poco tiempo después acudieron de nuevo a buscarle. Se echó a temblar, y por vez primera pensó en suicidarse. No podía seguir soportando más tiempo tanto sufrimiento. El carcelero dejó la puerta abierta y permaneció en el umbral. Moritz le miró con los ojos entreabiertos. Vio que reía.

—¡Levántate! —dijo.

A la mente de Moritz volvió la imagen vaga del inspector Varga. Le pareció escuchar su voz. Le pareció ver, como si se hallara ya en ella, la mazmorra de tortura y las varillas de todos los tamaños, sintiendo de antemano el peso del carcelero sobre su espalda. Sus labios se movieron y murmuró con suplicante entonación:

—No… Hoy no. Mañana. Y pasado mañana y todos los días de mi vida. Cualquier día… Tortúrenme cualquier día… Pero hoy no…

—Hoy vamos a soltarle —dijo el gendarme.

Iohann Moritz no quiso dar crédito a sus oídos. No acertaba a creerlo. Y sin embargo, aquel día le soltaron.

Pero no le dejaron en libertad. Era ciudadano rumano, y, por lo tanto, fue enviado a un campo de trabajo.

67

Antes de salir de la cárcel, Iohann Moritz recibió una carta de Iulisca. Fue el propio funcionario del despacho del inspector Varga quien se la entregó. Entró en la celda en el preciso instante en que Moritz iba a salir. Éste rasgó el sobre y reconoció la escritura de Iulisca.

Querido Ianos: Hace cuatro días que no estoy ya al servicio de la señora Nagy. Lo escribo para que lo sepas y no acudas a buscarme a la calle Petofi cuando te suelten. Me marcho al campo, a casa de mi madre, en el Municipio de Balaton, del distrito de Tisa, donde te aguardo con amor. Puedes ir a buscarme en cuanto salgas de la cárcel.

Y abajo, a la derecha, había añadido:

Ayer estuve a buscar mis cosas en casa de mis antiguos dueños. El señor Nagy y su esposa te ruegan que no te enfades con ellos porque declararon a la policía que no te conocían. Han comenzado a detener a algunos judíos y tuvieron miedo de decir que habían tenido en casa a unos extranjeros. Te mandan saludos. El señor Isaac me ha dado para ti un traje casi nuevo. En cuanto vayas a casa de mi madre, te lo daré. El señor es muy bueno, así como su esposa. Tuvieron miedo que les detuvieran y por eso dijeron que no te conocían. Los tiempos son duros y el miedo es capaz de obligar a uno a matar a su padre y a su madre.

IULISCA

68

Los miembros del Gobierno húngaro se hallaban reunidos desde hacía tres horas en consejo secreto en el Palacio de la Regencia.

El consejo acababa de terminar. Sin embargo, el ministro de Asuntos Exteriores se puso en pie y de nuevo hizo uso de la palabra.

—El problema de los cincuenta mil obreros no está resuelto —dijo—. Y es el más importante.

—La cuestión ha quedado liquidada —dijo el jefe del Gobierno. Su voz fue dura —. La decisión se ha tomado por unanimidad.

Los ministros, con las carteras en la mano, estaban dispuestos a marcharse. Pero el de Asuntos Exteriores no parecía darse cuenta. Prosiguió:

—Necesitamos hallar alguna compensación. El equilibrio de nuestras relaciones con el III Reich no puede romperse. No estamos en situación de igualdad a su respecto, y tenemos que reconocerlo, aunque nos pese. La situación de Hungría respecto a Alemania es la de una nación subalterna y no aliada. Pero incluso esa situación puede convertirse en la de un país ocupado militarmente, lo que sería peor. Al principio nos pidieron que suministráramos trescientos mil obreros. La cifra fue reducida después a cincuenta mil hombres. Y éstos son los que tenemos que entregar, cueste lo que cueste…

—Mi Gobierno no cederá a los alemanes un solo ciudadano húngaro como esclavo —dijo el presidente del Consejo, rojo de indignación.

—Alemania insiste —replicó el ministro de Asuntos Exteriores—. Nos ha dirigido esta última demanda a la manera de un ultimátum. Su industria necesita mano de obra. Si no les cedemos por lo menos cincuenta mil hombres, la negativa podrá sernos fatal. Estoy informado de que, en el caso de que tal demanda no sea satisfecha, la ocupación militar de Hungría deberá considerarse inminente. Es mi deber advertirles, señores. En sus manos queda enteramente la responsabilidad de una negativa.

—¿No podríamos hallar un compromiso? —sugirió un ministro.

—Si enviamos un sólo húngaro como esclavo a Alemania, la situación seguirá siendo grave y la Historia no nos perdonará jamás un gesto semejante —dijo el presidente del Consejo—. En consecuencia, nuestra respuesta no puede ser más que una categórica negativa. ¡No hay compromiso posible en esta materia!

—¿Y si enviamos a Alemania cincuenta mil trabajadores y ninguno de ellos es húngaro? —inquirió el ministro del Interior—. Tenemos en los campos de concentración más de trescientos mil extranjeros. ¿Por qué no cedérselos a Alemania?

—Me opongo a esa solución —replicó el ministro de Asuntos Exteriores—. No haría más que complicar la situación. Es contraria a las leyes internacionales que conciernen a los presos e internados políticos. Necesitamos la simpatía de los países

extranjeros. Adoptando esa solución, el honor de la Corona de San Esteban sufriría enormemente. El único resultado sería crearnos nuevos enemigos.

Transcurrió media hora. Finalmente se halló un nuevo compromiso. Los ministros decidieron enviar a Alemania cincuenta mil obreros no húngaros elegidos entre aquellos cuya nacionalidad no estaba bien definida. El ministro del Interior se comprometió a escoger de tal manera a los obreros, que ninguno pudiera aportar la prueba cierta de pertenecer a otra nación.

—Y salvamos así la sangre húngara —dijo el ministro del Interior—. La Historia no podrá acusarnos nunca de haber enviado húngaros al cautiverio. Nuestra finalidad es tan noble, que la propia Historia excusará los medios empleados.

69

El conde Bartholy, jefe de la Prensa húngara, entró en su despacho y llamó a su secretaria. Deseaba dictarle el comunicado oficial conteniendo las decisiones tomadas por el Gobierno reunido en sesión secreta.

«Un hombre al que no se le respeta el honor y la dignidad, es un esclavo —se dijo para sus adentros el conde Bartholy—. Hoy, quien quiere vivir dignamente, se condena a sí mismo al suicidio. Nuestra sociedad prohíbe la dignidad y el honor personal, es de decir, toda la vida del hombre libre. No permite más que una vida de esclavo. Pero eso no puede durar. Una sociedad en la que todos los hombres —desde el ministro al criado— son esclavos, tiene que hundirse. Y cuanto antes, mejor.»

—¿Ha dicho algo, señor ministro? —preguntó la secretaria entrando en el despacho.

—No —respondió él—. Haga el favor de escribir: «El Consejo de Ministros, reunido en sesión secreta, ha tomado la decisión de facilitar la obtención de visados y de condiciones de viaje a todos los obreros húngaros deseosos de partir para Alemania para especializarse en las diversas ramas de la industria técnica. El número de obreros a los que el Gobierno facilitará condiciones de viaje se ha limitado provisionalmente a cincuenta mil.» Eso es todo. Comuníquelo inmediatamente a los periódicos y que lo publiquen en primera página.

70

El conde Bartholy cenó aquella misma noche en un restaurante próximo en compañía de su hijo, que era asimismo su secretario particular.

Al tomar el café, el conde preguntó a su hijo:

—¿Qué opinas de ese asunto de los obreros enviados a Alemania?

—Un verdadero K. O. en el ring político… —respondió Luciano—. El proceder ha sido magistral. En vez de obreros húngaros, enviamos, a los alemanes, extranjeros recogidos en todas las cárceles y los campos de concentración. La arrogancia germana se merece esa lección. Es una idea genial.

—¿Sabes que a cambio recibimos ciertas ventajas por parte de los alemanes? —preguntó el conde—. O para expresarse con más claridad: ¿Sabes qué nos han pagado por entregar esos cincuenta mil hombres?

—Se sobreentiende —dijo Luciano—. No íbamos a regalar una excelente mano de obra a los alemanes sin obtener nada a cambio.

—¿Y no te sientes vejado al saber que tu padre ha participado hoy en la venta de seres humanos? Semejante género de comercio es el último escalón en la rampa de la degeneración moral.

—¡Qué raro eres! —dijo Luciano—. ¿Es ésa la razón de que estés tan sombrío esta noche…?

—No trates de eludir la pregunta —replicó el conde—. ¿Reconoces que he tomado parte en un tráfico de esclavos?

—Si planteas así la cuestión, no cabe la menor duda. Has tomado parte, efectivamente, en un tráfico de esclavos —dijo Luciano sonriendo.

—¿Y eso no te molesta?

—Sería absurdo —dijo Luciano—. Creo además que el motivo de tu malhumor hay que buscarlo en otra parte. En caso contrario no habría motivo más que para una preocupación pasajera. Nos han forzado a enviar obreros a Alemania. De no haber hallado ese recurso, hubiéramos tenido que mandar obreros húngaros. ¿No hubiera sido más grave?

—Efectivamente… Desde el punto de vista húngaro hubiera sido más grave. Pero desde el humano es exactamente igual. Acabamos de vender unos semejantes a los alemanes.

—…obligados por las necesidades de esta hora presente. No podemos evitarlo.

—Europa ha abandonado el tráfico de esclavos desde hace centenares de años. Los últimos seres humanos que se vendieron fueron los negros de África. Ahora, el tráfico de esclavos está prohibido en toda la superficie del globo. La abolición de la esclavitud ha sido una de las más importantes realizaciones de nuestra civilización. Y sin embargo, volvemos sobre nuestros pasos, remontamos la corriente del tiempo y reanudamos el tráfico de esclavos. En pleno siglo XX volvemos bruscamente a la

época precristiana, saltando por encima del Renacimiento y la Edad Media.

—No hay que mirar la cosas desde un ángulo tan trágico —dijo Luciano—. Esos obreros enviados a Alemania no irán encadenados. Se les considerará trabajadores…

—No irán encadenados porque les faltará la menor posibilidad de huida. La sociedad contemporánea tiene sus métodos para guardar esclavos, unos métodos que no poseían los griegos. Y al decir esto, no pienso en las ametralladoras, las barreras de alambre espinoso conectadas a una fuerte corriente eléctrica y todos los recursos puramente mecánicos, sino los métodos de la técnica burocrática que encadenan sutilmente al ser humano: las cartillas de alimentación, la autorización de la policía para poder ocupar una cama en el hotel, coger un tren, pasearse por la calle o cambiar de residencia. Los griegos y los egipcios no hubieran encadenado jamás a sus esclavos, de haber poseído los medios de fiscalización de nuestra sociedad moderna. Pero la esclavitud sigue siendo la misma.

—Es mejor no pensar en todo eso —dijo Luciano—. No podemos cambiar nada. No tenemos oportunidad de hacerlo. No somos el único país que ha vendido esclavos a Alemania. Croacia, Rumania, Francia, Italia, Noruega y casi todas las naciones de Europa lo hicieron. ¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Retirarnos del Gobierno y luchar contra Alemania porque compra esclavos que otros países le venden? Otro Gobierno ocuparía entonces el poder y mandaría otros obreros a Alemania. Y aunque lográramos destruir al Reich alemán, no con ello habríamos solucionado el problema. Los rusos son los mayores traficantes de esclavos de todo el mundo. En Rusia soviética, cada hombre es propiedad del Estado…

—¿Y no te espanta ese estado de cosas?

—No.

—Eso es lo más grave —dijo el conde—. Quiere decir que no tienes ningún respeto hacia el ser humano. Y tú también eres un ser humano. Por lo tanto, no tienes ningún respeto hacia ti mismo.

—Respeto a cada hombre según su valor —dijo Luciano—. No creo que tengas nada que reprocharme a ese respecto.

—Respetas al hombre como respetarías a tu automóvil… Sólo porque representa cierto valor.

—¿Y qué tienes que censurar?

—¿Es que acaso respetas al hombre por su valor intrínseco, por su valor humano?

—Claro que sí. No podría hacer sufrir a nadie sin sentir piedad y remordimientos.

—Tampoco harías daño a un perro, pues sabes que cuando le estás pegando, sufre. Sientes hacia el hombre igual piedad que experimentarías hacia cualquier ser vivo. Lo que yo quisiera saber es si respetas al ser humano como ser humano, como valor único, irreemplazable, aunque no tenga ningún valor social o no te inspire piedad o ternura como un animal.

—Nunca me he planteado esta pregunta —dijo Luciano—. Sé que respeto al hombre con relación a su valor social y como animal vivo. Por lo demás, todo el

mundo piensa y siente como yo…

—¿Estás seguro, Luciano, de que todo el mundo piensa y siente hoy como tú? —preguntó el conde.

—Absolutamente seguro —dijo Luciano—. El más estricto razonamiento lógico nos impone esa conclusión. El hombre es un valor social. Y el resto no son más que hipótesis.

—Eso es extremadamente grave.

—¿Qué ves de grave en ello?

—Nuestra cultura ha desaparecido, Luciano. Y la verdad es que tenía tres cualidades: amaba y respetaba la Belleza, costumbre tomada de los griegos; amaba y respetaba el Derecho, hábito heredado de los romanos, y amaba y respetaba al Hombre, costumbre adoptada bastante tardíamente y con relativas dificultades de los cristianos. Sólo por el respeto que sentía a esos tres símbolos: el Hombre, la Belleza y el Derecho, pudo nuestra cultura occidental llegar a ser lo que fue. Sin embargo, ahora acaba de perder la parte más preciosa de su herencia: el amor y el respeto del Hombre. Sin ese amor y ese respeto, la cultura occidental habrá dejado de existir. Habrá muerto.

—El hombre ha conocido, a través de su historia, épocas más negras que la que ahora atravesamos —dijo Luciano—. Se le ha abrasado en plena plaza pública, quemado en los altares, triturado en el potro y vendido y tratado como un objeto. No es justo juzgar tan severamente a nuestra época.

—Es cierto —dijo el conde—. En esos momentos sombríos se ignoraba al hombre, y el sacrificio humano se practicaba por pura barbarie. Pero vencimos esa barbarie y comenzábamos a apreciar al ser humano. Sin embargo, estábamos aún al principio de la tarea y teníamos que seguir aprendiendo. Pero la aparición de la sociedad técnica destruyó lo que habíamos ganado y creado durante siglos de cultura. La sociedad técnica volvió a instituir el desprecio a humano. El hombre está hoy reducido a su sola dimensión social… Pero marchémonos ya. Debe ser tarde.

Luciano consultó su reloj de pulsera.

—Mi reloj se ha parado —dijo—. ¿Quieres decirme la hora que es?

—Es la hora veinticinco.

—No entiendo…

—Te creo. Nadie quiere comprender. Pero es la hora veinticinco. La hora de la civilización europea.

71

—Te han vendido a los alemanes, querido Moritz —dijo el jefe del equipo, echándose a reír—. Me pregunto cuánto habrán cobrado los húngaros por tu piel. Tu valor no es mucho. Todo lo más una caja de cartuchos, pues he oído decir que los alemanes no han pagado dinero. Nos han dado armas y municiones. No creo que hayan dado más de una caja de cartuchos por ti. Una caja de cartuchos por todo: la piel y los huesos. —El jefe del equipo volvió a soltar la carcajada y luego dio unas palmadas en el hombro de Moritz—. El precio ha sido caro. Los rusos no habrían dado tanto. Para ellos los hombres son aún más baratos.

Iohann Moritz no apreció la broma. Pero supo callarse. El jefe del equipo era un estudiante de Bucarest. Los húngaros le habían internado también, y desde hacía dieciocho meses trabajaban juntos en las fortificaciones. Moritz sabía que al estudiante le gustaba gastar bromas, pero que no tenía mal corazón.

—¿No quieres creer que te han vendido? —preguntó el estudiante.

—No, no lo creo —respondió Iohann Moritz—. Pueden encerrar a los hombres en los campos y en las cárceles; pueden hacerles trabajar, torturarlos y luego matarlos, pero no pueden venderlos.

—Sin embargo, te han vendido, querido Moritz —dijo el estudiante—. Te lo juro, si lo deseas. Te han vendido a ti, me han vendido a mí, han vendido a todos los rumanos, los serbios y los rutenos que nos encontramos aquí, en este campo de trabajo. Nos han vendido a los alemanes.

El estudiante dio media vuelta y se alejó.

Iohann Moritz se quedó pensando en lo que acababa de oír. «Me han vendido —se dijo—. No, no puede ser verdad…»

Pero durante todo el día estuvo recordando las palabras del estudiante. Le atormentaba la idea de que los alemanes lo habían comprado, pagando por él una caja de cartuchos. Pero, al reflexionarlo mejor, Iohann Moritz se dijo que era un estúpido por habérselo creído.

El campo se hallaba en la frontera rumano-húngara. Construían una línea de trincheras y el trabajo estaba aún mediado. Antim, el estudiante, pretendía que los húngaros tardarían aún diez meses en terminar sus trincheras. Para acelerar el trabajo, mandaban sin cesar otros internados, entre los que se encontraban incluso presidiarios marcados al rojo. Cuando más falta hacían los brazos, les dieron orden de partida. Todos los rumanos y los serbios del campo en donde se hallaba Moritz fueron embarcados en un tren. Se dijo que los húngaros no estaban contentos de la manera como trabajaban y querían reemplazarlos por otros que pudieran terminar con mayor rapidez el trabajo.

Antim pretendió, por el contrario, que les llevaban a Alemania. Otros rumanos corroboraban sus afirmaciones. Pero la mayor parte no las creían. Moritz se contaba entre éstos.

Una mañana bajó del tren para hacer sus necesidades. En el convoy no había retretes y tenían que esperar a que se detuviera para desparramarse por los terraplenes, y hacían sus necesidades guardados por los centinelas.

Aquel día el tren se había detenido en pleno campo. La mañana era desapacible y lloviznaba continuamente. Moritz permaneció más tiempo que otras veces entre las matas, y cuando volvió al vagón, vio que en cada compartimento había algo escrito con yeso. Se acercó y leyó, en alemán: «Los obreros húngaros saludan a sus camaradas del Gran Reich alemán.» En el vagón siguiente, era otra la inscripción: «Los obreros húngaros trabajan por la victoria del Eje.» Iohann Moritz llamó a Antim y le mostró las inscripciones.

—¿Te convences? No cabe la menor duda de que los húngaros nos han vendido a los alemanes.

—No lo creo —dijo Moritz—. No se puede creer una cosa semejante.

—Aguarda y te convencerás.

El tren permaneció detenido en aquellos parajes hasta el anochecer. Al ponerse el sol, los centinelas se desplegaron por los campos y recogieron flores. Moritz no había visto nunca unos soldados, con la bayoneta calada, cogiendo flores al mando de un oficial. Éste cogía también flores. Regresaron todos con ramos en las manos y adornaron todos los vagones con hojas verdes, con hierba y con guirnaldas, como para una boda. Moritz hubiera querido permanecer despierto para ver lo que ocurría, pero se durmió. Al despertar era ya de día. Las puertas de los vagones estaban cerradas. Fuera escuchaban ruidos extraños. El tren se había detenido en una estación. Hasta entonces acostumbraba a detenerse tan sólo a pleno campo, o, todo lo más, a la entrada de las ciudades. Bajo las ventanillas se oían voces acompañadas de ruido de locomotoras. Moritz escuchó a alguien que pasaba justamente bajo el vagón hablando en voz alta.

—Habla alemán —comentó Iohann Moritz.

¿De manera que el estudiante Antim no había mentido? Habían sido vendidos a los alemanes. «Quizá hayan dado verdaderamente una caja de cartuchos, una caja por los huesos, la carne, la piel, en fin por toda mi persona.»

—Hemos sido vendidos como esclavos…, como esclavos para toda nuestra vida —repitió el estudiante Antim.

Acababa de enterarse en aquel mismo instante de que se hallaban en territorio alemán. Se puso en pie y pronunció un discurso. Todos le escucharon atentamente. Todos menos Iohann Moritz. En su mente se repetían aquellas palabras: «Esclavo para toda la vida», viéndose a sí mismo encerrado en los campos de concentración perpetuamente, abriendo canales, trincheras, muerto de hambre, azotado, devorado por los piojos…

Luego se imaginó muriendo en un campo. Al pensar que podía morir encerrado, los ojos se le llenaron de lágrimas. Había visto morir a muchos presos. Incluso había abierto sus tumbas. Después de su muerte les quitaban las ropas y los enterraban

desnudos. «Como perros», pensó. También a los perros les quitaban la piel antes de enterrarlos. Para hacer guantes. A los prisioneros les quitaban las ropas. Era igual. Acaso cuando él muriera tuvieran por costumbre despellejar a los hombres. Moritz se irguió bruscamente. «Pueden tenerme toda la vida encerrado en un campo de concentración —se dijo—, pero antes de morir quiero que me suelten. Una hora antes de entregar mi alma pediré que me pongan en libertad para no morir encerrado. Es un gran pecado morir encerrado. Pero ¿qué estoy diciendo? Si me han vendido a los alemanes no me soltarán jamás, ni siquiera una hora antes de morir.»

72

—Dentro de diez días, a lo más tardar, tengo que haberme marchado —dijo Eleonora West—. Si no abandono el país antes de que transcurran, me encontraré con una orden de detención. Diez días es el plazo que me he impuesto a mí misma. Y acaso diez días sean demasiado.

Eleonora West miró a Leopold Stein, que estaba sentado en el mismo sillón de costumbre.

Acababa de expirar el término fijado a los ciudadanos de origen israelita para inscribirse en la oficina del Ministerio del Interior. Los que trataban de escapar a aquella medida eran condenados por un nuevo decreto-ley a diez años de cárcel. Eleonora no se había presentado. Sin embargo, no tardó en llegar a los tribunales una denuncia anónima. Se abrió una investigación. Salieron a la luz documentos ignorados por ella y que probaban de una manera indudable su verdadero origen étnico. Todas las tentativas que hizo para comprar, como anteriormente, a los que llevaban la investigación, fracasaron.

—Esta vez nos han vencido, señor Stein —dijo Eleonora West—. Tengo que abandonar el combate y que huir cuanto antes. Es lo único que aún puedo hacer. Durante dos años y medio he resistido a todo, he afrontado todos los ataques. Era difícil, pero lo he conseguido. Sin embargo, parece que el destino no ayuda indefinidamente a los temerarios.

—La batalla no está perdida aún —dijo Leopold Stein—. Claro que el plazo de diez días es demasiado corto. Podemos vender la imprenta, el periódico y la casa por buen precio. Lo mismo puede hacerse con el mobiliario, los cuadros y la biblioteca. La cantidad resultante la depositaremos en un Banco suizo. Lo único que no podremos conseguir en tan corto plazo es obtener el nombramiento del señor Koruga y los pasaportes.

—Actualmente sólo pueden salir de Rumania los que se marchan en misión oficial —dijo Nora—. Es necesario que nombren a mi marido director del Instituto Rumano de Cultura de Ragusa. Sólo de esa manera podré obtener, como su esposa, el pasaporte y los visados. Pero el tiempo apremia. El juez ha dicho que lo único que puede hacer por mí es retrasar el curso del sumario durante diez días. Después de ese plazo declina toda responsabilidad y se verá obligado a ordenar la detención.

Leopold Stein se imaginó por un momento a Eleonora West en la cárcel. Procuró apartar inmediatamente el pensamiento.

—¿No le ha dicho usted nada a su marido? —preguntó—. Ha hecho mal: acabará por enterarse. Si supiera lo que ocurre, es posible que nos ayudara a salir del callejón. ¿Qué dirá al ver un nombramiento y unos pasaportes que no ha pedido?

—Aún no puedo decirle lo que ocurre —dijo Eleonora—. Porque tampoco tengo ninguna razón para esconderle un hecho que, antes de dos semanas, será del dominio público. Se enterará de que soy judía. Pero no puedo decírselo aún. Estoy demasiado

cansada; no puedo hacer ningún esfuerzo. Para confesarle el único secreto que he tenido con él desde hace dos años, me hace falta un valor del que carezco. Mi voluntad ha estado en tensión durante mucho tiempo. Ahora estoy fatigada… fatigada, fatigada…

Eleonora West ocultó la cabeza entre las manos. Leopold Stein la contempló compasivo.

Su aspecto era fatigado. El abogado se sintió conmovido. Pero nada podía hacer. Abrió la cartera para no verse obligado a contemplarla por más tiempo, para no vela así abatida, con la cabeza entre las manos. En su cartera, entre los documentos de venta de la casa, de la tierra, de la imprenta, del periódico y de los cuadros, halló, también una cartera con el monograma de Traian Koruga en oro. Lo dejó sobre la mesa, ante Eleonora. Ella contempló unos instantes objeto antes de cogerlo.

—Mañana es el segundo aniversario de su boda —dijo el anciano—. Sé que ha estado usted demasiado preocupada para comprarle nada a su marido. Le he traído esta cartera para que se la regale. Seguramente le gustará. Es bastante bonita.

—¿Mañana es el segundo aniversario de mi boda? —repitió Eleonora—. Lo había olvidado totalmente. Le agradezco, señor Stein, que haya usted pensado en mi lugar. Traian se sentirá contento. —Pasó suavemente la mano por encima de la cartera, como si la acariciara—. No sé por qué persisto en guardar este secreto. Quizá porque le amo demasiado. Haría cualquier cosa para ayudarme si lo supiera. Estoy segura. Pero no se lo diré. Temo perderle. Sé que mi temor es absurdo, pero cada vez que me resuelvo a hablarle siento que me invade este temor y sigo guardando el horrible secreto. Traian es el único ser que me une aún a la vida. Si lo perdiera, me perdería a mí misma.

Eleonora West dejó la cartera sobre la mesa y dijo bruscamente:

—¿Sabe usted qué me ha dicho el fiscal? Pretende que no estoy casada. —La voz de Eleonora tembló. Prosiguió—: Y tiene razón. Me casé después de promulgada la ley prohibiendo a los rumanos casarse con judías. La ley apareció en abril y yo me casé con Traian dos meses después. Legalmente, mi matrimonio es nulo. Todos los matrimonios efectuados después de aquella fecha, con conocimiento o sin conocimiento de causa, fueron anulados automáticamente.

Eleonora West calló. Le parecía seguir escuchando aún la voz del fiscal: «El señor Traian Koruga no es su marido. Según la ley, no está casado. El señor Traian Koruga puede casarse en cualquier instante con otra mujer sin ser por eso considerado bígamo. Si tiene usted un hijo, será un hijo natural y deberá llevar el apellido West en vez del de Koruga. Y usted, señora, firma en falso cada vez que escribe el nombre de Eleonora Koruga.»

—Pague lo que sea necesario, señor Stein —dijo Eleonora West—. Dentro de unos días tenemos que poseer pasaportes y visados a nombre del señor y de la señora Koruga…

73

Cinco días más tarde, Leopold Stein volvió a visitarla con el nombramiento de Traian Koruga para el puesto de director del Instituto Rumano de Ragusa y los pasaportes diplomáticos forrados en cuero azul.

—¡Hemos triunfado, señora Koruga! —anunció alegremente—. He reservado dos billetes en coche-cama hasta Viena. Se marcharán ustedes el lunes. Me siento satisfecho de que puedan abandonar Rumania.

Leopold Stein se limpió las gafas. Eleonora West, que no había cesado de examinar los pasaportes, contempló al anciano. Vio que había adelgazado mucho y sintió deseos de preguntarle si él no se marchaba también. Leopold, como si hubiera leído sus pensamientos, le dijo:

—No sé si volveremos a vernos jamás. Esta misma noche un número considerable de judíos saldrán para Transcoistria. Si vuelve usted alguna vez, no hallará ni un solo judío en Bucarest. A mí tampoco me encontrará. Un hombre de mi edad no es capaz de hacer el oso en los campos de concentración más allá del Buj.

74

Traian Koruga estaba encerrado en su despacho. Nora no acostumbraba a entrar nunca cuando él trabajaba. Pero aquel día penetró en la estancia con los pasaportes en la mano. Traian Koruga, sentado en su mesa de trabajo, tenía la cabeza apoyada en ambas manos.

—Voy a hacerte un regalo para celebrar nuestros dos años matrimonio. He logrado que te nombren director del Instituto Rumano de Cultura de Ragusa. —Y tendiéndole el nombramiento añadió—: Dalmacia posee las más bellas playas del mundo. Allá podrás continuar tranquilamente tu novela.

—¿Cómo has conseguido todo eso? —preguntó Traian—. Y sobre todo, ¿cómo has podido guardar ese terrible secreto? —La besó, añadiendo—: Nora…, ¡eres genial! —Y luego, continuó—: ¡Si supieras lo contento que estoy! Tenía necesidad de cambiar de clima para continuar mi novela. No podía seguir escribiendo. Presentía que iba a proseguirla en otra parte. Lo presentía. Quizá el próximo capítulo sea el más fuerte del libro…

Eleonora West se acercó a él y le besó en la boca para que no pudiera contarle «el capítulo siguiente». Tenía demasiado miedo.

LIBRO TERCERO

75

—Vamos a darte un trabajo fácil —dijo el funcionario de la fábrica—. Estás todavía enfermo. No nos mandan más que enfermos.

Miró a Iohann Moritz con desdén y volvió a fijar los ojos en el papel que tenía en la mano. Después miró de nuevo a Moritz, esta vez con recelo. Desde hacía dos años se encontraba en Alemania y no habían dejado de mirarle un solo instante de la misma manera. Parecía siempre sospechoso de crímenes que no había cometido, pero que estaba seguro de cometer algún día.

—¿Húngaro? —inquirió el funcionario—. He tenido otros húngaros y no estoy contento. Acaso tú seas diferente… —Soltó una risita y se puso a leer en voz alta—: Moritz Ianos, húngaro, treinta y dos años, obrero, no calificado, llegado a Alemania el 21 de junio de 1941.

Iohann Moritz, que se había transformado en ciudadano húngaro desde hacía dos años, porque así constaba en sus papeles, siguió los gestos del funcionario que leía para sus adentros la lista de fábricas, de altos hornos y de los campos de trabajo del Gran Reich Alemán donde él, Iohann Moritz había trabajado hasta aquel día. La lista era muy larga. Constaban en ella industrias de todos los géneros. Iohann Moritz se sintió orgulloso de haber pasado por todos aquellos lugares. Por espacio de unos instantes aparecieron ante sus ojos docenas de campos rodeados de alambradas, decenas de campos donde había trabajado, de las fábricas, de las ciudades y de todos los sufrimientos que había conocido. Moritz aguardó que el funcionario se maravillara del valor que había demostrado y de las pruebas que había sufrido antes de llegar allí, ante él. Pero el funcionario se limitó a echar una ojeada indiferente sobre todos los nombres de los lugares donde Moritz había sufrido, y se detuvo en la última línea: «Dado de baja del hospital para obreros extranjeros número 707, el 8-3-43».

Moritz estaba sorprendido de ver cómo un hombre recorría así una lista de sufrimientos sin apiadarse. Pero el funcionario no se conmovió. Cogió un lápiz y escribió, en la parte inferior de la hoja, la siguiente inscripción: «Dado de alta en la fábrica de botones Knoph und Sohn el 10-3-43». Luego metió el cartón en un cajón que contenía otros semejantes y contempló a Moritz:

—«Disciplina, obediencia, trabajo y orden.» Tal es nuestra divisa para los obreros extranjeros. En esta fábrica hay también obreras alemanas. Llamo tu atención sobre un hecho muy importante: Todo contacto con una mujer alemana se castiga con cinco meses de cárcel por lo menos. Nuestro director es inflexible en ese punto. El húngaro que trabajó antes aquí está ahora encarcelado. Le previne a su llegada, como hoy te prevengo a ti, pero no quiso tener en cuenta mis advertencias. Sin duda creyó que, puesto que era de noche y se había escondido bajo la manta, nadie le descubriría. Pero en nuestro Gran Reich Alemán no puedes hacer un solo movimiento sin que se sepa inmediatamente. Ni siquiera bajo una manta. No puedes hacer un solo gesto sin

que se nos informe. Adivinamos todo lo que pasa por tu mente. Tus pensamientos. Todos tus pensamientos. ¡Fotografiamos diez veces diarias todos tus pensamientos! Pasemos al segundo punto: Nuestra fábrica trabaja para la guerra. Todo lo que veas y todo lo que oigas es secreto militar. El obrero extranjero no debe saber lo que produce la fábrica, cómo lo produce ni cuál es su rendimiento. Si tratas de conocerlo, arriesgas la cabeza. En enero fue ejecutado un italiano. Actualmente va a ser juzgado un checo que trató de penetrar en los secretos de la fábrica Knoph und Sohn.

El funcionario se puso en pie, dirigiéndose hacia la puerta seguido de Iohann Moritz.

—Los húngaros que hasta ahora estuvieron aquí no me gustaron —dijo el funcionario—. Todos están ahora en la cárcel. Uno de ellos ha sido condenado a trabajos forzados por sabotaje. Esperemos que seas una excepción, pese a que no creo en las excepciones…

Se detuvo ante una cadena que transportaba cajas sobre un rail. Al término de éste, un obrero iba cogiendo cada caja y la colocaba sobre una carretilla que se hallaba a su lado. En el momento mismo en que el funcionario se acercó al obrero, echó a andar la carretilla cargada de cajas. Otra vacía se detuvo junto al obrero. Este no pareció darse cuenta del cambio ocurrido y siguió cogiendo una tras otra las cajas transportadas por la cadena, colocándolas después sobre la carretilla vacía como había hecho con la precedente. A simple vista se echaba de ver que las cajas debían ser pesadas.

—A partir de mañana —dijo el funcionario— será éste tu trabajo. Es muy sencillo. Basta coger las cajas que salen llenas del taller y colocarlas en la carretilla que las transportará al almacén. El orden tiene que ser riguroso: es la ley más importante. ¿Has trabajado anteriormente en alguna fábrica?

Iohann Moritz contempló al obrero que se inclinaba maquinalmente, extendía maquinalmente su brazo, cogía la caja llena de botones y la colocaba sobre la carretilla, sin pensar en lo que hacía, pero sin acertar tampoco a pensar en otra cosa. Ni siquiera parecía ver a los que se hallaban a su lado.

—Las máquinas no toleran el desorden —dijo el funcionario—. Las máquinas no toleran la anarquía, la pereza y la indolencia humana. —Iohann Moritz le miró—. No te estará permitido pensar en otra cosa. Las máquinas te castigarán en seguida si así lo haces. Toda tu atención deberá fijarse en el «robot», en tu camarada, en el obrero técnico que acarrea la caja y te la entrega. No tendrás más que inclinarte, cogerla de sus manos y depositarla en la carretilla.

El funcionario sonrió.

Moritz trató de mirar los brazos de su camarada técnico, pero no los vio por ninguna parte. Entonces volvió la mirada hacia el funcionario, que seguía sonriendo.

—El «robot» no puede adaptarse al hombre. Eres tú quien tiene que adaptarse a él y coordinar tus movimientos a los suyos. ¡Es lo normal! —añadió el funcionario—. Pues él es un obrero perfecto, como tú no podrás llegar a serlo jamás. Ningún hombre

puede ser un obrero perfecto. Sólo las máquinas saben serlo. Y nosotros, los humanos, tenemos que observarlas para aprender a trabajar. ¿Has comprendido? Ellas te enseñarán la disciplina, el orden y la perfección. Imitándolas te convertirás en un obrero de primera clase. Pero, no… Tú no serás jamás un obrero de primera. Eres húngaro, y en las fábricas, los húngaros se pasan el tiempo mirando a las mujeres y no a las máquinas.

Iohann Moritz sintió deseos de decir que era rumano y no húngaro. Hubiera querido contar su historia otra vez, hablar de las cárceles donde había estado, de los golpes recibidos en Budapest; pero el funcionario ni siquiera le miraba; contemplaba con admiración la máquina que acarreaba a intervalos regulares los cajones blancos. Sólo al final su mirada se volvió a Iohann Moritz y sus ojos adquirieron entonces una expresión desconfiada. Moritz sintió que aquel desprecio le cubría enteramente y se abstuvo de contar su historia sobre las cárceles de Budapest y las brutalidades del inspector Varga.

—¡El hombre es un obrero inferior! —repitió el funcionario—. Sobre todo el hombre oriental. Vosotros, los orientales, sois inferiores a las máquinas. Como si no bastara ser hombre, eres además oriental y húngaro y sales del hospital… ¡Un enfermo! Eso es lo que eres: un enfermo…

Iohann Moritz vio que el funcionario sufría. Sintió piedad y deseos de asegurarle que iba a esforzarse en trabajar bien.

—¿Cómo quieres que te compare a una máquina? —El funcionario le midió con la mirada, de los pies a la cabeza—. Atreverse siquiera a pensar en compararlas contigo es una impiedad, una ofensa a las máquinas. Ellas son perfectas. Y tú… No deberían dárseles semejantes servidores. Y ahora, sígueme. Voy a darte tus ropas de trabajo. No puedes penetrar en la fábrica sin uniforme. El uniforme de obrero es como el hábito de un sacerdote. Pero tú no puedes comprender eso. Vosotros los húngaros, no os preocupáis más que de mirar a las mujeres. Sois bárbaros, bárbaros…

76

A la mañana siguiente, Iohann Moritz entró completamente solo en la gran sala con suelo de cemento. Se aproximó a la carretilla que le habían designado la víspera. Faltaban cinco minutos para que comenzara el trabajo. Moritz se sentía emocionado. Llevaba un mono de trabajo, azul, que le cubría todo el pecho, y los zuecos con que iba calzado resonaban en el cemento como martillazos. Al principio intentó andar con la punta de los pies. No le gustaba hacer tanto ruido él solo. Pero los zuecos seguían resonando estrepitosamente. Cuando llegó al centro de la nave oyó que alguien le llamaba. No habían pronunciado su nombre, pero Moritz estaba seguro de que le llamaban a él. Y era verdad. Volvió la cabeza. En aquel instante le llamaron por segunda vez. Oyó claramente:

—¡Salve Sclave!

Una maraña de pelo negro, un rostro de ojos dilatados, un bigote y unos dientes blanquísimos aparecieron detrás de una ventana cerrada por unos barrotes. El hombre parecía joven, pero estaba delgado como un esqueleto y fijaba en Moritz sus ojos grandes y ardientes. No se alcanzaba a ver su cuerpo. En el instante preciso en que sus miradas se encontraron, volvió a repetir, como si se conocieran desde mucho tiempo atrás:

—¡Salve Sclave!

—Me llamo Ianos Moritz —dijo nuestro hombre, seguro de que el desconocido le confundía con alguien llamado Salve Sclave. Pero la sirena de la fábrica comenzó a silbar en aquel instante. Las máquinas se pusieron en marcha. Moritz corrió al lugar que le habían fijado. El hombre de pelo negro permaneció unos instantes más en la ventana, sin dejar de sonreír. Parecía haber entendido lo que acababa de decir Moritz y, sin embargo, antes de desaparecer exclamó una vez más:

—¡Salve Sclave!

Iohann Moritz cogió las primeras cajas que aparecieron sobre la cadena y las colocó sobre la carretilla. De no haber sido tan pesadas, un niño de siete años hubiera podido hacer aquel trabajo. Moritz sabía que aquellas cajas contenían botones. Hubiera deseado contemplarlos. Pero todas estaban cerradas. Y aunque hubieran estado abiertas, no habría tenido el valor de levantar la tapa y mirar el contenido. «En enero ejecutaron a un italiano. Hoy va a ser juzgado un checo…»

Moritz pensó en el checo, que en aquel instante debía de hallarse ante los jueces, pidiendo sin duda perdón por haber tratado de penetrar los secretos de la fábrica de botones. Luego pensó en el italiano a quien habían cortado la cabeza. Había visto bastantes italianos y todos le habían parecido muy alegres. Se imaginaba que el ejecutado debía de haber sido también bastante alegre. Y le parecía estar viendo su cabeza rodando a los pies del verdugo, con una mueca alegre estereotipada en sus labios.

Juró para sus adentros no volver a pensar en los botones, ni siquiera

contemplarlos aunque una de aquellas cajas se abriera por casualidad. No valía la pena que le cortaran a uno la cabeza por haber curioseado en un montón de botones. Se dijo que aquellos botones debían estar, sin duda, reservados al ejército. Y al coger el cajón y colocarlo sobre la carretilla vacía, pues la cargada se había alejado sin que siquiera reparara en ella, se preguntó qué clase de botones podían ser aquéllos. Había muchas clases: botones para la marina, para la infantería y para la aviación. Había botones negros, dorados y caquis. A Moritz le hubiera gustado que el cajón que cargaba en aquel instante hubiera estado lleno de botones decorados. Eran los más bonitos. Parecían pedacitos de oro… «Los marinos acostumbran a llevarlos. Quizá este cajón contenga botones para marinos…»

En aquel instante recordó las palabras del funcionario: «Nos enteramos de todo lo que pasa por tu mente. Fotografiamos tus pensamientos».

Se esforzó en no seguir pensando en los botones de la caja. Era un secreto y Moritz no podía enterarse de los secretos de la fábrica.

Siguió trabajando incansablemente y luego volvieron a atormentarle otra vez aquellos insidiosos pensamientos. Se preguntó qué podría hacer el ejército alemán con tal cantidad de botones. Todos los soldados y oficiales que había visto durante su estancia en Alemania llevaban ya botones en sus uniformes y sus abrigos. Por lo tanto, todos aquéllos que se fabricaban estaban destinados a uniformes nuevos.

Iohann Moritz contempló las múltiples cajas que se deslizaban, una tras otra, como un interminable río, y se dijo: «Deben contener millones de botones. Hay tantos, que con ellos podrían llenarse los uniformes de todo el ejército alemán. Quizá los alemanes hayan ordenado que todos los soldados tengan uniformes nuevos y por eso se fabrican tantos botones.»

Se preguntó si aquellos botones nuevos no estarían destinados a los que desfilarían, cuando la guerra acabara, por la calle mayor de la ciudad, con las banderas al frente y a los sones de una banda militar. Todos los soldados llevarían botones dorados, brillantes como el sol.

No pudo contener una sonrisa. Se veía a sí mismo asistiendo a la parada, mezclado con la multitud y orgulloso de saber que los botones de todos los oficiales y soldados, e incluso los de los generales, habían pasado por sus manos. «Los que llevo ahora serán para el uniforme de un general. Y todos los abrigos y guerreras de general se adornarán con botones que saldrán expresamente de esta caja…»

Abstraído en sus pensamientos se olvidó de levantar la caja que se hallaba ante él. Saltó de la cadena y cayó al suelo con estrépito. Moritz se precipitó a cogerla. En aquel instante llegaron otras cajas y una segunda cayó fuera del raíl, haciendo aún más estrépito que la anterior. Moritz cogió la primera caja, pero al intentar detener a la segunda en su caída, recibió la tercera en la espalda. Dejó caer las otras dos y se sintió acometido súbitamente de un miedo terrible. Un pánico como no lo había conocido hasta aquel instante. Cayó ruidosamente la cuarta caja. Y luego la quinta…

Moritz volvió a su sitio. Dejó las cajas que se habían caído y comenzó a cargar en

la carretilla eléctrica las que iban llegando. Echó una mirada a la máquina, como si quisiera implorar gracia, convencer a la cadena para que se detuviera hasta que hubiera recogido las otras. Pero fue inútil: las demás siguieron llegando con desesperante regularidad. Echó una mirada temerosa a su alrededor. Tenía miedo de que le castigaran. Pero nadie le había visto.

Al mediodía, la máquina se inmovilizó. Hasta aquel instante, Moritz había estado temblando, temeroso de que le sorprendieran. Descendió de la plataforma, cogió las cajas y las colocó sobre la carretilla, satisfecho de que nadie se enterara de la falta cometida. Pero la carretilla, automática también, se había detenido al mismo tiempo que toda la instalación. Iohann Moritz trató de empujarla con la mano, pero estaba frenada y sólo echaba a andar automáticamente. Quiso coger entonces las cajas y transportarlas hasta el almacén, pero se encontró con que no podía pasar por la puerta, hecha a la medida de la carretilla. Permaneció indeciso, con sus cajones al hombro, sin saber qué hacer. En aquel instante una voz sonó a su espalda. Moritz volvió a colocar los cajones en la carretilla y se volvió:

—¡Salve Sclave!

Olvidó inmediatamente los cajones y la falta que acababa de cometer y sonrió.

—No me llamo así… Mi nombre es Ianos Moritz. Debes tomarme por otro.

Los labios del desconocido se abrieron en una sonrisa, dejando ver sus dientes blanquísimos. Luego se apartó de la ventana, no sin haber gritado por segunda vez:

—¡Salve Sclave!

Moritz se fue a comer, pensando que su parecido con aquel Salve Sclave debía ser perfecto desde el momento en que el desconocido de los ojos negros le seguía llamando así, hasta después de haberle dicho su nombre.

Con el tiempo se fue dando cuenta de que el muchacho de la ventana llamaba «Salve Sclave» a todos los camaradas extranjeros que trabajaban en la fábrica. Era francés. Pretendía llamarse también Salve Sclave. Pero Moritz se enteró de que su nombre era Joseph.

77

Iohann Moritz trabajaba desde hacía cinco meses en la fábrica de botones y no había dejado caer ni una sola caja más. En cuanto la cadena las dejaba a su lado, las cogía y las depositaba en la carretilla. Las cogía sin verlas, sin pensar en los botones que contenían, ni en los generales que iban a llevarlos, ni en los soldados que, en la parada triunfal del final de la guerra, desfilarían por la plaza con sus uniformes nuevos y los botones brillantes que contenían las cajas que él cargaba sin cesar…

No pensaba en nada. No se detenía en ensueños inútiles. Ni siquiera pensaba ya en la cabeza del italiano, que había rodado a los pies del verdugo sin abandonar la sonrisa.

En ciertos momentos habría deseado saber lo ocurrido con el checo que había comparecido ante los jueces el mismo día de su entrada en la fábrica. ¿Estaría libre? ¿Le habrían condenado?

Pero cuando recapacitaba, procuraba alejar todos aquellos pensamientos. No sentía ya curiosidad por nada. Cuando penetraba en la nave de las máquinas, el francés aparecía siempre en la ventana de la fundición y gritaba:

—¡Salve Sclave!

Moritz le respondió aquel día: «¡Salve Sclave!», sin saber siquiera lo que decía. Luego apresuró el paso para subirse a la plataforma donde le aguardaba la cadena de cajones. Una sola vez había tratado de simplificar su trabajo y coger dos cajas a la vez para cargarlas en la carretilla, pero la cadena no se lo permitió. Rozó el borde de una de las cajas, chirriando como si hubiera querido morderle; todas la fibras de Moritz se estremecieron, y a partir de aquel instante no volvió a intentar la carga de dos cajas al mismo tiempo. La máquina no quería que hiciera aquello. Incluso si hubiera podido coger cinco, no lo habría hecho. Estaba preso del ritmo y no podía ya librarse. El trabajo no era fácil ni difícil. Antes, en los campos de concentración, trabajaba de firme, y cuando se fatigaba no podía contener los juramentos. Ahora, en cambio, no se cansaba ya, ni siquiera pensaba en la fatiga; pero a pesar de todo, no se sentía satisfecho.

Se daba cuenta de que su ser se mustiaba como una planta privada de agua. Por la noche, al meterse en la cama, tenía la impresión de estar inclinándose para coger una caja. Por la mañana, cuando se levantaba, sentía igual sensación que si se irguiera después de haber cargado una caja en la carretilla. Mientras dormía, ni un solo sueño ocupaba su mente. Sus ojos y su frente estaban sombríos. Su rostro parecía haber perdido el color tostado de la tierra, adquiriendo el acerado de las máquinas. Durante los últimos tiempos, Iohann Moritz había llegado a olvidar incluso que las cajas que cargaba contenían botones, y cuando lo recordaba —lo que no ocurría con frecuencia — sonreía. Y su sonrisa era seca, como la tierra después de la sequía.

Los médicos diagnosticaron que estaba enfermo y Iohann Moritz fue internado en la enfermería del campo.

78

Muchos días pasó en la barraca de madera que servía de enfermería. Las ventanas estaban guarnecidas de alambre espinoso. Se hallaba allí desde hacía cuatro semanas. Tenía tocados los pulmones. Todo el cuerpo le ardía como una llama y se sentía cada vez más consumido. No pensaba más que en la fábrica de botones y sentía deseos de volver a ella. Pasaba todo el día postrado en la cama, con los ojos cerrados y la frente ardiente. Aquella mañana oyó unos rumores suaves en torno a su lecho. «Deben ser los médicos que hacen su ronda de visitas», se dijo. Pero de pronto llegó a su olfato un perfume de piel lavada, aroma que no había aspirado desde hacía mucho tiempo, pero que conocía perfectamente. Abrió los ojos, sonriendo. Una mujer con uniforme militar estaba junto a su cama. Era rubia y joven. Su cuerpo olía a jabón y a aire fresco. Le miraba con expresión hosca, pero él seguía sonriendo. Le rodeaban dos policías y los médicos de la enfermería. Uno de éstos preguntó:

—¿Es él?

La mujer leyó la gráfica de la cabecera mientras le echaba miradas recelosas. Todo el mundo tenía iguales miradas en Alemania.

—¿Húngaro? —preguntó—. ¡Son los más peligrosos, exceptuando a los italianos!

Las manos de la mujer cogieron el embozo y lo apartaron dejando al descubierto el pecho de Moritz.

—¡No es él! El otro tenía pelo en el pecho…

Se apartó, deteniéndose ante las otras camas, contemplando todos los rostros y descubriendo a todos los enfermos. Pero no encontró al que buscaba. Finalmente, salió de la barraca y los policías la siguieron.

Sin embargo, su olor, no sólo compuesto de agua, jabón y perfume, siguió flotando en la barraca después de su partida. Moritz recordó el perfume de la piel de Suzanna y de Iulisca… Era el mismo.

El médico dijo:

—Uno de vuestros camaradas se acostó la noche pasada con una alemana. La mujer que acaba de salir les sorprendió. La muchacha ha sido detenida, pero él pudo escapar. Era un hombre moreno, de pecho velludo. La culpable no quiere dar su nombre, pero acabarán por apresarle y no podrá librarse de cinco años de cárcel… ¡Pobre diablo!

El médico era holandés. Echó una ojeada por la ventana, y luego comentó:

—¡Ya le han cogido!

Moritz se incorporó para verlo. Bajo la ventana pasaba un serbio con las muñecas atadas. Era un hombre apuesto, de tez morena y pelo negro. Dos policías iban a su lado. Moritz recordó al muchacho. Trabajaba en la fábrica de cuerdas y era de carácter muy alegre. Le seguía la muchacha uniformada.

—Ya dije que acabarían por encontrarle —repitió el médico.

79

Cuando se hallaba al lado de Joseph, Moritz no sentía ningún temor. Era la única persona cuya proximidad no le causaba miedo, pues en aquellos últimos tiempos todo había llegado a inspirarle pavor. En la fábrica le atemorizaba la sola idea de dejar caer una caja o tardar en cogerla de la cadena. Le causaba miedo mirar a una alemana y temía llegar a conocer casualmente un secreto referente a los botones. Todos los alemanes le inspiraban gran temor. Pero no sólo los hombres alemanes, sino también la tierra alemana, las palabras alemanas e incluso el aire que respiraba, que era también alemán. En Rumania le habían encerrado, le había pegado y le habían matado de hambre, pero no había sentido miedo alguno; ni siquiera había tenido miedo de los húngaros, que le laceraron la piel, jirón a jirón. Al fin y al cabo, tanto rumanos como húngaros eran seres humanos; tan humanos como Iorgu Iordan, de quien tampoco había tenido miedo, pues Moritz no temía a sus semejantes. Sabía que eran buenos y malos al mismo tiempo. Unos mejores, otros peores; pero siempre ambas cosas a la vez.

En Rumania, el ayudante le había ofrecido un cigarrillo después de haberle saltado dos dientes de un puñetazo. En Hungría, los policías le habían dado agua y tabaco después de haberle abrasado la planta de los pies con hierros al rojo vivo.

En Alemania, en cambio, nunca le habían pegado. Diariamente recibía la cuarta parte de un pan, café caliente y sopa. El trabajo era mucho más fácil que en el canal de Rumania o en las fortificaciones de Hungría, pero se daba cuenta de que no podía vivir en Alemania. Tenía una sensación, muy parecida a la certidumbre, de que los alemanes iban a cortarle la cabeza. Cuando recapacitaba, se decía a sí mismo que era estúpido creer aquello; pero, pese a todo, seguía viéndose esposado y condenado a muerte, sin ser culpable de nada, sin haber tratado siquiera de penetrar en el secreto de los botones. Aquellos hombres eran malos como máquinas, aunque pensándolo bien, acaso las máquinas no fueran malas. Quizá tampoco fueran malos los alemanes, pero Moritz no podía vivir al lado de unas máquinas. Sentía gran temor, tenía miedo de ellas y de los hombres que parecían máquinas. Se sentía completamente solo, terriblemente abandonado y le acometían deseos de gritar, de lanzar grandes alaridos. Esa soledad era causa del gran afecto que sentía hacia el francés.

Joseph acudió a su encuentro.

—¡Salve Sclave! —dijo.

—¡Salve Sclave! —repitió Moritz sonriendo.

Al francés le gustaba que respondieran a su saludo con aquella fórmula.

—Todos somos esclavos —decía Joseph—, y por eso necesitamos recordárnoslo unos a otros, mil veces diarias si es preciso, para no olvidarlo un solo instante. Si olvidamos que somos esclavos, todo estará perdido. Nuestra conciencia ha de estar tensa y despierta.

Un domingo por la tarde, Iohann Moritz y Joseph se tendieron en la hierba a la

sombra de una barraca. El francés le contaba a Moritz que estaba enamorado. El nombre de ella era Beatriz, vivía en París, tenía unos grandes ojos negros y lloraba noche y día porque Joseph estaba prisionero. El francés le había hablado tantas veces de ella que Moritz estaba seguro de que si un día encontrara a Beatriz la reconocería entre mil. Algunas veces llegaba a parecerle que estaba escuchando su voz. Semejaba una canción y le hacía recordar cosas lejanas, imprecisas. Beatriz estaba siempre presente entre Joseph y él. Y cuando los dos estaban tendidos en la hierba le parecía que eran tres a charlar. A veces se sorprendía incluso de que Beatriz no se mezclara en la conversación y no respondiera a las preguntas que él le hacía mentalmente…

80

—¡Todo el mundo a las barracas! —ordenó el comandante del campo por el altavoz.

—Otro registro —dijo Moritz poniéndose en pie.

Joseph le imitó, diciendo:

—¿Qué diablos se les ocurrirá ahora?

En el rostro se le transparentaba la irritación. No le gustaba que les encerraran en los barracones el domingo por la tarde.

Los obreros fueron abandonando el patio en grupos pequeños. El día era soleado y hacía calor.

Moritz y Joseph entraron en el barracón. Luego se acercaron a la ventana y miraron a través del alambre espinoso lo que ocurría en el patio.

—¡Mira! —exclamó Moritz—. ¡Es cierto lo que decían…!

Tres camiones militares habían entrado en el patio, deteniéndose bajo las ventanas.

Durante los últimos días había corrido el rumor de que iban a llevar mujeres al campo. En otros había ocurrido ya, pero los prisioneros no lo habían creído. Sin embargo, las mujeres estaban ya allí. Mujeres para ellos.

Los tres camiones iban cargados de mujeres. Morenas, rubias y pelirrojas.

—Ya ves que era verdad —dijo Iohann Moritz sin atreverse a creer lo que estaban viendo sus propios ojos.

Iban pintarrajeadas, empolvadas y llevaban vestidos ligeros. Echaban sin cesar miradas a las ventanas donde estaban amontonados los presos y reían entre sí. Comenzaron a descender de los camiones. Al saltar, el viento les levantaba las faldas. Moritz veía sus combinaciones, sus pantalones de todos los colores, finos como papel de fumar, y la parte alta de sus muslos. Los demás prisioneros, agolpados a su espalda, no podían contener la risa. Él no se reía. No podía reírse.

—¡Las mujeres no tienen que abandonar los camiones! —ordenó el comandante del campo—. Nadie les ha dado orden de descender.

La voz del altavoz sonó dura y autoritaria. Nadie había visto jamás al comandante. Hablaba desde su despacho y no aparecía nunca por el campo. Las mujeres retrocedieron. Volvieron a subir a los camiones con la misma precipitación con que habían bajado, empujándose unas a otras, temerosas de que las castigaran por no haber aguardado la orden para descender.

Al encaramarse a los camiones, los prisioneros volvieron a ver sus rodillas, sus combinaciones y sus pantalones de colores delicados. Seguían riendo. Pero sus risas eran sofocadas y temerosas.

—¡Diez mujeres por barracón! —ordenó el comandante del campo—. Estarán hasta las nueve de la noche. Los jefes de barracón han recibido disposiciones especiales para el desarrollo del programa y serán considerados responsables del

mantenimiento del orden y la disciplina.

El altavoz calló.

Las mujeres seguían en los camiones, aguardando a que les dieran orden de descender.

—*Merde!* —exclamó el francés apretando los dientes.

Moritz creyó que le dirigía la palabra y volvió la cabeza, pero Joseph estaba furioso y ni siquiera le miró.

—Las mujeres descenderán de los camiones por grupos —ordenó el altavoz.

Era lo que estaban aguardando. Comenzaron a saltar, dividiéndose en cinco grupos. Cinco hombres —los jefes de las cinco barracas— se adelantaron a buscarlas, haciendo señal de que les siguieran. Las mujeres obedecieron sin dejar de reír un solo instante.

Moritz no acababa de imaginarse cómo «iba a desarrollarse todo según el programa». Sentía gran curiosidad. Sabía que las mujeres habían acudido para hacer el amor a los prisioneros. Los alemanes pretendían que el rendimiento no era suficiente si los prisioneros no hacían el amor. Les gustaba el trabajo bien hecho y por eso facilitaban aquellas mujeres, para que los obreros trabajaran mejor en la fábrica de botones, en la de cuerdas y en la fundición de la ciudad.

Iohann Moritz no llegaba a comprender por qué razón los prisioneros trabajarían mejor si hacían el amor. Y no acababa de imaginarse cómo podía hacerse el amor con las mujeres puestas a disposición de los que ocupaban cada barracón. Los dormitorios eran grandes y contenían muchas camas. Los hombres eran numerosos y había pocas mujeres. Era imposible que cada prisionero se acostara con una mujer. «Quizá vayan pasando de cama en cama», se dijo. Pero luego pensó que a las mujeres les daría vergüenza pasar de una cama a otra. Jamás se le había ocurrido que pudiera entrar una mujer en su barracón, rodeado de alambre espinoso; y sin embargo, un grupo de ellas estaba allá, en la puerta.

El jefe de la barraca les hablaba, probablemente para darles instrucciones sobre la manera de proceder. A cada palabra suya, arreciaban las risas de ellas.

—Salgamos…, ¿quieres? —dijo Joseph—. Volveremos a nuestro árbol.

Moritz salió de la barraca en compañía del francés. Otros hombres les imitaron.

En el umbral se encontraron con el grupo de mujeres. Olían a perfume y a polvos. Se quedaron mirando a Joseph y a Moritz, y al darse cuenta de que se marchaban, se echaron a reír. Luego lanzaron algunas pullas en voz alta.

Una mano de mujer rozó el rostro de Moritz, acariciándole. Él bajó los ojos. La mano era suave y estaba perfumada.

—¡Salvete Sclavi! —dijo Joseph al llegar junto a ellas.

Le respondió un coro de fuertes carcajadas. Pero Joseph no reía. Su frente se había ensombrecido y permaneció largo rato sin hablar.

Al llegar al patio se tendió en la hierba y contempló el cielo. Moritz se echó a su lado y comenzó a pensar en aquellas mujeres. Joseph debía pensar también en ellas,

pero Moritz ignoraba cuáles serían sus reflexiones.

—Puedes volver a las barracas, si quieres —dijo el francés.

—No…, no quiero ir.

No volvieron a cambiar una palabra. Era la primera vez que el francés no hablaba de Beatriz.

—Son polacas de los campos de concentración —dijo Joseph al cabo de un rato —. Si practican ese oficio durante seis meses, las ponen en libertad inmediatamente. Pero en seis meses quedan completamente agotadas. No abandonan los campos de concentración más que para entrar directamente en el hospital, el asilo o el depósito.

—Yo creí que era su oficio —dijo Moritz.

—No son profesionales, Jean —(el francés le llamaba siempre Jean)—. Son esclavas que hacen un esfuerzo desesperado para recuperar su libertad. Son esclavas que intentan romper sus cadenas, sin ninguna herramienta, tan sólo con sus pobres manos vacías. Pero únicamente aciertan a desgarrar sus carnes. Las cadenas de la esclavitud son más fuertes que la carne humana.

* * *

A las nueve de la noche, las mujeres abandonaron el campo. Volvieron a subir a los camiones. Pero ya no reían. Fumaban tan sólo.

Al marcharse, Joseph les gritó con voz franca, de camarada:

—¡Salvete Sclavi!

Y aquella misma noche se evadió del campo.

—Los oficiales necesitan un intérprete de las lenguas balcánicas —dijo el funcionario de la fábrica, acompañando a Iohann Moritz al despacho—. Sé conveniente y respetuoso. ¡Son oficiales de la OKW!

Iohann tuvo que aguardar más de una hora. Finalmente fue introducido. El humo de los cigarrillos y el olor de vino le hizo carraspear. Sobre la mesa había algunos vasos y botellas vacías.

Nadie volvió la cabeza para mirarle. Permaneció apoyado en la puerta unos instantes. La atmósfera cargada le sofocaba y sentía deseos de decir que no servía como intérprete para que le devolvieran a sus cajas de botones. Al menos allí había silencio y no le ahogaba el humo de los cigarrillos. Admiró la franja roja que atravesaba los pantalones de los oficiales. Todos eran jóvenes. Moritz los contó. Siete. Uno de ellos se acercó a Moritz y le puso la mano en la cabeza. Luego le obligó a volverla como una pelota con la que quisiera jugar. Contempló su perfil desde el lado derecho y luego desde el izquierdo.

—¡Vuélvete! —ordenó después. Le dio unos golpecitos en el hombro y le puso la mano en la barbilla. Le ordenó abrir la boca y contempló sus dientes. Seguidamente le mandó—: ¡Desnúdate!

Iohann Moritz se quitó los pantalones de trabajo y los dejó en el suelo, junto al tabique. El oficial no le quitaba la vista de encima. Los otros seguían hablando, sin detenerse en lo más mínimo en el recién llegado.

—Señores —dijo el oficial que había ordenado a Moritz que se desnudara y que era un coronel de las SS—, señores, quiero hacerles una demostración.

Todo el mundo rodeó a Iohann Moritz, que permanecía desnudo y perplejo ante ellos. Le habían llamado para que hiciera de intérprete y no comprendía nada de lo que estaba diciendo aquel coronel. Recordó en aquel instante las demostraciones del circo. Durante aquellas demostraciones, un hombre de la sala era llamado a escena y el prestidigitador le iba sacando del bolsillo gatos vivos, conejos y pájaros. Para él era aquello una demostración. No conocía otras. Y he aquí que el coronel quería hacer ahora una demostración con él. Quizá una demostración como las que viera en el circo cuando era soldado. Iohann Moritz se sintió bastante intrigado, pero a pesar de ello, sonrió. No le causaban ningún temor aquellas demostraciones. Sabía que los hombres que el prestidigitador buscaba por la sala para practicar convenientemente sus trucos, no corrían ningún riesgo. Sólo estaba maravillado. Y sin duda, él también se sentiría maravillado en el momento en que el coronel comenzara a sacar conejos, gatos y pájaros de sus sobacos y de sus muñecas.

Moritz no abandonó un solo instante su sonrisa. Siempre le habían gustado los prestidigitadores…

—Señores —dijo el coronel—, este individuo ha entrado en el despacho hace diez minutos. No le había visto antes y ni siquiera sé para qué ha venido.

—Es el intérprete de lenguas balcánicas que ha pedido usted antes —dijo el funcionario de la fábrica.

—Había olvidado completamente el asunto del intérprete —dijo el coronel—. Pero en el momento de entrar, su aspecto me ha chocado.

Volvió a posar su mano sobre la cabeza de Iohann Moritz. En sus labios apareció una sonrisa. Moritz esperó con impaciencia que el coronel hiciera surgir conejos de sus sobacos. En el circo, todos los prestidigitadores sacaban conejos de los sobacos de algún espectador. Aguardó a que estallaran las primeras carcajadas, y se preparó a reír él también. No se reía desde hacía mucho tiempo.

—Le he visto por vez primera al mismo tiempo que ustedes, apenas hace diez minutos. No hemos cambiado ni una sola palabra, y sin embargo puedo explicarles detalles de su persona, tomando como punto de partida las comprobaciones científicas. En una palabra, puedo hacer la biografía de este hombre y la historia de su familia desde hace trescientos años.

Iohann Moritz recordó haber visto en el circo bastantes números parecidos. El prestidigitador llamaba a alguien del público y le decía su nombre, su edad, si estaba casado y otras muchas cosas por el estilo. Todo el mundo se sorprendía de que el prestidigitador supiera aquellos secretos. Pero a Iohann Moritz no le gustaban aquel género de demostraciones. Prefería las demostraciones con gatos y conejos. Lamentó para sus adentros que el coronel no supiera hacer aquellos trucos. Le hubiera gustado ver surgir de sus bolsillos un gato. En el circo se había presentado una vez, pero había tanta gente que el prestidigitador no reparó en él y escogió a otro.

—El conocimiento de la raza ha progresado tan considerablemente bajo el régimen nacional socialista —dijo el coronel, que se apellidaba Müller—, está tan adelantado sobre el de otros países, que puede hablarse perfectamente de un avance de cien años. Contemplando a este individuo desnudo puedo decirles quiénes fueron sus antepasados, qué matrimonios contrajeron y hasta las costumbres de sus familias. Podrán ustedes comprobar la veracidad de mis alegatos haciendo directamente preguntas a este sujeto.

—¡Increíble! —exclamaron los oficiales, acercándose más a Iohann Moritz.

—Según la formación del cráneo y el modelado de la somanta frontal, nasal y facial; según la estructura del esqueleto, y especialmente de la caja torácica y la posición de las clavículas, el individuo pertenece a un grupo germánico que vive hoy en pequeño número en el valle del Rin, en Luxemburgo, en Transilvania y en Australia. Quedan unas dieciocho familias en China y Estados Unidos, pero no constan en las estadísticas porque su existencia fue descubierta apenas algunos meses antes de la declaración de guerra. En nuestras estadísticas, que publicaremos en un número especial, suministraremos datos precisos y completos por vez primera sobre ese grupo germánico que lleva el nombre de «Familia Heroica». Esta familia comprende como máximo ochocientos miembros. Sus antepasados emigraron por series del sudoeste de Alemania, entre los años 1500-1600. Son alemanes de la más

pura especie y han logrado conservar hasta hoy su sangre pura de toda mezcla, pese a las grandes presiones ejercidas sobre ellos en el curso de la Historia. La raza, señores, tiene un instinto de conservación que sobrepasa la mayoría de las veces al del individuo. La «Familia Heroica», de la que este hombre forma parte, ha demostrado ampliamente la tenacidad del instinto de conservación de nuestra raza. ¿Qué causa pudo determinar que durante tres o cuatrocientos años, los antepasados de este hombre se casaran solamente con mujeres de su raza cuando a su alrededor debían hallarse otras mujeres más seductoras? El instinto de conservación de la raza, la voz de la sangre fue causa de que los miembros de esta familia evitaran el pecado mortal del cruzamiento de las razas. En toda la historia de esta familia no se da el caso de matrimonio con una mujer de otra raza. Y ésta es la única explicación de que hoy, después de cuatro siglos, este hombre que se halla ante nosotros se parezca exactamente a sus antepasados. Contemplen su pelo, abundante pero sedoso. El pelo de la «Familia Heroica», tal como era hace cuatro siglos y tal como se halla aún en las reliquias que han llegado hasta nosotros, no puede confundirse con ningún otro, y los conocedores lo identifican inmediatamente. Es algo más sedoso que el cabello de los principales grupos germánicos, pero resulta bien visible que la raíz es la misma. La nariz, la frente, los ojos y la barbilla de este hombre se hallan dibujados en grabados de hace cuatro siglos. ¡Y no han cambiado en un solo detalle!

Los oficiales tocaron la cabeza de Moritz y palparon su pelo, al tiempo que lo contemplaban con admiración.

Al sentir todos los ojos clavados en él, Iohann Moritz se irguió. Nunca le habían mirado así. Era un héroe. Pero de pronto le acometió el temor de decepcionar a los oficiales. Lamentaba no haber hecho nada para merecer aquellas alabanzas, sólo prodigadas a los condecorados con la Cruz de Hierro con brillantes y Hojas de Roble.

Los dedos del coronel Müller palparon nuevamente los hombros de Iohann Moritz con admiración y devoción, como si hubiera estado tocando las reliquias de Santa Paraschiva, la milagrosa de la iglesia de los Tres Jerarcas.

Nuestro hombre bajó los ojos, avergonzado de no haber combatido en el frente del Este, de no haber llevado a cabo ningún acto de valor, y sin embargo, aquellos hombres le miraban como si fuera un héroe.

—El grupo que hemos llamado «Familia Heroica» —prosiguió el coronel—, ofrece el máximo ejemplo de heroísmo racial. Hoy es para mí un verdadero día de júbilo, pues al fin me ha sido dado descubrir semejante ejemplar. Les confesaré a ustedes de paso, que uno de mis antepasados se casó con una muchacha perteneciente a la «Familia Heroica», pero desgraciadamente no tuvieron herederos, pues él murió en la guerra tres meses después de su boda. Pero todo eso no es más que un episodio secundario… Quisiera que la fotografía de este hombre, acompañada de sus datos antropométricos e históricos, figure en la obra que estoy preparando hace dos años, bajo las directrices del Reichführer doctor Rosenberg. Constituirá la culminación de mi trabajo…

—Acepte nuestras mayores felicitaciones —dijeron los oficiales, poniéndose en posición de firme.

El coronel enrojeció de emoción, levantó el brazo derecho para saludar y luego fue estrechándoles la mano uno a uno. Moritz, inmóvil, les contemplaba fijamente.

—¿Eres de Renania, de Luxemburgo o de Transilvania? —preguntó el coronel.

—De Transilvania —respondió Iohann Moritz.

Los oficiales no pudieron contener unas exclamaciones de admiración.

El coronel Müller estaba radiante de felicidad.

—Les precisaré a ustedes el domicilio exacto de este hombre —dijo con la mejor de sus sonrisas. Y luego, dirigiéndose a Moritz, preguntó—: ¿Naciste en Timichoara, en Brasov o en el país de los Szeklers?

—En el país de los Szeklers —respondió Moritz.

—¡Admirable! —dijo el coronel, frotándose las manos alegremente—. Era imposible que me equivocara. En el momento en que abrió la puerta, vi que estaba ante nosotros un personaje de la galería de retratos de la «Familia Heroica». Sé de memoria esos retratos de familia. Ustedes podrán también admirarlos en mi libro. Y lo repito, señores, este hombre es un ejemplar de la «Familia Heroica» que confirma toda mi teoría.

El coronel ordenó al funcionario que le llevara la ficha de Moritz.

—¡Miserables! —exclamó al leerla—. Un miembro de la «Familia Heroica» no ha llevado jamás el nombre de Ianos. ¡Este nombre un sacrilegio! —Se volvió hacia Moritz con el ceño fruncido—. ¿Fue tu padre quien te dio el nombre de Ianos? —preguntó.

—No, mi coronel. No me llamo Ianos —dijo Iohann Moritz.

Fue a añadir que se llamaba Ion, pero el coronel le interrumpió:

—Era imposible que un miembro de la «Familia Heroica» bautizara a sus hijos con otros nombres que los del calendario alemán. En cuatrocientos años no ha ocurrido jamás. ¡Imposible que este hombre se llamara Ianos! —Contempló de nuevo a Moritz luego le preguntó: ¿Quién te dio el nombre de Ianos?

—No lo sé —respondió Iohann Moritz—. Al llegar a Alemania hace dos años, me inscribieron así en los registros.

—¡No se llama Ianos! —dijo el coronel—. La «Familia Heroica» tuvo que sufrir semejante infamia millares de veces. Los pueblos entre los que vivió, quisieron obligarla a cambiar sus nombres, pero no lograron cambiar su sangre. La sangre de la «Familia Heroica» ha seguido siendo pura como una lágrima de cristal. —Se volvió hacia el funcionario de la fábrica y le dijo—: A partir de hoy este hombre será puesto a disposición del Instituto Nacional de Estudios de la Raza. Es un ejemplar que necesitamos.

—¿Dejará de trabajar en la fábrica? —preguntó el funcionario.

—Así es —respondió el coronel secamente—. Ya le mandaré disposiciones especiales al respecto.

El coronel contempló por enésima vez a Iohann Moritz. «La ciencia ha hecho extraordinarios progresos —pensó—. Pero estamos aún muy lejos de la perfección. Este ejemplar de una minoría, este representante de un grupo étnico interesante, debería estar conservado en un Parque Antropológico, que daría cabida a todos los tipos raros y preciosos de la raza humana. Desgraciadamente, ese Parque no se ha creado todavía. Tenemos en Europa parques para selección y conservación de diferentes razas de pájaros y de animales. Pero los prejuicios han impedido que creemos los “Parques Antropológicos”. ¡Qué gran pérdida para la ciencia! Los americanos nos han tomado la delantera y tienen parques donde encierran los ejemplares más interesantes de indios. Pero no hay que desesperarse; también los construiremos en Europa. Primero necesitamos ganar la guerra. En una conferencia próxima propondré la instauración del primer parque antropológico. La ciencia tendrá así a su disposición unos ejemplares raros a los que podrá estudiar con todo detalle. Este miembro de la “Familia Heroica” será uno de los primeros elementos que adornarán nuestro Parque. Yo mismo lo regalaré…»

El coronel Müller contempló a Moritz y sonrió. Trató de imaginarlo en el interior del Parque Antropológico, en el pabellón de la raza alemana, habitando con su mujer y sus hijos…

—El sueño se realizará un día… Por el momento, tenemos que hallar a este hombre una ocupación digna de su origen. Estoy seguro de que le encantará ser soldado. Conozco bien a la «Familia Heroica». Es el grupo más belicoso de la raza germana.

Los oficiales volvieron a felicitar al coronel Müller.

El coronel se ruborizó de nuevo, pidió a su ayuda de campo su cartera, y escribió en un papel con membrete de OKW, una recomendación para el alistamiento de Iohann Moritz como soldado de las S. S. Luego tendió el papel al funcionario de la fábrica.

—Cumpla todas las formalidades necesarias —ordenó— lo antes posible. —Se volvió, sonriendo, hacia Moritz—: El mes que viene quiero recibir una fotografía tuya con uniforme de soldado. Será una preciosa aportación para mi estudio sobre la «Familia Heroica» a la que perteneces. Enviaré una copia al doctor Goebbels y podrás contemplarte en los periódicos y revistas ilustradas del Reich.

82

—Este hombre no es apto para el servicio militar —dijo el capitán médico de la Comisión de reclutamiento, después de haber examinado a Iohann Moritz—. Tiene manchas en el pulmón derecho. Y la condición primordial para los soldados es tener los pulmones sólidos.

Habían transcurrido tres semanas desde la entrevista de Iohann Moritz con el coronel Müller.

Al saber que iban a enrolarle, Moritz pensó que los soldados recibían medio pan por día, gruesas botas que el agua no traspasaba, ropas abrigadas y cigarrillos. Aquello le animó un poco, pero luego volvió a desanimarse. Era inútil que se repitiera a sí mismo que más valía ser soldado que prisionero. Al oír que no querían aceptarle, se sintió satisfecho.

—Este hombre viene recomendado por el coronel Müller, del Gran Cuartel General del Instituto Nacional de Estudios de la Raza —dijo el doctor, ojeando el expediente—. No podemos rechazarlo.

Los tres médicos contemplaron a Moritz.

—¿Sabes hacer algún trabajo de oficina? —preguntó el capitán—. ¿Qué oficio tenías antes de que te movilizaran?

—Labrador —respondió Moritz.

Los médicos se consultaron y luego dijeron a Moritz que aguardara afuera el resultado de sus deliberaciones.

Cuando volvieron a llamarle, le comunicaron que era apto para él servicio y le dieron la orden, con la que debía presentarse a su unidad.

—Quedas encuadrado en servicios auxiliares —dijo el capitán—. Como no puedes hacer un trabajo de oficina, te mandarán a una compañía de custodia.

83

El comandante del campo disciplinario tocó el silbato para dar la señal de la comida. El soldado Iohann Moritz se sobresaltó al oírla. Olvidando completamente que se hallaba en la garita de centinela, se puso a buscar febrilmente su plato. Pero, al acordarse, se ruborizó.

«¡Qué idiota soy! —dijo apretando el fusil con ambas manos—. He vuelto a olvidar que soy centinela y no preso.»

Ocupaba aquel puesto desde hacía tres días y a cada toque de silbato le ocurría lo mismo. No podía meterse en la cabeza que era soldado. El alambre espinoso que rodeaba el campo y la fila de presos le hacían que olvidara totalmente dónde se hallaba, hasta el punto de creerse encerrado. Tantos años pasados en los campos habían acabado por hacerle creer que estaba preso para toda la vida. Por muchos esfuerzos que hacía, no podía alejar aquella idea. Cuando se acercaba el relevo, Moritz no podía contener su temblor creyendo que el soldado acudía a detenerle. Y en aquel mismo momento, contemplando los presos que hacían cola ante las marmitas de sopa, Moritz volvió a olvidar que se hallaba en la garita y se preguntó por qué le tocaba tan tarde la comida.

Repasó con la mirada la hilera de presos, tratando de hallar algún rostro conocido. Al no encontrarlo, se sorprendió bastante. Había pasado por decenas de campos durante su estancia en Alemania y le extrañaba que ni uno solo de los presos de aquel Straflager hubiera sido camarada suyo. Cierto que no tenía permiso para hablar con los presos, pero le habría gustado ver, aunque fuera de lejos, un rostro amigo.

De pronto, Iohann Moritz olvidó de nuevo que era soldado y centinela, y comenzó a gritar:

—¡Joseph, Joseph!

Los presos agrupados en el patio le miraron. Joseph también, pero luego siguió comiendo. El francés no lo había reconocido. Moritz volvió a llamarle. Joseph interrumpió su comida y le miró. Luego echó a andar.

—¿No me reconoces? —gritó Moritz—. Soy Moritz Ianos.

—¡Salve Sclave! —dijo el francés riendo.

Dejó el plato en el suelo y se acercó a la alambrada.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Jean? —preguntó Joseph.

Moritz le explicó en breves palabras cómo se había convertido en un soldado. Joseph comprendía mucho mejor el alemán que cuando se hallaba en el campo, pero les separaba bastante distancia y apenas se entendían.

—¿Y cómo has llegado tú aquí?

—Me atraparon cinco días después de mi evasión. ¿Quieres mandar una carta a Beatriz? No tenemos permiso de escribir y no he recibido noticias suyas desde hace tiempo.

Iohann Moritz le preguntó la dirección. El francés se la escribió en un pedazo de

papel. Mientras lo hacía, el soldado Iohann Moritz sacó del bolsillo el paquete de cigarrillos que le habían dado la víspera y lo echó por encima del espino a los pies del francés.

—Mañana te traeré más cigarrillos y pan —dijo—. En cuanto a la carta, la mandaré esta misma tarde.

Joseph se agachó, cogió el paquete de cigarrillos y lanzó el papel con la dirección de Beatriz después de haber envuelto una piedra con él, pero cayó en medio del espino. Joseph quiso volver a escribir la dirección, pero Moritz le hizo un gesto negativo.

—Deja, ya la cogeré yo. A mí no me fusilarán si me acerco a la alambrada.

Pero en el momento en que descendía los escalones del torreón de guardia vio acercarse a lo lejos al cabo que iba a relevarle. Subió precipitadamente la escalera y gritó a Joseph:

—El cabo viene y no puedo coger la dirección. Mañana, a las nueve, volveré. Espérame. ¡Hasta mañana!

—¡Salve Sclave! —respondió Joseph.

Se alejó encendiendo un cigarrillo. Llevaba el mismo traje gris, un poco más roto que antes y estaba muy delgado. En el campo comía muy mal.

Mientras el cabo le relevaba, Iohann Moritz siguió la silueta Joseph con el rabillo del ojo, diciéndose para sus adentros:

«Mañana le traeré un pan entero.»

84

Aquella noche Iohann Moritz tuvo fiebre. Al día siguiente le trasladaron en ambulancia al hospital. Sabía que Joseph le esperaría aquella mañana para buscar el pan y los cigarrillos que le había prometido, y que el papel con la dirección de Beatriz estaría aún sobre la barrera de espinos. «¡Pobre Joseph! —pensó—. Quizá ha estado esperando con impaciencia que amanezca para que le dé el pan.»

Trató de consolarse con el pensamiento de que dentro de unos días se hallaría restablecido y podría llevarle pan cada día y escribirle cartas a Beatriz siempre que quisiera.

Pero Iohann tenía una pulmonía doble. Permaneció dos meses en el hospital militar.

El día primero de febrero, el médico le dijo:

—Esta semana te daré de baja. Disfrutarás de un permiso médico de treinta días.

Pero Iohann Moritz no se alegró con la noticia. Pensó que si le daban permiso no podría ver a Joseph. El francés estaría aguardando todavía que escribiera a la pobre Beatriz, y sin duda esperaría también el pan y los cigarrillos que le había prometido.

Aquello le decidió a renunciar al permiso e incorporarse de nuevo a la compañía.

—Tienes que reponerte, hijo mío —dijo el médico—. Necesitas una buena alimentación y reposo. ¿Dónde quieres pasar el permiso?

Moritz no tuvo valor para decirle que renunciaba al permiso. Se ruborizó.

—Comprendo —añadió el médico—. No tienes dónde ir. Podría mandarte a un sanatorio para convalecientes, pero creo que no es eso lo que necesitas. Te hace falta una atmósfera cálida, familiar…

Moritz se enterneció. El médico había adivinado sus pensamientos. No quería dinero, ni sanatorios, ni buena alimentación. Tan sólo deseaba un lugar donde poder estar tan a gusto como en su casa.

—Necesitas una mujer que te cuide y que te ayude —prosiguió el médico—. Tienes que recuperar la confianza en ti mismo. De otra manera, no te curarás nunca. En los sanatorios para convalecientes hallarías todas las mujeres que quisieras, pero sólo están allí para las necesidades sexuales. Y un enfermo, en tu estado físico y psíquico, no es eso lo que necesita. Tú, hijo mío, necesitas ternura y no excitación.

El médico echó una mirada a su alrededor. Estaba seguro de su diagnóstico. Sabía lo que convenía a su paciente, y su conciencia profesional le ordenaba prescribirle ternura, atmósfera de familia, confianza y devoción de una mujer. Pero no podía ofrecerle ninguno de aquellos medicamentos. Sin embargo, el paciente no podía curarse sin todo aquello. La mirada del médico se detuvo en la enfermera que estaba a su lado con las fichas en la mano.

—¡*Schwester* Hilda! —dijo el médico—. ¿Vive usted en la ciudad con su madre?

—A dos pasos del hospital —respondió ella—. Con mi madre, efectivamente.

El doctor sonrió. Tuvo la impresión de haber hallado la medicina necesaria.

—Le confío a Iohann Moritz. Trátelo exactamente como si fuera su marido. Dentro de un mes me lo devolverá completamente restablecido. Quiero examinarle antes de que se incorpore a su unidad. Por ahora necesita una mujer que sea al mismo tiempo su amante, su hermana y su madre.

—Comprendo, doctor.

Hilda debía tener veinte años escasos. Era bajita y rolliza, de mejillas rosadas y mofletudas.

El doctor la examinó con aire satisfecho. Contemplando su pelo se dijo para sus adentros: «Es preferible que sea rubia. Una morena no hubiera sido recomendable en el caso de este paciente. La sola presencia de las rubias es un sedante.»

—Obtendrá usted un permiso de catorce días —dijo el médico—. Durante este tiempo se ocupará usted exclusivamente de él. La cocina del hospital le suministrará los alimentos, pero procure condimentarlos en su propia casa. Necesita platos preparados con amor y no comida de caldera común.

—Comprendo, doctor —respondió Hilda, sintiéndose orgullosa de su misión, segura de que todas sus colegas la envidiarían.

—¿Dispone usted de una habitación aparte?

—Efectivamente —dijo Hilda, enrojeciendo.

—Parece que el muchacho le gusta… —dijo el doctor. Y sin aguardar respuesta, ordenó—: Prepáreme su hoja de salida, las de permiso para los dos y un bono de alimentos para treinta días, de dos personas y con suplementos categoría A.

—*Jawohl* —dijo Hilda abriendo la puerta.

El médico se detuvo en el umbral, contempló una vez más a Iohann Moritz, y le dijo amistosamente:

—¡Hasta la vista, hijo mío…! ¡Que vuelvas pronto curado!

85

Iohann Moritz echó una mirada al patio del hospital. Nevaba. Al fondo, se veía la barrera de espino artificial. Permaneció largo rato en la ventana. De pronto, dos manos frías se posaron sobre sus ojos. Se volvió. Era Hilda. La había olvidado completamente.

—Vístete de uniforme y ve a la caja para cobrar el sueldo —dijo Hilda—. Tengo ya la hoja de salida del hospital y la del permiso. El mío está también firmado.

Le ayudó a ponerse el uniforme y metió la mano bajo su chaleco de punto para arreglárselo. Al sentir la mano de Hilda en el pecho, Iohann Moritz tuvo la sensación de que era una mano familiar, conocida desde hacía mucho tiempo. Le sorprendió que ella le vistiera como si fuera su hijo o su marido, pues hasta aquel día Hilda se había mantenido siempre distante. Le llevaba las medicinas, le tomaba la temperatura y se marchaba en seguida. En cambio, ahora su trato era amistoso e íntimo. Más íntimo quizá que el de Suzanna y el de Iulisca.

A Moritz le pareció que Hilda se había enamorado de él. Se había enamorado de pronto: por orden del médico. Le amaba. La mano que había rozado la piel de Moritz al arreglarle el chaleco y que luego había abotonado su guerrera, era la de una mujer enamorada.

—El médico nos ha dado permiso para coger una cama del hospital —dijo Hilda —. Una cama grande y blanca, de la sección quirúrgica. Y dos mantas de lana. Mi cama era demasiado pequeña para dos personas.

Moritz no pudo contener su sorpresa. Pero Hilda prosiguió:

—Ha dicho también que no debo excitarte demasiado. Es natural. Has estado gravemente enfermo. Pero después de una semana de régimen, una buena alimentación y reposo, todo cambiará.

—¿Qué es lo que cambiará? —preguntó Moritz.

Ella se interrumpió y le besó en los labios.

—¡Ya verás!

Moritz se guardó su soldada. A pesar de todo, no se sentía feliz. Acaba de ejecutar una orden. No era la orden de trabajar en las fortificaciones o en la fábrica de botones, ni siquiera de centinela en el campo. Había recibido la orden de marcharse con Hilda y de quererla durante un mes para curarse física y psíquicamente; era una orden agradable, pero orden al fin y al cabo. Y ninguna orden podía satisfacerle.

—Sabes… —dijo Hilda tras una semana de vida común con Iohann Moritz—, si nos casáramos me darían catorce días más de permiso. —Él la miró con ternura—. Ayer me dijiste que nos casaríamos —prosiguió ella.

—Es verdad —dijo Moritz, acordándose que la víspera había bebido cinco botellas de vino en compañía de Hilda y de su madre.

—¿Por qué no lo hacemos? —dijo Hilda—. Si nos damos prisa podemos obtener un permiso suplementario. Nos darán también un piso, con muebles y una prima de mil marcos. No tendrás que dormir en el cuartel más que los días de servicio. He hablado con mi madre y creo que lo mejor sería casarnos en seguida.

Moritz no respondió nada. Hilda creyó que no quería pasar aquellos días de permiso haciendo trámites.

—No es necesario que te preocupes de nada —dijo—. Te quedas aquí y sigues descansando como hasta ahora. Yo te haré todos los trámites necesarios en el *Standesamt*, en el *Wohnungsamt*, en el *Ernährungsamt*, en el *Arbeitsamt* y en el *Polizeiamt*, así como todos los sitios donde haga falta.

Iohann Moritz asintió. Los argumentos de Hilda eran lógicos. Si se casaban, no tendrían más que ventajas.

Y se casaron. Obtuvieron un piso de tres habitaciones, cuarto de baño y cocina. Les dieron los dos mil marcos, así como cupones para ropa de cama, ropa blanca, muebles, vajilla, leña, carbón y el vino y la carne para la comida de bodas, así como un aparato de radio y otras muchas cosas.

—Hubiéramos sido muy estúpidos en no casarnos —dijo Hilda ayudando a Moritz a vestirse para ir al cuartel—. ¿No duermes mejor en casa que en el cuartel?

—Claro que sí —respondió él.

—¿No son mejores los platos que te preparo que los que comías en la compañía? —Hilda sonrió encantada—. Dentro de dos meses declararé que estoy encinta y me otorgarán otro permiso, de manera que podrás seguir comiendo en casa. Nos darán más víveres. Y podrás comer todo lo que quieras. ¡Me gustaría tanto que engordaras!

Iohann Moritz sonrió.

—¡Eres un buena chica, Hilda!

Fue todo lo que se le ocurrió decir.

En el puesto de gendarmería se recibió una circular por duplicado. El gendarme Nicola Dobresco la leyó: «El judío Moritz Ion llamado Ioan, llamado Jacob, llamado Yankel, está reclamado por todos los puestos de policía del país. Se fugó de un campo de trabajo. A todo el que le dé albergue o que sabiendo donde se halla no lo denuncie a las autoridades, se le castigará con la cárcel.»

En el margen derecho de la circular se veía la fotografía de frente y de perfil de Iohann Moritz.

El jefe del puesto la contempló sin poder contener su sorpresa. «¿De manera que aquel individuo era verdaderamente judío?» Se levantó y llamó a un soldado.

—Coge el fusil y tráeme en seguida a la madre y al padre del judío —le ordenó—. Pega la circular ahí fuera. Procura pegarla bien para que no se la lleve el aire.

El día era gris y nevaba copiosamente. El jefe del puesto se acercó a la ventana. Por la carretera pasaba el Padre Alexandru Koruga. Iba encorvado y llevaba una cartera bajo el brazo.

Poco después regresó el sargento.

—Traigo solamente a la mujer —dijo—. El viejo está enfermo.

El jefe se encolerizó. Hubiera querido interrogar a los dos de una vez.

—Si lo desea lo traigo a la fuerza —dijo el soldado—; pero no puede tenerse en pie. Tiene el cuerpo hinchado como un pellejo.

El gendarme reflexionó un instante. Luego renunció al interrogatorio del padre de Iohann Moritz y ordenó al soldado que introdujera a la mujer.

Aristitza entró en el despacho pálida de cólera.

—¿Cómo te atreves a detenerme como si fuera una criminal? —preguntó—. ¿No tienes bastantes ladrones y asesinos en tu cárcel? ¿Has comenzado ya a detener a la gente honrada? ¿O es que he cometido algún crimen?

Estaba fuera de sí. De no haberla sujetado el soldado se habría abalanzado sobre Dobresco para arrancarle los ojos.

—No eres una criminal —dijo el gendarme—, pero a tu hijo lo busca toda la policía.

Aristitza contempló la circular que le tendió el jefe, y al ver la fotografía de su hijo se echó a llorar.

—¡Qué delgado está el pobre!

Desde el momento en que Iohann había adelgazado, era que le habían maltratado. Y no le interesaba nada más.

—Lee —ordenó el gendarme.

—¿Para qué? —preguntó la vieja frotándose los ojos—. Veo su retrato y sé que debe estar muriéndose de hambre, comido por los piojos y maltratado por todos. ¿Qué quieres que lea? Eso basta para mí.

El gendarme leyó en voz alta la circular. Pero apenas pronunciadas media docena

de palabras, Aristitza le interrumpió:

—Lee otra vez, gendarme. Es posible que no haya entendido bien. ¿Has dicho «el judío Moritz Ion»? Si has leído bien, no se trata de mi hijo. Yo no tengo ningún hijo judío.

El jefe volvió a tenderle la circular. Aristitza se enterneció otra vez al ver hasta qué punto había adelgazado su hijo.

—Es él, ¿verdad? —preguntó el gendarme.

—Claro que es él, pobre hijo mío —respondió Aristitza—. ¡Que Dios no perdone jamás a quienes lo hayan encerrado!

—¿Le reconoces? —preguntó el gendarme—. ¿Por qué sostienes entonces que no es judío? No perdamos el tiempo. Harías mejor escuchando lo que te estoy leyendo. Todo lo que puedas declarar no tiene el menor valor. Eres una persona particular y yo sólo creo lo que dicen los oficiales. Este documento procede de la autoridad superior, por lo tanto es sagrado. Y si afirma que tu hijo es judío…

—¡Atrévete a decir una vez más que mi hijo es judío! ¡Te arranco los ojos! —gritó Aristitza—. ¿Quieres que me enfade? ¡Pobre criatura! Al marcharse era apuesto y orgulloso, y ahora no le quedan más que la piel y los huesos.

—No insultes a la autoridad —dijo el gendarme—, si no quieres que te abra un atestado por ultraje a un agente de la fuerza pública.

—Mi marido fue el padre de Ion y no la autoridad —gritó Aristitza—. Yo le llevé en mi vientre y le di mi leche. A él, no a la autoridad. Sé que no es judío…

—El Ministerio del Interior afirma textualmente en esta circular que Moritz Ion es judío.

—¡Que el Ministerio del Interior venga a decírmelo aquí si se atreve! ¡Le escupiré a la cara si pretende conocer mejor que yo al que llevé en mi vientre!

—Si tú eres rumana, acaso sea judío tu marido. Uno de los dos debe serlo. Esto es un documento oficial. Quizá no lo sepáis ni vosotros mismos…

—¿Estás borracho? —preguntó Aristitza—. ¿Cómo no iba a saber yo delante de qué icono me arrodillo y cuál es mi Dios?

—No se trata de un icono —dijo el gendarme—. Se puede ser cristiano y judío. Es cuestión de la sangre.

—Mi sangre y la de mi marido es sangre de cristianos. Los paganos son quienes han encerrado a mi hijo y le hacen sufrir en la cárcel.

—¿Estás segura de que tu marido es cristiano? —inquirió el gendarme, insinuante—. Quizá hayas observado algo en todos estos años de vida común. A los hombres les es más fácil tener la prueba que a las mujeres. ¿O acaso no le conoces detalladamente?

—¿Te atreves a decir que no conozco aquél a cuyo lado he dormido durante treinta y cinco años? Incluso una ramera se da cuenta del hombre que duerme en su cama. ¿Te atreves a decir que he estado treinta y cinco años al lado de mi marido sin conocerlo? ¿Acaso sabe la autoridad mejor que yo cómo es el hijo que hemos tenido?

¿Venís a pedirme cuentas, la autoridad y tú, del que he llevado en mi vientre y he amamantado con mi leche?

Los ojos de Aristitza se clavaron en el tintero que tenía delante. Lo vio rojo. Las paredes también eran rojas, el gendarme era rojo…

Al darse cuenta de la dirección de la mirada, éste quitó prudentemente el tintero.

Los dedos de Aristitza se crisparon con furor en su falda, como si estrujara el cuello de la autoridad entre ellos. En el momento en que el tintero desapareció de sus ojos sintió que le quitaban su última arma. Apretando los dientes, dio media vuelta, y cogió el borde de su falda con ambas manos y la levantó, cubriéndose la cabeza con ella. Su falda, larga y plisada, se agitó como sacudida por la tempestad. Durante unos instantes el gendarme vio toda la desnudez de Aristitza de cara, de espalda y de perfil. Cerró los ojos. La puerta del despacho retumbó con furor, las paredes temblaron y del techo cayeron dos pedazos blancos de yeso.

Aristitza estaba ya fuera, pero su voz resonó aún como una bocina enronquecida en los oídos del gendarme:

—¡Esa es mi repuesta! ¡Puedes lamerlo tú y la autoridad!

88

Al llegar a su casa, Aristitza se quitó la toquilla que cubría sus hombros y se agachó para echar leña a la chimenea. Contempló, con los ojos arrasados de lágrimas, cómo las llamas bailaban, largas y rojas, ante sus ojos.

Decidió no decir nada a su marido. Estaba enfermo y no era necesario que se atormentara.

Aristitza volvió la cabeza. El viejo dormía boca arriba. A través de sus lágrimas le miró y pensó en Ion, a quien la autoridad y los gendarmes torturaban desde hacía cinco años tomándole por judío. «Si fuera judío, no estaría mucho tiempo encerrado —se dijo—; pero Ion es un tonto que cree todo lo que le dice la gente. Si alguna vez le pegaron para que dijera que era judío, seguramente lo confesó, y la autoridad le creyó.»

Permaneció largo rato con la cabeza entre las manos y luego se echó a llorar. Comprendió que era necesario decirle a su marido que la fotografía de Ion estaba impresa en carteles verdes, iguales a los de las elecciones, y pegados también en la puerta de la gendarmería. «Pero no le diré que está flaco como un perro. Le daría demasiada pena. Sin embargo, es posible que le cuente que el gendarme me ha dicho que Ion es judío.»

—¡Iancu! —gritó de pronto—. ¡Despiértate! Si duermes de día no podrás descansar por la noche.

El viejo no respondió. No hablaba nunca cuando le despertaban. Pero en aquel instante no parecía estar dormido. Sus ojos, muy abiertos, semejaban clavados en un punto distante. Sin duda estaba oyendo todo lo que le decían, pero era demasiado perezoso para responder.

—¡Iancu! —repitió la vieja—. El gendarme me ha dicho que eres judío. ¡Qué descaro tiene! Pero le he respondido como merecía.

Le pareció que su marido sonreía. Ambos habían discutido mucho durante sus treinta y cinco años de matrimonio, pero la vieja todavía sentía gran afecto por él. Le reñía porque era demasiado bueno y todo el mundo le engañaba. Pero le quería, le quería con toda la fuerza de su alma.

—Si no te pones bueno mañana, iré a la ciudad y traeré un médico —dijo—. Venderé un cerdo para pagarle. Y si te curas, compraremos otro cerdo. Pero tú, tú tienes que curarte.

El viejo siguió sin responder.

—Abre los ojos, Iancu. Quiero darte un cigarrillo que he escondido para ti. —Se levantó y sacó un cigarrillo que había apartado para su marido—. ¿Tienes cerillas? —preguntó, acercándose a la cama con el cigarrillo en la mano.

Quería ponérselo en los labios, como acostumbraba a hacer algunas veces en los primeros tiempos de su matrimonio. Sabía que él no abriría los ojos, pero que entreabriría los labios cuando sintiera el contacto del cigarrillo.

Pero aquel día los labios hinchados del anciano no se movieron. Aunque Aristitza le acercó el cigarrillo, siguieron inmóviles.

—¿Qué te ocurre, Iancu? —preguntó la vieja.

Al cogerle por el hombro y sacudirle sintió a través de la camisa la piel fría. Le puso la mano en la frente. Estaba helada. El viejo había muerto.

Aristitza lanzó un grito. Su primer impulso fue huir del cuarto. Pero luego recapacitó y volvió sobre sus pasos. Con la cerilla que iba a utilizar para darle fuego encendió un cirio y lo colocó a la cabecera de la cama; luego se echó a llorar desconsoladamente, pues sabía que nadie la escuchaba…

89

Lloró hasta el agotamiento. Con voz enronquecida se lamentó junto al muerto, soltando de vez en cuando unos aullidos doloridos. Luego sus pensamientos se fueron esfumando y sus lloros cesaron. En aquel instante se halló a solas consigo misma. Mientras lloraba había sido como si alguien estuviera a su lado. Quiso reanudar el llanto, pero le fue imposible. Se puso en pie y atizó el fuego.

Puso agua en la perola, como cada día. Echó las cortinas de las ventanas, y cuando hubo terminado se encontró aún más sola. Estaba aturdida, cansada. Contempló el rostro del muerto. Los muertos no le habían dado nunca miedo. Estaba dispuesta a dormir aquella noche en compañía del cadáver y también las noches siguientes, hasta que lo enterraran.

De pronto recordó las palabras del gendarme: «Quizá tu marido sea judío.»

Permaneció en medio de la alcoba con los brazos cruzados sobre el pecho sin saber qué hacer.

El agua hervía ya en el caldero pero Aristitza no tenía apetito. La cama estaba deshecha y hubiera podido tenderse, pero no tenía sueño. Sin embargo, sentía necesidad de hacer algo. Su mente y su cuerpo estaban tensos y excitados por el dolor.

Se acercó al muerto. En aquel instante le pareció que el gendarme estaba a su lado, diciéndole: «Quizá tu marido es judío.»

Aristitza contempló el muerto. Luego apartó la manta. El cadáver estaba hinchado. Echó una ojeada a la camisa y a los calzoncillos de tela gruesa que tantas veces había lavado y repasado con sus manos. Desabotonó los calzoncillos y los bajó hasta las rodillas. La piel del muerto tenía un color violáceo.

—¿Por qué avergonzarse? —se dijo Aristitza en voz alta—. Es mi marido.

Recordó el tiempo en que ambos eran jóvenes, cuando le veía desnudo a su lado.

«Quizá tu marido sea judío»… La frase sonó una vez más en los oídos de Aristitza. Su mano tocó el cuerpo. Estaba frío. Se estremeció. Luego se puso en pie y se persignó.

—Dios mío, te agradezco que me hayas detenido a tiempo. —Volvió a persignarse—. Si hubiera mirado me habría condenado a las llamas del infierno. Hubiera sido un pecado, un gran pecado. Pero no he visto nada, no he mirado nada. ¡No quiero ver o saber si es judío…! ¡No quiero!

Contempló al muerto una vez más.

—Perdóname, Iancu —dijo llorando—. Te juro que no he visto nada, que no quería ver nada. Tú sabes, Iancu, que jamás pequé en este punto. Me conoces lo bastante para saberlo. El gendarme y la autoridad me han metido el pecado en la cabeza… ¡Que el fuego del infierno les abrase a los dos!

90

El soldado Iohann Moritz atravesó las calles de la ciudad escoltando cinco prisioneros. Eran las siete de la mañana. Al pasar delante de su casa, Hilda salió a la ventana y le saludó con la mano. Tenía en brazos a Franz, hijo de ambos. A Moritz le pareció oír la voz de Hilda: «Es tu padre, Franz. Mira, lleva un casco y un fusil.»

Franz sólo tenía cinco meses. No podía ver a Moritz que, con el fusil a la espalda, escoltaba a unos prisioneros a través de la ciudad. Pero Hilda se lo mostraba cada mañana para que pudiera sentirse muy orgulloso de su padre. Orgulloso como ella estaba.

Iohann Moritz siguió pensando todo el camino en el niño y en Hilda.

Salieron de la ciudad. Atravesaron una pradera. Moritz seguía a los prisioneros, silencioso y con el fusil al hombro. Se detuvieron bajo un puente. Era su lugar de trabajo. Moritz les siguió. Al llegar a la orilla del río, que estaba seco, los prisioneros se volvieron hacia Moritz riendo estrepitosamente. Allí nadie podía verlos.

—¡Salve Sclave! ¿Has dormido bien? —preguntó uno de ellos estrechando amistosamente la mano de Moritz.

Era Joseph.

—¡Salve Sclave! —respondió Moritz.

Estrechó las manos de los otros prisioneros y apoyando el fusil contra una roca, entreabrió su capote y sacó un pan y cinco paquetes de cigarrillos.

—Te debo aún quince marcos —dijo Moritz tendiendo los cigarrillos a Joseph—. No he podido comprar jabón. Trataré de hacerlo mañana.

Sacó del zurrón otro pan y se lo dio a Joseph. Los prisioneros se sentaron y encendieron cigarrillos. Moritz también fumó el suyo. Cada mañana, desde que había comenzado el trabajo en aquel puente, descansaban y charlaban media hora. Luego trabajaban hasta el mediodía. Aquella media hora de descanso era la mejor, tanto para los prisioneros como para Moritz. Les daba cartas que recibía para ellos de Francia, cigarrillos, pan y todo lo que podía comprar en la ciudad. Luego se ponían a trabajar. La mayoría de las veces, Moritz les ayudaba. Lo hacía discretamente para que nadie se diera cuenta, pero sentía gran satisfacción e insistía en ayudarles aunque ellos no quisieran. Los cinco prisioneros eran todos intelectuales y no sabían siquiera coger las herramientas. Moritz empuñaba la pala para enseñárselo. Estaba acostumbrado a aquel género de trabajo.

—Jean, hoy tengo algo que discutir contigo —dijo Joseph.

Los otros prisioneros se pusieron en pie y comenzaron a trabajar. A los pocos instantes se oyó el ruido de picos y palas a intervalos regulares.

—Vamos a evadirnos —dijo Joseph en cuanto se quedó a solas con Moritz—. Hoy no, ni mañana tampoco; pero algún día tendremos que evadirnos los cinco.

Moritz miró al francés. Creyó que Joseph bromeaba, pero en su expresión vio que no se trataba de ninguna broma.

—¿Qué mal os he hecho para que queráis fugaros? —preguntó Moritz—. ¿Queréis que me pudra en la cárcel todo el resto de mis días? —Su rostro palideció de cólera—. Sabes perfectamente que nunca tendría valor de disparar sobre vosotros —prosiguió Moritz—. Nunca podría mataros. Y sin embargo, si no disparo me encerrarán para toda la vida. Creo que bromeas…

—No, no bromeo —dijo Joseph—. Tenemos que evadirnos. Pero tampoco te encerrarán a ti.

Moritz no quiso escucharle.

—Voy a solicitar que me cambien de puesto —dijo—. A partir de mañana no volveré al puente con vosotros. No quiero disparar, pero tampoco quiero que me encierren. Cuando sea otro quien os guarde, podréis evadiros si así lo deseáis. Eso es cuenta vuestra.

—¿Por qué no dejas que te expliquemos nuestro plan? —preguntó Joseph—. Tienes que evadirte con nosotros.

—¿Por qué evadirme? —replicó Moritz—. Tengo una mujer y un hijo. No estoy preso. Si me tuvieran encerrado acaso me evadiera entonces.

—También estás encerrado, querido Jean —dijo Joseph—. Eres un simple esclavo con un fusil a la espalda, mientras nosotros no somos más que unos esclavos sin fusil. Pero, por lo demás, pertenecemos a una misma especie. Tienes que evadirte con nosotros.

—Mañana mismo pediré que me cambien de puesto —dijo Moritz encendiendo un cigarrillo y completamente congestionado por la cólera.

—Nosotros sólo queremos tu bien —añadió Joseph—. La guerra terminará pronto. Los aliados están avanzando inconteniblemente: ¿Te das cuenta de que si te encuentran con el uniforme de las S. S. te pedirán cuentas por tu actuación y te tendrán encerrado durante diez o veinte años?

—No digas tonterías —exclamó Moritz—. Si los aliados llegan, no tendrán razón alguna para encerrarme. No he hecho daño a nadie. Por la radio dicen que los aliados son hombres justos.

—Pero tú eres su enemigo, Jean. Eres enemigo de Francia, mi patria, y de todas las naciones aliadas.

—¿Qué soy enemigo de Francia, dices? —inquirió Moritz, congestionado y casi tembloroso de cólera—. ¿Soy enemigo de Francia cuando os compro pan, cigarrillos y todo lo que deseáis?

Tiró su cigarrillo con aire despectivo.

—No sabía que me considerabais vuestro enemigo —añadió—. Creía ser un fiel amigo…

—Eres amigo de los alemanes y luchas por ellos —dijo Joseph—. Eres soldado de Hitler. No lo olvides.

—Cuando tengo una botella de cerveza, ¿me la bebo acaso con los alemanes? ¿Me la bebo en el cuartel? —preguntó Moritz furioso—. ¡Respóndeme, Joseph! ¿Con

quién me fumo el tabaco que tengo? ¿Con quién charlo y a quién confío todas mis inquietudes? Pero vosotros pretendéis que soy enemigo vuestro. Acabas de decirme que soy amigo de los alemanes. ¿Me has visto alguna vez hablar con ellos, tratarlos como amigos?

Las manos de Moritz temblaban convulsivamente al hablar y en su rostro se reflejaba la inmensa decepción que sentía.

—Has dicho que los aliados me encarcelarán al menos veinte años y que acaso sean los propios franceses quienes me encierren, ¿es verdad?

—Sí —dijo Joseph—. Si el ejército francés llega hasta aquí, te encarcelarán.

—Pues bien, si eso sucede es que ha desaparecido sobre la Tierra toda noción de justicia. Y si así es, no me lamentaré ni siquiera de que me fusilen. ¿A qué seguir viviendo si no hay justicia, si tú y los demás pretendéis que soy vuestro enemigo? Desde mañana no volveré a hacer este servicio. Si queréis evadiros, eso es cosa vuestra. No me mezclaré. No os detendré, y si puedo ayudaros en algo sin arriesgar mi piel lo haré de buena gana. Ayudar a un preso que quiere huir es una buena acción. La haré. Pero no me evadiré con vosotros, ni quiero que me encarcelen para el resto de mi vida por vuestra culpa.

—No hay que plantear el problema de esa forma —dijo Joseph—. Nosotros queremos salvarte. Queremos demostrarte nuestra amistad llevándote con nosotros a Francia.

—Tengo aquí a mi mujer y a mi hijo —dijo Moritz—. No puedo acompañaros.

—Dentro de algunos meses estarán aquí los aliados. Entonces lograremos que tu mujer y tu hijo se reúnan contigo en Francia. Tengo una granja en los alrededores de París. Tú eres labrador. Podrás trabajar en ella y ganar dinero para comprar tierra y una casa. Francia es un país hermoso, y sus habitantes son buenos. ¿Qué harás en Alemania cuando la guerra termine? Nos evadiremos juntos…

—Yo no me fugaré —dijo Moritz.

—Dejaremos dinero a tu mujer para que pueda vivir hasta que la llamemos a Francia —dijo Joseph—. Tenemos reservados para ella unos cien mil marcos. Dentro de algunos meses estaremos de vuelta y podremos llevárnosla. Francia te estará reconocida si salvas cinco prisioneros franceses. ¿Qué respondes a todo eso?

Iohann Moritz no respondió nada. Pero de su pensamiento no se apartó la granja que podría tener en Francia. Trató de imaginarse la tierra que compraría, la casa que construiría y la vida que llevaría con Hilda y Franz. «Tendré más hijos —se dijo—; quisiera tener una hija y llamarla Aristitza como mi madre.» Se sorprendió a sí mismo sonriendo al porvenir. Pero inmediatamente frunció el entrecejo y dijo:

—No, no quiero evadirme…

91

Hilda recibió a Iohann Moritz en el umbral de la casa. Estaba vestida para salir y le dijo que quería ir al cine.

Cuando regresaron, Moritz ni siquiera recordaba qué película habían visto. Sus pensamientos estaban lejos, muy lejos. Recordaba solamente los Noticiarios Ufa, donde aparecían los últimos combates en el frente: tanques despanzurrados, casas quemadas y hombres muertos. También había salido en la pantalla un mapa. El frente se aproximaba a las fronteras del Reich.

Antes de acostarse contempló al recién nacido en su cuna. Luego se metió en la cama, pero no pudo conciliar el sueño.

—¿Qué será de nosotros si vencen a Alemania, Hilda? —preguntó.

—No vencerán a Alemania jamás —respondió ella.

Moritz pensó en los combates que se desarrollaban en todos los frentes y que acaba de ver en la pantalla, en el mapa del Reich, en Joseph y en el niño que dormía en su cuna. Aquel pensamiento le hizo decir:

—Sé que Alemania va a perder la guerra, Hilda. ¿Y qué será de nosotros entonces? Me harán prisionero, y tanto el niño como tú quedaréis sin medios de vida.

—Venceremos o moriremos hasta el último —dijo Hilda—. Ningún alemán aceptará vivir en una Alemania ocupada.

—¿Y si no morimos? —preguntó Moritz.

—¡Moriremos combatiendo! —respondió ella—. Al que no muera combatiendo no le quedará más camino que suicidarse en el momento en que todo esté perdido.

—Quizá los hombres lo hagan —dijo Moritz—; pero ¿y las mujeres?

—Las mujeres también —dijo Hilda—. Seré la primera en suicidarme con mi hijo si perdemos la guerra. No sobreviviré un solo día a la derrota. Pero Alemania no perderá. ¡No la vencerán jamás! ¿Cómo has podido pensarlo un solo instante? ¡Buenas noches, Hans!

Hilda se tapó la cabeza con la manta.

Pero Iohann Moritz siguió pensando en ella y en Franz. Y cuando se durmió soñó que los aliados habían penetrado en Alemania y que se hallaban ante la casa con sus tanques. Soñó que Hilda cogía el fusil, disparaba sobre Franz y se mataba ella después. Se despertó; bañado en sudor y temblando. Por la ventana entraba ya la luz del día. Hilda seguía durmiendo. Moritz se levantó suavemente para no despertarla, se vistió y se marchó al cuartel. Pero no pidió que le cambiaran de servicio como había sido su intención la víspera. Los franceses no dijeron nada al verle llegar, pero tampoco disimularon su alegría.

Al llegar bajo el puente, Joseph exclamó como de costumbre.

—¡Salve Sclave! ¿Has dormido bien?

Iohann Moritz recordó los sueños de la víspera, aquel sueño en el que el niño moría y Hilda se suicidaba.

—Joseph —dijo—, ¿me juras que llevarás a mi mujer y a mi hijo a Francia si los alemanes son derrotados?

—En cuanto las tropas aliadas lleguen aquí, les mandaremos a París. Te lo juramos.

Iohann Moritz apoyó el fusil contra un árbol y contó a los franceses la discusión que había sostenido con Hilda al volver del cine.

—¿Y si llegáis demasiado tarde cuando haya matado al niño y se haya suicidado?

Los franceses le prometieron que llegarían con la primera columna aliada. Fue tanta su elocuencia que los ojos de Moritz se llenaron de lágrimas.

—Si me prometéis eso, os acompañaré —dijo—. Acudiremos al trabajo como de costumbre, pero no volveremos al campo. Tu acción será un acto glorioso que Francia sabrá recompensarte.

—¡No lo hago por Francia! —respondió Moritz—. Conozco a Hilda y sé que cumple siempre su palabra. Si no acudimos a tiempo, se matará con el niño en brazos. Tiene un corazón de piedra… ¿Cómo has podido creer que me evado por Francia? Tú, que has aprendido mucho y has leído tanto, tienes que comprenderme. No sé lo que es Francia. ¿Qué tengo de común con ella? Sólo sé que tengo una mujer y un hijo que están en peligro. ¡Por ellos me marcho con vosotros!

92

Carta de Traian Koruga a su padre:

Padre: Te escribo por correo diplomático y te ruego que me contestes sin un minuto de retraso. Tengo miedo de que te haya ocurrido algo. Puedes reírte tranquilamente de mi pánico. Puedes decir que es histerismo, pero te suplico que me contestes en seguida. Quiero saber si estás vivo.

Mi novela adelanta: he llegado al capítulo cuarto, a la hora tercera después de la muerte de los conejos blancos. Los esclavos técnicos destruyen todo lo que hallan en su camino y las luces se apagan una tras otra. Los hombres van errantes en una obscuridad cercana a la muerte.

Abrazos para todos.

Traian y Nora.

Ragusa, Dalmacia, 20 de agosto de 1944.

LIBRO CUARTO

93

El padre Koruga respondió a Traian a vuelta de correo, diciéndole que tanto él como su mujer se hallaban en perfecta salud y que Fantana seguía igual. Iohann Moritz no había vuelto y nadie sabía lo que había podido ocurrirle.

El juez Jorge Damián penetró en el patio en el momento en que el anciano releía la carta. Había ido a pasar dos días al campo y se albergaba en casa del sacerdote. Los dos hombres salieron a echar la carta al correo.

—Traian está muy inquieto por nosotros —dijo el padre Koruga mostrándole al fiscal la carta que acababa de recibir.

El fiscal la leyó y en sus labios apareció una sonrisa.

—Traian es un poeta. Exagera siempre.

En el patio del Ayuntamiento había mucha gente. El carricoche del cartero no se había marchado aún. El padre Koruga quiso darle la carta, pero el cartero la rechazó.

—No aceptamos cartas para el extranjero —dijo—. Hoy a las seis de la tarde, Rumania ha capitulado. El país será ocupado por los rusos. El rey ha hablado por radio.

El padre Koruga volvió a meterse el sobre en el bolsillo.

94

Aquella noche, los campesinos se reunieron en el patio de la casa del padre Alexandru Koruga. Acudieron a pedirle consejo. Los rusos acababan de entrar en la ciudad inmediata y todos los habitantes huían al campo. Se contaban horrores. Mujeres violadas y colgadas, hombres fusilados en las calles…

El padre Alexandru Koruga apareció en la terraza. Los campesinos estaban inquietos y sombríos.

—Otros hombres dirigen el país —les dijo el sacerdote—. Son peores que los precedentes porque son extranjeros. Pero los verdaderos cristianos saben que todos los poderes de este mundo son duros de soportar. El verdadero reino es el del Cielo.

—¿Debemos refugiarnos en los bosques y continuar la lucha contra el ocupante? —preguntó un joven campesino—. ¿Qué nos aconseja usted?

—La Iglesia no puede empujar a los cristianos al combate para la conquista de un poder terrenal.

—¿Nos aconseja la Iglesia tender las manos para que nos encadenen? —insistió el campesino—. ¿Quiere la Iglesia que permanezcamos con los brazos cruzados mientras violan nuestras mujeres, y queman nuestras casas? La Iglesia no puede pedirnos eso. Y si nos lo pide, dejaremos de estar a su lado.

La masa de campesinos aprobó aquellas palabras. El padre Koruga levantó el brazo para calmarles.

—Jesucristo nos enseñó a los cristianos a someternos a los poderes terrenales. Me diréis que quienes dominan actualmente en Rumania son extranjeros, crueles y paganos. Lo sé. Pero quienes gobernaban el país donde nació Jesucristo eran también extranjeros, crueles y paganos. Pensad en los millares de niños que fueron degollados en Judea por orden del rey Herodes después del nacimiento de Jesús. La dominación era cruel. Quizá tan cruel como la comunista. Pero Jesús no se rebeló, no empujó a nadie a la rebeldía. Dijo tan sólo: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.»

—¿Será usted capaz, padre, de rogar por Stalin? —preguntó el campesino que había hablado antes—. Rezar por Stalin será rezar por el Anticristo. Si hace eso no volveremos a poner los pies en la Iglesia.

—Si quienes gobiernan el país ordenan que haga plegarias por Stalin, como hasta ahora las he hecho por el rey, me someteré. Sé que Stalin es ateo y pagano. Pero los paganos son también hombres. Y si sus almas están cargadas de pecados, es porque permanecen alejadas de los senderos de Cristo. Un sacerdote tiene que rogar por todos los hombres y sobre todo por las almas cargadas de pecados.

—Podrá usted rezar por Stalin todo lo que quiera, pero nosotros no volveremos a entrar en la iglesia —amenazó el campesino. Y luego preguntó con tono hostil—: Y si nos retiramos a los bosques para luchar contra los bolcheviques por nuestra libertad, ¿rogará usted también por nosotros el domingo en la iglesia?

—El sacerdote elevará iguales plegarias por aquellos que luchan en los bosques y en las montañas, y no solamente los domingos, sino dos veces al día, porque la vida de quienes luchan está siempre en peligro y necesita las plegarias del sacerdote y la caridad de la Virgen.

Un súbito silencio se hizo en el patio.

—Si eleva una sola plegaria por nosotros, le fusilarán… —dijo Apóstol Vasile.

—Ese no es motivo para que cese de rezar. La muerte no ha atemorizado jamás a un cristiano.

—Vamos a echarnos al monte —dijo Apóstol—. Pero antes queremos rogarle que nos bendiga. No sabemos lo que nos ocurrirá, ni si volveremos alguna vez. ¡Vamos a luchar por la Cruz y por la Iglesia!

—Luchar por la Cruz y por la Iglesia con la espada es pecar gravemente. Mejor sería que permanecierais en vuestras casas. La Iglesia y la fe cristiana no se defienden con las armas en la mano.

—Vamos a luchar por Rumania, que es un país cristiano —dijo el Apóstol Vasile.

Dividió a los campesinos en pequeños grupos. La mayoría de los que habían decidido echarse al monte eran los mejores de todo el poblado. Entre ellos se contaban mujeres y también niños que aún no habían salido de la edad escolar.

Se arrodillaron todos en la hierba del patio y el padre Koruga leyó en voz alta una plegaria. Luego les fue bendiciendo uno a uno.

—Le ruego que me dé a mí también la bendición —dijo el juez Jorge Damián, arrodillándose ante el sacerdote—. Quiero marcharme a los bosques para combatir con ellos por la libertad de los hombres y por la Humanidad.

—La Iglesia ofrece su bendición a todos aquéllos que se la piden —dijo el sacerdote.

—¿Bendice también a quienes van a cometer una mala acción? —preguntó el juez—. ¿O es que se halla usted convencido de la justicia de nuestra causa?

—Si su acción, señor juez, procede de un impulso sincero, no tema usted el pecado. Señal que se halla en el camino recto.

El juez besó la mano del padre Alexandru Koruga, como acababan de hacerlo los campesinos, y salió del patio con los grupos que se dirigían al bosque.

En el interior de la casa, la mujer del sacerdote lloraba…

95

Habían transcurrido dos horas desde la marcha de los campesinos. Dos horas tranquilas, apacibles y, sin embargo, llenas de mortal inquietud. El sacerdote trató de abstraerse en la lectura para disiparla. Pero apenas había comenzado cuando dos campesinos que ni siquiera eran del pueblo penetraron en la biblioteca sin llamar a la puerta. Llevaban brazaletes tricolores y revólveres al cinto. El sacerdote aparentó no reparar en las armas y les acogió cuna sonrisa.

—Parece que me llaman en la Alcaldía —dijo con voz lo bastante alta para que le oyera su mujer, que estaba en la estancia contigua.

—¡Hemos recibido orden de llevarle ante el Tribunal del Pueblo! —dijo uno de los campesinos en voz alta.

El sacerdote echó una ojeada inquieta a la estancia donde debía hallarse su mujer. «Acaso no haya oído nada», pensó. Dejó el libro sobre el sofá y salió.

Antes de abandonar el patio volvió la cabeza y lanzó una mirada tras sí. Una mirada de adiós.

Los dos campesinos que le escoltaban iban uno a cada lado. Atravesó la verja, con la cabeza bien alta. Su aspecto no era el de un preso. Más bien tenía el aire de estar tocando el cielo con la frente.

Y así atravesó la calleja del poblado, en tránsito de su casa a la Alcaldía…

96

El «Tribunal del Pueblo» estaba presidido por Marcu Goldenberg. Sentado en el sillón del alcalde, dominaba la sala de juntas del Ayuntamiento.

Llevaba el pelo cortado al rape como los presidiarios. Los rusos lo habían liberado algunos días antes de la cárcel donde cumplía su condena por el asesinato de Lengyel.

Sentada a su derecha estaba Aristitza, la madre de Iohann Moritz. Marcu Goldenberg la había escogido como juez porque era la «ciudadana» más pobre de Fantana. A su izquierda se hallaba Ion Calugaru, que había matado a hachazos a un gendarme algunos años antes, siendo aquélla la causa determinante de su elección.

El padre Koruga les saludó. Marcu Goldenberg le contempló fijamente, pero no respondió a su saludo. Aristitza y Ion Calugaru bajaron los ojos y aparentaron no haberle visto. Habían tenido lugar otros juicios antes de la llegada del sacerdote, pero en aquel instante se hallaba vacía la sala. Los jueces y dos campesinos con brazal eran los únicos que la ocupaban.

Marcu Goldenberg le preguntó al padre Koruga su nombre, su edad y oficio.

—¡Ser sacerdote no es ningún oficio! —exclamó—. El zapatero hace zapatos, el sastre hace trajes. Cada trabajador produce algo… ¿Puede decirme lo que produce un sacerdote?

Aristitza y Ion Calugaru seguían con los ojos bajos. Los dos campesinos del brazal se reían a espaldas del sacerdote.

—¡No tienes ningún oficio! —dijo Goldenberg—. No haber aprendido ninguno es por sí solo un crimen. ¡Has estado viviendo como un parásito!

El rostro de Marcu Goldenberg estaba tan amarillo como un limón. Sus labios delgados tenían un color violáceo. El sacerdote recordó en aquel instante que el viejo Goldenberg, el padre de Marcu, tenía unos labios iguales, tan delgados como aquéllos. Pero los suyos sonreían siempre. El cambio los de Marcu estaban crispados.

—¿Sabes por qué compareces ante el Tribunal del Pueblo? —preguntó.

—No —respondió el sacerdote.

—¡Respuesta típica del reaccionario! —exclamó Marcu—. El reaccionario pretende siempre desconocer el motivo porque le juzgan. ¿Reconoces haber organizado las bandas de fascistas que se han echado al monte?

—No he organizado ninguna banda. Reconozco haber rezado, en el patio de mi casa, por los jóvenes que me habían rogado que rezara por ellos.

—¿Y no eran bandas fascistas? —inquirió Goldenberg—. ¿Por qué rezaste por ellos si reconoces no haber sido el confesor de esos bandidos?

—Sé que los hombres por quienes rogué se hallaban en un momento muy difícil —dijo el sacerdote—. Rogué a la Virgen que les ayudara, mostrándoles el camino recto de la Verdad y de la Justicia.

—¡El Tribunal del Pueblo te condena a muerte! ¡Serás ahorcado! —dictaminó

Marcu Goldenberg—. Eres culpable de haber organizado la rebelión armada contra el orden público.

Aristitza y Ion Calugaru levantaron la mirada horrorizados Luego contemplaron a Marcu. Pero éste escribía sin mirarles Entonces Aristitza y Ion Calugaru volvieron sus ojos hacia el sacerdote. El padre Koruga les sonrió con dulzura.

—La ejecución tendrá lugar mañana, al amanecer, ante el pueblo —dijo Marcu—. ¡Se levanta la sesión del Tribunal del Pueblo!

97

El padre Koruga, conducido por los dos campesinos de brazal tricolor, fue encerrado en la cuadra de la Alcaldía, donde se hallaban también Jorge Damián, apresado antes de haber alcanzado el bosque, el jefe del puesto de gendarmes de Fantana, Vasile Apóstol y los ocho campesinos más ricos del pueblo. Todos estaban condenados a muerte y tenían que ser ejecutados al día siguiente. El Tribunal del Pueblo lo había decidido.

Pero aquella misma noche los presos fueron sacados uno a uno de la cuadra y fusilados junto al estercolero. Marcu Goldenberg había recibido orden de no hacer ejecuciones públicas para no provocar una revuelta de las masas contra el ejército rojo. Y él mismo fue quien dio a cada preso el tiro de gracia en la nuca.

98

Pasada la medianoche, Arititza oyó que llamaban en la puerta de su casa. Era Suzanna, la mujer de Iohann Moritz.

Al oír sus lamentos, Aristitza se imaginó que los rusos habían entrado en el pueblo y la habían violado. Se levantó con furia. Sabía que una patrulla soviética iba a llegar de un momento a otro y que los rusos violaban a las mujeres, pero no toleraba que su nuera hubiera sido la primera, la nuera de ella, la ciudadana juez del Tribunal del Pueblo…

—¿Qué ocurre? —preguntó abriendo la puerta.

—¡Han fusilado al padre Koruga! —dijo Suzanna.

—¡No es verdad! —dijo Aristitza—. Goldenberg quiere colgarle mañana en el patio de la iglesia. Pero no podrá hacerlo. Yo también soy juez… Mañana por la mañana volveremos a examinar el proceso y soltaremos al cura. He hablado con Calugaru. Ve a casa del cura y dile a su mujer que puede dormir tranquila.

—¡El padre Koruga ha muerto! —dijo Suzanna—. Unos hombres han visto cuando le fusilaban y me lo han dicho.

Aristitza no quería creerlo. Pero no volvió a su habitación, sino que se dirigió con Suzanna a la Alcaldía. No llevaba más ropa que el camisón de dormir. La noche era clara y las dos mujeres andaban por la cuneta de la carretera sin hablar. Suzanna lloraba en silencio. De vez en cuando se enjugaba los ojos con la punta de la falda. Aristitza, en cambio, apenas podía contener su furor. Respiraba penosamente, y cuando necesitaba dar rienda suelta a su indignación lo pagaba su nuera:

—¿Te duermes al andar? ¿Qué tienes en las venas? ¿Agua o sangre?

La mujer de Iohann Moritz apresuraba el paso, pero en su fuero interno pensaba que todo aquello era inútil. Nadie podía hacer ya nada por el padre Koruga.

La Alcaldía tenía las ventanas iluminadas, pero no había nadie en ella…

—¡Vamos a la cuadra! —dijo Aristitza—. Soy juez y tengo derecho a preguntar y saber todo lo que ocurre.

La cuadra estaba obscura como boca de lobo. La puerta parecía cerrada, pero sin que el cerrojo estuviera echado. Al entrar, Aristitza se sintió atemorizada.

—¿No tienes cerillas? —preguntó a Suzanna.

—No, madre.

—¡Nunca tienes nada! —dijo Aristitza montando en cólera—. Ni siquiera cuando te casaste tuviste nada. Fue necesario que hallaras a un bendito como mi hijo para que te admitiera como estabas…

Suzanna no se enfadó. Sabía que la cólera de Aristitza no se dirigía a ella, sino a los que componían el famoso tribunal.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó la vieja, deteniéndose en medio de la cuadra.

—No hay nadie, madre —dijo Suzanna—. Marcu ha sacado a todos los presos de la cuadra y los han fusilado junto al estercolero.

—¿Qué estás diciendo? —gritó Aristitza—. ¿Cómo ha podido fusilarlos sin advertirnos a nosotros, los demás jueces?

Suzanna calló. Las dos mujeres salieron y buscaron con la mirada, entre las tinieblas, los cuerpos de los fusilados.

—No veo nada —dijo Aristitza—. Quizá les han encerrado en otro, lado y los reaccionarios del pueblo no han necesitado otra cosa para extender el rumor de que Marcu les ha fusilado.

Suzanna se alejó de Aristitza y se puso a buscar atentamente todo el patio. El estercolero era una gran fosa donde se deslizaban los excrementos líquidos y un enorme montón que despedía un hedor insoportable.

—Vamos a buscar a Goldenberg —dijo Aristitza.

Pero en aquel instante Suzanna soltó un grito y se arrodilló en la hierba. Aristitza se acercó a ella furibunda.

—¿Qué te ocurre, maldita? —gritó.

Pero las palabras se le helaron en la garganta. Al lado de Suzanna, junto a la fosa del estercolero, estaban los cuerpos tendidos en hierba.

Aristitza vio el cadáver de un hombre con camisa blanca, que se hallaba a los pies de Suzanna. Otro, vestido de negro, estaba tendido pocos pasos. Y luego otro. Y otro…

La vieja se persignó para infundirse valor.

—¡Levántate! ¡Te necesito! —ordenó luego.

No es que tuviera miedo de los muertos, pero en aquel momento, no deseaba hallarse sola.

Suzanna se levantó temblando. Aristitza le cogió la mano y las dos mujeres comenzaron a rebuscar entre los muertos. Había nueve en el borde de la fosa y tres en el interior.

Aristitza examinó con cuidado uno de los cadáveres.

—Éste es Nicolás Ciubotaru, el antiguo alcalde —dijo.

Y arrodillándose luego colocó su oído sobre el pecho de Ciubotaru para ver si su corazón latía todavía. Cuando se levantó, movió la cabeza negativamente:

—¡Muerto!

Siguió adelante, inclinándose sobre otro cadáver.

—El cuerpo está todavía caliente, pero el corazón ha muerto. Éste es, sin duda, Constantin Salomón, al que Dios tenga en su gloria. Me pidió en matrimonio cuando yo era muy joven.

Y para que no se trasluciera el dolor que sentía, gritó encolerizada a Suzanna:

—¡Mira a ver si quedan algunos vivos todavía! ¿Por qué lloriqueas como una estúpida?

—No puedo más, madre —dijo Suzanna—. Tengo miedo.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó Aristitza—. Coloca el oído sobre cada pecho y procura retener la respiración para escuchar si el corazón sigue latiendo. Si

no late, ruega a Dios por su alma y persígnate. Si late, nuestra tarea será muy distinta. ¿Has comprendido?

—He comprendido… Pero tengo miedo.

—¡Maldita! —gritó Aristitza, llena de cólera—. ¿Cómo pudo mi hijo casarse contigo? —Se agachó sobre otro cadáver—. Éste debe ser el del joven fiscal que acudía cada semana a casa del padre Koruga —dijo—. Era amigo del señor Traian y un muchacho como hay pocos. —Levantó la chaqueta y escuchó un instante. Luego se irguió y dijo—: ¡Que Dios haya acogido su alma! Está bien muerto, el pobre. Quizá tenga mujer e hijos que le estén aguardando en casa.

Tan abstraída estaba en su tarea, que casi llegó a olvidar la presencia de Suzanna. Cuando encontró el cuerpo del padre Koruga, se inclinó sobre él con respeto y devoción. Apartó la sotana y escuchó. Luego dijo en voz baja:

—El padre Koruga no ha muerto, hija mía. —Suzanna arreció en sus llantos al oír que el sacerdote no había muerto—. ¿Te has vuelto loca? —preguntó Aristitza—. En lugar de sentirte alegre, te echas a llorar. Acércate y oirás cómo late su corazón.

Suzanna se arrodilló ante el cura, pero sin inclinarse para oír cómo le latía el corazón. Aristitza cogió la mano del sacerdote entre las suyas y dijo:

—Está aún caliente, hija mía… Mira cómo está caliente…

Los oídos, los ojos y las manos de Aristitza hubieran querido percibir con mayor precisión la vida que aún alentaba dentro del cuerpo del sacerdote. Pero fuera del calor de sus manos, de sus mejillas y de los latidos de su corazón, los sentidos de Aristitza no podían percibir nada más de la vida del hombre que tenía junto a ella.

—Eso es la vida: algunos latidos del corazón y un poco de calor desprendido de la carne. —Aristitza consideraba que aquello era muy poco—. Si la vida del hombre es sólo eso, es verdaderamente muy poca cosa —dijo. La calma más absoluta reinaba a su alrededor—. Huele a iglesia y a incienso —prosiguió Aristitza—. El cuerpo del padre Koruga parece una iglesia de tan bien como huele… una iglesia…

Excepto el cura, todos los demás estaban muertos. Algunos seguían aún tibios: eran los que no habían muerto al instante. Sus cadáveres convulsos habían rodado por la hierba antes de entregar alma. Otros, en cambio, estaban helados. Eran aquéllos a quienes las balas disparadas habían acertado plenamente.

Aristitza se limpió las manos en la falda. Era la quinta o la sexta vez que hacía el mismo gesto, sin saber siquiera por qué lo hacía. Sus rodillas estaban también mojadas.

—Debe ser sangre —dijo Aristitza—. En esta oscuridad no se ve nada y tengo los pies y las manos empapados en sangre. Es un gran pecado empaparse las manos en la sangre de un hombre. Pero Dios me perdonará. Ha sido por culpa de la oscuridad.

Mientras Aristitza descendía a la fosa del estercolero para examinar los otros cuerpos, Suzanna friccionó la frente del sacerdote.

—¿Dónde está la herida? —preguntó Aristitza saliendo de la fosa y limpiándose otra vez las manos en la falda.

—No lo sé, madre.

—Tú nunca sabes nada —gritó Aristitza—. Tenemos que taponar; en seguida la herida, si no queremos que se desangre.

Aristitza palpó el cuerpo del cura hasta hallar un lugar más empapado de sangre que los otros. El padre Koruga tenía una herida en la espalda, en la parte alta del hombro derecho.

—Dame unas hilas para poder taponar la herida —ordenó la vieja.

Suzanna le preguntó de dónde iba a sacar las hilas. Aristitza perdió la paciencia. Se levantó la falda para rasgar su camisa, pero su manos rebuscaron, crispadas, entre la piel y la ropa, sin encontrarla.

—¿Dónde diablos se ha metido esa camisa? —exclamó Aristitza.

Luego recordó que no la llevaba puesta.

Cogió al padre Koruga en sus brazos, desabotonó la sotana y descubrió el hombro herido.

—Dame tu camisa, Suzanna —ordenó. Y después de limpiarse las manos, añadió —: Qué bien huelen la albahaca y el incienso. Su cuerpo tiene aroma de iglesia.

Aristitza se volvió hacia Suzanna, que acababa de quitarse vestido para entregarle la camisa.

—¿Estás loca, hija mía? —gritó—. ¿No te da vergüenza desnudarte delante del cura y delante de los muertos?

—¿Cómo quería usted que le diera mi camisa si no me quitaba antes mi vestido? —preguntó Suzanna.

—¡Desvergonzada! —dijo Aristitza sin escucharla—. Enseñas tu desnudez delante del cura y de los muertos.

Y escupió con desprecio.

99

Aristitza y Suzanna se detuvieron en las lindes del maizal, dejando el cuerpo del sacerdote en la hierba. Lo acababan de transportar desde el establo, envuelto en su sotana como en una sábana. Al principio cogieron uno de los extremos de la sotana cada una y lo trasladaron como si lo llevaran en unas parihuelas. Pero pesaba demasiado. Tenían los rostros bañados en sudor y la respiración jadeante. Cada vez que se detenían, Aristitza se inclinaba para ver si seguía latiendo el corazón del herido. Pero la fatiga acabó por rendirlas y terminaron arrastrando al sacerdote envuelto en su sotana.

—Dios haga que no muera en el camino —dijo Aristitza—. Apresurémonos. Ya tendremos bastante tiempo para descansar mañana y pasado mañana y todos los días venideros.

Aristitza desechó el primer pensamiento que había tenido de llevar al párroco a su casa. Los comunistas podrían descubrirle. Y si la primera vez habían podido salvarle, la segunda no se escaparía. Era mejor llevarle al bosque donde estaban los campesinos. Ellos le cuidarían y los bolcheviques no podrían encontrarle.

—El practicante está con ellos —dijo Suzanna—. Y se ha llevado también una caja de medicinas y de vendajes.

—Le encontraremos —aseguró Aristitza.

Pero conforme se fueron acercando al bosque, menor se fue haciendo su entusiasmo. Hallar al practicante era algo tan imposible como buscar una aguja en un pajar.

—Si no encontramos a nuestros muchachos —dijo Aristitza—, le esconderemos lejos de los comunistas. Te quedarás con él, mientras yo me voy al pueblo. Antes de que amanezca estaré de vuelta con alimentos, agua y acaso acompañada también de una vieja que sabe curar heridas.

Suzanna se echó a llorar, temerosa de quedarse sola en el bosque. Y para sus adentros rogó a Dios silenciosamente que le permitiera encontrar a los huidos.

100

Una carretera bordeaba el bosque. Antes de atravesarla, Aristitza aguzó el oído. Por la carretera avanzaba una columna de autos con los faros apagados.

El rumor ahogado de los motores llegaba hasta ellas como un zumbido de abejorros. La columna se fue aproximando. Las dos mujeres dejaron su carga sobre la hierba y se escondieron en el maizal, junto a la cuneta.

—Es una columna rusa —dijo Aristitza—. Pero no importa. Los dejaremos pasar. No pueden vernos.

Los autos llegaron hasta donde ellas estaban. En aquel momento cesó el zumbido de los motores y algunos soldados descendieron. Hablaban en voz baja.

—¡Son alemanes! —dijo Suzanna.

Aristitza escuchó atentamente. Hizo señas a Suzanna y ambas se aproximaron a la columna, arrastrándose por el borde del maizal.

—Son alemanes —dijo Aristitza—. ¿Y si les pidiéramos ayuda para el padre Koruga? Deben tener un practicante o un médico.

Las dos mujeres salieron del campo de maíz.

—¿No sabes ni una palabra de alemán? —preguntó Aristitza—. ¿Ni una sola palabra? Si no les hablamos en su idioma, creerán que somos enemigos y nos fusilarán.

—No sé una palabra de alemán —respondió Suzanna.

Se acercaron un poco más a la columna. Luego se detuvieron, permaneciendo en medio del camino, junto a otra, sin moverse siquiera. La mano de Aristitza se crispó en la muñeca de Suzanna.

—Eres la más joven —dijo—. Trata de acordarte de alguna palabra de alemán. Tu padre hablaba ese idioma. Cuando se es joven se tiene memoria…

—No me acuerdo de nada —respondió Suzanna—. Digamos algo en rumano.

—¿Qué quieres que les digamos en rumano? —exclamó Aristitza, encolerizada —. No nos entenderán y creerán que somos comunistas.

—Gritemos «Cristo» —dijo Suzanna—. Los alemanes son todos cristianos. Si nos oyen decir «Cristo» verán que nosotras no somos comunistas. La palabra refleja pensamientos honestos y buenos.

—Trata de hacerlo —dijo Aristitza—. Si los alemanes te comprenden es que no eres tan estúpida como pareces.

—No me atrevo a ir sola —dijo Suzanna—. Gritemos las dos.

Las dos mujeres se estrecharon aún más una contra otra y se pusieron a gritar, al principio con suavidad y luego cada vez más fuerte.

—¡Cristo! ¡Cristo!

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz autoritaria.

Sin comprender lo que preguntaba el alemán, Aristitza y Suzanna siguieron gritando a coro:

—¡Cristo!

Dos soldados se dirigieron hacia ellas. La vieja no podía contener su temblor y parecía más asustada que Suzanna. Los alemanes no comprendieron lo que querían. En vista de ello, las dos mujeres fueron a buscar al padre Koruga, escondido en el maizal y lo arrastraron hasta el camino.

Los alemanes enfocaron sus linternas hacia ellas y contemplaron el rostro del sacerdote.

—¿Es un «pope»? —preguntó un oficial.

—¡Cristo! —respondió Aristitza.

—¿Le han fusilado los bolcheviques? —inquirió el oficial. Aristitza creyó comprender que el oficial preguntaba si el herido no era bolchevique. Repitió, convencida:

—¡Cristo!

La columna alemana estaba en retirada. El oficial que había hablado a las dos mujeres dio orden de marcha. Hizo a Aristitza señal de que apartaran al herido para que los autos pudieran pasar.

Al oír el zumbido de los motores de los autos, la vieja se sintió presa de pánico, cayó de rodillas ante el oficial y le besó la mano.

—¿Qué quiere esta mujer? —preguntó el comandante de la columna.

—Sin duda desea que llevemos al herido hasta la ciudad. Es un sacerdote ortodoxo.

—¿Por qué no hacerlo? —dijo el comandante—. Aun en la derrota, somos un pueblo civilizado. Cargad al herido en la ambulancia.

Aristitza y Suzanna vieron asombradas como los soldados colocaban al padre Koruga en una camilla y le envolvían en una manta. Luego los autos arrancaron. Aristitza quiso encaramarse también a la ambulancia, pero los soldados se burlaron de ella y cerraron las portezuelas.

La columna siguió su camino. Suzanna la vio desaparecer en noche y se echó a llorar con desconsuelo, como si implorara auxilio.

—¿Qué te ocurre ahora? —preguntó Aristitza, cogiéndola por hombros y sacudiéndola—. ¿Quieres que los rusos te oigan gritar?

—Dios nos castigará por el pecado que acabamos de cometer —dijo Suzanna—. ¿Por qué lo hemos entregado a los alemanes? ¡Quién sabe lo que harán con él!

—Le llevarán al hospital —dijo Aristitza—. Y estará mejor allí que en el bosque.

Pero poco después se echó a llorar a su vez.

—¡No habríamos tenido que entregárselo a los alemanes! —gritó—. Hemos pecado gravemente, y Dios nos castigará. Ha sido, culpa tuya, sólo tuya, si hemos dejado al padre Koruga en manos los alemanes…

Las dos mujeres hubieran querido correr tras la columna y recuperar al herido. Pero el camino estaba desierto.

Volvieron, silenciosamente, al pueblo.

101

A la mañana siguiente detuvieron a Aristitza. En el Ayuntamiento la golpearon brutalmente con una cuerda mojada, hasta que reconoció haber sacado al párroco de la fosa y habérselo entregado a los alemanes.

A las nueve la fusilaron en el estercolero. Suzanna huyó del pueblo con sus dos hijos.

Y cuando los hombres de Marcu Goldenberg acudieron a detenerla, hallaron desierta la casa.

—¡Hoy es el día más hermoso de mi vida! —dijo Joseph, metiéndose en la cama.

Los prisioneros franceses, evadidos gracias a Iohann Moritz, acababan de llegar a las líneas americanas algunas horas antes.

Moritz y Joseph se hallaban en una hermosa alcoba de un hotel de la UNRA. Habían comido un montón de cosas apetitosas, habían bebido, asimismo, grandes cantidades de vino y fumado cigarrillos muy caros. Estaban satisfechos. A su lado, amontonados, se veían paquetes de víveres, de ropas y de otras muchas cosas. Iohann Moritz contemplaba los paquetes y se sentía honrado como nunca lo fuera hasta aquel momento. Los americanos le habían dado camisas, trajes nuevos, una máquina de afeitar, a Iohann Moritz, sin duda agradecidos por la gran acción que había hecho, por aquella acción que, a su entender, facilitaría la victoria de los aliados.

«Si no hubiera hecho un acto muy heroico, los aliados no me habrían dado tantas cosas», se decía para sus adentros.

Recordó que los americanos no le habían preguntado siquiera su nombre y se imaginó que estaban advertidos de su evasión, incluso antes de su llegada. Todos le sonreían, como para demostrarle que estaban al corriente de sus sufrimientos y de su valor.

Iohann Moritz se sentía fatigado, pero no quería acostarse. Echó una mirada a su alrededor, sin atreverse a creer que hubieran reservado aquella alcoba para él. Todos los objetos que había encima de las sillas, encima de la mesa o sobre la alfombra eran suyos. Los americanos se los habían dado en premio al valor demostrado, salvando a cinco prisioneros franceses del campo de concentración.

—Nuestra evasión ha sido una perfecta fuga —dijo Joseph.

Moritz recordó aquella mañana en que había salido camino del puente con los cinco prisioneros. Atravesaron las calles de la ciudad. Hilda estaba en la ventana, con el niño, como siempre, diciendole: «Mira… el del fusil y el casco es tu padre.» Moritz, al pasar, sonrió con su sonrisa de todos los días. Pero cuando llegaron al puente no se detuvieron. Lo atravesaron sin vacilar. Moritz les siguió, con su fusil al hombro, hasta las lindes del bosque. Toda la gente que se encontraba al pasar creían ver tan sólo un soldado escoltando cinco prisioneros. Pero ya no eran prisioneros, sino evadidos. A Moritz le pareció que una mujer les miraba más detenidamente y el corazón le latió con fuerza. Pero disimuló, volviendo la mirada hacia otra parte. Otras dos personas le miraron también con aire suspicaz, pero él aparentó, asimismo, no haberlas visto.

Llegados al bosque se puso el traje de paisano que los franceses habían llevado para él. Joseph rompió su fusil contra las rocas. Cuando sonaron los disparos, Iohann Moritz sintió que algo se rompía en su interior. Pero no quiso exteriorizarlo. Luego, los franceses quemaron el uniforme. Al ver arder su guerrera, Iohann Moritz sintió deseos de llorar. Pero se contuvo para no irritar a sus compañeros. Estos seguían

insultando a Hitler, pero Iohann Moritz no comprendía nada de lo que decían.

Luego anduvieron durante una semana. Una mañana, al salir de la espesura, vieron en la carretera unos cuantos autos americanos. Los franceses comenzaron a cantar. Estaban todos rendidos de fatiga: pero cantaban como locos. Se pusieron lazos tricolores en las solapas y adornaron también la de Iohann Moritz. Cuando salieron a la carretera, los americanos les dieron cigarrillos y les condujeron a la UNRA, donde estaban preparadas las habitaciones y donde les atendieron amablemente.

Desde el día de su llegada, los americanos no habían hecho nada más que darles paquetes de víveres. Iohann Moritz tenía la impresión de vivir un cuento de hadas. Dudaba de que todo aquello fue verdad. Pero luego, al ver los paquetes y contemplar a Joseph, se daba cuenta de que su existencia era real. Y que todo aquello no era más que el premio que le daban a él, Iohann Moritz, por haber hecho una gran hazaña, decisiva para la victoria de los aliados.

Joseph se durmió al fin. Moritz, en cambio, no pudo conciliar el sueño pensando en la casa que construiría cuando estuviera en Francia. «Llamaré a Hilda y a Franz, y cuando la guerra termine haré que acudan también mi padre y mi madre…»

Pero el sueño fue ganándole poco a poco y terminó por dormirse vestido, atravesado en la cama, soñando en su felicidad futura. Y hasta la mañana siguiente no se movió.

103

Hacía dos semanas que Iohann Moritz se hallaba al amparo de la UNRA. Llevaba hecho por enésima vez el relato de su evasión y recibida la centésima felicitación por parte de los americanos. Algunos de éstos habían llegado incluso a pedirle que escribiera el relato de la fuga. Querían publicar en sus periódicos la historia de Iohann Moritz y aseguraban que todo el mundo le veneraría y hablaría de él como de un héroe.

Cada día se convencía más de que su ayuda había sido muy importante para la causa de las naciones aliadas, y se sentía orgulloso y satisfecho de haber hecho algo por ellas, así como de que ellas estuvieran contentas de él.

Un buen día, el director le llamó a su despacho. No era la primera vez que le llamaba, sino que había estado allí muchas otras para contar su evasión.

Iohann Moritz entró alegremente en el despacho. El director le invitó a sentarse en un sillón. Le tendió una caja de cigarrillos, invitándole a fumar. Luego sonrió amablemente. Iohann Moritz se maravilló del honor que le estaban haciendo. Cierto que todas las veces le habían recibido igual, pero, a pesar de todo, no podía habituarse.

—No tiene usted derecho a seguir viviendo y comiendo en la UNRA —dijo el director accionando su encendedor para dar lumbre al cigarrillo de Iohann Moritz—. A partir de mañana no podrá sentarse a la mesa y abandonará la alcoba que ocupa en el hotel.

Moritz palideció. Se preguntó qué había podido hacer para irritar hasta tal punto a los americanos. «Debo ser culpable de algo muy grave para que me echen a la calle.»

Hasta aquel día había estado recibiendo montones de regalos. Tenía más de cinco paquetes guardados para Hilda. También le habían dado juguetes y ropas para Franz al saber que tenía un hijo. Aún se acordaba del día que le pidieron la fotografía y la contemplaron todos sonrientes.

«Y ahora, de pronto, esos mismos hombres me echan. He debido hacer algo muy grave…», pensó.

—La UNRA protege solamente a los ciudadanos de las naciones aliadas —dijo el director—; y usted es un enemigo.

Iohann Moritz pensó en lo regalos recibidos por la acción realizada. Todos le habían recalcado su importancia para la acción aliada.

—Es usted enemigo de las naciones aliadas —repitió el director.

—¡Yo no he hecho nada contra esas naciones! —exclamó Iohann Moritz—. Le juro, señor director, que no tengo la culpa de nada…

—¿No es usted rumano? —inquirió el director severamente—. Los rumanos son enemigos de los aliados. Es usted rumano y, por tanto, automáticamente, nuestro enemigo. La UNRA no puede alojar y alimentar a los ciudadanos de países hostiles; por lo tanto, tiene que abandonar su habitación cuanto antes.

Iohann Moritz salió del despacho con la cabeza baja. Hubiera querido volver a su compañía de las SS.

Recordó que había roto el fusil en el bosque y que los franceses habían quemado su uniforme. No podía volver a la compañía sin el arma. «¿Y ahora dónde me dirigiré…?», se preguntó desolado.

La primera consecuencia de la deserción de Moritz fue la detención de Hilda. Declaró que no sabía nada de su marido, pero la respuesta de la policía fue detener a su madre dos días más tarde. Las interrogaron, golpeándolas bárbaramente, pero no pudieron sacar nada de ellas. En uno de los registros encontraron las cartas del coronel Müller y se las enseñaron a las detenidas.

—¡Era un amigo de Iohann! —dijo Hilda—. Nos enviaba doscientos marcos mensuales. En Pascua, Navidad y nuestros cumpleaños nos mandaba provisiones y cigarrillos.

Dos días más tarde recibieron en el cuartel general un telegrama extensísimo del coronel Müller. Éste decía así:

> *Desde hace cuatro siglos no se ha registrado ningún caso de deserción entre los miembros de la «Familia Heroica», de la que formaba parte Iohann Moritz.* Stop. *Está absolutamente excluido que Iohann Moritz haya desertado.* Stop. *Mi convicción es que su desaparición ha sido provocada por un rapto o un asesinato.* Stop. *Desaparición de Iohann Moritz constituirá una pérdida irreparable para la historia de la «Familia Heroica».* Stop. *No sospechen deserción de miembro de una de las más valerosas y honorables familias de sangre germana.* Stop. *No empleen siquiera la palabra deserción en el sumario.* Stop. *Mujer e hijo de Iohann Moritz considerados como protegidos por el Instituto de Estudios e Investigaciones alemanas.* Stop. *Hasta el momento en que Iohann Moritz sea hallado, su mujer y su hijo recibirán pensión alimenticia del Instituto.* Stop. *La policía local será invitada a proteger la mujer y el hijo.* Stop. *Manténgame al corriente de las investigaciones.* Stop. *Toda nueva información concerniente a Iohann Moritz debe serme comunicada telegráficamente al cuartel general.* Stop. *El coronel Müller OKW.*

—Si el coronel Müller se entera de que hemos detenido a la mujer de Moritz nos llevarán al frente como medida disciplinaria —dijo el capitán jefe de la policía militar —. Creo que sería mejor pedirle a la mujer que no comunique al coronel su detención.

—¿Qué haremos del sumario? —preguntó el teniente que mandaba la policía judicial.

—Archive el asunto inmediatamente. Es mejor no jugar con la OKW —dijo el capitán.

—Eso no impide que sea una tontería no darse cuenta que nos hallamos ante un caso de deserción —añadió el teniente—. Los hombres superiores cometen a veces más errores que los demás mortales. El coronel Müller es un sabio. He leído muchos artículos suyos en las revistas y creo que ha publicado también algún libro. Me parece demasiado exclusivo. ¿Por qué supone que Moritz no es un desertor?

Hilda fue devuelta a su casa en el auto del capitán.

—Cuando necesite usted el auto no tiene más que telefonear —dijo el jefe de la policía—. Mi *Mercedes* está a su disposición noche y día. Cualquier deseo suyo no tiene más que comunicármelo. Le agradecería que no escribiera al coronel Müller que ha estado detenida. Sólo ha sido una simple formalidad.

—¿No ha desertado entonces mi marido? —preguntó Hilda—. ¿Acaso le han

enviado en misión especial?

—No podemos responder a esa pregunta —respondió el jefe de policía—; pero su marido no ha desertado. Puede estar bien segura. Lo demás es secreto.

Hilda se sonrojó de placer, y a partir de aquel día su vida pareció un cuento de *Las mil y una noches*.

Estaba convencida de que su marido había sido enviado en misión especial por la OKW. «Si fuera de otra manera, ¿por qué han puesto el auto a mi disposición?», razonaba.

Permaneció horas enteras delante de la ventana, imaginándose a Iohann Moritz en situaciones llenas de misterio, igual que en las películas de aventuras.

«No ha querido decirme nada —repetía—. Seguramente me ha considerado inferior. Pero yo haré todo lo posible para ser digna de él.» Y Hilda besó apasionadamente a su hijo, diciéndole:

—En toda mi vida me he sentido más feliz que ahora. Sólo la mujer de un Iohann Moritz puede conocer una dicha igual. La dicha de ser la mujer de un héroe.

105

—No puedo creer que esté perdida la guerra —exclamó Hilda—. Toda la gente del pueblo ha huido al bosque o al campo. Dicen que los rusos están a diez kilómetros de aquí, pero yo no lo creo; sólo es propaganda enemiga para provocar el pánico. Yo me quedo aquí. Alemania no puede perder la guerra.

—Tráeme una jofaina de agua para lavarme —ordenó su interlocutor.

Era un oficial robusto y de gran estatura. Se quitó el chaquetón de cuero y lo colgó en la percha. Su maleta estaba sobre una silla. Se quitó la guerrera y la colgó del respaldo, quedándose tan sólo con su chaleco de punto.

Hilda siguió todos sus movimientos. Hubiera deseado permanecer así horas enteras, viéndole quitarse el chaquetón de cuero, colgarlo de la percha y desabotonarse la guerrera.

—Tráeme agua caliente para que pueda afeitarme —dijo el oficial.

Luego le volvió la espalda y abrió su maleta.

Hilda salió de la alcoba dejando la puerta abierta. Por la ventana de la cocina vio el auto militar detenido ante la puerta. El oficial había llegado en aquel vehículo. Hilda echó una ojeada al reloj de la cocina. Apenas había transcurrido un cuarto de hora desde entonces, y sin embargo tenía la impresión de conocer a aquel oficial desde hacía mucho tiempo.

Se disponía a almorzar cuando llamaron a la puerta. Al abrirla apareció en el umbral aquel hombre y le dijo que quería lavarse y cambiarse de ropa. Su voz tuvo el tono autoritario de una orden dada a sus soldados. Sin aguardar respuesta, entró en la casa. Al pasar junto a Hilda, que había permanecido inmóvil, ella percibió el olor del chaquetón de cuero, mezclado con aromas de viento y de guerra.

El recién llegado era corpulento; un verdadero gigante. Abrió la puerta del comedor con un gesto familiar, como si estuviera en su propia casa. Luego comenzó a desnudarse. La puerta estaba abierta y Hilda aguardó en el umbral a que él le diera una orden. Pero el gigante se desnudó sin mirarla siquiera.

Cuando se quitó el casco, Hilda vio su pelo plateado. Luego al quitarse el chaquetón, ella se fijó en la graduación de teniente. «Es un oficial de la reserva», se dijo para sus adentros.

Después de quitarse la guerrera le ordenó lacónicamente que le llevara agua y una jofaina. Hilda hubiera deseado invitarle a lavarse en el cuarto de baño, pero como había pedido una jofaina, no se atrevió a contradecirle.

Mientras llenaba el jarro de agua, Hilda contempló una vez más el auto detenido ante la puerta. Estaba tan lleno de polvo como el chaquetón de cuero del gigante. Cuando volvió a entrar en la casa con la jofaina, éste se hallaba en mangas de camisa.

—Dame un espejo —dijo.

Parecía muy absorto en sus pensamientos y su rostro estaba fatigado. Hilda pensó que acaso tuviera ganas de dormir, y le dieron intenciones de hacer la cama e invitarle

a echarse.

Aquellos últimos días, numerosas columnas de tropas atravesaban la ciudad. Soldados y oficiales llamaban continuamente a su puerta pidiéndole hospitalidad por una noche y agua para afeitarse o para calentar conservas. Ella se desvivía en servirles pensando en su marido. Sabía que Iohann Moritz se hallaba en misión especial y quería mostrarse digna de él, sirviendo a su vez a la Patria.

Todos los soldados y oficiales dormían en el comedor, pero al gigante quería invitarle a dormir en la alcoba. Ella se acostaría en el sofá del comedor.

Hilda se dijo que acaso el gigante no escogiera la cama de Iohann, sino la de ella. Aquel pensamiento la hizo estremecer. Cogió el espejo que Iohann acostumbraba a utilizar para afeitarse y se lo llevó al gigante. El oficial lo cogió y buscó un lugar donde colgarlo. No lo encontró. Era muy alto y de haberlo colocado sobre la mesa habría tenido que agacharse. Se acercó a Hilda, le puso el espejo en la mano y comenzó a enjabonarse la cara.

—¡Más alto! —ordenó.

Su rostro estaba curtido por el sol y el aire. Tenía las mejillas cubiertas de una barba rojiza. Hilda sostenía el espejo a la altura de la boca. Hizo un esfuerzo y lo subió hasta la frente. Cuando el gigante se aproximaba percibía su respiración y sus manos temblaban, pero crispaba los dedos sobre el cristal y se esforzaba en mantenerlo derecho.

—¡Un poco más alto! —repitió él con voz dura.

Hilda levantó el espejo, sintiendo que sus brazos hormigueaban. Hubiera querido decir algo, pero el suave rumor de la navaja deslizándose por la piel enjabonada le obligaba a permanecer silenciosa. Cerró los ojos y escuchó el rumor de la navaja. Las aletas dilatadas de su nariz aspiraban el aroma del jabón. Y no solamente ese perfume, sino un olor intenso de hombre; de hombre de guerra y de caminos sin término. El gigante no se daba cuenta de los temblores de ella y seguía afeitándose cuidadosamente. Cuando hubo terminado se lavó las manos en la jofaina blanca.

—Levántame las mangas de la camisa —dijo.

Hilda arrolló las mangas de su camisa, temerosa de tocar la piel del gigante. La mano de éste rozó la suya y ella se estremeció. El aroma de campo y de viento que el oficial había entrado consigo llenaba la casa. Hilda sintió que aquel perfume impregnaba los muebles, las alfombras, los tabiques. No se disiparía jamás. Había penetrado sus vestidos, su piel, su pelo y no lo quitaría aunque pasara el resto de sus días lavándose.

—Ahora quiero quedarme a solas.

Cuando Hilda se volvió para cerrar la puerta le vio desnudo hasta la cintura. Se quitaba la camisa en aquel instante. Hilda había visto como enfermera millares de hombres desnudos, pero jamás un torso como aquél.

Fue a la cocina y volvió a contemplar el auto por la ventana.

El niño estaba ya durmiendo. Hilda se preguntó si el gigante se marcharía en

seguida o descansaría antes. Hubiera deseado prepararle la cena. De sus pensamientos le sacó la voz de una vecina.

—¡Los rusos están a tres kilómetros! ¿Vienes con nosotros?

—Pienso quedarme —respondió Hilda, preguntándose por qué el gigante no la llamaba.

Sin paciencia para esperar, dio unos golpecitos en la puerta. Luego entró. El oficial se había puesto el uniforme de gala, con el pecho cuajado de condecoraciones.

Hilda permaneció unos instantes en el umbral.

El gigante sonrió. Era la primera vez que sonreía. En la estancia, en lugar del aroma a aire libre, a guerra y a cuero flotaba en aquel instante un perfume de flores.

—Quiero saber si eres una buena alemana —dijo el gigante—. Voy a pedirte un servicio que sólo una alemana puede hacerme.

—¡Claro que soy una buena alemana! —respondió ella—. Y no solamente eso, sino que mi marido fue enviado por el Gran…

Hilda hubiera deseado explicar al gigante el secreto de la ausencia de su marido, pero se interrumpió bruscamente. Sobre la mesa estaban las fotografías enmarcadas de dos hermosas mujeres. Hilda las contempló y no tuvo valor para explicar el secreto que nadie conocía. Se quedó contemplando las fotografías.

—He aquí mi mujer y mi hija —dijo el gigante—. Las dos han muerto. Las quise mucho, pero ambas me engañaron. Mi mujer está ya enterrada y mi hija se halla en alguna parte, no sé dónde, casada con un bribón. Es como si hubiera muerto para mí.

Hilda siguió contemplando las fotografías de ambas mujeres. «Yo no lo habría engañado si me hubiera querido…», pensó para sus adentros.

Al lado de las dos mujeres se hallaba, enmarcada en cuero, la efigie del Führer.

—¡Ahora también ha muerto el Führer! —exclamó—. Alemania no existe. Sólo he vivido para ellos. Cuando era joven me gustaban también los caballos, pero era sólo una afición juvenil. Todos aquellos para quienes he vivido han desaparecido: mi mujer, mi hija, mi Führer, mi Patria… Ahora me ha llegado el turno a mí. Los rusos estarán aquí antes de media hora. Quisiera cumplir antes el último deber de mi vida.

Hilda le miró con lágrimas en los ojos. Había creído que el gigante se acostaría en su alcoba, que tenía hambre y que ella le daría de comer; y en vez de aquello, el oficial se había puesto su uniforme de gala.

—Haré todo lo que me pida —dijo—. ¿Quiere que vaya a alguna parte?

Se quedó contemplando su uniforme.

—No iré ya a ninguna parte —respondió él—. Éste es mi último viaje en la tierra. —El gigante se echó a reír—. ¿Creías que iba a marcharme porque me he lavado, me he afeitado y me he puesto mi mejor uniforme?

Le dio un golpecito amistoso en el hombro. Ella se sintió inferior, tan inferior como cuando se enteró de que habían mandado a Iohann en misión especial.

—Repara bien en lo que voy a pedirte —dijo el gigante—. Es bastante sencillo, pero sólo podría hacerlo una mujer alemana. Mi mujer no habría sido capaz, pero tú

podrás… Ella era demasiado *weib,* excesivamente débil; ni siquiera me habría atrevido a pedírselo. Tú, en cambio, eres diferente…

Hilda se sintió orgullosa de que el gigante le pidiera una cosa que no hubiera pedido a su propia mujer.

—Después de mi muerte —dijo el gigante— arrastrarás mi cuerpo al patio y lo incinerarás. Me hallarás muerto aquí, sobre esta lona de tienda. —Había extendido en el suelo una lona de tienda militar que estaba casi nueva y cubría todo el suelo—. No tienes más que coger los dos extremos de la lona y arrastrarme al patio. —El gigante sacó de debajo de la mesa dos bidones—. Aquí está la gasolina. Es de avión. Después de haberme arrastrado al patio me cubrirás con esa lona de tienda, me echarás la gasolina encima y luego me prenderás fuego. —Volvió a sonreír. Sacó del bolsillo un encendedor de oro y se lo tendió a Hilda—. Aquí está el encendedor —dijo—. Si el primer fuego se apaga no tienes más que echar la gasolina del segundo bidón y encender otra vez. Creo que con tanta gasolina no quedarán restos de mi cuerpo. Los rusos no hallarán más que cenizas. Un soldado digno de ese nombre no debe dejar que caiga siquiera su cuerpo en manos de los enemigos. Así han procedido todos los soldados alemanes en el curso de la Historia. Cuando todo había terminado se daban muerte y mandaban que destruyeran sus cuerpos para que el enemigo no hallara más que cenizas ennegrecidas.

El gigante se frotó las manos. Hilda permanecía en silencio contemplando las fotografías.

—Creo que será mejor quemar también las fotografías. Cuando mi cuerpo arda, échalas también a la hoguera…, o, si lo deseas, puedes quedártelas, aunque no sé de que van a servirte. Ni siquiera soy de aquí; soy de Rumania.

Hilda seguía inmóvil. Trató de imaginarse el gigante tendido sobre la lona, pero no lo consiguió. Le parecía que el gigante no estaba hecho para la muerte, que era eterno.

—¿Tienes miedo? Una alemana no debe tener miedo jamás. Sobre todo cuando sirve a su Patria. Me parece que estarás convencida de que efectúas un importante servicio a la Patria ejecutando las últimas voluntades de un soldado.

—Lo sé —dijo Hilda—, y no temo a nada; pero no puedo creer que todo eso sea verdad. No creo que los rusos lleguen hasta aquí. ¡No creo que Alemania esté vencida!

—Todo ha terminado —dijo el gigante—. Todo está irremisiblemente perdido. No te olvides de meter el revólver en su funda de cuero para que arda al mismo tiempo que yo. Un soldado tiene que ser incinerado o enterrado siempre con su arma.

Hubo un momento de silencio. Los ojos del gigante parecían contemplar un punto lejano, perdido en sus pensamientos como en un estanque sin fondo.

—Todo ha terminado —repitió.

Hilda levantó los ojos. Creyó que el oficial iba a suicidarse delante de ella. No podría soportarlo. Pero el oficial no parecía querer suicidarse todavía. Se volvió hacia

la fotografía del Führer, se puso en posición de firmes y saludó brazo en alto.

Hilda, tras él, contemplaba como embobada sus hombros cuadrados y su cintura embutida en el uniforme, su brazo extendido y su rigidez de estatua. De pronto, el gigante dio media vuelta y la saludó también.

—Adiós, amiga… Gracias. Soy el teniente Iorgu Iordan… Pero no es necesario que repitas mi nombre. Muéstrate orgullosa de lo que vas a ejecutar, pues para una alemana es un honor cumplir las últimas voluntades de un soldado…

Estrechó la mano de Hilda. La estrechó con fuerza como anticipo de una larga separación.

—¡Quiero quedarme ahora solo! —dijo—. Vuelve en cuanto hayas oído el disparo… ¡Adiós!

Los primeros camiones rusos aparecieron en el extremo de la calle.

Hilda oyó al principio el ruido de los motores y luego los vio aparecer desde la ventana de la cocina. Se precipitó al comedor, donde estaba el gigante. Éste le había recomendado que no entrara antes de oír el disparo, pero Hilda no pudo aguardar un instante más y penetró sin llamar a la puerta.

El gigante yacía en medio de la estancia, boca arriba, tendido en la lona.

«¿Cómo no habré oído el disparo?», se preguntó Hilda inclinándose sobre el oficial.

El cuerpo se hallaba rígido, como si hubiera muerto en posición de firmes, saludando la fotografía del Führer. Llevaba la gorra puesta. Su rostro estaba violáceo y como recubierto por una capa de ceniza. En la mejilla derecha, la boca y la nariz se veían manchas de sangre.

Hilda cogió el revólver, caído junto a la boca del gigante, y lo metió en su funda de cuero. Luego la cerró y se quedó observando al muerto, preguntándose una vez más cómo habría podido matarse sin que ella oyera el tiro.

Cogió luego los dos extremos de la lona y envolvió cuidadosamente al cadáver. Antes de cubrirle el rostro le contempló una más.

«No tengo la impresión de hallarme al lado de un muerto —se dijo—. No temo a la muerte…, ni siquiera me parece estar a su lado… Acaso porque he visto morir tantos hombres en el hospital…»

Cubrió el rostro del gigante sin tocarlo siquiera.

En aquel instante, las facciones del muerto parecieron adquirir semejanza con todos los demás muertos que Hilda había visto. Vivo, el gigante no era como los demás. Pero ella apenas recordaba ya aquellos instantes, tan próximos y sin embargo tan lejanos, en que el gigante había estado allí, afeitándose y poniéndose el uniforme nuevo. ¿Cuánto tiempo había transcurrido?

Afuera se oía el ruido de los camiones y los tanques rusos. Hilda sintió miedo por vez primera. Estuvo tentada de coger al niño y huir a los bosques por la puertecilla del jardín, pero la promesa hecha al gigante la contuvo.

«Lamento haberle prometido que le quemaría…», dijo para sus adentros.

No podía arrastrar el cadáver hasta el jardín porque se arriesgaba a que la vieran los rusos, que pasaban ante la puerta en sus tanques y sus camiones.

«Esperaré hasta que se haga de noche —pensó—. Le llevaré entonces hasta el patio y le prenderé fuego. Luego huiré con el niño.»

Permaneció unos instantes al lado del muerto sin pensar en nada concreto. Luego se le ocurrió que si la hallaban junto a aquél cadáver corría el riesgo de que la detuvieran. Fue a buscar al niño, que dormía en la habitación contigua, le cogió en brazos y se sentó con él junto al muerto.

«No puedo incumplir una promesa hecha a un soldado antes de su muerte —se

repitió una y otra vez—. No puedo…»

Cerró la puerta y echó el cerrojo, decidida a aguardar hasta que anocheciera. Faltaban únicamente dos o tres horas, pero Hilda no disponía de ningún reloj. Recordó que el gigante llevaba uno en la muñeca. Levantó la lona y miró el cronómetro del oficial para saber cuántas horas tenía aún que aguardar. En aquel momento llamaron a la puerta.

Estrechó al niño en sus brazos y no respondió.

Oyó que hablaban en ruso detrás de la puerta; luego siguieron otros golpes más fuertes. Abrió la ventana que daba al jardín.

«No puedo huir sin haber cumplido mi promesa. Iohann, mi marido, es un héroe; no puedo dejarme llevar ahora por la cobardía.»

Desenroscó el tapón de uno de los bidones de gasolina y lo vertió íntegramente sobre la lona. Los culatazos arreciaban y la puerta no tardaría unos segundos en ceder. Desenroscó el segundo bidón y echó la mitad en la lona. Temía que los rusos hundieran la puerta y por eso se apresuraba. Cogió al niño y se dirigió hacia la ventana.

«Saltaré y desde afuera echaré el encendedor prendido. Así habré cumplido mi promesa…»

La atmósfera de la estancia apestaba a bencina. El niño comenzó a toser. Hilda tardó en abrir la ventana, pero apenas hubo quitado la barra que la sostenía cuando los rusos comenzaron a hundir la puerta. Del alféizar a los arriates del jardín no había gran altura. Saltar era fácil. Pero en aquel mismo instante surgieron tres gorras rusas por la ventana.

El jardín estaba lleno de soldados. Hilda pensó en saltar y abrirse camino a través de ellos, pero en aquel instante una mano penetró por la ventana y trató de asirla.

Hilda soltó un grito. Quiso defenderse, pero no tenía en la mano más que el encendedor. Sin pensarlo siquiera, apoyó el pulgar en la palanca, como si accionara el gatillo de un arma. Transcurrió un segundo, surgió un gran resplandor y luego siguió una obscuridad más profunda y más negra que la misma noche.

Las mismas llamas que abrasaron el cuerpo del gigante Iorgu Iordan envolvieron asimismo a la mujer de Iohann Moritz y a Franz, su hijo. El mismo fuego que destruyó la casa, desde la bodega al desván, quemó las fotografías de la madre de Suzanna y la de ésta, primera mujer de Moritz.

La gasolina de los bidones siguió ardiendo mucho tiempo, elevando sus largas llamas hacia el cielo.

107

Traian Koruga y Eleonora West se hallaban en aquel instante ante el mayor Brown, gobernador americano de la ciudad de Weimar.

—Eso es todo, señor gobernador —dijo Traian Koruga—. El 23 de agosto, en el momento en que Rumania pidió el armisticio, mi mujer y yo fuimos internados por los croatas, al mismo tiempo que los otros miembros de la Legación de Rumania.

»Según las reglas diplomáticas, fuimos internados en un hotel, al mismo tiempo que los representantes de todos los países enemigos.

»Luego Croacia fue ocupada por los guerrilleros de Tito. En la retirada, los alemanes nos transfirieron a Austria, luego a Alemania para acabar finalmente en Checoslovaquia.

»Cuando Alemania capituló no quedó ya nadie para internarnos y partimos para el Oeste. Lo dejamos todo para marchar hacia el Oeste, donde sabíamos que estaba nuestra salvación.

Eleonora pensó en los doscientos kilómetros hechos a pie. Tenía aún las piernas hinchadas y la planta de los pies llena de durezas.

—Lo dejamos todo y huimos a través de campos y bosques para llegar a territorio ocupado por los americanos, por los ingleses o por los franceses. No queríamos caer vivos en manos de los rusos o de los guerrilleros. Estábamos dispuestos a matarnos antes que nos apresaran.

—¿Por qué tenían ustedes miedo de los rusos o de los guerrilleros? —preguntó el gobernador—. Sólo los fascistas tienen algo que temer. Los rusos y los guerrilleros son aliados nuestros, combatientes por la victoria de las naciones unidas.

—Usted tampoco es fascista, señor gobernador; pero creo que no toleraría que su mujer permaneciera siquiera veinticuatro horas en territorio ocupado por los bolcheviques. No por motivos políticos, sino simplemente por su crueldad y por el terror que inspiran; y tampoco creo que tuviera usted el valor de penetrar en zona soviética sin ir de uniforme y con una buena escolta. ¿Es justo entonces que nos reproche a nosotros, dos seres indefensos, la huida ante unas bandas bárbaras, armadas de fusiles automáticos del último modelo norteamericano?

—¿Y qué desean ustedes ahora? —preguntó el gobernador—. No pueden salir de Alemania. Aquí les tratarán como a ciudadanos enemigos y estarán sometidos a idénticas obligaciones que la población alemana. Tendrán ustedes los mismos derechos que ellos y ni uno más…

—Es decir, ningún derecho —apostilló Koruga—. Los alemanes de Weimar están obligados a limpiar los retretes del campo de Buchenwald y a la lavar la ropa de los detenidos liberados, por lo menos una vez por semana. ¿Quiere usted obligar a mi mujer a que cumpla iguales menesteres?

—No somos enemigos de América ni de las naciones aliadas —añadió Eleonora West—. Hemos estado internados cerca de un año por los enemigos de las naciones

aliadas. Y hoy, cuando vamos a pedirle autorización para habitar en esta región o tener la posibilidad de marcharnos si no nos admiten, usted nos prohíbe permanecer y nos prohíbe también marcharnos.

—Son ustedes ciudadanos enemigos —insistió el gobernador—. Su presencia no me interesa. Tienen pasaportes rumanos, ¿no es así? Entonces son ustedes enemigos.

—Pero Rumania lucha desde hace diez meses al lado de los aliados y contra Alemania. Usted lo sabe tan bien como yo. Ochenta mil rumanos han caído ya por la causa aliada. ¿También ellos eran enemigos?

—Rumania es un Estado enemigo —repitió el mayor Brown. Sacó un papel del cajón y leyó en voz alta—: Países enemigos: Rumania, Hungría, Finlandia, Alemania, Japón, Italia. Está bien claro. Son ustedes enemigos de los Estados Unidos.

Traian Koruga se puso en pie. Eleonora West lanzó una mirada implorante al gobernador.

—¿No ha leído usted en los periódicos que Rumania combate al lado de los aliados desde hace casi un año? —preguntó—. Nuestros papeles indican que hemos estado internados por los alemanes. ¿Eso no le basta?

—Aunque así fuera, no me interesa —dijo el gobernador—. Las disposiciones que he recibido estipulan que los rumanos son enemigos de los Estados Unidos. He perdido mucho tiempo en discutir con ustedes. Usted, señora, es mi enemiga. Mi enemiga…, ¿entiende? Si yo hubiera caído en manos de usted, me habrían fusilado seguramente, sin pararse a discutir conmigo, como yo estoy haciendo ahora. Lo que hago es completamente ilegal. Y no volveré a repetirlo… ¡No se discute con los enemigos!

El mayor Brown, gobernador militar de la ciudad de Weimar, palideció de cólera y ni siquiera respondió al saludo de despedida de Traian Koruga y de Eleonora.

—Ése es el Occidente —dijo Traian bajando la escalera—. No se interesa en la circunstancia ni en el hombre. Lo ha generalizado todo y sólo se inclina ante el reglamento.

—¡No puedo dar un paso más! —dijo Nora.

Traian la cogió del brazo. Ella se apoyó en su hombro y se echó a llorar.

—Hemos andado doscientos kilómetros para llegar aquí… Hemos corrido hacia los occidentales como hacia la Meca…

—No hay que lamentarse, Nora —dijo Traian—. Hemos logrado huir del terror ruso. Es suficiente. Pero resulta inútil buscar un lugar donde aposentarnos. Los hombres no pueden hallarse a gusto en ninguna parte, pues la Tierra ha dejado ya de pertenecerles.

108

Cuatro días después Traian Koruga y Eleonora West volvieron a visitar al gobernador. Necesitaban una autorización que les permitiera residir una semana más en Weimar.

Nora tenía los pies hinchados y casi no podía andar.

Se puso su vestido mejor, su sombrero y sus zapatos de tacón alto. Después de haber anunciado al soldado de servicio que querían hablar al gobernador, Traian dijo a Nora:

—Te has vestido como si fueras a asistir a una recepción oficial.

Ella sonrió. Se había puesto aquel vestido por vez primera, hacia tres años, para una visita al ministro de Finlandia.

—El señor gobernador les ruega que aguarden unos instantes —dijo cortésmente el centinela.

Transcurrieron algunos minutos. Nora se sintió aliviada. Había esperado otra acogida. Después de una breve espera, un soldado se dirigió a ellos.

—¿Son ustedes los diplomáticos rumanos que querían hablar con el gobernador? —preguntó—. Aguarden unos momentos.

Eleonora West pensó que el mayor Brown era en el fondo un hombre que sabía portarse bien. Acababa de excusarse dos veces seguidas por hacerles aguardar cinco minutos.

La sede del Gobierno militar se hallaba instalada en un gran inmueble. El vestíbulo era inmenso. Nora se contempló en un cristal. Había adelgazado y los pliegues del vestido le caían mejor que la última vez, en la Legación de Finlandia.

—Síganme —dijo el segundo soldado dirigiéndose a ellos.

Eleonora West se alejó del cristal sonriendo. Traian la cogió del brazo. Siguieron al soldado, que no subió las escaleras como la última vez, sino que se dirigió a la salida.

Luego les invitó a instalarse en el *jeep* que aguardaba ante la puerta.

—¿Adónde vamos? —preguntó Traian.

El soldado que conducía se encogió de hombros. El auto atravesaba las calles de la ciudad a una velocidad de locura, y Traian creyó que no le había entendido. Se acercó al oído del segundo soldado.

—¿Adónde vamos?

El segundo soldado imitó el gesto de su compañero. Traian se volvió hacia Nora. Ésta sostenía las alas del sombrero con ambas manos y sonreía. Siempre le había gustado la velocidad.

En el otro extremo de la ciudad el *jeep* se detuvo ante un muro de piedra. Un portero uniformado abrió la puerta.

Pero el auto no penetró en el patio.

Uno de los soldados entregó un sobre al portero. Luego hizo señal a Eleonora

West y a Traian para que descendieran.

—¿Dónde estamos? —preguntó Eleonora West.

Los americanos aguardaron a que descendiera, pero no respondieron.

—¿Dónde estamos?

Nora repitió la pregunta en alemán al portero.

—En la cárcel de la ciudad —respondió éste.

Luego cogió a Nora por el brazo.

Esta hubiera querido decir algo a los soldados, pero era demasiado tarde. El *jeep* había desaparecido con tanta rapidez como a su venida.

Nora se volvió hacia Traian. Éste había palidecido. Las puertas de hierro se cerraron a su espalda.

Y se encontraron en el patio de la cárcel.

Encerraron a Traian Koruga en la celda n.º 5 de la planta baja y a Nora en la n.º 2 del tercer piso.

—Han debido equivocarse —exclamó Traian en voz alta en cuanto estuvo solo.

Al principio trató de adivinar lo que había podido ocurrir, pero al acordarse que Nora estaría encerrada en aquel momento en una celda semejante a la suya, perdió la calma.

Antes de abandonarla, Traian había querido despedirse con un beso, una frase o una palabra de amor, pero el guardián les había cogido por el hombro, separándoles brutalmente.

—Supongo que han debido confundirme con Dios sabe qué criminal que lleva mi nombre o que se parece a mí. Pero ¿por qué han detenido a Nora entonces?

Preso de desesperación, Traian Koruga comenzó a golpear con los puños la puerta de la celda.

«Esperaba que los rusos me detuvieran —se dijo—. Entre los rusos, unas manos limpias bastan para que uno sea detenido. Y aunque me hubieran detenido sin mirarme las manos, no me habría sorprendido. De los rusos lo esperaba todo.

»He andado doscientos kilómetros para huir de una sociedad donde la "falta de motivos" constituye un motivo de arresto, asesinato o de deportación. ¿Para qué?»

Le dolían los puños, pero continuaba golpeando la puerta de celda.

Quería castigarse a sí mismo por haber recorrido los doscientos kilómetros, por haberlos recorrido en vano arrastrando a Nora tras él. Arrastrando a aquella mujer de pies hinchados y ensangrentados.

«Los alemanes tenían motivos para detener a Nora —se dijo—. Los alemanes eran nazis y antisemitas…»

—¿Qué quieres? —preguntó un carcelero, apareciendo en el umbral de la puerta.

—Deseo hablar inmediatamente con el director de la cárcel —dijo Traian—. Mi mujer y yo hemos sido detenidos por error.

—No lo dudo —respondió el carcelero con sarcasmo—. Todos los que llegan han sido detenidos por error.

—¡Guárdese sus ironías! —exclamó Traian—. Quiero hablar, inmediatamente con el director de la cárcel.

—No hay director. A usted le han detenido los americanos. Nosotros no nos ocupamos más que de la administración. En cierta manera, somos presos también.

—¡Entonces quiero hablar con los americanos!

—El sargento no viene más que una vez por semana —dijo el carcelero—. Le toca volver el lunes.

Traian recordó que aquel día era lunes.

—¿Quiere usted decir que tendré que esperar hasta el lunes próximo antes de ver a alguien? —preguntó—. ¿Supone que mi mujer podrá estar una semana

encarcelada?

—No puedo hacer nada —dijo el carcelero—. Todas sus propuestas serán vanas. El sargento no volverá hasta el lunes próximo.

Cerró la puerta.

—Dígaselo a alguien o no se lo diga a nadie. Haga lo que quiera. Pero hasta el momento en que pueda hablar con el director de la cárcel para saber el motivo de mi detención, no beberé una gota de agua ni comeré un solo alimento. Estoy en mi derecho.

—¿Piensa usted hacer huelga de hambre? —preguntó el carcelero.

—Y huelga de sed.

El carcelero permaneció unos instantes en el umbral con las llaves en la mano. Contempló a Traian compasivamente y luego cerró la puerta.

—¡Lástima! ¡Es usted aún muy joven!

Y cerró y dio la vuelta a la llave en la cerradura.

110

Nora West golpeó la puerta con los puños durante más de media hora. Un carcelero acudió, pero se limitó a mirar por el ventano sin abrir.

—Si sigue usted golpeando así, la castigaremos —dijo—. No está permitido que los presos golpeen la puerta de su celda.

Hecha aquella advertencia, el carcelero se alejó.

Nora West se echó en el camastro. Poco después se levantó precipitadamente. «Debe haber piojos», pensó. Sintió un miedo terrible. Hubiera querido golpear la puerta y pedir otra manta, o al menos informarse si había piojos o no. Pero sabía que no tenía derecho a golpear, y en vista de ello se contentó con pasear arriba y abajo por la celda.

En su fuero interno, Eleonora West se sentía culpable. Sabía que su detención era justa. El hecho de haber falsificado los papeles que probaban su origen étnico y haber pagado para que sus documentos de estado civil fueran sustraídos de los archivos, le había obsesionado día y noche. En cualquier momento esperaba ver llegar a la policía. Sabía que iban a descubrirla y detenerla, y durante todo su viaje por Alemania temblaba al ver un agente: sus papeles eran falsos.

En realidad, para ella, todos aquellos últimos años no habían sido más que una larga espera: la de la hora en que la detuvieran.

«Y esa hora ha llegado —se dijo—. Ahora han descubierto que soy judía y no puedo ya salvarme.»

Se echó a temblar.

«Es absurdo creer que los americanos me han detenido por haber ocultado mi origen étnico y por haber falsificado unos documentos en Rumania. Sin embargo, me doy cuenta de que ése es el verdadero motivo de mi detención. Y el único. Sé que no es lógico, pero es así. Soy culpable, y ahora voy a recibir un terrible castigo. Un castigo ejemplar y duro, pero merecido…»

Se estremeció de frío. Su ropa interior, espumosa y ligera como pompas de jabón, su vestido sutil como un velo, no podían abrigarla contra la humedad de las paredes de piedra.

El frío había penetrado en su piel y en su carne, hasta los huesos. Sentía la humedad hasta en lo más profundo de su cuerpo. Hasta aquel momento no había tenido nunca frío en los riñones, ni siquiera había sabido exactamente dónde se hallaban los riñones, ni siquiera que forma tenían. Pero en aquel instante sentía en ellos un frío intenso. Los tenía helados. Y no solamente los riñones, sino también los intestinos.

Eleonora se cubrió las rodillas con el vestido, pero aquello no le sirvió de nada. Tenía miedo de sentarse en el camastro y sus dientes castañeteaban.

Afuera hacía calor, pero aquel detalle carecía de importancia desde el momento en que ella temblaba de frío como en pleno invierno. Para entrar en calor, Eleonora se

agachó en medio de la celda. En aquel instante le acometieron unas ganas terribles de ir al retrete, de ir inmediatamente. Centenares de agujas le atravesaban la vejiga y no podía forzar los músculos a que la obedecieran.

Recordó las novelas que había leído: en las cárceles, un cubo reemplazaba los retretes. Pero en su celda no veía más que una cama, una mesita y una ventana enrejada. Nora se dirigió hacia la puerta levantó el puño dispuesta a golpearla. «¿Me darán permiso para ir al retrete?», se preguntó.

En aquel momento recordó las palabras severas del carcelero alemán: «Si golpea la puerta, la castigaremos.»

Bajó la mano, temerosa del castigo.

«Soy culpable de haber golpeado la puerta cuando no debía hacerlo», se dijo, reanudando los paseos a través de la celda.

Se detuvo de nuevo, levantó la mano… Pero tampoco aquella vez tuvo el valor de golpear: «Si golpea la puerta, la castigaremos.»

Mientras resonaban en sus oídos aquellas palabras, todo su cuerpo se sintió atravesado por una corriente eléctrica semejante a una señal de alarma. Había perdido el dominio de sus músculos. Sintió que sus pantalones de seda se mojaban. El portaligas también, así como las medias. Algo húmedo y caliente se deslizaba a lo largo de sus muslos y de sus medias hasta los zapatos.

Eleonora West hizo un último esfuerzo para contenerse, pero sus músculos, su carne y todo su cuerpo no parecían ya pertenecerle. Se puso en cuclillas. A medida que sus pantalones se iban mojando, cada vez más calientes, la invadía una sensación de bienestar, de liberación, que no había conocido hasta entonces. Cada músculo, cada poro y cada fibra de su cuerpo se relajaron. Aquella sensación fue más fuerte que todo el placer, fue una verdadera voluptuosidad. Más que una voluptuosidad, un éxtasis. Le pareció desarraigarse de todo lo terrenal, hallarse fuera del tiempo y del espacio.

Nora West tuvo la impresión de estar orinando horas y horas, sin detenerse jamás. Pero cuando se dio cuenta de que el cemento chorreaba a su alrededor, le acometió un gran espanto. Se puso en pie y fue a refugiarse en un rincón de la celda, como si deseara ocultarse. Aquélla era la hora más dramática de su vida. El cemento de la celda estaba mojado y los regueros de orina se deslizaban bajo la cama, bajo la mesa, bajo sus pies…

Eleonora West sabía que acababa de hacer algo prohibido. Estaba convencida de que la descubrirían y la castigarían severamente. Y le pareció oír la voz del carcelero sonando amenazadoramente en sus oídos: «¡La castigaremos!»

Sintió deseos de rasgar sus ropas para limpiar el suelo, pero comprendió que hubiera sido inútil, que había demasiado líquido para que pudiera absorberlo su vestido de seda y la ropa interior, ligera y fina. Pero la voz seguía repitiendo: «¡La castigaremos! ¡La castigaremos…»

No podría esconderse, la descubrirían y toda tentativa de escapar al castigo le

sería completamente inútil. Se cubrió los ojos con los puños, cubiertos aún por los finos guantes de encaje, transparentes como una tela de araña, y se echó a llorar desesperadamente…

111

—Todo lo que les ha ocurrido es extremadamente lamentable —dijo el sargento Goldsmith, comandante de la cárcel—. Les presento mis excusas. Lamento que no me hayan puesto antes al corriente de lo que ocurría.

Había transcurrido una semana desde la detención de Traian Koruga y Eleonora West. El primero estaba tendido en su camastro sin poder moverse apenas. Desde hacía siete días no había tocado pan ni agua.

El sargento Goldsmith les había llevado sus cosas en el *jeep* de su propiedad. Ayudó a Nora a desempaquetarlas y les ofreció cigarrillos. Parecía estar bastante molesto.

—Mañana por la mañana les pondrán en libertad —dijo—. Buscaré personalmente un alojamiento para ustedes y les llevaré en mi auto. Vuelvo a repetir que lamento sinceramente todo lo ocurrido.

Eleonora West y Traian Koruga le escucharon sin decir una sola palabra.

—Estos señores no están detenidos —aclaró el sargento Goldmith dirigiéndose al carcelero—. Fueron internados aquí por error. Permanecerán hasta mañana porque carecen de alojamiento y dormirán los dos en esta habitación. Les dará usted ropa limpia y mantas. No son más que huéspedes, sólo unos huéspedes…

El sargento se marchó. Media hora después volvió a aparecer con un paquete bajo el brazo. Eran alimentos y frutas. Antes de dejarles volvió a excusarse, estrechó la mano de Traian y luego se marchó.

El carcelero asistió a aquella escena abriendo los ojos como un milagro.

—Siempre tuve la certeza de que los americanos acudirían a presentarnos sus excusas —dijo Nora—. Los Estados Unidos son un país de gente civilizada.

Traian tenía una fiebre elevada. Se durmió inmediatamente y aquella noche soñó que se hallaba a bordo de un submarino y que todos los conejillos blancos habían muerto. Se despertó bañado en sudor, con el pijama completamente húmedo, diciendo aún semiinconsciente: «Tras la muerte de los conejos blancos, no hay esperanza…»

En su sueño había gritado con todas sus fuerzas, pero los marinos no le habían creído.

Al día siguiente, el sargento Goldsmith no apareció. Nora estuvo esperándole todo el día.

—¡Dios sabe lo que le ha impedido venir! —se dijo a sí misma para tranquilizarse—. Pero seguramente volverá mañana…

El carcelero compartía también aquella opinión. Sin embargo, el sargento Goldsmith no apareció ni al día siguiente ni al otro. Y una semana más tarde, otro sargento ocupó su lugar.

—No estoy al corriente de su caso, señora —le dijo a Nora el nuevo *Sachbearbeiter*—. El sargento Goldsmith ha regresado a los Estados Unidos sin dejar ninguna instrucción respecto a ustedes. Pero me informaré el lunes próximo y les comunicaré el resultado.

Dicho aquello, se marchó.

Era un muchacho joven, pelirrojo, con el rostro lleno de pecas. No había querido decir su nombre, ni siquiera al carcelero jefe. Su firma era ilegible y parecía estar siempre muy nervioso.

Una semana después volvió a la cárcel, pero sólo estuvo unos momentos en el despacho.

Cuando los Koruga acudieron a verle, se había marchado ya. Fue necesario esperar otra semana. Pero aquella vez el sargento estaba de mal humor.

—He pedido instrucciones sobre lo que tengo que hacer con ustedes —dijo—. Resulta que están detenidos como los demás. No hay ninguna disposición que nos permita ofrecerles un régimen especial.

Dio media vuelta.

—¡Que los encierren en celdas separadas! —ordenó al carcelero jefe—. Deberán observar el mismo régimen que los otros detenidos. No quiero ninguna excepción en esta cárcel.

El carcelero dilató los ojos, como si quisiera convencerse de que había oído bien. Luego dijo:

—He comprendido. Celdas separadas. Régimen ordinario… ninguna excepción…

Pero su voz sonó un poco temblorosa.

113

—¡Quieren separarnos! —dijo Nora al escuchar los pasos del carcelero en el pasillo. Y colgándose al cuello de Traian se puso a sollozar—. Prefiero morir antes de que me encierren sola en una celda.

El carcelero se detuvo en el umbral agitando las llaves. Pero Nora ni siquiera se volvió a mirarle. Sabía perfectamente la causa de que aquel hombre se hallara allí. Y Traian también. Le contempló fijamente, deseando suplicarle que les dejara permanecer juntos otros cinco minutos. Pero se dio cuenta de que sería inútil y no dijo nada.

—Este verano me jubilarán —dijo el carcelero—. Soy ya viejo. A mi edad no se puede aprender a jugar al escondite. Ni yo tampoco quiero aprender.

Se interrumpió unos instantes, haciendo acopio de todas sus fuerzas, como si fuera a levantar una carga demasiado pesada.

—Seguirán ustedes juntos como antes. Juntos y con la puerta de celda abierta.

—¿Ha dado contraorden el sargento? —preguntó Nora.

—El sargento no ha dado contraorden —respondió el carcelero.

Y dicho aquello se marchó agitando el manojo de llaves. La puerta de la celda quedó abierta.

114

—¿Qué pueden tener los americanos contra nosotros? —preguntó Nora con desesperación—. ¿Por qué nos tienen en la cárcel desde hace seis semanas?

—Los americanos no tienen nada contra nosotros —respondió Traian—. La verdad es que ni siquiera se han dado cuenta de nuestra existencia.

—¿Y cuánto tiempo necesitan para saber que nos tienen detenidos y encarcelados? —preguntó Nora—. ¡No puedo resistir más!

—No se enterarán jamás —respondió Traian—. La civilización occidental en su última fase de progreso no repara en el individuo. Nada nos permite creer que vaya a hacerlo alguna vez. La sociedad no conoce más que algunas dimensiones del individuo. Pero el hombre integral, tomado individualmente como tal, no existe para ella. Tú, Eleonora West, que sigues encarcelada a pesar de no ser culpable, yo y muchos otros, no existimos para ellos. Sencillamente, *no somos*. Existimos únicamente en tanto que somos fracciones infinitesimales de una categoría. Tú, por ejemplo, no eres más que un súbita enemiga detenida en territorio alemán. Es el máximo de datos característicos que la Sociedad Técnica Occidental puede asimilar. Es lo único que te representa a sus ojos. No te reconoce más que gracias a esos trazos distintos y te trata en consecuencia, con todo el grupo a que perteneces, de acuerdo con las reglas de la multiplicación, de la división o de la substracción. No eres más que una parte de Rumania. Y esa parte está encarcelada. La falta o el crimen causa de la detención pertenecen solamente a la categoría.

—Sin embargo, los americanos deben tener algún motivo para detenernos —insistió Nora—. Tienen algo contra nosotros. De otro modo, nos habrían soltado. Me atormenta no conocer el motivo de la detención. ¡Pero debe haber un motivo!

—En efecto, hay un motivo —respondió Traian—. Pero ese motivo es absurdo, desde el punto de vista humano, y perfectamente justificado desde el de la máquina. El Occidente mira al hombre con los ojos de la técnica. El hombre de carne y hueso, capaz de alegría y sufrimiento, no existe, ésa es la causa de que nuestra detención, nuestro encarcelamiento y acaso mañana nuestra ejecución, no pueda ser considerada como criminal. Sería criminal si tuviera alguna relación con hombres de carne y hueso. Pero la Sociedad occidental es incapaz de comprender la presencia del hombre vivo. Cuando detiene o mata a alguien, esa Sociedad no detiene o mata nada vivo sino tan sólo una noción. En buena lógica, el crimen no puede imputársele, pues nadie puede acusar de crimen a máquina a alguna. Y nadie sabría pedir de una máquina que tratara a sus hombres según características individuales.

—¿Y cuál sería ese motivo, justo y perfecto desde el punto de vista técnico, que ha impulsado a los americanos a detenernos? —preguntó Nora.

—Lo ignoro —respondió Traian—. Todo lo que sé es que el hecho de someter al hombre a las leyes y los criterios técnicos, criterios tan sólo existentes en lo concerniente a las máquinas, equivale a un asesinato. Un hombre obligado a vivir en

las condiciones y el medio de un pez, muere en algunos minutos, y viceversa. El Occidente ha creado una Sociedad semejante a la máquina. Obliga a los hombres a vivir en el seno de su sociedad y adaptarse a sus leyes mecánicas. Y algunas veces, el Occidente tiene la impresión de haberlo logrado. Pero la verdad es que los hombres mueren al someterse a las mismas leyes que rigen los camiones y los cronómetros.

> *People are not alike.*
> *Nations are not alike.*
> *Everybody is not the same or as clever*
> *or strong as everybody else.*

»Sólo las máquinas pueden ser perfectamente iguales entre sí. Sólo las máquinas pueden reemplazarse, desmontarse y reducirse a sus elementos esenciales o algunos movimientos principales. Cuando los hombres se parezcan a ellas, hasta el punto de identificarse completamente, entonces dejará de haber hombres en la superficie terrestre.»

Nora suspiró.

—Tú no existes en tu calidad de persona humana —continuó Traian—. O si lo prefieres existes, pero vista y deformada por los ojos de la máquina. En la Sociedad Técnica, como en las Sociedades bárbaras, el hombre no tiene ningún valor. O si tiene alguno, es ínfimo. En el fondo tú no estás detenida.

—¿Que no estamos detenidos?

—Ni siquiera eso —prosiguió su marido—. Nosotros, es decir, tú y yo, no estamos detenidos, a pesar de que haga seis semanas que nos hallemos en esta cárcel. Nuestras personas individuales no existen siquiera para la Sociedad Técnica Occidental. Por consecuencia, no pueden ser detenidas y en realidad no lo están.

—No me consuela —dijo Nora— saber que no estamos detenidos y que, sin embargo, nos hallamos en la cárcel.

—Claro que es un consuelo. El único posible en esta hora tardía de la Historia.

115

—Todo ha terminado —dijo el carcelero entrando en la celda de Koruga—. Lean ustedes el comunicado. Turingia y la ciudad de Weimar han sido cedidas a los rusos. Las tropas soviéticas han penetrado ya en la ciudad. Camiones llenos de soldados han llegado esta noche, mientras los americanos se retiraban. No les quedan ya más que el inmueble del Gobierno militar, la cárcel y algunos otros edificios. Nadie puede marcharse, y la ciudad está cercada por la policía militar.

Nora leyó el comunicado en el periódico, y luego contempló sucesivamente a Traian y al carcelero, apoyado contra la puerta.

—Y cuando entreguen la cárcel —preguntó— pasaremos, sin duda, a manos de los rusos, ¿verdad?

—Mucho me temo que sí —respondió el carcelero—. Los rusos tomarán posesión de la cárcel esta mañana, esta tarde, o todo lo más tardar, esta noche. No se sabe la hora exacta.

Traían Koruga apoyó la cabeza en ambas manos. Reflexionó unos momentos, y recapituló: «La huida… Doscientos kilómetros… Rusia… El terror… Las violaciones… Siberia… Los pies hinchados y llagados de Nora… Los comisarios políticos… Su entrega, al mismo tiempo que la celda y la cárcel como esclavos encadenados.»

—Seguramente los americanos quieren entregarnos a los rusos encerrados en nuestras celdas. Eso es criminal. Pero desde su punto de vista, son inocentes. Son tan cándidos como las locomotoras, que parecen sonreír cuando aplastan a un hombre en la vía férrea. Los occidentales han reducido el propio pecado a una sola dimensión. Lo han minimizado hasta el extremo. Incluso podría decir que ni siquiera lo conocen. No; no son culpables. Su civilización es la culpable. Pero todo esto carece ahora de importancia. Dentro de algunas horas, quizá de algunos minutos, seremos cedidos a los rusos, es decir, a los hombres más crueles que han existido jamás, gracias a su aparato estatal, en toda la superficie de la tierra. Y si puedo soportar a duras penas el «hombre máquina» reducido a su función de «robot», no podré jamás afrontar «el animal salvaje motorizado». No podré hacerlo. Antes de que me entreguen a los rusos, haré lo posible para evadirme y si no lo logro, me mataré.

Se volvió hacia el carcelero.

—¿Nos ayudará usted a escaparnos? —preguntó.

—Haré todo lo que me sea posible —respondió el hombre—. Yo también quiero marcharme. Soy austríaco y me iré a Viena. Pero me marcharé más tarde.

—¿Y qué será de mí? —preguntó Nora—. ¡No puedo escaparme!, tengo miedo. Harías mejor matándome, Traian.

—Nos mataremos juntos —respondió su marido.

—Sería mejor que trataran de escaparse —recomendó el carcelero—. No es muy difícil. El muro está destruido por los bombardeos. Todo es llegar al patio, a partir de

ahí será un juego de niños…

—No tengo valor para deslizarme por una cuerda desde el tercer piso —dijo Nora —. Tú eres un hombre. Puedes hacerlo, pero yo tengo miedo.

Traian Koruga estaba anudando ininterrumpidamente sábanas y mantas para hacer una cuerda. Se interrumpió, dirigiendo una mirada a su mujer.

—No hay que tener miedo —dijo—. En realidad no tendrás que hacer ningún esfuerzo. Te ataré y te haré bajar por la ventana. Una vez en el patio, procura deslizarte a lo largo del muro y esperarme, en el fondo, junto al árbol que te he mostrado.

Nora sostuvo la cuerda por un extremo, mientras Traian la iba anudando. Luego la dejó caer con desaliento.

—No puedo evadirme. Mientras baje no dejaré de pensar que pueden disparar sobre mí. Y esa sola idea hará que me desvanezca. ¿Crees que pueden disparar mientras desciendo?

—Es posible —dijo Traian—. Pero de todos modos tenemos que intentarlo. Acaso no disparen. En todo caso, obrando así tenemos más probabilidades de salvarnos que si nos matamos directamente.

—¿Y si nos quedáramos aquí? Quizá no sean tan salvajes como nos creemos. Muchos hombres viven bajo el régimen comunista. ¿Por qué no podemos hacerlo nosotros?

—Tienes razón —dijo Traian—. En el Estado comunista viven muchos hombres. Y acaso su existencia no sea tan difícil como la de los hombres de Occidente. No existe un solo punto de vista objetivo para juzgar desde él. Todo es subjetivo… Pero en lo que a mí respecta, no aceptaré jamás la vida en el paraíso soviético. Mi obstinación puede parecer absurda, pero está completamente justificada desde mi punto de vista. Y para el ser humano no hay cosas más justas que las que a él se lo parecen desde su punto de vista personal. Personalmente, no quiero caer en las manos de los brutos motorizados del Volga. Acaso esté loco. *A spirit with any honour is not willing to live except in its own way; a spirit with any wisdom is not over-eager to live at all*. La vida no me interesa demasiado. Puedo renunciar a ella en cuanto me parezca. Pero si no renunció, quiero vivirla en las condiciones que me parezcan más favorables. Quizá pueda alguien demostrarme que mi manera de concebir la vida no es buena. Estoy dispuesto a aceptar cualquier argumento. Pero lo que no estoy dispuesto a aceptar es que otros me indiquen la manera cómo debo vivir y que, creyéndola mejor, me obliguen a conformarme con ella. Mi existencia es mía. No pertenece ni al «koljos», ni a la comunidad, ni al comisario político. Por tanto, tengo derecho a vivir de la manera que yo mismo elija. Si lo deseo, podré imitar la de un comisario. Pero da la casualidad de que no tengo ese deseo. Si así lo hiciera, nadie tendría derecho a acusarme y pretender si había hecho bien o mal. Dispongo de mi vida a mi manera. Y rechazo con todas mis fuerzas la existencia a la moda soviética.

Por eso quiero poner término a mi vida.

Nora se echó a llorar. Traian siguió en su tarea de anudar la cuerda.

—¿Quieres mirar si los americanos han quitado el puesto de observación en el patio?

Nora salió al corredor, fue hasta la puerta de la cárcel para ver si los centinelas rusos estaban ya allí.

—Es necesario echar una ojeada cada cinco minutos —dijo Traian—. El momento más favorable para evadirnos será aquél en que los centinelas rusos releven a los americanos. Después sería demasiado tarde.

Siguieron anudando la cuerda y transcurrido un buen rato, trataron de comprobar si era lo bastante larga y resistente.

Cada cinco minutos, uno de ellos salía a echar una ojeada al cuerpo de guardia y volvía diciendo:

—Los americanos todavía…

Y entonces seguían trabajando con mayor ardor. Pues ambos alentaban la ilusión de que desde el momento en que los americanos estaban aún de guardia, no se hallaba aún todo perdido.

117

A las seis de la tarde hicieron salir a Traian Koruga y Nora West de su celda y les metieron en un camión con otros detenidos. Traian estaba muy pálido. Nora lloraba.

—Parece que han buscado otro lugar para efectuar nuestra entrega a los rusos —dijo Traian—. Nuestro camión se dirige hacia el Este.

Las calles de la ciudad de Weimar estaban llenas de soldados y autos rusos.

—¿Quieres que saltemos del camión? —preguntó Traian—. Seguramente nos llevan a una cárcel rusa.

Salieron de la ciudad. Nora contempló los campos verdes y luego el sol. No cabía duda de que se dirigían hacia el Este.

—Pronto llegaremos a un bosque —dijo Traian—. Salta la primera. Te escondes entre los matorrales. Yo saltaré detrás de ti.

Pero los sollozos de Nora arreciaron.

—¡Prepárate! —dijo Traian.

—Un momento… —rogó Nora—. Ahora no puedo. Tengo mucho miedo.

—Nunca tendremos mejor ocasión —insistió su marido—. Mira la espesura que hay a ambos lados del camino: nada más fácil que escondernos. ¿No quieres saltar? ¡El camión está frenando!

Cogió a Nora del brazo. Ella se aferró con ambas manos a la cabina y crispó sus dedos.

—¡No! —dijo—. Puedes saltar si quieres. Te juro que no te guardaré rencor si me dejas y procuras evadirte solo.

Traian Koruga se sentó a su lado y cerró los ojos para no ver la espesura del bosque, donde tan bien hubiera podido ocultarse. Jamás volvería a presentarse tan buena ocasión.

Cuando volvió a abrirlos, el sol le daba en el rostro. No brillaba a su espalda como antes.

El camión parecía haber cambiado de dirección y se dirigía hacia el Oeste.

—¡Los americanos son unos tipos magníficos! —exclamó Traian cogiendo a Nora del brazo—. ¡No nos entregan a los rusos!

—¿Dónde nos llevan? —preguntó Nora.

La sonrisa gozosa de Traian se esfumó.

—A una cárcel americana —dijo como avergonzado de su alegría anterior—. Perdóname, Nora, de haberme sentido tan gozoso. Al fin y al cabo, ¿qué importa estar encerrado en una cárcel o en otra? Es la última fase que ha alcanzado el hombre europeo. Elegir entre dos cárceles.

118

—¿Es usted Iohann Moritz? —preguntó el oficial americano. Sonrió amistosamente y prosiguió:

—El comandante de la ciudad quiere oír de sus labios cómo ocurrió eso de la evasión. ¿No fue usted quien salvó cinco prisioneros de un campo de concentración?

Iohann Moritz se sonrojó de placer.

No hubiera creído jamás que los oficiales americanos pudieran presentarse en auto para hacerle explicar todas sus hazañas. «Hasta el comandante de la ciudad ha oído hablar de mí», pensó Moritz. Y dio su nombre con una alegría que no había sentido nunca antes:

—Sí. Yo soy Iohann Moritz.

—¡Vamos! —dijo el oficial—. Tengo ahí mi auto.

Iohann Moritz hubiera deseado ponerse la americana. No llevaba más que la camisa y el pantalón. Hubiera querido ponerse también sus calcetines, pues llevaba los pies desnudos metidos en sus zapatos.

Pero el oficial parecía tener mucha prisa.

—El comandante nos espera —dijo—. Acompáñeme tal como está. Dentro de media hora se hallará usted de regreso. Le traeré en mi propio auto…

Subieron los dos al *jeep*. Moritz se hizo el firme propósito de contarle toda la historia al comandante, sin exceptuar un solo detalle. Todo el camino lo pasó buscando las palabras más apropiadas. Trataba de imaginarse el rostro del comandante, y le parecía verse ya ante él, contándole su evasión.

De pronto, el auto se detuvo ante un gran edificio de piedra. El oficial se volvió hacia Moritz.

—Quédese aquí —dijo.

Nuestro hombre descendió del auto. Lamentaba que el oficial no quisiera acompañarle, pues su presencia le habría dado más valor para contar su historia. Pero el auto estaba ya lejos. El centinela de la puerta introdujo a Moritz en el patio. Dos policías alemanes se adelantaron a buscarle. Moritz miró a derecha e izquierda, sin llegar a creer que el comandante de la ciudad pudiera vivir en una casa tan fea. Pero no se atrevió a preguntar nada.

Al penetrar en el interior vio que todas las ventanas estaban cerradas con barrotes, como en una cárcel.

Sólo entonces sintió arrestos para inquirir:

—¿Vive aquí el comandante de la ciudad?

Los policías se echaron a reír a carcajadas. Como respuesta encerraron a Moritz en el sótano, en una celda sin luz. Y al cerrar la puerta con dos vueltas todavía seguían riéndose de la pregunta que el nuevo preso acababa de hacerles.

119

Era más de medianoche cuando dos campesinos con brazal tricolor llamaron a los cristales y le ordenaron a Corina Koruga, la mujer del «pope», que les siguiera. En el cielo brillaba la luna llena La anciana cerró cuidadosamente la puerta y se quedó con la llave en la mano.

En el Municipio había unos diez soldados rusos hablando a voces con los campesinos. Condujeron ante ellos a la mujer del párroco. Los rusos le ofrecieron un vaso de vino al tiempo que la examinaban de arriba a abajo.

La mujer del padre Koruga bajó los ojos y dirigió una plegaria mental a San Nicolás.

Los soldados la obligaron a beber, pero ella siguió rezando a San Nicolás sin mirar a nadie y sin tocar el vaso con sus labios. Un soldado le vertió el vino en el corpiño; otro le levantó las faldas y le echó vino por debajo, pero ella seguía sin oír nada, sin ver nada. Con los ojos cerrados continuaba dirigiendo plegarias a San Nicolás, aquel santo que tanto se parecía al padre Alexandru Koruga, su marido. Los rusos y los campesinos le echaron otros vasos de vino por la cabeza, en la camisa y bajo las faldas. Su vestido y su cuerpos estaban tan mojados como si se hubiera caído al agua. Le acometió la sensación de que se hundía y se ahogaba. Braceaba en un lago inmenso. San Nicolás, desde la orilla, rogaba por ella…

Al día siguiente, Corina, la mujer del padre Koruga, se colgó en el gallinero.

120

Aquélla era la primera noche que Nora West pasaba en el campo de concentración de Ohrdruf.

«No pueden habernos detenido sin motivos», se repitió una vez más, tendida en el camastro, sin colchón y sin mantas. Cuatro tablas eran toda la cama. Las caderas, los codos y todos los huesos le dolían.

Había llegado al campo de concentración algunas horas antes, entrada ya la noche. Al descender del camión que les había transportado desde Weimar, les separaron para trasladar a Traian a otro sitio. A ella la habían llevado allí.

El campo de concentración para mujeres se componía de barracones de madera. Cada dormitorio acogía una treintena de mujeres. No había podido ver sus rostros al penetrar en la barraca, pero por la voz parecían todas muy jóvenes.

Nora se tendió en el camastro y se echó a llorar, pero la fatiga acabó por rendirla y se durmió. Al despertarse calculó que debía ser medianoche.

De pronto, una risa ahogada surgió del otro extremo de la nave.

A Nora le pareció una risa masculina, pero en un campo de mujeres no podía haber hombres. Escuchó con mayor atención. Debía ser un hombre. Ya no reía, pero se oían sus movimientos. Sin duda estaba acostado con alguna mujer.

Volvió a oírse la risa masculina, pero aquella vez procedía de otro extremo del dormitorio.

Nora tuvo miedo. Trató de infundirse algún valor. ¿Qué tenía que temer? Pero por muchos esfuerzos que hizo no pudo calmarse.

Se tapó los oídos, pero siguió escuchando las risas masculinas. De pronto, las tablas del camastro retemblaron. Volvió a abrir los ojos. La puerta estaba completamente abierta. Otros hombres habían entrado en la nave. Estaban de pie, en medio del dormitorio, hablando entre sí.

Una mujer en camisón estaba a su lado.

Sin poder contenerse, Nora comenzó a gritar. Cerró los ojos, aulló con todas sus fuerzas y luego se dejó caer en el camastro, extenuada, sorprendida, sin saber siquiera por qué había gritado.

«Es estúpido —se dijo—; no hubiera debido gritar. Estoy segura de que ahora se precipitarán sobre mí y me molerán a golpes.»

Los hombres abandonaron precipitadamente la nave. Huyeron a través del campo. Eran numerosos. Muchos habían estado tendidos en el suelo sin que Nora les hubiera oído siquiera. Algunas mujeres salieron con los hombres, pero volvieron de puntillas y se acostaron en silencio.

Se hizo la calma. Las mujeres permanecían tranquilas, cada cual en su camastro. Sólo dos de ellas estaban de pie en medio de la nave. Llevaban unas camisas cortas, cuya blancura se distinguía en la oscuridad. No hablaban entre sí y parecían estar abrazadas estrechamente. Nora las oía roer chocolate.

Aguardó a que las dos mujeres que estaban en medio de la nave se acostaran. Tenía miedo de que le pegaran o que la mataran aprovechando su sueño; pero las mujeres seguían sin moverse. Continuaban royendo su chocolate sin decir nada.

—¿Quién ha gritado? —preguntó finalmente una de ellas en voz baja—. ¿No ha sido la extranjera, la pelirroja que ha llegado esta noche?

—No lo sé —respondió la otra—. Pero no lo lamento. Acababa de terminar con mi hombre y no tenía ganas de volver a comenzar…

Siguieron comiendo su chocolate y no volvieron a cambiar una sola palabra entre sí. Nora espió atentamente sus movimientos hasta que se separaron, dirigiéndose a dos extremos diferentes de la ancha nave. Se acostaron. Las tablas de sus camastros crujieron y luego se hizo un silencio profundo.

Pero a Nora le parecía ahogarse. Le resultaba imposible conciliar el sueño, pues la atmósfera apestaba a vino, a sudor y a hombres. Las ventanas estaban abiertas, pero ni siquiera el aire de la noche conseguía disiparlo.

Nora West sintió que las fuerzas le faltaban.

«Debe existir un motivo para nuestra detención —se dijo—. De otra manera no nos habrían encerrado aquí.»

Le acometió una tos repentina, pero se llevó la mano a la boca para contenerse. No quería que las demás mujeres se despertaran…

121

Traian abrió los ojos. Aquélla noche era su primera mañana en el campo de concentración de Ohrdruf. Volvió la cabeza y vio que a su lado estaba Iohann Moritz.

—¡Hemos dormido toda la noche uno junto a otro! —dijo Traian estrechando la mano de Moritz—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Iohann Moritz contó su historia comenzando por el final. Habló del oficial que había querido llevarle ante el comandante de la ciudad para que explicara una vez más su evasión.

—Y en vez de ir a ver al comandante me llevó a la cárcel —remató—. Allí permanecí ocho semanas en una celda sin ventana, sin un solo rayo de luz. Estuve esperando todo el tiempo a que el comandante me llamara, pero no lo hizo. Al cabo de ocho semanas me trajeron aquí. Eso es todo.

Moritz se interrumpió en su narración. Se quedó contemplando a Traian y preguntó:

—¿Y usted? ¿Cómo ha llegado aquí?

El interpelado se encogió de hombros sin responder. Entretanto, los presos que habían dormido tendidos en el suelo iban despertándose uno a uno. El campo de concentración de Ohrdruf no era más que una extensión de terreno rodeado de alambradas. Allí había concentrados más de quince mil prisioneros. Sólo el cielo, la tierra y los hombres…

En las cuatro esquinas de la barrera espinosa, soldados con «metralletas» en la mano y apoyados por tanques guardaban el campo.

—¿Tiene usted noticias de Fantana? —preguntó Iohann Moritz. Pero al ver la expresión de Traian añadió desalentado—: No llego a creer que se halle usted aquí. Hemos pasado toda la noche durmiendo uno al lado del otro, pero no puedo comprenderlo…

El comandante del campo de Ohrdruf era judío. Al enterarse de aquel detalle, Eleonora West se alegró.

«Un judío comprenderá mejor mis sufrimientos. Me ayudará como si fuera una parienta y es posible que con su auxilio pueda salir de aquí.»

Estaba decidida a contárselo todo, a implorarle la libertad, a pedirle que la socorriera, a hablarle como un hermano.

Las paredes de la oficina de la comandancia estaban cuajadas de fotografías tomadas en los campos de concentración alemanes.

Nora West las contempló. Estaban muy ampliadas y en ellas se veían hombres muertos, colgados, hambrientos, prisioneros vestidos con trajes rayados, montones de cadáveres, horcas y camiones repletos de mujeres muertas.

Abstraída en la contemplación de todo aquello, llegó a olvidarse de dónde se hallaba. Por unos instantes le pareció encontrarse en un campo de exterminio de judíos de la Alemania nazi.

Echó una mirada al teniente pelirrojo que estaba sentado detrás de la mesa, y en sus ojos hubo una imploración, una súplica: la de que la salvara de la exterminación, del hambre, de las cámaras de gas, de la tortura…

«Soy tu hermana —pensó—. Te suplico que me ayudes…» Jamás se había sentido tan judía como en aquel momento.

—¡Teniente! —dijo.

Su voz tembló. Tenía la garganta seca, y las lágrimas, apenas contenidas, le impedían hablar.

—No tienes derecho a hablar antes de ser interrogada —dijo secamente el oficial.

Nora West se mordió los labios. Aguardó pacientemente las preguntas.

El oficial leyó sin mirarla.

—Te llamas Eleonora West Koruga, ¿verdad? Y tu marido está detenido también, ¿no es así?

El comandante la tuteaba, pero su tono no era precisamente el de un hermano.

—Ha sido funcionario del dictador Antonescu, ¿verdad?

—Mi marido fue funcionario del reino de Rumania —respondió Nora West.

El oficial se sonrojó. Su pálido rostro, picado de viruelas, se congestionó terriblemente y sus labios temblaron.

—¿Es verdad que en Rumania hubo terribles pogroms? —preguntó.

Nora fue a responder, pero otra rápida pregunta del oficial se lo impidió.

—¿Hubo en Rumania campos de concentración para los judíos? Sé que hubo campos donde los judíos fueron exterminados, pasados por la cámara de gas, colgados, decapitados, fusilados…

Se levantó con un gesto súbito.

Nora no se decidió a decirle que ella era también judía; que había tenido que

procurarse papeles falsos; que había huido, temiendo noche tras noche, que la apresaran.

—¡Responde a mis preguntas! —aulló el oficial.

Se acercó a ella con el puño cerrado.

Pareció que iba a golpearla en pleno rostro. Nora cerró los ojos y aguardó los golpes. Su cuerpo temblaba y no tenía valor de pronunciar una sola palabra.

—¡Responde, criminal! —aulló—. ¿Cuántos judíos has matado con tu propia mano? ¡Responde! Si sigues callando te haré pedazos. ¿Cuántos judíos mataste con tu propia mano?

Nora siguió callada.

—¡No quieres decirlo! —gritó el teniente—. Tienes miedo… Estás temblando de miedo. Estás ahora meándote de miedo, pero cuando matabas judíos no temías nada…

—¡Yo también soy…! —dijo Nora West.

—¡Sucia ramera! ¡Sucia ramera nazi, fuera de aquí! ¡Sal de aquí! Levantó otra vez su puño amenazador.

Nora salió del despacho.

LIBRO QUINTO

123

Traian Koruga escribía incansablemente. Iohann Moritz, a su lado, contemplaba cómo sostenía el lápiz con los dedos apretados y cómo iba trazando las letras, despacio y minuciosamente, como si fuera ensartando perlas.

Moritz no había tenido nunca paciencia para escribir. No le gustaba. Pero se sentía capaz de contemplar horas y horas, sin aburrirse un solo instante, cómo Traian Koruga escribía.

Pensaba que cuando él escribía era como si estuviera rogando ante los iconos. Y al verle se olvidaba de que estaba prisionero. Dejaban de verse sus pies descalzos, su rostro mal afeitado y los rotos de sus pantalones. Cuando escribía, Traian Koruga era un señor. Y ante él sentía deseos de quitarse el sombrero y hablar a media voz.

—¿Has oído hablar de los encantadores de serpientes? —preguntó Traian, interrumpiéndose.

—Sí —dijo Moritz.

—Daniel permaneció en la fosa de los leones y éstos no lo devoraron —dijo Traian—. Por el contrario, él los amansó. Los hombres pueden encantar serpientes y amansar leones. Mussolini tenía dos tigres en su despacho. Los había domesticado. Los hombres pueden domar a todos los animales salvajes. Pero desde hace algún tiempo, una especie nueva de animal ha aparecido en la superficie del globo. Esa especie tiene un nombre: el Ciudadano. No viven en los bosques, ni en la selva virgen, sino en los despachos. Sin embargo, son más crueles que cualquier animal salvaje de la selva. Han nacido del cruzamiento del hombre con las máquinas. Son de especie bastarda, y sin embargo componen la raza actualmente más poderosa en la superficie de la tierra. Su rostro se parece al de los hombres, tanto, que con frecuencia se llega a confundirlos con ellos. Pero poco después se da uno cuenta de que no se comportan como hombres, sino como máquinas. En lugar de corazón tienen cronómetros y su cerebro es un engranaje. No son máquinas, pero tampoco hombres. Sus deseos son los de los animales salvajes. Así son los Ciudadanos… Extraño cruzamiento que ha invadido el mundo entero.

Iohann Moritz trató de imaginarse a los Ciudadanos. Pero sin lograrlo. Por espacio de unos instantes pensó en Marcu Goldenberg. Pero Traian volvió a hablar y sus palabras alejaron el recuerdo de Marcu.

—Soy escritor —dijo Traian—. En mi opinión, un escritor es un domador. Mostrando a los seres humanos la Belleza, es decir, la Verdad, se logra amansarlos. Pero yo quiero domar a los Ciudadanos. Comencé a escribir un libro y llegué al capítulo quinto. Pero luego los Ciudadanos me hicieron cautivo y ya no pude escribir más. Y el capítulo quinto se quedó sin comenzar. Pero ahora ya no tengo razón alguna para escribirlo. No volveré a publicar libros. Y en vez del capítulo quinto quiero escribir algo capaz de domar a los Ciudadanos. Si logro hacerlo moriré con el alma en paz. Voy a leerte lo que escribo. No será una novela. Ni una pieza de teatro.

Los Ciudadanos no gustan de la literatura. Para amansarlos, escribo en el único género que admiten. Son *Peticiones*. Los Ciudadanos no tienen tiempo para perderlo con novelas, dramas o piezas. No leen más que Peticiones.

124

Petición n.º 1. —Tema económico: «Materias grasas».

Decidido a remitirles muchas peticiones, comienzo por un asunto económico. Sé que la Civilización técnica está construida sobre bases y fundamentos materialistas. La Economía es el Evangelio de ustedes. No tengo nada que objetar. Personalmente confesaré que soy escritor y que cada escritor es, ante todo, un *testigo*.

La primera cualidad requerida para ser testigo es la imparcialidad. Por lo tanto, mis Peticiones serán testimonio de la Verdad.

El problema que voy a exponer me parece particularmente importante: se trata de las materias grasas.

Supongo que está usted al corriente de la penuria de materias grasas que sufre el Universo actual. Cuando llegué al campo, los prisioneros dormían tendidos en el suelo, uno al lado de otro. Sólo con dificultad hallé un sitio donde tenderme. Acababa de salir de la cárcel y estaba muy cansado. Los terrenos que rodeaban el campo me parecieron muy grandes y no comprendí por qué habían limitado ustedes hasta tal punto la superficie.

Las quince mil personas que se hallan en el campo parecen pegadas unas a otras. De pie, queda aún un poco de sitio. Pero al acostarse, el espacio es tan reducido, que se amontonan unas encima de otras. De mí puedo decir que no me fue posible extender las piernas en toda la noche. Los que se hallaban a mi alrededor ponían sus pies en mi cabeza constantemente. Como esos pies estaban muy calientes y me cubrieron el cuerpo durante casi toda la noche, no tuve frío.

Creo saber ahora por qué limitaron ustedes el espacio: porque los prisioneros pisoteaban la hierba con los pies, y ustedes querían economizar la que crece en los campos. La hierba cuesta cara. Hubiera sido una lástima pisotearla inútilmente. Es mucho mejor que se la coma una vaca, pues la vaca da leche. Los prisioneros, en cambio, no dan nada.

Por otra parte, de haber hecho el recinto más ancho habrían necesitado mayor cantidad de alambre espinoso. El espino artificial es caro y no valía la pena gastar mucho con el solo fin de que los prisioneros tuvieran más espacio y pudieran dormir cómodamente.

Además, en cuanto haga frío y llegue la estación de las lluvias, la mayoría de los prisioneros se morirán. Otros se morirán antes, y los que queden con vida tendrán así el espacio necesario para extender sus pies. Creo que tuvieron en cuenta ustedes tal detalle cuando construyeron el campo. No puedo hacer otra cosa que inclinarme ante el rigor científico de sus previsiones.

Ayer, antes de dormirme, estuve escuchando una conferencia. El conferenciante, que se decía profesor de la Universidad de Berlín, nos habló de las materias grasas. Y respecto a esa conferencia voy a tratar en la presente petición.

El profesor ha contado diariamente las judías contenidas en el rancho que

comemos en el campo.

Ha contado durante treinta días, mañana y tarde, todas las judías contenidas en su plato. Luego ha sumado todo ello, sacando finalmente un promedio. Afirma, en consecuencia, que el prisionero recibe diez judías por día, en ambas comidas. Los ayudantes del profesor han contado también las judías contenidas en su plato, corroborando la exactitud del cálculo.

Luego el profesor ha contado las peladuras de las patatas, calculando la cantidad de harina contenida en el rancho. Debido a la circunstancia de no poder entrar en la cocina, este último cálculo ha sido, naturalmente, aproximado.

Saben ustedes, igual que yo, que los alemanes son muy rígidos en cuestiones matemáticas. Por lo tanto, es de suponer que las judías se contaron con toda exactitud. Los germanos son pacientes y escrupulosos. Después de los treinta días de comedida labor, el profesor ha acabado su estudio, dándonos una conferencia, apreciada por el auditorio en su justo valor. Los alemanes gustan escuchar conferencias, aunque se refieran a los temas más diversos. Es un hábito que data de la Edad Media. Después de describir cómo había logrado contar las judías diariamente, pasando el rancho por un fino tamiz, el profesor ha indicado la cifra exacta de calorías contenidas en cada judía. No recuerdo dicha cifra. Luego ha calculado el número de calorías contenidas en diez judías, añadiendo el número de calorías de las patatas y de la harina, que los prisioneros no perciben jamás en su rancho, pero cuya existencia no sabría poner en duda el profesor. Y ha concluido declarando que cada prisionero del campo recibe por término medio quinientas calorías diarias. Algunas veces recibe, en realidad, bastantes menos. Ha ocurrido que a veces ni siquiera el profesor ha encontrado una sola judía en el rancho. Pero otros, en cambio, han hallado hasta quince y algunas veces dieciocho. El promedio es, por tanto, exacto.

Los prisioneros del campo no duermen todo el día. Sin embargo, el profesor ha establecido sus cálculos como si los prisioneros consumieran despiertos un número igual de calorías al que necesitarían si pasaran todo el día durmiendo. Mil calorías es el mínimo.

Los prisioneros reciben quinientas calorías en judías. Las quinientas que consumen de más tienen que extraerlas de sus propias reservas de grasa, es decir, del capital acumulado en su cuerpo. Y al extraer cada día quinientas calorías de la reserva con que habían llegado al campo, resulta que los prisioneros adelgazan seis libras por mes.

Todo, naturalmente, en promedio. El profesor pesó por sus propias manos a los prisioneros con balanzas y pesos improvisados. Parece, sin embargo, que los instrumentos eran bastante exactos Sumando las seis libras, es decir, los tres kilos de grasa que cada prisionero pierde al transformarlos en calorías, resulta que sólo en este campo de Ohrdruf, puesto bajo la competente dirección de usted, se pierden mensualmente cuarenta y cinco mil kilos de materias grasas. Cada mes, cinco vagones repletos de materias grasa se van del campo. La grasa se desvanece en el

aire. Calcule usted mismo la pérdida que de eso resulta. No soy economista y no sabría sugerirle a usted ninguna solución. Sin embargo, estoy convencido de que, gracias a los medios técnicos de que disponen, podrían ustedes utilizar en su provecho esa grasa viva. ¿Por qué dejar que se pierda?

Tal es el objeto de mi petición.

Estoy seguro de que sabrá usted comprenderme. Pertenece a la rama más evolucionada de la civilización técnica y acaso pueda usted mandar un informe a este respecto a la Academia de Ciencias de su país.

Es un acto de barbarie dejar que se pierdan así cuarenta y cinco mil kilos de grasa mensualmente. Tienen ustedes otros campos. Creo saber que sólo en Alemania existen algunos centenares. Podrían ustedes tener montañas de grasa fresca diariamente.

Después de haber escuchado la conferencia del profesor de Berlín, cada vez que husmeo el aire descubro que huele a grasa humana.

Su campo es una prensa gigante que extrae la grasa de los prisioneros. ¿No percibe usted ese olor de grasa cuando tiene abierta la ventana de su despacho? Hasta nuestras ropas deben estar impregnadas. Tenga usted la amabilidad de preguntarle a su esposa o a aquella al lado de quien duerma cada noche, si su pelo o su piel no huelen a grasa humana cuando se acuesta usted junto a ella. Las mujeres poseen un olfato más fino que el nuestro. Ella se lo dirá, seguramente. En cuanto a mí, el solo pensamiento me produce angustia, náuseas…

Reciba mis saludos y la seguridad de hallar siempre en mí un gran admirador de la Civilización que usted representa. Estoy completamente seguro de que, gracias a los recursos técnicos de que disponen ustedes, podrán utilizar toda esa grasa. (Y no olvido que yo mismo le ofrezco tres kilos por mes de mi propio cuerpo.)

El testigo

125

Petición n.º 2. —Tema estético: «El ideal de la belleza humana en la Sociedad técnica occidental».

El otro día discutí sobre el tema de Estética con un profesor alemán. Y las palabras se fueron encadenando hasta degenerar en una verdadera disputa. Los alemanes, como los demás europeos, siguen aferrados al clasicismo. Esa es la causa de que su sociedad se haya derrumbado. Una sociedad sana y evolutiva como la de ustedes posee su arte moderno.

El profesor alemán me mostró a los prisioneros que se paseaban por la explanada del campo y que sólo tienen —como usted sabe muy bien— la piel y los huesos. El profesor me dijo que eran feos. ¿Por qué? Pues sólo porque no llenaban los cánones de la belleza griega. Yo no compartí su convicción. Para mí, los hombres reducidos a su esqueleto y piel son soberbios y constituyen verdaderas obras de arte vivas.

Traté de convencer al alemán de que la Sociedad de ustedes aprecia lo Bello hasta un punto jamás alcanzado por ninguna sociedad hasta nuestros días, y que si practican la extracción de la grasa de los cuerpos humanos, es con fines puramente estéticos, para embellecer al Universo. No me comprendió. Los alemanes son tardos en comprender. Por ese motivo les dicen que tienen la cabeza cuadrada. Mañana daré una conferencia sobre la belleza humana en el Occidente moderno.

Existe un escultor suizo, Alberto Giacometti, que realiza en el campo de la escultura los mismos principios y el mismo ideal de la belleza masculina y femenina que ustedes realizan en la práctica haciendo desaparecer la grasa y la carne del cuerpo humano. Trabajando en sus estatuas se esfuerza en eliminar la grasa, tanto del cuerpo humano como del espacio.

El cuerpo queda reducido así a una dimensión, adquiriendo las formas alargadas y áridas de un alambre.

Ustedes hacen lo mismo en el campo. Y sé que desde siempre, su civilización se ha basado en principios estéticos.

Y cuando mañana, toda la superficie del globo esté poblada de hombres con cuerpos armónicos, de acuerdo con los nuevos cánones estéticos del arte de Giacometti —y de ustedes—, el Universo resplandecerá de belleza.

El testigo

126

—Mi querido Moritz —dijo Traian Koruga—. Hasta ahora llevo escritas por lo menos cuarenta peticiones, en las que he querido poner al descubierto la verdad y convencer a los hombres para que no se torturen mutuamente. He puesto unas señas en cada petición, pero en vano. He utilizado el estilo jurídico, el estilo diplomático, el estilo telegráfico, el estilo de receta culinaria y el estilo publicitario. Me he mostrado sentimental, vulgar, suplicante y he pedido justicia por todos los medios que la desesperación ponía a mi disposición, pero sin recibir respuesta.

»Les he dicho las verdades más descarnadas, pero no se han enfadado. Me he arrodillado para escribirles, pero no se han apiadado. Les he insultado groseramente, pero no se han sentido ofendidos. He querido hacerles reír o excitar su curiosidad pero inútilmente. No he logrado despertar en ellos grandes sentimientos ni apetitos vulgares. No he podido provocar la menor reacción y mejor habría hecho hablándoles a las piedras. No tienen sentimientos. No saben odiar ni vengarse. La piedad es algo extraño en ellos; trabajan automáticamente e ignoran todo lo que no está escrito en el programa. Podría arrancarme un jirón de la piel y escribir en él una petición con mi sangre todavía caliente y estoy seguro de que ni siquiera la leerían. La arrojarían a la papelera, como han hecho con las demás. Ni siquiera verían que era un jirón de mi piel, escrito con mi sangre, con mi sangre todavía caliente. El hombre les es completamente indiferente. Es la suya la indiferencia del Ciudadano ante el hombre, la indiferencia que ha terminado por sobrepasar la de las máquinas.

—¡Pobre señor Traian! —dijo Iohann Moritz compasivo—. ¿Que intenciones tiene usted? Mi opinión es que sería mucho mejor que no siguiera escribiendo.

—Seguiré —dijo Traian—. Sólo la muerte podrá interrumpirme. Los hombres han logrado domar a todos los animales salvajes. ¿Por qué no vamos a domar nosotros a los Ciudadanos?

—Quizá haya de hacerlo de otra manera —dijo Iohann Moritz—. Escribiendo no alcanzará usted ningún resultado práctico.

—Todas las victorias del hombre, desde su aparición en la superficie del globo hasta hoy, han sido victorias del Espíritu. Y gracias al Espíritu, terminaremos por domar a los Ciudadanos, encastillados ahora en sus despachos. Si no llegamos a domarlos, nos harán pedazos.

»Tenemos que habituarles a no desmontar el hombre en piezas apenas lo encuentran. En tanto no les hayamos enseñado eso, no podremos habitar la misma tierra, las mismas ciudades, las mismas casas que ellos. Será mucho más difícil que encantar serpientes o domar leones. Sin embargo, jamás me he sentido tan optimista como hoy. Es sin duda el optimismo del hombre ante la muerte. El espasmo de mi agonía será el capítulo de *peticiones* de la hora veinticinco. ¡Pero lo escribiré!»

127

Petición n.º 3. —Tema económico: «Prisioneros que no poseen más que la mitad o el tercio de su cuerpo».

Durante cuatro días, uno de mis amigos, ayudado por mí, ha logrado empadronar a los prisioneros de este campo que no poseen más que la mitad, el tercio o un quinto de su cuerpo.

Mi amigo no ha hecho aún el recuento de sus estadísticas. Es un maniático del cálculo. Pero yo me apresuro a escribirle a usted, ya que el problema me parece urgente desde el punto de vista económico. Así podrán ustedes economizar diariamente algunos millones de marcos por lo menos.

Veamos de qué se trata: Entre los quince mil prisioneros encerrados conmigo, tres mil por lo menos no poseen su cuerpo íntegro. Doscientos carecen de piernas. Se arrastran como reptiles a través del campo. Mil doscientos, no tienen más que una sola pierna, y otros, un solo brazo. Algunos son completamente mancos. Eso en lo que concierne a los miembros exteriores.

Pero gran número han perdido también ciertos órganos interiores: un pulmón, un riñón, fragmentos de huesos, etc… Cuarenta prisioneros no tienen ojos.

Todos estos individuos fueron detenidos automáticamente al mismo tiempo que yo. Al principio los compadecí. Mi amigo Iohann Moritz cierra los ojos cada vez que pasa ante los mutilados del campo, pero Iohann Moritz es un primitivo. No comprende que la detención es automática y que desde el momento en que se forma parte de una categoría que debe hallarse encerrada, no puede eludirse la suerte por el simple motivo de carecerse de piernas, de ojos, de nariz o de pulmones. La detención automática no prevé excepciones para aquellos que tienen un cuerpo en estado de no funcionamiento, y es justo que así sea. La justicia es para todos sin excepción.

Hay en este campo un profesor que carece de brazos por haberlos perdido en la guerra. Cuando ustedes dieron orden de detener a todos los profesores, no hubiera sido justo ahorrarle la detención a mi amigo por el hecho simple de carecer de brazos. ¿Qué hay de común entre la detención y entre los brazos? Nada. Si era profesor, tenía que ser detenido al mismo tiempo que todos los de la categoría a la que pertenecía. Es lo que ustedes hicieron. Ustedes no se equivocan, y por eso les admiro tanto. Sería capaz de dar en cualquier momento mi vida, si con ella salvaba esa grande y magnífica Civilización que representan. Son ustedes la Justicia y la Precisión encarnadas.

Pero volvamos a nuestro tema: esas fracciones de hombres a quienes faltan pedazos enteros de carne reciben la misma cantidad de alimentos que los prisioneros en perfecta posesión de su cuerpo. Es una gran injusticia.

Mi propuesta es que tales prisioneros reciban raciones alimenticias proporcionales a la cantidad de cuerpo que aún poseen. El Gobierno de ustedes hace grandes sacrificios para asegurar las raciones de los prisioneros, pero por prisionero debe

entenderse un hombre íntegro. Si juntan ustedes los tres mil mutilados y cuentan sus manos, sus pies, sus ojos y sus pulmones, verán ustedes que en realidad no necesitan alimentar más que dos mil prisioneros como máximo.

Podrán ustedes economizar, por lo tanto, más de mil raciones por día.

¿Por qué gastar dinero en alimentar órganos que los prisioneros no poseen? Semejante generosidad me parece perfectamente desplazada.

Creo que las Autoridades superiores se sentirán satisfechas si les señala el caso. Es posible que llegue a ganarse usted una condecoración. Logrará que el Estado economice una gran cantidad de dinero, y todos sabemos que el dinero es lo único importante. Tal convicción es la que me ha impulsado a dirigirme a usted.

El testigo

128

Petición n.º 4. —Tema militar: «Cambio de sexo».

El hambre ha operado ciertas transformaciones en los prisioneros del campo. Transformaciones que pueden ser para ustedes de un gran interés militar. He aquí, en pocas palabras, de lo que se trata: los prisioneros detenidos desde hace tiempo y que han estado viviendo con quinientas calorías diarias, no necesitan ya afeitarse. Hombres que en tiempo normal se afeitaban una o dos veces por día, desde que están en el campo han comenzado a no hacerlo más que una vez cada dos días primero, luego una vez por semana, después dos veces por mes, para terminar dejando de afeitarse. Su barba se ha ido haciendo de día en día más escasa, hasta parecerse sólo a un vello, que luego ha terminado por desaparecer. Sus rostros se han ido dulcificando hasta convertirse en caras de mujer. Pero eso no ha sido todo. Su voz se ha afeminado también, desarrollándose sus senos hasta alcanzar, en ciertos prisioneros, el tamaño de los de una muchacha de trece años. Su piel se ha vuelto suave y sedosa como la de las mujeres y sus propios gestos se han convertido en ademanes femeninos. No sé en realidad lo ocurrido en sus órganos sexuales, pero creo que este régimen alimenticio terminará por transformarlos completamente en mujeres. Los médicos pretenden que es a causa del hambre y «que la privación de alimentos tiene por efecto reducir considerablemente, hasta casi detenerlas, las secreciones hormonales de doble función: andrógenas (hormonas masculinas) y estrógenas (hormonas femeninas)».

Además, el hígado debilitado no puede ejercer ya su función de regulador hormonal. Llega a destruir excesivas hormonas andrógenas, pero sigue dejando pasar las hormonas estrógenas.

El equilibrio hormonal se rompe y el organismo acaba por revelar y acusar su «aspecto femenino»[6].

Esta comprobación puede tener para la civilización de ustedes una gran importancia militar. Piense con calma quién llenaría el universo si metieran ustedes a todos sus enemigos bárbaros en campos de concentración —como ya han comenzado a hacer— y les dieran solamente algunos centenares de calorías diarias hasta que todos se convirtieran en mujeres. La nación que se hubiera atrevido a ser enemiga de la suya, se quedaría sin varones. Nadie podría declararles a ustedes la guerra. Creo que su gran Estado Mayor debería utilizar ese descubrimiento. Y teniendo en cuenta el espíritu práctico y particularmente inventivo de la Civilización de ustedes, creo que deberían efectuar también la operación inversa: la sobrealimentación de las mujeres de su patria que quieran inscribirse como voluntarias y su transformación en varones. Así les sería dado acrecentar la mano de obra.

Propongo, por lo tanto, que las raciones de quinientas calorías que se dan a los prisioneros del campo de su digna dirección sean disminuidas. Así se transformarán con mayor rapidez en verdaderas mujeres.

El testigo.

Preparativos de partida. Los quince mil prisioneros iban a ser trasladados a otro campo. Eran las dos de la mañana. Tanques y camiones se habían aglomerado alrededor del campo y todos los faros, comprendidos los de los tanques, iluminaban la noche. Los cañones de todas las armas automáticas apuntaban a la masa de prisioneros que se deslizaban lentamente como un río, por la puerta. Traian Koruga y Iohann Moritz iban juntos. Este último no podía contener el castañeteo de sus dientes.

En la puerta, dos equipos de soldados, armados de largos bastones, contaban los prisioneros que iban saliendo, distribuyéndolos luego en grupos.

—Quieren meternos a sesenta en un camión que normalmente no puede contener más de diez o doce hombres —exclamó Traian—. ¿Cómo lo conseguirán? ¿Has oído hablar alguna vez de la ley de imposibilidad de interpenetración de los cuerpos físicos?

Moritz no respondió. Estaba temblando. Traian contempló atentamente cómo los soldados cargaban el primer camión. Primeramente hicieron entrar veinte hombres. Cualquier observador hubiera dicho que ya no quedaba sitio para nadie, pero los soldado comenzaron a golpear a los que se hallaban en el camión, hasta conseguir que se apretaran unos contra otros. Entonces hicieron subir diez hombres más. Los palos volvieron a funcionar. Los recién subidos se apretaron contra los que se hallaban ya, dejando un breve espacio vacío. Los soldados obligaron a subir a diez hombres más. Cualquiera hubiera podido jurar entonces que no quedaba sitio ni para un niño. Los soldados cogieron sus armas por el cañón y comenzaron a repartir culatazos, y diez hombres más pudieron encaramarse al camión. De todo el grupo de sesenta, ni uno solo se había quedado en tierra. Cesaron los golpes y la operación volvió a repetirse con el vehículo inmediato.

Traian Koruga se encaramó en éste, cogiendo a Iohann Moritz de la mano. Era el único compañero con quien podía hablar libremente y no quería perderlo.

—No hay leyes absolutas, querido Moritz —dijo—. La propia física no tiene leyes invariables. Pretende que dos cuerpos no pueden ocupar en el mismo momento el mismo sitio en el espacio, y en el presente caso, siete hombres ocupan el sitio de uno solo. ¿Podemos seguir fiándonos de la física? ¿Has oído alguna vez hablar de Picasso?

—No, señor Traian.

La voz de Iohann Moritz sonó desvaída.

Traian era alto y podía respirar. Iohann Moritz, en cambio, tenía la cabeza aplastada contra el pecho de los demás y sus pulmones comprimidos no podían aspirar el menor soplo de aire.

—¡Me ahogo! —exclamó. No podía moverse. Las aletas de su nariz se dilataban inútilmente, tratando de hallar un poco de aire—. Me ahogo, señor Traian. Me siento morir —gritó.

—Respóndeme, ¿has oído hablar alguna vez de Picasso?

—No, no he oído hablar —dijo Moritz—. No sé nada. ¡Me estoy ahogando!…

Traian quiso levantar la cabeza de Moritz, pero no le fue posible mover siquiera el brazo. Su cuerpo estaba aplastado, comprimido, reducido al mínimo volumen. Sólo su cabeza emergía sobre las demás.

—Picasso es el mayor pintor de la Sociedad Occidental —aclaró.

—No oigo nada —dijo Moritz—. Quisiera poder sacar por lo menos la nariz. Le suplico, señor Traian, que me ayude. ¡Me siento morir!

Traian trató de hacerle un poco de sitio, y luego prosiguió:

—Picasso ha pintado tu retrato, tal como te hallas ahora en el camión, querido Moritz.

—¿Mi retrato? —preguntó Moritz—. No entiendo nada. Tengo los oídos tapados.

—Tu retrato —afirmó Traian—. Parecido y exacto como una fotografía. Mira nuestro camión: siete hombres ocupan en el mismo momento igual lugar en el espacio. Uno tiene cinco piernas, el otro, tres cabezas, pero está privado de pulmones. Tú tienes voz, pero no boca, y yo no tengo más que la cabeza y estoy privado de cuerpo. Una cabeza que se alza en el espacio sobre un camión… Cuando contemplé por vez primera ese cuadro, en París, me gustó mucho, pero no comprendí lo que quería representar. Ahora, en cambio, me doy perfecta cuenta: era el cuadro de nuestro camión pintado con exactitud, sin que se escapara ningún detalle. Picasso ha pintado también nuestro campo. Pinta como si fotografiara. Sólo cosas reales. Es un pintor genial…

El camión arrancó. Traian echó una ojeada a los hombres que le rodeaban. No parecían seres humanos. No había un solo ser humano en aquel vehículo que atravesaba las callejas de la ciudad sumidas en la obscuridad. Sin embargo, aquellos hombres no estaban muertos. Oscilaban entre la vida y la muerte. Por espacio de un momento parecían vivos y en el segundo siguiente habían entrado ya en la muerte. Y en algunos momentos, estaban muertos y vivos al mismo tiempo. No ocupaban espacio. El espacio estaba eliminado, muerto…

No eran más que espasmos. Espasmos los ojos, la carne, la sangre, el aire el tiempo, el pensamiento: todo era espasmo. Los hombres no tenían formas ni espíritu: no eran más que espasmos.

—¿Puedes respirar aún? —preguntó Traian.

—No lo sé, pero me parece que sí. Sólo de vez en cuando —respondió Iohann Moritz—. Apoyando la nariz en el pecho de usted, a través de sus costillas…

—Ya es bastante —añadió Traian—. Escúchame; tengo que comunicarte una cosa de capital importancia…

—No puedo escuchar nada. Le ruego que me disculpe —dijo Moritz.

—Haz un esfuerzo —añadió Traian—. Es muy importante:

Todo horror puede definirse.
Toda pena conoce algún fin:

En la vida, no hay tiempo que consagrar a grandes pesares,
pero eso está fuera de la vida, fuera del tiempo,
es una perdurable eternidad de mal y de injusticia.
Estamos mancillados por una mancha que no podemos lavar,
unida a la miseria sobrenatural.
No sólo nosotros, no sólo la casa, no sólo
la ciudad, han recibido la mancha,
el mundo entero es el que está manchado.

—¡Hable más fuerte! No oigo absolutamente nada —gritó Moritz.

Traian prosiguió, con todas las fuerzas de sus pulmones, diciendo:

¡Purificad el aire! ¡Limpiad el cielo! ¡Lavad el viento!
¡Quitad la piedra de la piedra, despojad al brazo de su piel,
arrancad el músculo del hueso y lavadlo!
¡Lavad la piedra, lavad el hueso y lavad la mente,
lavad el alma!
¡Lavadlos! ¡Lavadlos![7]

—¡No oigo nada! —volvió a repetir Iohann Moritz—. ¡Qué feliz es usted, señor Traian, al poder respirar! ¡Usted no se ahoga!

En el campo, los hombres pequeños sufrían menos los tormentos del hambre que los altos, pero en aquel camión, conteniendo sesenta personas, en aquel camión que recorría como un fantasma las calles del pueblo de Ohrdruf, los prisioneros de estatura pequeña estaban a punto de morir, faltos por completo de aire.

—Señor Traian, no le entiendo —dijo Iohann Moritz.

—Si no entiendes, pagarás con tu vida…

—¿Entender el qué?

—El profesor alemán se equivocó —añadió Traian—. Pecó gravemente y penará su culpa.

—¿Qué alemán pecó gravemente?

—El profesor que pesó nuestra grasa y nuestra carne —aclaró Traían—. Pesó en caliente nuestra vida para medir nuestros sufrimientos, pero el sufrimiento del hombre no puede medirse, ni en kilos, ni en toneladas… La vida no puede pesarse, y quien intenta hacerlo, comete un pecado mortal…

—¡No oigo nada! —gritó Iohann Moritz.

—No importa —respondió Traian—. Nos *desplomaremos*, incluso sin oír nada. El conductor de nuestro camión, los centinelas, los soldados armados con bastones y los armados de «metralletas» que aguardan impacientes el momento de matarnos, tampoco oyen nada. Ni siquiera oye uno mismo; y sin embargo, también ellos se derrumbarán al mismo tiempo que nosotros, de la misma manera y en nuestra compañía. ¿Les ves ya desplomarse?

—Tengo los ojos tapados —dijo Moritz—. No veo nada.

—¿No sientes tampoco nada?

—Nada —respondió Moritz—. Sólo siento que me ahogo.

—Por lo menos sientes lo esencial —dijo Traian tristemente—. ¿Por qué

pretendes no sentir nada? Todo el mundo siente lo mismo que tú, pero nadie quiere confesarlo…

Los prisioneros fueron embarcados en vagones de ganado. Cada vagón, capaz para veinticuatro caballos, recibió la carga de ciento cuarenta hombres. En los últimos se encerró a más de tres mil mujeres.

El tren era muy largo. Traian se confesó a sí mismo que le habría gustado verlo pasar desde lejos.

—Nuestro tren se parece al cortejo que ascendía la colina del Gólgota, pero el nuestro es un cortejo motorizado. Ascendemos el Gólgota con medios técnicos. Jesús lo subió a pie, entre dos bandidos verdaderos. ¿Sabes por qué crucificaron a Jesús entre dos bandidos?

—No; no lo sé —respondió Moritz.

—Para castigar a un inocente, los jueces tienen por costumbre rodearlo de dos culpables. El truco es clásico. Los judíos no se atrevieron a crucificar a Jesús solo y le pusieron al lado dos bandidos de fama bien conocida. Su solo fin era distraer la atención de la multitud durante las ejecuciones. Tú, yo, mi mujer y tantos otros tenemos cada cual a nuestra izquierda y a nuestra derecha un culpable. La misma estrategia del Gólgota. Sólo han cambiado las proporciones: entonces un solo inocente estaba flanqueado por dos culpables. Hoy, en cambio, son diez mil los flanqueados por dos culpables tan sólo. ¿Pero qué importa esta pequeña diferencia? El sistema sigue siendo igual. Y por si fuera poco, ascendemos a la cruz de una manera automática, con medios técnicos; pero la estratagema es pueril, pues la experiencia nos dice que en cuanto terminó la ejecución del Gólgota, la multitud no habló de los culpables crucificados al mismo tiempo que de Jesús. Sólo recordó a Jesús, sólo a Él. Y es lo que ocurrirá también hoy. A pesar de que la crucifixión se efectúe automáticamente, a pesar de que ascendamos a nuestro Gólgota en locomotora…

Traian Koruga se acercó a la ventana de un vagón. Estaba cerrada con barrotes. El tren parecía haberse detenido.

—¿Ve usted algo? —preguntó Iohann Moritz.

Su estatura no le permitía alcanzar la ventana.

—El tren se ha detenido en una estación —dijo Traian—. Hay otro al lado del nuestro.

—¿Son prisioneros también? —preguntó Iohann Moritz, que tenía el vicio de ser bastante curioso.

—Un tren de ex prisioneros. Son los esclavos extranjeros de la Alemania de ayer, liberados por los vencedores de hoy —dijo Traian contemplando la multitud de hombres y mujeres que se agitaban alrededor del tren inmediato.

—Todos fuman cigarrillos —dijo Traian.

Iohann Moritz tragó saliva.

—Una mujer desciende del vagón. Come salchichón y pan blanco —añadió el

intelectual.

Y tragó también saliva.

—Quisiera verlos también —dijo Moritz—. Es posible que conozca a alguno. ¿De qué nacionalidad son?

—De todas las nacionalidades —respondió Traian fijándose en las banderas pintadas en los vagones y las banderitas de los ojales—. La mujer que come pan con mantequilla y salchichón y cuyas pantorrillas son tan blancas como el pan que muerde, es danesa. Tras ella hay una francesa. Es muy hermosa y tiene los ojos negros.

—¿Hay otros franceses? —preguntó Moritz.

—Un nutrido grupo al lado de nuestro vagón —contestó Traian—. Hay también belgas e italianos.

—¡Quiero ver a los franceses! —exclamó Iohann Moritz con impaciencia.

Se había despertado en él su antigua simpatía por los franceses. Fue tanta su insistencia, que Traian lo levantó.

—¡Son franceses! —exclamó alegremente—. Ese que está ahí al lado del italiano se parece como una gota de agua a otra a mi amigo Joseph. ¿Le ve usted?

—¿Qué Joseph?

—Mi amigo Joseph —dijo Iohann Moritz—. ¿Nunca le he hablado de él? Es aquel a quien ayudé a evadirse. Si no estuviera seguro de que Joseph se hallaba en Francia ahora, creería que era él. ¡Se parece tanto! ¿Por qué no le dice algo?

—¿Qué quieres que le diga? —preguntó Traian.

—¡Cualquier cosa! —respondió Moritz—. ¡Se parece tanto a Joseph…! No sé hablar francés, pero quisiera decirle algo. Dígale que tenga buen viaje, buena vuelta a Francia…

Iohann Moritz no podía cruzarse con un francés sin decirle algo o al menos sonreírle amistosamente.

—¡Está aquí mismo, al lado de nosotros…! —dijo Moritz—. Dígale algo, ¡por favor!

Pero al ver que Traian Koruga no despegaba los labios, Iohann Moritz no pudo contenerse y gritó en alemán:

—¡Buen viaje!

Su rostro resplandeció de alegría por haberse podido dirigir a alguien que era francés y hacia quien sentía, por lo tanto, gran afecto.

En el grupo, todos cesaron bruscamente sus conversación y elevaron las miradas hacia la ventana donde se hallaba Iohann Moritz.

Traian oyó cómo el hombre que se parecía a Joseph preguntaba en francés:

—¿Qué quiere ese cochino nazi?

Los hombres y las mujeres que se hallaban en el andén volvieron la mirada hacia Iohann Moritz, que sonreía amistosamente tras barrotes.

—¡El cochino nazi quiere seguramente un cigarrillo!

El muchacho parecido a Joseph se metió la mano en el bolsillo pero su gesto se interrumpió bruscamente. A su lado, alguien se agachó, cogió una piedra y la tiró a la ventana donde Iohann Moritz seguía sonriendo. La piedra pasó a través de los barrotes y cayó en medio del vagón, acertando a dos prisioneros.

—¡Ahí está tu cigarrillo! Hace tres años que estoy en Alemania por culpa tuya…

La segunda piedra fue a estrellarse contra la pared del vagón. Luego la tercera. Y la cuarta. Una lluvia de piedras se desencadenó. Los prisioneros se tendieron en el suelo, alejándose todo lo que les fue posible de la ventana. Las piedras caían como granizo y los juramentos y los gritos se sucedían como si la multitud fuera a tomar por asalto el vagón.

Eran voces de mujeres, de hombres, de niños. Gritaban en francés, en italiano, en ruso, en danés, en flamenco, en noruego. Todos aquellos juramentos expresaban el mismo odio desencadenado, y la palabra que acompañaba a la lluvia de piedras era la misma en todas las lenguas: cochino nazi, criminal nazi, nazi asesino, nazi, nazi, nazi…

Toda la gente que llenaba el tren de «personas desplazadas» había descendido, juntándose a los demás para apedrear el convoy de prisioneros.

Los centinelas y la policía militar trataron de restablecer el orden, pero el ataque era demasiado violento y fue ganando proporciones, agravándose cada vez más. La policía comenzó a disparar al aire, y un aullido de rebeldía surgió unánime de todos aquellos pechos de esclavos liberados contra la policía que protegía a los nazis del linchamiento.

Iohann Moritz permaneció en la ventana a pesar de la lluvia de piedras. No se movió ni dejó de sonreír hasta en los momentos más violentos del ataque. En realidad, no comprendía muy bien todo lo que estaba ocurriendo. Y aunque lo hubiera comprendido, no habría creído jamás que el francés que se parecía a Joseph pudiera arrojarle piedras con ánimo de abrirle la cabeza.

Mientras contemplaba, con los ojos dilatados, cómo la multitud le apedreaba, los prisioneros del vagón le cogieron por las piernas y lo arrancaron de la ventana. Todos querían pegarle al mismo tiempo. Todas las manos le buscaban, se agarraban a él para rasgarle la carne, con ánimo de hacerle pedazos.

Se vio pisoteado por centenares de pies que le golpearon con odio, con desesperación, con bestialidad, mientras las piedras continuaban cayendo sobre ellos.

Los prisioneros, que no le perdonaban haber desencadenado el odio y el ataque de los esclavos liberados que se hallaban en el andén, querían vengarse de él…

Y Moritz dejó de estar rodeado de seres humanos. La masa de hombres se había convertido en una bestia del apocalipsis que aplastaba su cuerpo y laceraba su carne tibia.

Afuera, la misma masa, la misma bestia del apocalipsis le arrojaba piedras.

Comenzó a sangrar por la nariz y por la boca. Tuvo la certeza de que iba a morir. La idea terminó por hacérsele familiar y hasta le pareció que no sentía ya las botas

que le aplastaban y los puños que le golpeaban. Pensó en el padre Koruga, en la iglesia de Fantana y en el icono de la virgen. Una paz reconfortante llenó entonces su cuerpo y su alma. Oyó los golpes de los que trataban de forzar puertas las del vagón, sabiendo que todos aquellos golpes iban destinados a él, a él solo.

Todo el mundo quería aplastarle. Todos deseaban la muerte de Iohann Moritz. En aquel instante comprendió la terrible verdad, y presintió que el mundo dejaría de existir y que no habría más *progreso* en este mundo en tanto él siguiera viviendo.

¿Quién era responsable de todo el mal que ocurría sobre la superficie de la Tierra? Él, Iohann Moritz, era el único culpable, y por eso todas aquellas gentes querían matarle. Por eso le golpeaban los prisioneros y le lapidaban los ex prisioneros. Por eso le habían detenido los soldados. La multitud no se calmaría en tanto siguiera él viviendo. La policía militar no podría apaciguar a los «D. Ps.»[8] antes de que él muriera. Los prisioneros del vagón no se serenarían hasta verle caído, muerto. Y los soldados provistos de «metralletas» y encaramados en sus tanques no podrían volver a sus casas, al otro lado del océano, antes que él, Iohann Moritz, fuera despedazado, hollado, escarnecido.

Tenía que morir. Era el Hombre. Nada ni nadie podía perdonarle. «¿De qué soy culpable, Dios mío?», se preguntó. Y luego pensó: «Amo a los franceses y quería decirles una palabra de amistad. Por eso ellos quieren matarme. Pero también Jesús murió porque amaba a los hombres.»

Recordó las palabras de Traian Koruga: «Ascendemos al Gólgota en locomotora. Estamos subiendo un Gólgota mecanizado y motorizado».

Tuvo la sensación de hallarse crucificado y sintió que la noche le envolvía. Una obscuridad densa, densa, densa…

131

Se despertó al atardecer, con el pecho y la cabeza vendados. Aún medio inconsciente, Moritz percibió en su mejilla el contacto directo de otra piel. Era el hombro desnudo de Traian que no llevaba camisa. Hubiera querido preguntar a Traian por qué se había quitado la camisa, pero no tuvo fuerzas.

—¡Tengo sed! —fue lo único que acertó a decir.

Traian Koruga aparentó no haber oído nada.

—¡Tengo sed! —repitió Moritz.

Hacía varias horas que se había desvanecido en brazos de Traian.

Éste, después de vendarlo con jirones de su camisa, halló un rincón donde tenderle y permaneció a su lado, apoyando la mano en su pecho para escuchar los débiles latidos del corazón. En ciertos momentos, la mano de Traian se apartaba y posaba su oído sobre el vendaje. El corazón de Moritz latía tan débilmente que no era posible percibirlo con la mano, e incluso auscultándole no lograba Traian oírlo.

Pero por fin, Moritz pareció recuperarse y articular algunas palabras. Traian Koruga se sintió tan dichoso como si fuera él mismo quien acabara de volver en sí.

Pero Iohann Moritz pidió de beber. Tenía sed, como Jesús en la cruz. Y en el vagón no había una sola gota de agua.

Hacía veinte horas que los prisioneros se hallaban encerrados, sin nada que llevarse a la boca, ya fuera de comer o de beber. Tampoco tenían permiso para salir a hacer sus necesidades.

El interior del vagón apestaba y la atmósfera era espesa y acre. El suelo estaba empapado de orina. Moritz, tendido en aquellas tablas malolientes, se había orinado también sin darse cuenta.

—¡Tengo sed! —articuló penosamente.

—Lo siento, pero no hay agua. No hay nada para beber —respondió Traian.

Echó una mirada a su alrededor, preguntándose con qué podría Moritz humedecerse los labios. No había nada que beber. Recordó haber leído en cualquier parte que los soldados de Gengis Khan, cuando atravesaban las estepas sin hallar nada que comer ni beber, descendían de sus sillas y abrían con sus cuchillos una vena del caballo —en el casco— y chupaban sangre. Luego vendaban la herida y seguían adelante. Y durante días y semanas enteras no comían ni bebían otra cosa que aquellas gotas de sangre caliente.

Se sintió obsesionado por aquella imagen. Hubiera deseado poder ofrecerle a Iohann Moritz algunas gotas de sangre para mitigar su sed. Acaso la sangre obrara en él un influjo bienhechor.

—¡Tengo sed! —repitió otra vez el herido con voz implorante.

—No hay nada para beber, querido Moritz —dijo Traian—. El único líquido que puedo hallar y ofrecerte con placer es mi propia sangre, pero tú no debes beber sangre. El hombre que bebe sangre es un vampiro. Acaso tenga figura de hombre,

pero en realidad no lo es. Es una máquina, es el diablo, es lo que quieras… Tendrá todo de un hombre, menos el alma.

—¡Tengo sed! —murmuró Moritz.

—Lo creo —dijo Traian—; pero a pesar de todo, no debes beber sangre. Y no tengo otra cosa que ofrecerte. Eres el único hombre entre los que me rodean que no ha bebido aún sangre humana. ¿Me oyes? Todos los demás lo han hecho y son ahora vampiros, no hombres. Entre todos esos prisioneros, entre todos esos centinelas, entre todos esos ex prisioneros que te han apedreado, no hay ningún hombre. Sólo tú sigues siéndolo, precisamente porque amas a tus semejantes.

—¡Tengo sed!

—Lo creo. Tienes sed y acaso mueras si no puedes beber. Pero es preferible morir a vivir como ellos. No debes beber sangre humana. ¿Entiendes lo que te digo?

—¡Tengo sed! —murmuró una vez más Iohann Moritz.

132

Petición de Iohann Moritz

«Yo, el firmante Iohann Moritz, del pueblo de Fantana, Rumania, envío esta petición a los dirigentes del país en que me hallo para preguntarles por qué sigo prisionero y me torturan como sólo Cristo fue torturado en la Cruz.

Si no les he hecho antes esta pregunta —como hubiera debido hacerlo— es porque soy de un natural paciente. Soy labrador. Y los campesinos sabemos siempre esperar.

Pero he estado esperando toda una primavera. He estado esperando todo un verano y un largo invierno…

Ahora ha florecido otra primavera. No me quedan más que la piel y los huesos. Mi alma está obscurecida por el pesar y el dolor. Está negra como el carbón o la tinta…

No puedo esperar más. Y por eso pregunto ¿por qué sigo prisionero?

No he robado, no he matado, no he engañado a nadie y no he hecho otra cosa que defender la ley y la Iglesia…

No soy criminal, ni ladrón, ni malhechor… ¿Por qué me siguen teniendo ustedes encerrado?

Me han torturado refinadamente hasta convertirme en una sombra de lo que fui. He estado encerrado en catorce campos. Creo que ha llegado el momento de preguntarles lo que tienen que reprocharme.

Para mí, decidirme es siempre lo más difícil. Pero ahora estoy decidido.

Envío esta petición por correo a los dirigentes de este país. La remito también por el centinela que guarda la puerta de la cárcel. Estoy seguro de que llegará a los gobernantes, aunque para ello tuviera que dar la vuelta al mundo. Los dirigentes tienen que escuchar mi requisitoria, aunque se tapen los oídos.

Pegaré mi petición a todas las puertas de la cárcel, envolveré con ella una piedra para echarla a la calle…

Cazaré los pajarillos que vuelan por encima del campo y ataré mi petición a sus patas para que la lleven a través de toda la tierra.

A partir de este instante no dejaré de gritar hasta que me hayan hecho justicia. Es posible que me encierren ustedes en el más profundo subterráneo para que mis gritos no se oigan. Pero esté donde esté no dejaré de gritar un solo instante. Si no tengo papel y lápiz, escribiré con las uñas en las paredes de la celda. Y cuando se desgasten y los dedos queden en carne viva, aguardaré a que curen para escribir otra vez.

Si me fusilan para hacerme callar, mi alma no irá al infierno, ni al Paraíso, ni al Purgatorio. Se quedará flotando sobre la Tierra y persiguiendo sin cesar a los que me han atormentado.

Mi presencia acabará por obsesionarles. Perturbará cien veces su sueño por la

noche y también el sueño de sus amantes, para gritarles que tengo razón.

No podrán ustedes cerrar los ojos. Y hasta el fin de sus días no podrán escuchar ustedes música o palabras de amor —no podrán escuchar nada—, pues en sus oídos resonarán constantemente mis palabras, las palabras de Iohann Moritz.

Soy un hombre que no ha hecho daño a nadie. No tienen ustedes derecho a tenerme encerrado y torturarme. Mi vida me pertenece, y sean ustedes quienes quieran, tengan tantos tanques, aviones, dinero y campos de concentración como deseen, no tienen derecho a tocar mi vida, a inmiscuirse en ella, a arrancármela.

En toda mi vida no he deseado más que unas cuantas cosas: poder trabajar, tener donde cobijarme con mi mujer y mis hijos y llevarme algo a la boca.

¿Me han detenido ustedes por eso?

Los rumanos mandaron un gendarme a requisarme, como se requisan las cosas o los animales. Y yo dejé que me requisaran. Tenía las manos vacías y no podía luchar contra el rey, ni siquiera contra el gendarme que llevaba fusil y pistolas. Pretendieron que me llamaba Iacob y no Ion, como me había bautizado mi madre. Me encerraron con una multitud de judíos, en un campo rodeado de alambre espinoso —como ganado— y me obligaron a hacer trabajos forzados. Comíamos en rebaño, como el ganado, bebíamos té en rebaño y acaso pretendían llevarme un día al matadero en rebaño también. Los otros fueron, sin duda. Pero yo me escapé.

¿Me detuvieron ustedes a causa de eso? ¿Me detuvieron porque me evadí antes de ser conducido al matadero?

Los húngaros pretendieron que no me llamaba Iacob, sino Ion, y me detuvieron porque era rumano. Me torturaron de una manera inhumana y luego me vendieron a los alemanes. Estos pretendieron que no me llamaba Ion, ni Iacob, sino Ianos, y me torturaron de nuevo porque era húngaro. Luego, un coronel me dijo que no me llamaba Iacob, ni Yankel, sino Iohann, y me obligó a ser soldado. Primero midió mi cabeza, contó mis dientes y metió mi sangre en tubitos de cristal. Todo para demostrar que tenía otro nombre que aquel con el que me había bautizado mi madre. ¿Me detuvieron ustedes por tal causa?

Siendo ya soldado, ayudé a unos prisioneros franceses a que se escaparan de la cárcel.

¿Por eso me detuvieron ustedes?

Cuando la guerra terminó y creí que yo también tendría derecho a la paz, llegaron los americanos y me trataron a cuerpo de rey, dándome chocolate y alimentos.

Luego, sin decir una sola palabra, me metieron en la cárcel. Y como colofón, me han enviado a catorce campos, como si fuera uno de los peores bandidos sobre la tierra.

Pero ahora quiero saber la causa: ¿por qué?

¿Es que no les gusta a ustedes mi nombre: Ianos o Ion, Iacob o Yankel? ¿Es que quieren ustedes cambiármelo también? Ahora sé que los hombres no tienen derecho a llevar el nombre que recibieron cuando los bautizaron. Pero quiero prevenirles: ya no

puedo esperar un instante más. Quiero saber la razón por la que me han detenido y torturado.

Aguardando su respuesta, les saludo con respeto.

Ion-Iohann-Iacob-Yankel-Ianos Moritz.»

—¿Por qué lloras, Moritz? —preguntó Traian Koruga después de haber leído la petición.

—No lloro.

—Veo lágrimas en tus ojos. ¿Por qué lloras?

—Ni yo mismo lo sé.

—¿Tienes miedo de enviar esta petición? —preguntó Traian Koruga—. ¿No es cierto todo lo que he escrito?

—No tengo miedo —respondió Moritz—. Todo lo que ha escrito usted es rigurosamente cierto.

—¿Por qué lloras, entonces?

—Precisamente por eso mismo —dijo Moritz—. Por ser demasiado verdad.

133

Tres días después de haber enviado su petición, Iohann Moritz fue llamado a un interrogatorio. Traian Koruga le prestó su camisa y su pantalón.

—¡Hemos vencido! —dijo Traian—. Nuestra petición ha producido efecto.

Los ojos de Moritz brillaron. Le pareció verse ya libre.

—¡Hemos vencido! —repitió—. A usted se lo debo. ¡Era tan exacto todo lo que escribió en la petición!

—No temas nada —dijo Traian—. Ellos tienen miedo, pues son, al fin y al cabo, los culpables.

Moritz se dirigió al interrogatorio, sonriente y con aire complacido.

A la hora del mediodía regresó. Traian le estaba aguardando en la puerta del barracón.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Han prometido ponerte en libertad?

Moritz no levantó siquiera la mirada. Tardó algún tiempo en contestar y luego dijo:

—Se lo contaré más tarde. Ahora no puedo.

—¿Te has vuelto loco? ¿Estoy esperándote desde hace varias horas y cuando sales por fin, todo lo que se te ocurre decir es que me lo contarás luego?

Iohann Moritz había cogido algunas colillas en el despacho. Las sacó del bolsillo, las deshizo lentamente y dividió el tabaco en dos montoncitos. Uno para él y otro para Traian. Luego lió un cigarrillo con papel de periódico.

—Es mejor que se lo diga luego, señor Traian.

—¿Han prometido soltarte?

—No, nada de eso.

—¿Te han injuriado?

Moritz siguió liando su cigarrillo.

—No me han injuriado.

—¿Te han pegado?

—¡No!

—¿Por qué no hablas, entonces? —preguntó Traian—. Por lo que veo, no te han hecho ningún daño.

—Ninguno —dijo Iohann Moritz, encendiendo pausadamente el cigarrillo.

—¿Es que no te ha tocado el turno? —preguntó Traian—. No importa. Te llamarán mañana.

—Me ha tocado el turno.

—¿Te han interrogado?

—Sí.

Iohann Moritz parecía tener la lengua paralizada. Traian tenía que ir arrancándole cada palabra de la boca. Al fin perdió la paciencia.

—Cuéntame absolutamente todo lo que ha ocurrido. Comienza por el principio.

—He entrado el primero —dijo Iohann Moritz—. Al penetrar en el despacho me dijeron que me sentara. Había una silla junto a la puerta.

—¡Buen principio! —comentó Traian—. Es una buena señal que te invitaran a sentarte. Probablemente habían examinado tu expediente viendo que eras inocente. No creo que inviten a todo el mundo a sentarse. ¡Continúa!

—Un sargento me interrogó.

—¿Se mostró educado?

—Sí.

—¿Cuál fue la primera pregunta?

—Examinó en primer lugar los papeles. Luego me preguntó: «¿Es usted Iohann Moritz?» Yo respondí: «Sí». Me miró. Luego volvió a examinar los papeles y me preguntó: «¿Cómo escribe usted Moritz, con “t” o con “tz”? Yo le respondió que lo escribía de ambas maneras. En Rumania con “t” y en Alemania con “tz”».

Moritz se interrumpió mirando a Traian Koruga con desesperación.

—¡Continúa! —exclamó éste con impaciencia—. ¿Por qué te has interrumpido?

—Luego el sargento me dijo: «Gracias. Puede usted marcharse».

—¿Eso fue todo?

—Sí; eso fue todo —terminó Iohann Moritz.

—¿Y no intentaste decir otra cosa? —preguntó Traian—. ¿Porqué no le contaste todo lo que te dije?

—Intenté hacerlo —dijo Iohann Moritz—. Pero el sargento no quiso escucharme. Y sin mirarme siquiera dijo: «El siguiente».

—¿Y tú qué dijiste?

—Nada.

—¡Es absurdo! —dijo Traian—. Completamente absurdo. ¿Y te marchaste?

—Sí, me marché.

—¿Y ése es el interrogatorio que estuvimos esperando durante un año? —dijo Traian—. ¿No te dijeron nada más? ¿No habrás olvidado algo?

—No; no me dijeron nada más —respondió Iohann Moritz—. Salí, y al cerrar la puerta con mano temblorosa oí que llamaban al siguiente. Era Thomas Mann.

—¿Y qué le preguntaron?

—Si Mann se escribía con una sola «n» o con dos.

—¿Nada más?

Moritz no le contestó. Por sus mejillas caían unas lágrimas tan gruesas como perlas.

—Hay que resignarse, amigo Moritz —dijo Traian dándole unos golpecitos en el hombro—. Después de la muerte de los conejillos blancos no queda otra solución. Hay que resignarse.

134

Petición n.º 5. —Tema: justicia «Mecanización de los interrogatorios».

Sé que han recibido ustedes instrucciones especiales para interrogar individualmente a cada prisionero de este campo. Como es natural, la orden es estúpida. Desde el momento en que todos los hombres fueron detenidos en masa, es absurdo que les interroguen individualmente.

Sin embargo, comprendo perfectamente la razón de esa orden. La civilización de ustedes concede ciertos gestos corteses para las costumbres indígenas. Pero, en el fondo, eso no es más que una concesión, una pura fórmula, una simple cortesía…

Uno de sus oficiales se ve obligado a interrogar quinientos prisioneros durante la mañana y otros quinientos por la tarde. Me he dado cuenta de que hacen a todos la misma pregunta y que ni siquiera prestan atención a las respuestas. Sería estúpido, efectivamente, escuchar todo lo que quisiera contar cada individuo. ¿Es que puede salir algo interesante de la boca de un prisionero? Nada, absolutamente nada.

Pero pienso en toda la energía que ustedes gastan formulando tales preguntas. Es un inmenso esfuerzo hacer mil veces por día las mismas. Imagino que los oficiales elegidos para ese servicio deben resentirse por la noche de dolores intensos en las mandíbulas y en los labios.

Propongo, en consecuencia, registrar gramofónicamente las preguntas. El funcionamiento sería el siguiente: el oficial seleccionado para el interrogatorio permanecería en su despacho. Su presencia sería imprescindible, ya que el procedimiento de los interrogatorios individuales así lo exige. Pero se limitaría a poner en marcha el «pick-up». Cuando el prisionero penetrara en la estancia, el disco diría: «¡Siéntese!» El prisionero tomaría asiento. El disco seguiría dando vueltas. Se oiría la primera, la segunda y la tercera pregunta. Luego el disco anunciaría: «Muchas gracias. Puede usted retirarse». El prisionero se pondría en pie, dirigiéndose hacia la puerta. Cuando llegara, el disco pronunciaría la frase final: «El siguiente». Y ya estaba el interrogatorio liquidado. Luego entraría otro prisionero, y el disco volvería a repetir la misma letanía. Con uno solo, podrían ustedes interrogar cuatrocientos o quinientos prisioneros.

Entretanto, el oficial interrogador permanecería sentado en su despacho leyendo una novela policial. A la hora de la comida comería normalmente sin resentirse en las mandíbulas de los dolores debidos al esfuerzo realizado.

Hay que tener en cuenta que los interrogatorios se establecen para formular preguntas y no para obtener respuestas. Por lo tanto, la máquina podría encargarse de ese trabajo. La lógica es perfecta. Debe respetarse una formalidad, pero es inútil fatigar a los que llevan el sumario. La justicia no puede más que salir ganando con ese procedimiento. La justicia de una sociedad civilizada ha de convertirse en automática. No es necesario proceder como en el tiempo en que la electricidad no

había sido aún descubierta.

¿A qué tantas invenciones técnicas si la Justicia no emplea siquiera el «pick-up»?

El testigo

135

Darmstad: Decimoquinto campo de concentración. Parecido a todos los precedentes, pero con una iglesia ortodoxa. Una pequeña iglesia improvisada.

Traian Koruga y Iohann Moritz se quitaron los gorros y penetraron en la iglesia.

Estaba instalada en una tienda. En el fondo había un altar. Los iconos, dibujados en cartón, con carboncillos y yesos de colores, tenían un raro aspecto.

La noche anterior había llovido, y el agua, al filtrarse por la lona, había transformado la tierra apisonada del suelo en barro.

En medio de la iglesia se alzaba un crucifijo del tamaño de un hombre. Traian se arrodilló a sus pies. La imagen estaba recortada en cartón y las espinas de la corona hechas con hojalata de los botes de conserva cortada en estrechas tiras.

Traian Koruga levantó sus ojos hacia las heridas de las manos y el costado de Cristo. El pintor no había tenido color rojo para imitar la sangre, y en el lugar de las heridas había pegado papel rojo procedente de los cigarrillos *Lucky-Strike*. Las letras negras eran todavía legibles.

—¡Jamás te había visto tan dolorosamente crucificado, Jesús! —exclamó Traian —. He venido a rezar por mis heridas. Pero ya no me veo capaz de hacerlo. Perdóname, Jesús, si rezo primero por tus heridas, hechas con papel de *Lucky-Strike*. Esas heridas que manchan de sangre tus muslos, tus pies y la palma de tus manos son más dolorosas que mis heridas de sangre y de carne. Permíteme que ruegue antes por las espinas de hojalata de la corona colocada sobre tu frente.

Los ojos de Traian, errantes por el cuerpo de Cristo, descubrieron en el pecho del Salvador la letra «M» escrita en tinta de imprenta. Era la «M» de las cajas de *Menu Unit* impresas en el cartón donde había sido recortado el cuerpo crucificado.

Traian se incorporó y besó los pies de Cristo.

—Me siento ahora en íntima unión con tu cuerpo, Señor. Tú eres nuestro *Menu* eterno de esperanza. Jamás comprendí tan bien que tu cuerpo es nuestro alimento. ¿Cómo el artista prisionero ha podido tener la idea de recortar tu imagen en el cartón de las cajas de *Menu Unit*? Simbolizas así toda mi sed de divinidad, de pan y de libertad.

Traian, sumido en un estado de éxtasis, apenas veía a nadie a su alrededor.

Iohann Moritz, a su lado, examinaba los ángeles hechos con el papel satinado de las cajas de cigarrillos, y los iconos de la Virgen, con adornos recortados en la hojalata dorada de las cajas de *pudding*.

Se persignó ante el icono de San Nicolás, que se parecía al padre Koruga. Luego se acercó a Traian y contempló las rojas heridas del Cristo.

—Señor —dijo Traian—, no te pido que retires este cáliz de mis labios. Sé que no es posible. Pero te imploro que me ayudes a beberlo. Desde hace un año lo tengo en mis labios. Desde hace un año estoy en las fronteras de la vida y de la muerte. Desde hace un año permanezco en los límites de la vida y el sueño. Parece que haya huido

del tiempo y, sin embargo, sigo viviendo. La vida se ha retirado de mi cuerpo por todos sus poros y a pesar de ello sigo alentando, respirando, introduciendo en mi cuerpo pan y agua, alimentos que ni siquiera deseo. Y todos los sufrimientos precedentes que no me doy cuenta de si estoy prisionero o libre.

»Veo que estoy encerrado, pero no llego a creer que lo esté.

»Veo que no estoy libre, y sin embargo, mi espíritu me dice que no hay ninguna razón para que no lo esté. La tortura que me produce esa incomprensión es infinitamente más dura que la esclavitud. Los hombres que me han encerrado no desean mi muerte, no quieren castigarme y no desean tampoco mi libertad.

»Quieren, simplemente, salvar el mundo.

»Pero me torturan, me torturan lentamente, con saña, con crueldad… Torturan y matan poco a poco a toda la Humanidad. No soy el único que sufre. Lo sé…

»Los que dirigen el mundo quieren construir hospitales gigantes para curar las llagas de los hombres. Pero de sus llagas de albañil no surgen hospitales, sino cárceles.

»Todo ocurre como por arte de maleficio. Mi pensamiento no puede comprender la inmensa contradicción de estos instantes.

»Por eso quisiera morir. Ayúdame, Señor. Ayúdame a morir.

»Mis fuerzas no pueden seguir soportando este tormento.

»La hora en que estoy integrado no pertenece ya a la vida y soy incapaz de pasar a través de ella con mi volumen de sangre y de carne. Es la hora veinticinco. La hora demasiado tardía para ser salvado, para morir y también para vivir. Una hora tardía para todo.

»¡Transfórmame en bloque pétreo, Señor, pero no me abandones a la vida!

»Si me abandonas, ni siquiera podré morir. Contempla mi carne y mi alma; ambas aspiran por igual a la muerte, pero yo sigo viviendo. El mundo está muerto y sigue viviendo. Y yo no soy un fantasma, pero tampoco un ser vivo.

Traian Koruga se cogió la cabeza con ambas manos. Iohann Moritz le rozó tímidamente el hombro como para acariciarle, pero Traian no era ya capaz de oír nada.

Un sacerdote entró en la iglesia. Llevaba ropas militares de procedencia americana, y estampadas en la espalda las iniciales W. P.[9], iguales a las de todos los prisioneros.

Iohann Moritz se acercó a él y le besó la mano. Traian Koruga siguió arrodillado.

El sacerdote preguntó a Moritz de dónde procedían y qué nacionalidad tenían. Al enterarse de que la mujer de Traian estaba también detenida, cruzó los brazos sobre el pecho y rogó por ella. Luego dio su bendición a Traian, que seguía ante la cruz sin darse cuenta de su presencia.

—Cada día, a las seis, celebramos misa —dijo—. Soy el Metropolitano Palade, de Varsovia. Mi concilio de sacerdotes se halla encerrado también en el campo. Estamos todos detenidos. Los servicios religiosos son muy hermosos. ¡Venid! En el

campo hay también un sacerdote rumano que dice misa… Ahora está en el hospital.

Iohann Moritz contempló fijamente al Metropolitano, pero no respondió.

—Le mandaré un aviso —añadió el sacerdote—. Cuando se entere de que hay rumanos en el campo, acudirá a daros sus bendiciones.

136

Alrededor de las seis, un concilio de sacerdotes comenzó a oficiar la misa, revestidas las estolas encima de sus uniformes de prisioneros.

Traian Koruga y Iohann Moritz estaban uno al lado del otro.

El Metropolitano llevaba casulla y estaba tocado con la mitra, a la que, como es natural, faltaban las piedras preciosas que habitualmente la guarnecían.

Traian se aproximó al altar. Pero al llegar ante el crucifijo se desplomó. Moritz creyó que había resbalado y corrió a levantarlo. Pero el cuerpo de Traian estaba tan flojo como si todos los huesos le faltaran y sus mejillas tenían una palidez cruel.

En la tienda de la iglesia no había nadie, fuera de los sacerdotes. Iohann Moritz levantó los ojos para pedir ayuda. Y al mismo instante comprendió el desmayo de Traian. «¡Padre Koruga!» Fue todo lo que pudo balbucear. Luego cayó de hinojos ante el párroco, como si quisiera abrazar sus rodillas. Pero al padre Koruga le faltaban las piernas. Se aproximó a ellos apoyándose en las muletas.

Traian y Iohann Moritz permanecieron inmóviles.

El padre Koruga había encanecido. En su rostro brillaba una sonrisa, una sonrisa de bondad intensa, una expresión dichosa. A través de su sonrisa y de sus ojos parecía traslucirse el cielo.

—¡Traian! ¡Hijo amado! —exclamó.

Quiso inclinarse, pero se le cayó una muleta. Sin embargo, él no cayó, sino que siguió en pie, sosteniéndose con la otra.

Luego la dejó también caer. Y permaneció ante Traian, erguido, tieso como un huso, sobre los muñones de sus piernas. Así, con las manos libres, pudo abrazar intensamente a su hijo.

Iohann Moritz cogió ambas muletas y las sostuvo, mientras padre e hijo se entregaban a sus transportes de cariño.

137

A partir de aquel día, el padre Koruga, Traian y Iohann Moritz vivieron en una misma tienda del campo de Darmstadt.

Después de un año de incomunicación, la autoridad superior había permitido finalmente que los prisioneros recibieran correo. Iohann Moritz fue uno de los primeros en tener carta. Era la madre de Hilda quien le escribía.

> *Querido Hans:*
>
> *El 9 de mayo de 1945 tu casa se quemó. El fuego comenzó la tarde que las tropas rusas entraron en la ciudad. Hilda y Franz, tu hijo, se hallaban en casa. Durante las primeras semanas, no supe siquiera si se habían quemado vivos. Pero un día me puse a escarbar en las ruinas para ver si hallaba cualquier cosa que el fuego hubiera respetado y hallé sus cuerpos carbonizados. Hilda murió con el niño en brazos. No comprendo por qué no huyó cuando la casa comenzó a quemarse. Es posible que estuviera durmiendo. Sin embargo, no me parece probable que Hilda durmiera a aquella hora, sobre todo el día que entraron los rusos en la ciudad. Todo el mundo había huido, en especial las mujeres. Hilda no dormía nunca por la tarde, lo sabes bien. Cuando regresaba del hospital se ponía a trabajar en seguida.*
>
> *Junté los huesos calcinados de Hilda y de tu hijo, metiéndolos en el mismo ataúd. Los enterré luego en nuestro cementerio. No me fue posible mandar hacer dos ataúdes, pues son muy caros y nadie quiere construirlos. Ahora se entierra a la gente sin ataúd. No se encuentran tablas y los clavos cuestan caros. Tuve que arrancar clavos de las paredes y las ventanas para dárselos al carpintero. Pero, a pesar de eso, no quería hacerlo. Pretendía que eran demasiado cortos para un ataúd. Le di uno de tus sombreros para convencerle. Te ruego que no te enfades si lo hice sin pedirte permiso. Pero de no haberle dado el sombrero, no habría querido hacer el ataúd, y era necesario enterrar los restos de Hilda y el niño. He mandado que hicieran también una cruz de madera. A tu regreso te encargarás de que hagan una de piedra. Todos los de nuestra familia tienen hermosas cruces de piedra en el cementerio.*
>
> *Entre las ruinas de vuestra casa se halló también el cadáver completamente carbonizado de un oficial. Debía ser un oficial que había pedido hospitalidad para quitarse su uniforme y vestirse de paisano. Es lo que hacían todos los militares al entrar los rusos. Su cartera de cuero no estaba completamente carbonizada y en ella encontré sus papeles. Se llamaba Iorgu Iordan, y era de Rumania, como tú. Te escribo todos estos detalles porque pensé que podía ser un amigo o un pariente que hubiera ido a visitarte.*

138

—Quizá haya sido mejor así —dijo el padre Alexandru Koruga. Puso su mano sobre el hombro de Iohann Moritz y trató de consolarle.

—Imagina que Hilda viviera aún y que un día te soltaran. ¿Al lado de qué mujer habrías vuelto?

—¿De manera que Suzanna no se divorció? —preguntó otra vez Iohann Moritz.

El sacerdote hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y me espera en casa?

—Suzanna te espera y te esperará hasta el fin de sus días —respondió el padre Koruga—. Si firmó el documento de divorcio lo hizo tan sólo para seguir conservando la casa y que no la echaran a la calle con los niños. Pero jamás se consideró separada de ti.

—¡Ese divorcio fue una falsedad! —exclamó Iohann Moritz—. Yo que creí como un imbécil que Suzanna se había separado de mí… ¡Por eso me casé con Hilda! Creí que Suzanna me había abandonado. ¿Cómo no creerlo si había visto con mis propios ojos el documento del divorcio? ¡Pero he pecado! ¡He pecado, y Dios no me perdonará jamás!

—¡Te perdonará! —dijo el padre Koruga—. Lo que ha ocurrido no es muy grave. Ni tú ni Suzanna sois culpables. Sólo el Estado y sus leyes tienen la culpa. Y nadie les perdonará. El Estado recibirá su castigo, como lo recibieron Sodoma y Gomorra. ¡Pero el fuego no caerá sólo sobre nuestro Estado, sino sobre toda nuestra sociedad actual, culpable de esos pecados que Dios no puede presenciar sin sufrir amargamente!

Traian Koruga sufrió su primer interrogatorio.

—¿Pretende desconocer los motivos por los que se halla preso desde hace un año? No nos extraña. Ni uno solo entre los veinticinco mil prisioneros confiesa saber por qué se halla detenido. Todos ustedes opinan que hemos invadido Europa deteniendo a las gentes al buen tuntún. Se equivocan. Todas las detenciones han sido hechas por decreto.

Traian sonrió. El oficial sorprendió aquella sonrisa.

—¿Quiere usted decir que nuestras leyes no están de acuerdo con los principios eternos del Derecho? Tampoco es la primera vez que oigo esa objeción. Todos ustedes la hacen. Pero invocar la falta de valor eterno o de universalidad de las leyes que han servido para detenerles, es perfectamente ridículo. En primer lugar, cada país tiene derecho a poseer las leyes que quiera. En segundo lugar, no hay principios eternos de Derecho. La Justicia ha sido creada por los hombres. Y nada humano puede ser eterno. Todas las leyes son efímeras y eternas al mismo tiempo. Y quienes sostienen lo contrario no hacen más que engañarse a sí mismos.

»Según las leyes actualmente en vigor en la zona de ocupación americana, está usted detenido como funcionario de un Estado enemigo. La ley así lo exige.

»Su mujer se halla detenida en virtud de la misma ley. Uno de sus artículos prevé que las mujeres de altos funcionarios pueden ser detenidas automáticamente. Y también su padre se halla preso como funcionario de un Estado enemigo.

»Convengo que todo eso puede parecer duro. Pero es la ley. Y a lo largo de toda la historia, las leyes han sido duras. ¡No puede pretender que le consultáramos a usted en el momento de dictar esas leyes!

Traian Koruga se puso en pie e hizo ademán de salir del despacho. Desde que había comenzado a escribir su novela estaba seguro de que se acercaba el momento en que las leyes prohibirían que los hombres vivieran su propia vida. Desde el momento de su detención había barruntado que esas leyes estaban ya en vigor, pero eso no le había impedido tener la vaga esperanza de haberse equivocado.

Sin embargo, no se había equivocado. Le acababan de anunciar oficialmente que aquellas leyes eran ya rigurosamente aplicadas y respetadas.

No había error posible.

Seres humanos que no eran culpables de nada podían ser detenidos legalmente, torturados, despojados y exterminados.

—Estoy convencido de que no es usted culpable —continuó el oficial—. Prueba de ello es que he pedido ya por cuarta vez que le pongan en libertad, así como a su mujer y a su padre. Lo he hecho a pesar de estarnos prohibido pedir la libertad de los prisioneros detenidos automáticamente. Pero no he recibido respuesta. Las órdenes de libertad no pueden acordarse individualmente. Tienen que efectuarse por categorías de individuos.

—¿De manera que el hecho de que el individuo sea culpable o inocente no influye para nada en su detención? —preguntó Traian—. Creo que debería interesarles, aunque no fuera más que por curiosidad.

—No nos interesa —respondió el oficial—. A pesar de que hiera su susceptibilidad de hombre educado según las concepciones individualistas, así como todas sus ideas teológicas, estéticas o humanitarias, nada puedo cambiar de lo que está establecido. Por lo demás, no es necesario cambiar nada. Nuestro sistema puede parecer rígido, técnico, matemático, pero es justo. El Universo entero se mueve en una especie de *mathematical way* y a nadie se le ha ocurrido cambiarle el curso o la orientación.

—De manera que el interrogatorio que acaba usted de hacerme no le interesa, y por lo tanto podría muy bien no haber tenido lugar. ¿Verdad? —dijo Traian—. Nada puede interesarle de todo lo que concierne al individuo…

—Nada —respondió el oficial—. Todo lo que queremos saber del individuo son sus datos personales, es decir, su nombre exacto, el lugar y fecha de su nacimiento, su profesión, etcétera, datos que inscribimos en fichas para ser registrados en estadísticas. Además, estos interrogatorios no se efectúan más que para comprobar ciertos datos o seleccionar a los prisioneros por categorías. Las disposiciones concernientes a la detención o a la libertad sólo se dictan por categorías. Nuestro trabajo consiste en distribuir a cada cual dentro de la categoría que le pertenece. Es un trabajo matemático y preciso.

—¿Y no encuentra usted inhumano anular al hombre y tratarlo como fracción de una categoría?

—No… No creo que eso sea inhumano —dijo el oficial—. El sistema es práctico, rápido y, sobre todo, justo. La justicia sólo puede salir ganando con tal procedimiento. La justicia procede según los métodos de las ciencias matemáticas y de la física, es decir, según los métodos de mayor exactitud. Sólo los poetas y los místicos son capaces de impugnar tales procedimientos. Pero la sociedad moderna ha liquidado el misticismo y la poesía. Nos hallamos en plena era de la ciencia exacta y de la matemática y no podemos retroceder por motivos de orden sentimental. Además, los sentimientos no son más que una creación de poetas y metafísicos.

El oficial hizo ademán de que el interrogatorio había terminado.

—*Take it easy!* —exclamó.

Traian Koruga se encaminó hacia la puerta, y al abrirla oyó a su espalda la voz del oficial que acababa de interrogarle. Decía fríamente: «¡El siguiente!»

140

Iohann Moritz quería evadirse. Después de haberse enterado de que Suzanna no había pedido el divorcio y de que le estaba aguardando con sus hijos, nada podía ya contenerle.

—No vale la pena que lo intentes siquiera —dijo Traian—. Apenas te hayas acercado a las alambradas, los polacos dispararán sobre ti.

Moritz contempló a los centinelas polacos vestidos con uniformes americanos teñidos de azul. Los polacos, inmóviles, le miraron atentamente como si hubieran adivinado su pensamiento. Llevaban el arma al brazo y parecían dispuestos a disparar a la menor sospecha.

—Y si logras burlar a los polacos —prosiguió Traian—, acabarán contigo las patrullas americanas o alemanas. Antes de llegar a Rumania hallarás en tu camino patrullas austríacas, checas, francesas, húngaras que te impedirán proseguir. Si puedes escapar a las balas de una nación, la siguiente te fusilará con toda seguridad. Entre tú y tu casa, entre tú y tu familia, mi querido Moritz, se interponen todas las naciones del mundo, naciones armadas hasta los dientes que quieren matarte… Entre cada hombre y su vida íntima existe esa especie de ejército internacional. Al hombre no le está permitido vivir su propia vida. Le fusilan si intenta hacerlo. Para eso sirven los tanques, las ametralladoras, los proyectores, los alambres espinosos.

—¡Me fugaré a pesar de todo! —dijo Iohann Moritz.

El centinela polaco le miró con mayor atención.

En aquel instante, dos oficiales americanos entraron en el campo y se dirigieron hacia la enfermería. Iohann Moritz les siguió con la mirada.

De pronto se alejó de Traian y sin decir una sola palabra echó a correr hacia los recién llegados. Estos se detuvieron y le miraron. Aquello sólo duró un minuto. Luego, uno de los oficiales —grueso y de cierta edad— abrazó fraternalmente a Iohann Moritz. Los prisioneros, intrigados, rodearon a los tres. Hasta entonces no habían visto nunca a un oficial americano que abrazara a un prisionero.

Iohann Moritz se dirigió a la enfermería con el oficial americano, que seguía cogiéndole por el hombro. Entraron juntos en la tienda.

Traian Koruga se acercó, aguardando curioso en la puerta. Sentía deseos de saber lo que había ocurrido y suponía que Moritz no tardaría en salir. Pero transcurrió largo rato sin que apareciera.

Por fin, Traian Koruga oyó la voz de Iohann Moritz. Estaba aún en el interior de la enfermería y se había asomado a la ventana. Sus ojos negros brillaban como brasas.

—¡El oficial americano es mi amigo, el doctor Abramovici! —exclamó—. Le he reconocido en seguida. Me evadí con él de Rumania. Ahora no tardarán en ponerme en libertad…

Se oyó una voz en el interior. Moritz cerró la puerta. Sin duda su amigo le

llamaba…

141

En el campo de Rumania, Iohann Moritz y el doctor Abramovici habían hablado siempre «yiddish». En el de Alemania siguieron hablándolo. El teniente médico Abramovici pareció alegrarse sinceramente de encontrar a Moritz y escuchó atentamente sus palabras.

Moritz le contó todo lo que le había ocurrido desde su separación hasta aquel día. El doctor movió compasivamente la cabeza, sobre todo cuando Moritz explicó todo lo que había sufrido en los quince campos donde estuvo encerrado aquellos últimos años.

—Tengo que marcharme —dijo el doctor finalmente, echando una ojeada a su reloj de pulsera—. Necesitas ayuda, querido Yankel. Lo sé. Es completamente normal. Dime todo lo que necesitas y lo conseguiré. No olvido que pasamos juntos muchos momentos difíciles.

El doctor le dio unos amistosos golpecitos en la espalda.

—Quiero ayudarte. ¿Qué necesitas? ¿Cigarrillos, alimentos, ropas…? ¿Qué deseas?

—Quiero marcharme —respondió Iohann Moritz—. Quiero volver a mi casa y ver a mi mujer y mis hijos.

—No pidas cosas imposibles, querido Yankel —dijo el doctor, contrariado—. Pídeme algo que esté en mi mano otorgarte. La libertad sólo puede darse automáticamente. No tienes siquiera que pensar en ella. Es sólo cuestión de paciencia…

—Pero soy inocente —dijo Iohann Moritz—. ¿Por qué me tienen encerrado entonces?

—La culpabilidad nada tiene que ver con la libertad —dijo el doctor. Parecía bastante nervioso—. ¿Ha pretendido alguien que eres culpable, Yankel? Tu puesta en libertad es sólo cuestión de paciencia.

—¡He aguardado bastante!

—En tu opinión, sí —dijo el doctor—. No hay que olvidar que eres un rudo campesino, querido Yankel. ¿Crees que cualquier oficial puede soltar a un prisionero tan sólo porque no es culpable? Si así fuera, los campos se vaciarían mañana mismo. Todos los nazis podrían hallar pruebas de inocencia. La puesta en libertad se efectúa tan sólo por orden del Cuartel General de Francfort. Desde allí, los papeles se envían a Washington, transmitiéndose la decisión a Wiesbaden. Una comisión especial se hace cargo de ellos en Esslingen y los envía a Berlín. Allí se da la orden de libertad, que es remitida a Heidelberg. En el momento de llegar a Heidelberg, se retira la ficha de centenares de archivos. Sólo entonces quedas completamente libre. Pero todo ese proceso es muy complicado. Es como una máquina que trabaja automáticamente. Cada prisionero tiene su ficha, y en el momento en que la orden de libertad se envía a Heidelberg, se retira automáticamente la ficha de los ficheros de Washington,

Stuttgart, Ludwigsburg, Munich, Kornwestheim, París, Berlín y Francfort.

»Tu nombre está registrado en todo el universo: en la Oficina Federal de Informaciones de América, en el Mando Supremo Interaliado de París, en la Comisión de Control de Berlín, en todos los campos, en todas las cárceles, en todas las oficinas del CIC, del CID, de la MP, de la SP y del SOS. Por doquier. Todos tus movimientos, hasta el más pequeño —el hecho de ser trasladado de un campo a otro — provoca el cambio de tu ficha en todos los ficheros. ¿Sabías tú todo eso?

A Iohann Moritz le pareció ver escrito en aquel instante su nombre en todas las ciudades del mundo, repetido por grandes máquinas eléctricas, apagándose y encendiéndose como los proyectores situados sobre la barrera espinosa del campo. Y apenas pudo contener un temblor al saber que el menor de sus movimientos era fotografiado, registrado y anotado.

—No, no lo sabía —respondió.

—De haberlo sabido no me habrías pedido que te soltara. ¿Creías acaso que yo, completamente solo, podía arrancarte a esa máquina gigante? —El doctor Abramovici se echó a reír—. Ni siquiera el presidente de los Estados Unidos podría hacerlo —dijo—. Tienes que esperar tranquilamente a que te llegue el turno.

—Pero desde el momento en que soy inocente, ¿por qué me siguen teniendo encerrado? —preguntó Moritz—. ¿Por qué la máquina me odia si no le he hecho ningún daño? Debería estar hecha tan sólo para los ladrones, los criminales y los bandidos.

—¿Cuándo aprenderás a no razonar como un campesino atrasado, querido Yankel? —preguntó el médico—. Reduces todos los problemas a asuntos personales. Los países civilizados no se ocupan de casos individuales. El hecho de que seas culpable o inocente es una cuestión personal. Sólo puede interesar a tu mujer, tus vecinos o los otros campesinos de tu pueblo. Son los únicos que se preocupan de las cuestiones personales. Los países civilizados conciben las cosas por lo grande y no se ocupan de esos minúsculos casos individuales.

—Pero ¿por qué me han detenido?

—Hemos procedido a detenciones preventivas y por categorías. Si necesitamos a uno que es verdaderamente culpable, un criminal de guerra, por ejemplo, lo tenemos a mano y no hemos de perseguirle por todos los pueblos y bosques. Perderíamos demasiado tiempo. De esta manera, en cambio, no necesitamos más que apretar un botón de la inicial respectiva, y antes de haber contado hasta tres nos hallamos ante la ficha del individuo y todas las indicaciones que le conciernen: talla, peso, color del pelo, lugar y fecha de nacimiento, número de dientes que posee y todo lo que puede interesarnos. No necesitamos más que descolgar el auricular y pronunciar el nombre del campo o la cárcel donde está encerrado ese individuo, para que algunas horas más tarde se halle en carne y hueso ante el Tribunal Internacional de Nuremberg. Es maravilloso. Resultado de la técnica: todo automático, todo marchando eléctricamente… ¿Cómo quieres que te suelten? Equivaldría a una locura. Eres

parecido a un hilo metido en el huso. Una vez dentro ya no se puede quitar. Hay que aguardar que salga con los demás, tejido ya. No puede hacerse otra cosa. Las máquinas son precisas y exactas. Estás cogido entre los dientes de la máquina. Puedes agitarte y removerte, pero todo será en vano. La máquina es sorda. No oye, no ve… Sólo trabaja. Trabaja admirablemente, con una perfección que el hombre no puede tener… ¿Entiendes?

Moritz se encogió de hombros.

—¿De manera que no puede usted hacer nada para que me suelten?

—No… Ya te he dicho que estás cogido en los dientes de la máquina y no puedes hacer otra cosa que aguardar.

—Pero si usted quisiera intervenir por mí, creo que eso podría arreglar las cosas —dijo Iohann Moritz—. Los comandantes deben ser hombres como usted y como yo, capaces de comprender lo absurdo de esta situación. Quizá quieran soltarme si les explica que tengo mujer e hijos, que sufro en los campos desde hace muchos años, sin haber hecho nunca daño a nadie.

—¡Es como hablar a una mula…! —dijo el doctor Abramovici, ya nervioso—. Vuelves a tus cuestiones absolutamente privadas y no consigues hacer abstracción de ti mismo. Eres el hombre primitivo por excelencia. Dime si necesitas algo… Tengo que marcharme. ¿Quieres cigarrillos, alimentos, ropas?

—Hubiera deseado que me hicieran justicia —dijo Iohann Moritz—. Pero veo que la justicia del hombre ha muerto en la Tierra. No quiero nada, nada…

—Coge al menos un cigarrillo —ofreció el doctor Abramovici, tendiéndole el paquete de *Lucky-Strike*. Sonrió—. ¡Hemos sido compañeros en la desgracia, mi querido Yankel!

Iohann Moritz alargó la mano para coger un cigarrillo. El paquete estaba vacío. El doctor Abramovici rebuscó en sus bolsillos para hallar otro, pero no llevaba ni uno más.

—Te daré un cigarrillo la próxima vez que vuelva por aquí, querido Yankel —dijo —. Te lo prometo.

Y se marchó.

142

El padre Koruga estaba sentado, con las muletas sobre las rodillas, ante el oficial que le interrogaba.

—Si no fue usted nazi, ni colaborador, ¿qué vino a hacer a Alemania? —preguntó el oficial—. La historia que cuenta, según la cual se despertó en un hospital alemán sin saber cómo había llegado, es buena para cuento infantil. Semejantes cosas sólo pueden ocurrir en sus fantásticos cuentos de los Balcanes, pero jamás en la vida real. Para un oficial americano, esa historia es demasiado *maerchenhaft*, demasiado cuento de hadas. ¿Por qué los alemanes le tuvieron en el hospital si no era usted colaborador ni amigo? ¿Por qué le cuidaron durante seis meses y le amputaron las piernas? ¿Por qué era usted su enemigo? ¿Por simples sentimientos humanitarios? ¿Desde cuándo eran humanitarios los alemanes? Encerraron y pasaron por las cámaras de gas a todos sus enemigos. ¿Iban a cuidarle a usted, sólo a usted? No cabe duda de que colaboró con ellos, y ésa fue la causa de que le cuidaran. Debe haber sido un fuerte golpe para usted que perdieran la guerra…

El padre Koruga no pronunció una sola palabra. Estaba muy pálido y por su frente caían gruesas gotas de sudor. Apenas podía sostenerse en la silla. Sentía que le ardían las mejillas, y hubiera deseado que el interrogatorio terminara cuanto antes.

—Se habría sentido usted muy satisfecho de que Hitler ganara la guerra, ¿no es verdad? —añadió el oficial—. Hitler le habría nombrado entonces metropolitano de Rumania.

—No, no me habría sentido satisfecho —respondió el sacerdote.

—¿Está entonces contento de que los aliados hayamos triunfado?

—Tampoco —respondió el sacerdote.

El teniente frunció el entrecejo. Alexandru Koruga sonrió dijo:

—Ninguna victoria fruto de las armas me satisface.

Luego se quedó contemplando las fotografías de las paredes. Fotografías tomadas en los campos de concentración alemanes. Y al mirarlas pensó en los cadáveres del juez Jorge Damián, en el de Apóstol Vasile y en los de los otros campesinos de Fantana, fusilados al mismo tiempo que él por Marcu Goldenberg y echados luego a la fosa del estercolero. Pensó en los cadáveres de los niños de Dresden, de Francfort, de Berlín. Pensó en los montones de cuerpos informes de Dunkerque y de Stalingrado… Para que uno de los bandos alcanzara la victoria, la tierra se había cubierto de cadáveres y cadáveres de hombres inocentes.

Ni en la Victoria hay Belleza.
Y el que la llama hermosa.
Es quien halla alegría en la matanza.
Y quien halla alegría en la matanza.
No logrará en su ambición gobernar el mundo.
Lamentaciones fúnebres deberían acompañar las ahogadas multitudes
Y celebrarse la Victoria con ritos funerales.[10]

—Ese poema es muy bonito —dijo el oficial—. ¿Lo ha compuesto usted?

—Fue escribo por un chino que vivió hace dos mil años.

—Escríbamelo —dijo el oficial—. Quiero enviárselo a mi familia, que está en América.

El oficial sonrió. Probablemente pensaba en su familia en aquel instante. Pero luego frunció las cejas y contempló al sacerdote con mirada suspicaz.

—¿Está usted seguro de que los versos que acaba de recitar fueron escritos por un chino?

—Absolutamente seguro —dijo el sacerdote—. Pero si le han gustado, poco importa quien los haya escrito. Son hermosos. Eso es todo. Lo demás tiene poca importancia.

—Claro que tiene importancia —replicó el oficial—. Doy gracias porque su autor fuera chino. China es una nación aliada de los Estados Unidos. A mi familia le encantará recibirlos. De haber sido compuestos por un poeta enemigo, no habría podido enviarlos. Cópiemelos esta noche. Haré que le entreguen papel y lápiz. Según parece, ha aprendido usted otras cosas fuera de la teología…

—He aprendido todo lo que la vida me ha enseñado… y todo lo que me ha gustado aprender.

—¿Conoce usted el chino?

—No.

—Es lástima —dijo el oficial—. Le hubiera pedido que me escribiera el verso en caracteres chinos. Hubiera sido una gran sorpresa para mi familia, que no esperaría recibir cartas en chino procedentes de Alemania. Pero no importa. Si no conoce el chino, escríbalo en inglés. El chino que escribió esos versos demostró tener bastante humor. Y además es un aliado de las Naciones Unidas.

Al volver a su tienda, el sacerdote estaba rendido de fatiga.

Iohann Moritz le tendió en el camastro y le puso compresas frías en la frente.

—¿Han hablado de ponerle en libertad?

—No —dijo el anciano.

—¿Qué le han preguntado entonces?

—Me han pedido que les transcribiera un poema de Lao Tse. Hubieran deseado que lo escribiera en chino y han lamentado enormemente que no supiera leer ni escribir ese idioma.

—¿Y eso ha sido todo el interrogatorio?

El sacerdote asintió con la cabeza.

143

Traian Koruga recibió una carta de Nora.

—Supuse que habrían soltado a Nora hace tiempo —dijo apretando entre sus manos el sobre marcado con el sello *Prisoner of War*—. Ahora sé que no puedo hacerme ilusiones. Está encerrada como nosotros, en un campo como el nuestro y sufriendo de la misma manera. Está sometida a igual tratamiento que el nuestro, yendo también de un campo a otro y guardada como nosotros por polacos armados también con ametralladoras. Mi ser se resiste a adivinar los tormentos que debe estar sufriendo.

Como Nora no sabía la dirección de Traian, para escribirle había puesto en el sobre su nombre y todos los números de los campos de la zona americana. Antes de llegar a manos del destinatario, el sobre había tenido que ir pasando sucesivamente por todos los campos.

—No le han dicho dónde me hallaba —exclamó Traian—. Y también han rehusado comunicarme el nombre de su campo…

Su padre trató de consolarle. Estaba tendido en el camastro, con la frente llena de compresas. Iohann Moritz se hallaba a su lado. Pero por mucho que fuera el consuelo, Traian permaneció sordo a todos sus requerimientos.

—Todo sufrimiento tiene un límite —dijo, poniéndose en pie—. Creo haberlo rebasado. Ningún ser humano sabría sobrepasarlo y seguir aún viviendo.

Salió de la tienda.

—¡El señor Traian va a matarse! —exclamó Moritz horrorizado.

El sacerdote no abrió los ojos. Estaba rezando. Pero sus plegarias no eran sólo por Nora y Traian, sino por Moritz y por todos los hombres de la Sociedad técnica occidental que habían alcanzado un límite que nadie sabría sobrepasar sin dejar de vivir.

—¡El señor Traian va a matarse si le dejo solo! —gritó Moritz.

El sacerdote abrió los ojos. Rozó suavemente la mano de Iohann Moritz y le dejó marchar.

—Dame la mano… Te lo ruego —dijo el padre Koruga.

Seguía tendido en el camastro, con los ojos entreabiertos. Su frente estaba pálida y en sus mejillas no se transparentaba ni una sola gota de sangre. Cogió la mano de Traian y la estrechó entre las suyas. El calor de ambas se confundió y la sangre pareció pasar de una a otra. Ambos se sintieron compenetrados, como sólo podían estar un padre y un hijo. Sus corazones latieron al unísono, aunque el del sacerdote cada vez con mayor debilidad.

Iohann Moritz quiso cambiar la compresa. El enfermo le hizo señal de que no era ya necesario y luego sonrió.

Moritz se sentó en el borde del camastro.

—En este momento no tengo la impresión de estar calentando mis manos en el calor de un hombre, sino en la propia hoguera de la vida —dijo el sacerdote—. Pareces la hoguera de la vida.

Traian estrechó las manos de su padre. Estaban frías.

—He tenido dos grandes ilusiones en este mundo —dijo el sacerdote—. Una, ser «pope» en América; la otra, que me enterraran en el cementerio de Fantana. ¿Conoces el cementerio de Fantana, Traian? Es un cementerio sin muros, sin vallas, cubierto de flores y de hierbas silvestres.

»Parece una pradera. Allí me habría gustado reposar eternamente. Los dos deseos se han realizado, pero de una manera muy divertida. No he ido jamás a América, pero América ha venido a mí y voy a morir en esta cárcel, sobre la que flota la bandera de los Estados Unidos.

»Tampoco me enterrarán en el cementerio de Fantana, pero el cementerio de Fantana se ha hecho más grande, mucho más grande, y ha invadido toda Europa.

»Fantana, Rumania, Europa entera no son hoy más que una gran mancha negra en el mapamundi. Igual que una mancha de tinta. Todo el continente está silencioso. La alegría le ha abandonado, igual que abandonó el cementerio de Fantana. Y pronto esta tierra estará recubierta de flores y hierbas silvestres, como está nuestro cementerio. ¿Qué me importa el lugar donde me entierren? Por doquier me hallaré como en el camposanto sin vallas de nuestro pueblecillo.»

—¿Por qué me dices todo esto? Harías mejor descansando.

—Tienes razón —dijo el padre Koruga—. Pero antes quisiera añadir algo más. Has de saber, Traian, que «la vida no tiene ningún fin objetivo, a menos que se designe así a la muerte: todo fin real y verdadero es subjetivo».

«La Sociedad técnica occidental quiere dar a la vida un fin objetivo. Es la mejor manera de destruirla. Así queda reducida la vida a una estadística, pero “toda estadística deja escapar el caso único en su género, y cuanto más evolucione la Humanidad, mayor será precisamente la singularidad de cada individuo y de cada caso particular lo que cuente”.

»La Sociedad técnica progresa exactamente en el sentido inverso: lo generaliza todo. "A fuerza de generalizar y de buscar o concentrar todos los valores en el que es general, la Humanidad occidental ha perdido todo sentido para los valores de lo único, y por tanto, de la existencia individual. De ahí el inmenso peligro del colectivismo, bien se interprete a la rusa o a la americana"[11].

»A causa de todo eso, podemos tener la seguridad de que esa Sociedad se hundirá. Tú hablabas una vez de lo mismo, cierta noche, en Fantana. La Sociedad de la civilización técnica se ha hecho incompatible con la vida del individuo. Ahoga al hombre, y los hombres se mueren de la misma manera que los conejos blancos de tu novela. Nos morimos todos asfixiados por la atmósfera tóxica de esta Sociedad técnica, donde no pueden moverse más que los Esclavos técnicos, las Máquinas y los Ciudadanos, exactamente como tú querías explicar en tu libro. Con ello, los hombres pecan gravemente y se hacen culpables ante Dios.

»Procedemos contra nuestro propio bien con todas nuestras fuerzas, procediendo por lo tanto contra Dios. Es el último grado de degeneración jamás alcanzado por ninguna Sociedad humana. Sociedad que perecerá como han perecido hasta ahora tantas y tantas sociedades en el curso de la historia, e incluso antes de que la historia comience.

»Los hombres tratan de salvar esta Sociedad por medio de un orden lógico, cuando es precisamente ese orden quien la mata.

»Ése es el crimen de la Sociedad técnica occidental. Mata al hombre vivo, sacrificándolo a la teoría de la abstracción, al plan, forma moderna del sacrificio humano. La hoguera y los autos de fe han sido reemplazados por el despacho y la estadística; dos mitos actuales en cuyas llamas se consuma el sacrificio humano.

»La democracia, por ejemplo, es una forma de organización social netamente superior al totalitarismo, pero que sólo representa la dimensión social de la vida humana. Llegar a confundir la democracia con el sentido mismo de la vida, es matar la vida del hombre, reducirlo a una sola dimensión. Es una gran falta, común a los nazis y a los comunistas.

»La vida humana sólo tiene sentido cuando se toma y se vive en su conjunto. Y para penetrar el sentido último de la vida, hay que emplear los mismos instrumentos de que nos servimos para comprender el arte y la religión: los instrumentos de la creación artística, los instrumentos de toda creación.

»En el descubrimiento de este sentido último de la vida, la razón no juega más que un papel secundario. Las matemáticas, la estadística y la lógica surten el mismo efecto para la comprensión y la organización de la vida humana, que para la de un concierto de Beethoven o de Mozart.

»Pero la Sociedad técnica occidental se empeña en llegar a la comprensión de Beethoven y de Rafael por medio de cálculos matemáticos. Y también se obstina en comprender la vida humana y mejorarla por medio de las estadísticas.

»Semejante tentativa es por igual dramática y absurda.

»Con ese sistema, el hombre puede alcanzar, en el mejor de los casos, el apogeo de la perfección social. Pero eso no le sirve de nada. La propia vida del hombre dejará de existir en el momento que sea reducida a lo social, a lo automático, a las leyes de la máquina. Tales leyes no podrán dar nunca un sentido a la vida humana, y si se quita a la vida su sentido —el único sentido que posee, que es totalmente gratuito y que sobrepasa la lógica—, entonces la misma distancia acaba por desaparecer. El sentido de la vida es absolutamente individual.

»La Sociedad contemporánea ha rechazado hace mucho tiempo tales verdades, encaminándose a una velocidad extraordinaria, con la fuerza de la desesperación, hacia otros caminos. Por eso las olas; del Rin, del Danubio y del Volga ven acrecentado su caudal con lágrimas de esclavos. Esas mismas lágrimas que llenarán los cauces de todos los ríos de la tierra, hasta que los mares y los océanos desborden toda la amargura de los hombres esclavos de la Técnica: el Estado, la Burocracia y el Capital.

»Al final, Dios se apiadará del hombre, como ha hecho ya tantas veces y seguidamente, igual que el arca de Noé sobre las olas, algunos hombres, verdaderamente hombres, flotarán sobre remolinos de ese gran desastre colectivo. Gracias a ellos, la raza humana se salvará, como se ha salvado en tantas encrucijadas de la historia.

»Pero la salvación no procederá más que de los hombres que lo sean verdaderamente, es decir, individuos. Y esta vez no se salvarán las categorías.

»Ninguna Iglesia, ninguna nación, ningún Estado ni ningún continente podrá salvar sus miembros en masa o por categorías. Sólo los hombres, tomados individualmente, sin tener en cuenta su religión, su raza o las categorías sociales o políticas a que pertenezcan, podrán salvarse. Esa es la razón por la que no tiene que juzgarse al hombre jamás por la categoría a que pertenece.

»La categoría es la aberración más bárbara y diabólica que haya concebido jamás la mente humana, pues no hay que olvidar que nuestros enemigos son también hombres y no unas categorías.»

Traian se aprovechó de una breve interrupción del sacerdote para preguntar con voz temerosa:

—¿Por qué repetir ahora todo eso, padre? Harías mejor descansando…

—Es lo que voy a hacer… Voy a descansar, pero antes quiero decirte todas estas cosas. Tú las sabes ya y las sientes como yo mismo. Cada hombre las siente y las conoce. Iohann Moritz las presiente también, y por eso las repito. No habría podido descansar sin haberlas dicho antes…

—Tu mano está muy fría, padre.

—Lo sé, Traian. Acaso sea a causa de una extraña inquietud que no acierto a dominar. Una inquietud más poderosa que la débil carne…

—No comprendo, padre —dijo Traian—. ¿Qué quieres decir? ¿Te encuentras mal?

—No —dijo el sacerdote.

Sus labios se crisparon en un rictus de dolor, como si todo su cuerpo acabara de atravesarlo un vivísimo relámpago. Traian se inclinó sobre él. El rostro del sacerdote se iluminó de pronto con una sonrisa cálida, amorosa…

Su hijo comprendió que había llegado la última hora y se arrodilló a los pies de la cama. Luego comenzó a sollozar.

Iohann Moritz se levantó y preguntó:

—¿Llamo al médico?

Traian no respondió. Seguía estrechando las manos de su padre y llorando con una desesperación que hasta entonces no había conocido.

Iohann Moritz comprendió. Sin decir nada, se arrodilló al lado de Traian y se persignó.

Unos instantes después se puso en pie. Los prisioneros de las tiendas próximas se habían aglomerado en la puerta. Moritz se abrió camino a través de los grupos, silenciosos y descubiertos. A los pocos instantes volvió, colocando a la cabecera del camastro una vela hecha con la parafina recogida del cartón de las cajas de chocolate. La encendió, metiéndola en un bote vacío de conserva, a manera de palmatoria.

El «PW» médico del campo, seguido de dos enfermeros provistos de una camilla, entró en la tienda donde el padre Koruga acababa de fallecer.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó Traian.

—Llevarnos el cadáver. No podemos dejar cadáveres en las tiendas —respondió el médico.

—¿Dónde quieren llevarlo?

—Fuera del campo. Tenemos que avisar a las autoridades superiores para que los americanos acudan a buscarlo.

—Tengo derecho a saber dónde van a meter ustedes el cuerpo de mi padre.

—Hay muchas cosas que quisiéramos saber, pero es imposible —replicó duramente el médico.

Hizo señal a los dos enfermeros, que se aproximaron al cuerpo del sacerdote. Pero otro gesto del médico les detuvo.

—Tengo que comprobar primeramente la defunción —explicó—. Quizá esté vivo todavía…

Cogió la mano del sacerdote y la tuvo unos instantes entre las, suyas. Luego se inclinó, auscultando cuidadosamente el pecho del anciano.

—Pueden llevárselo —dijo a los enfermeros.

—¡No! —exclamó Traian.

—¿A qué oponerse? —dijo el médico—. Somos simples prisioneros como usted y no nos queda más remedio que obedecer.

—Quiero antes saber dónde llevarán el cuerpo de mi padre. Es lo menos que puedo pedir, ya que no tengo siquiera el derecho de asistir a su entierro. Deseo tener la seguridad de que será enterrado cristianamente. Aun como prisionero, tengo derecho a saberlo. En el momento de morir, mi padre ha dejado de ser un prisionero y tiene derecho al respeto debido a todos los muertos, sean quienes fueran.

—¿Quién le ha dicho que no se respetaba a los muertos? —protestó el doctor.

—No he querido decir eso —exclamó Traian—. Pero mi padre es sacerdote ortodoxo y quiero que lo entierren conforme al ceremonial de la Iglesia a que pertenece.

—Solicítelo mañana por escrito al comandante americano.

—¿Puede usted garantizarme que mañana no será demasiado tarde?

—Yo no garantizo nada —dijo el médico—. Soy prisionero como usted, como todos…

—Si es así, el cuerpo de mi padre seguirá aquí. Antes de separarme de él quiero tener la certidumbre de que le enterrarán con el ritual de la Iglesia ortodoxa.

—Su resistencia será inútil —dijo el doctor.

—Quizá… Pero a pesar de todo, me seguiré oponiendo.

—Tenemos que llevarnos el cadáver. Hemos recibido la orden de no dejar

cadáveres en el campo.

—Pueden llevárselo a la fuerza —dijo Traian—, pero lo lamentarán.

Los enfermeros cogieron a Traian por los brazos y lo arrancaron brutalmente de la cama. Luego trasladaron el cuerpo del sacerdote a la camilla. Traian se debatió entre las manos de quienes le habían inmovilizado, pero cuando las parihuelas pasaron a su lado, sólo pudo ver la frente de su padre, aquella frente alta, límpida y clara como la luna.

Iohann Moritz echó a andar detrás de los enfermeros, con la cabeza descubierta y sosteniendo el bote de hojalata donde ardía aún la vela.

—Es un pecado que pagarán caro. Hay acciones que no se perdonan jamás. No olvide nunca, doctor, que me ha prohibido usted acompañar el cuerpo de mi padre hasta la puerta del campo…

—No soy yo quien se lo prohíbe, es el reglamento.

—Cálmate —dijo el capataz acercándose—. Si te oyen gritar, te meterán en el «bunker».

—Nada podrá calmarme de ahora en adelante —respondió Traian—. No existe celda ni cárcel que pueda ahogar mis gritos. A partir de hoy ayunaré hasta morir. Voy a hacer la huelga del hambre, tendiéndome en medio de estos veinte mil hombres como señal de protesta. Mi muerte será un grito de rebeldía que penetrará por los oídos, por los ojos y por los poros de quienes se hallen a mi alrededor, de todos los que están encerrados conmigo y de quienes nos tienen encerrados. Se oirá mi grito desde todos los puntos cardinales, y nadie podrá eludirlo. Jamás. Ni siquiera después de la muerte…

—¿Quiere usted morir verdaderamente? —preguntó Iohann Moritz—. ¿Quiere usted morir de hambre y de sed?

Habían transcurrido cuatro días desde la muerte del sacerdote. Hacía calor. Traian estaba tendido de espalda, a la sombra de la tienda. Le fatigaba andar y hablar, permanecer de pie y escuchar palabras de otro; todo le cansaba, hasta la propia existencia.

Acababan de dar la señal para la comida del mediodía. Moritz trató una vez más de convencerle.

—¿Quiere usted que le traiga su comida? —preguntó, sosteniendo el plato de Traian—. Se alegrarán si usted muere. Es un pecado grave desear la muerte.

—Si quieres, puedes coger mi ración —dijo Traian—. Yo no la necesito.

Moritz se marchó para volver pocos instantes después con el plato lleno de rancho. Se sentó en el suelo y lo apoyó en sus rodillas. El rancho humeaba y las aletas dilatadas de su nariz aspiraban el vapor.

—¿Por qué no has cogido también mi ración? —preguntó Traian—. Lo que vas a comer no te bastará. No creo que baste a nadie…

—No podría comerme su ración —respondió Moritz—. Dios me castigaría si lo hiciera.

Levantó sus ojos hacia el cielo gris y pesado, permaneciendo así unos instantes, contemplando las nubes con los ojos entreabiertos. Luego se persignó.

Hundió su cuchara en el rancho, con la lentitud de un hombre que celebrara un rito.

La llenó a medias y se la llevó a los labios con un gesto amplio, sacerdotal. Un gesto de comunión. Después de tragarse el contenido, se interrumpió brevemente, sosteniéndola inmóvil entre sus dedos, como si estuviera llena aún.

Sus grandes ojos negros contemplaron intensamente la lejanía como si vieran algo único, algún punto situado más allá de los límites de la tierra y el cielo.

Luego volvió a hundir su cuchara en el rancho, y se la llevó a los labios con la misma lentitud de antes.

Comía como si celebrara misa, con una solemnidad mesurada. Comer era para él un acto sagrado —*el acto de la contrición*— devuelto a su majestad original.

Y como acto esencial, excluía la prisa y lo desarrollaba con atención y gravedad. Ni una gota de sopa se quedaba en sus labios, ni una sola se caía desde la cuchara al plato.

Aquellos gestos casi sagrados con que Iohann Moritz comía, paralizaban todo escepticismo e imponían el silencio.

No había en ellos nada teatral. Nada gratuito. Nada inútil. A la hora de comer parecía integrarse su persona en el gran ritmo de la naturaleza. Se alimentaba, igual que los árboles extraen su savia desde lo más profundo de la tierra. Todo su ser estaba

presente en acto que llevaba a cabo, y en aquel momento parecía compenetrarse con la naturaleza, fundirse íntimamente con ella.

Después de haber comido, permaneció algunos instantes inmóvil, como contemplando un espectáculo que se desarrollara ante sus ojos, un espectáculo que sólo él era capaz de ver. Luego, uniendo sus tres dedos, se persignó de nuevo.

Se volvió hacia Traian y le dijo, como si hubiera vuelto a la tierra tras un largo ensueño:

—Es un gran pecado comerse el alimento de los demás. Se puso en pie y se fue a lavar el plato.

Traian permaneció tendido, con los ojos fijos en la lejanía, pero no veía el horizonte. Le parecía seguir teniendo ante él la imagen de Iohann Moritz celebrando el culto de la nutrición, aquel acto solemne al que él acababa de renunciar.

147

—Me niego a aceptar todo auxilio médico —dijo Traian Koruga.

Finalizaba el cuarto día de ayuno. El comandante del campo, teniente Jacobson, advertido de que un grupo de periodistas americanos, que visitaban los campos y los prisioneros de Alemania, acababan de llegar a Stuttgart, ordenó al burgomaestre Schmidt y al médico jefe que se las arreglaran para instalar a Koruga, durante algún tiempo, fuera del campo. No quería que la prensa se inmiscuyera en aquel caso demasiado espectacular. Traian Koruga no era nazi. Su padre, muerto recientemente, había sido sacerdote y tenía ambas piernas amputadas. La mujer de Traian era judía. Demasiados elementos de escándalo para un periodista. Jacobson no deseaba provocar un escándalo. Si los periódicos desencadenaban una campaña de prensa, le llamarían inmediatamente a América, precisamente cuando estaba a punto de completar una importante colección de porcelanas alemanas, compradas con paquetes de cigarrillos y embaladas ya en una bodega de la zona inglesa de ocupación. Sólo le faltaba hacerlas llegar a Estados Unidos. Si lo lograba, viviría tranquilamente, sin hacer nada, durante el resto de sus días.

Pero para ello era absolutamente necesario seguir en el cargo de comandante del campo, por lo menos hasta que todo estuviera terminado.

Si los periodistas no se hubieran hallado en Stuttgart, el teniente no habría temido el escándalo. El caso Koruga podía pasar silenciosamente, sin ser señalado siquiera en los informes. En todos los campos, muchos prisioneros morían diariamente de hambre, y en el hecho de que la mayoría murieran porque no comían bastante y que otro muriera porque no quería comer, no había ninguna diferencia importante. Pero las circunstancias variaban con la presencia de los periodistas. El escándalo amenazaba dar al traste con todos los proyectos del teniente Jacobson, y por eso quería evitarlo a cualquier precio.

El burgomaestre Schmidt —antiguo coronel de las S. S. y jefe de la policía de Weimar— prometió al comandante del campo arreglar todo aquel enojoso asunto en el menor plazo posible y sobre todo con la mayor discreción.

—Todo médico está obligado a cuidar a un enfermo, incluso si éste no lo desea —recalcó el burgomaestre, dirigiéndose a Traian—. Tiene usted fiebre y vamos a trasladarlo a la enfermería del campo.

Eran las diez de la noche. Iohann Moritz no se apartaba del camastro de Traian. Cada vez que oía la voz del burgomaestre Schmidt no podía contener un estremecimiento. Le recordaba la de Iorgu Iordan. Era casi igual…

—Rehúso moverme de aquí —gritó Traian—. Si quieren sacarme no es porque estoy enfermo, sino porque tienen ustedes miedo del escándalo que puede provocar mi presencia. Pero no podrán ahogar mi voz. Yo les molesto, pero no los veinte mil cadáveres que pueblan este campo. Y es que ellos se mueren con mayor suavidad. Y cuando se muere suavemente no se provoca ningún escándalo. ¿Por qué no los

trasladan también a ellos al hospital?

—Mi deber de médico me ordena trasladarle a usted —dijo el doctor Dorf, médico de los prisioneros—. Su estado es muy inquietante, señor Koruga. No podemos dejar que permanezca una noche más en esta tienda.

Dos enfermeros levantaron a Traian Koruga y lo depositaron en la camilla. Moritz cerró los puños con furia. Hubiera querido defender a Traian, pero sabía que el combate estaba perdido de antemano.

—Hacer una cosa justa en nombre de una causa injusta es un gran crimen —sentenció Traian.

El doctor aparentó no haberlo oído.

—Vamos —dijo.

Los enfermeros sacaron la camilla fuera de la tienda.

Los prisioneros se apartaron en silencio para abrirle camino.

Aquel silencio era como el que precedía a la muerte. Todas aquellas personas comprendían que algo muy grave acababa de ocurrir. Pero nadie hubiera sabido decir exactamente de qué se trataba.

En el cielo brillaba la luna llena. Iohann Moritz seguía la camilla, con la cabeza baja, como en un cortejo funeral. Llevaba en la mano las ropas, los zapatos, las gafas y la pipa de Traian.

Al llegar a la puerta de la enfermería le prohibieron la entrada.

—No tienes permiso para acompañarnos al interior —dijo el burgomaestre—. La orden es severa. Yo mismo entraré las ropas y los zapatos.

Aquella noche Iohann Moritz se paseó solo a lo largo de las alambradas que rodeaban la enfermería. No podía resignarse a abandonar a Traian…

148

Encerraron a Traian Koruga en una estancia del barracón que hacía las veces de enfermería. Había seis camas, pero ninguna estaba ocupada. El médico había mandado que desalojaran a todos para que estuviera solo.

Dos enfermeros jóvenes le guardaban.

Traian se volvió hacia la pared. Sus labios estaban secos como la ceniza y su mente proyectaba pensamientos semejantes a una película en colores.

Tenía los ojos cerrados. Pero a pesar de ello se sentía deslumbrado por una luz intensa como sólo podían producirla unos tubos «neón». Aquella luz le subía de dentro; era un resplandor cálido que le quemaba los párpados. Todos sus pensamientos parecían iluminados y todo su cuerpo hecho de luz, ligero y ardiente como sus sueños. Tenía la impresión de estar flotando en el espacio.

«Ahora comprendo por qué ayunan los ascetas y los místicos», pensó.

«Cuando se tiene hambre es más fácil desligarse de la tierra. Dios está más cerca. Parece que se está tocando el cielo con la frente.»

Permaneció largo rato en aquel estado de éxtasis, hasta que de pronto se dio cuenta de que le habían llevado la cena.

Volvió la espalda a la bandeja que uno de los enfermeros acababa de dejar sobre una silla, junto al camastro. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. Su olfato adivinó el aroma de patatas fritas con mantequilla y el fragante perfume de una taza de café. Sintió la presencia de aquellos platos como si los hubiera ya degustado. Sin duda, su olfato se había agudizado, pues hasta aquel día no había podido distinguir nunca con tanta precisión un olor de otro.

Sobre la bandeja debía haber, además, un tazón de leche caliente. El aroma de la leche era tan intenso como el del café. El olor de la carne seguía persistiendo y Traian lo sentía en toda su estridencia; como un color demasiado violento que se destacara, en un cuadro, de los demás. El olor de la manteca y la carne asada aumentaban el efecto provocante de los otros platos y parecían impregnar la manta, la camisa, los tabiques…

Sintió que penetraba hasta su estómago. Tuvo la sensación de que estaba ya comiendo, de que no ayunaba con toda la austeridad deseada. Hizo un esfuerzo para eliminar el aroma de los alimentos del aire que respiraba, pero no le fue posible. Y el perfume se fue haciendo más penetrante a cada minuto.

Entonces se dedicó a analizar los aromas lúcidamente, como si descompusiera la luz a través de un prisma.

«Es un medio como otro de comprobar mis posibilidades olfativas», se dijo, dejándose arrastrar por aquella operación que le daba la ilusión de estar dominándose, de tratar a los alimentos como si fueran un objeto destruido. Uno de los primeros descubrimientos que hizo fue que la carne no era de cerdo ni de buey. Era carne en conserva, y por lo tanto, mezcla de numerosos ingredientes. Comprobó que se hallaba

en presencia de una carne de volátil, probablemente de pavo. Le acometieron deseos de comprobarlo, pero se contuvo y permaneció con el rostro vuelto hacia la pared. La leche estaba un poco quemada. Sin duda era leche en polvo, demasiado concentrada. La habían hervido muy aprisa. En la bandeja había también mermelada. Su aroma era el más débil, tan débil que el olfato de Traian apenas lograba percibirlo. Pero en cuanto lo descubrió, se sintió lleno de una intensa satisfacción de intelectual, como si hubiera batido una marca o hecho cualquier importante descubrimiento de laboratorio. Lo único que no llegaba a saber era si en la bandeja había pan. En caso de que hubiera, debía ser pan blanco, hecho con harina americana, cernida hasta el punto de no contener más que almidón.

—Debería usted comer en seguida —dijo el enfermero acercándose al camastro—. Si los platos se enfrían, no tendrán sabor.

Traian no respondió. Hubiera deseado proseguir la operación y analizar el contenido de la bandeja sin mirarlo, pero no se sintió ya capaz. No podía concentrarse ni hallar la calma necesaria para ello.

En aquel instante todos los olores parecían mezclarse, confundirse en uno solo, como los siete colores del espectro se confundían en la luz blanca. Las palabras del enfermero habían mezclado los olores, como una piedra echada en un estanque que rompiera las ondulaciones armoniosas del agua.

Traian Koruga se entristeció por no poder seguir analizando, por no poder seguir saboreándolos en toda su integridad. Luego se durmió. A la mañana siguiente, la bandeja seguía allí. Traian Koruga ni siquiera la miró. El olor de los platos se había esfumado. Los alimentos ya no vivían. Se habían helado: estaban muertos.

Sintió entonces una enorme fatiga. No se movió, ni abrió los ojos. Humedeció varias veces sus labios y comprobó que tenían un sabor amargo y áspero.

El enfermero apareció con otra bandeja y la dejó junto a la cama, después de haberse llevado la del día anterior. La bandeja contenía huevos. Su aroma restallaba con el ímpetu de un color violento. Al lado de los huevos, mermelada de naranja, leche, café y mantequilla. Todos aquellos olores herían a Traian Koruga como flechas que penetraran en su carne.

Su sufrimiento fue tan agudo, que apretó los párpados y los labios.

«Señor, ayúdame a terminar cuanto antes —murmuró suplicante—. Es demasiado duro resistir sin cesar a la tentación cuando se está encerrado en una envoltura de carne.»

Se consoló con el pensamiento de que su cuerpo se agotaría dentro de dos o tres días.

«Para entonces habré muerto», se dijo. Y luego volvió a dormirse.

149

Traian Koruga se incorporó y miró por la ventana. Era mediodía. En la explanada central del campo, los prisioneros, formados en tres filas, se hallaban completamente desnudos. Toda la explanada central estaba llena de hombres desnudos.

Bajo la propia ventana de la enfermería había un *jeep* rodeado de un grupo de soldados armados con matracas. Los soldados mascaban goma. Los prisioneros iban presentándose por turno, completamente desnudos y avanzando temerosos. Traian conocía aquella sensación. Él había pasado por parecidas circunstancias. «¿Una nueva pesquisa? —se preguntó—. ¿Qué esperarán encontrar ahora?»

Las pesquisas tenían lugar varias veces al mes.

Un anciano se acercó a los soldados.

«El Metropolitano Palade, de Varsovia», se dijo Traian.

El sacerdote era alto, aunque un poco encorvado y muy delgado. Desde lejos podían contarse sus costillas, hasta el punto de parecer un esqueleto recubierto de piel. Su barba era la única cosa blanca de todo el campo. Los ojos parecían alegrarse al contemplarla. Era de una blancura suave, heráldica. Los soldados se echaron a reír verle.

Pero el Metropolitano no pareció reparar en ellos. Contemplaba el cielo, que aquel día era azul como la cúpula de una iglesia bizantina.

Los soldados examinaron los dedos del sacerdote.

—¡Abre los dedos! —ordenó el intérprete.

El anciano abrió los dedos. Los soldados le miraron atentamente. El prisionero no llevaba anillo alguno.

—¡Levanta los brazos! —ordenó de nuevo el intérprete.

El sacerdote obedeció. Primeramente a la altura de su pecho, como en ademán de bendecir. Luego por encima de la cabeza. No miraba ni al intérprete ni a los soldados, pero éstos sí le examinaban atentamente para ver si no llevaba joyas escondidas en los sobacos.

Luego le levantaron la larga cabellera. El Metropolitano tenía un pelo blanco, flotante. Hubiera podido esconder joyas debajo. Los soldados lo fueron separando, mechón por mechón, primero con el extremo de los bastones, luego con la mano. Palparon después su barba para ver si no había escondido anillos debajo.

—¡Vuélvete! —dijo el intérprete.

El anciano se volvió de espaldas al soldado.

Se inclinó y dobló su espalda como para rezar ante los iconos. Pero sin duda aquello no bastaba.

—¡Abre las piernas! —dijo el intérprete.

El Metropolitano obedeció. Sus piernas eran delgadas y blancas. El intérprete y el soldado se inclinaron para ver si el Metropolitano llevaba anillos u otros objetos de oro escondidos entre las piernas. Uno de los soldados dijo algo a su camarada.

El anciano seguía inclinado, con las piernas abiertas y vuelto de espaldas.

—Puedes marcharte —dijo el intérprete.

Los soldados se volvieron hacia el siguiente.

El Metropolitano se alejó con el mismo paso vacilante. Su barba y su pelo flotaban al aire como una bandera sedosa y blanca. A Traian le pareció que no estaba desnudo como los demás.

Le siguió con la mirada hasta que se hubo reintegrado a su puesto, en la larga columna de hombres desnudos. Sin embargo, ni aun entonces pareció confundirse con la multitud. Algo flotaba sobre su cabeza. Algo que obligaba a mirarla. Acaso fuera la blancura de su pelo o la de su barba. Acaso el porte de su cabeza. Sea lo que fuera, obligaba a contemplarle como se contempla a los iconos.

—Ahora sé lo que estoy viendo —dijo Traian Koruga estremeciéndose.

Los enfermeros se volvieron hacia él, pero Traian siguió mirando por la ventana como si los ignorara.

«La cabeza del Metropolitano está rodeada de luz, de una aureola. Tras esa frente hay un resplandor intenso, más intenso que el neón o la electricidad. Una luz dorada que expande sus rayos sobre la cabeza.»

Después de volver a su puesto en la columna, el anciano levantó los ojos hacia las ventanas de la enfermería. Los rayos que rodeaban su cabeza parecieron brillar con más fuerza.

«La aureola no es una invención de los pintores de iconos», se dijo Traian. Examinó a los prisioneros. Entre ellos se veían otras cabezas aureoladas. No conocía a sus poseedores. Pero el rector de la Academia de Viena tenía una. Un joven periodista de Berlín, otra. Un ministro griego y el embajador de Rumania en Berlín tenían también sus aureolas. Y otros. Sus frentes proyectaban rayos, como si ardiera en sus cabezas un fuego muy fuerte o un reflector eléctrico. Y aquellos rayos hubieran podido alumbrar todo el Universo.

150

—¿Por qué no quiere usted comer? —preguntó el teniente Jacobson.

Había entrado en la estancia de Traian, haciendo salir al doctor y al burgomaestre para quedarse a solas con el prisionero.

—¿Qué es lo que usted quiere? —preguntó el teniente—. Le ruego que no siga tomando este campo por una feria…

—No como porque no tengo hambre —dijo Traian—. Mi apetito ha desaparecido súbitamente. Siento náuseas. Unas náuseas terribles. Parece como si tuviera los intestinos vueltos al revés. Y usted teniente. ¿No siente náuseas?

Jacobson no contestó, pero lamentó haberse quedado a solas con Traian Koruga. El prisionero debía estar loco. Sus ojos brillaban extrañamente. «Si da un salto puede estrangularme con facilidad», pensó el oficial. Echó una mirada hacia la puerta y luego sonrió.

—Cálmese, señor Koruga —dijo—. Está usted muy excitado y es comprensible que se halle así. Desde hace seis días no ha tomado nada, ni bebida ni alimentos.

—Quédese, teniente. No estoy loco —exclamó Traian—. No tenga usted miedo. Mi pregunta sobre las náuseas ha sido estúpida. Está bien claro que no puede usted tener náuseas. Si desde el principio se utiliza el recurso de cerrar los ojos y taparse la nariz, no se corre ningún riesgo. El ser humano se acostumbra a todo, hasta a las náuseas. Es solamente cuestión de voluntad. Yo no tengo voluntad. Y quizá sea ésta la causa de que me hayan acometido las náuseas. Hay obreros que almuerzan, comen y cenan cerca de cloacas o de letrinas. No les importa porque están acostumbrados. Les he visto con mis propios ojos comerse su salchichón y su pan con mantequilla a dos pasos de los agujeros del retrete. Se relamían los labios, parecían contentos y bromeaban. Hasta el olfato más refinado llega a acostumbrarse. Los alemanes quemaban los cadáveres de los prisioneros de sus campos de concentración y apenas cerraban la puerta del horno crematorio, se iban alegremente a comer, sin el menor rastro de náuseas. Hay aquí hombres que fabricaron colchones con pelo de mujeres asesinadas en los campos de concentración, y esos mismos hombres se sirvieron de tales colchones para acostarse con sus amantes. Sobre ellos engendraron hijos y eso no les acongojó. Yo estuve en la misma cárcel con una mujer que tenía en su alcoba y en su tocador pantallas hechas con piel humana. Tamizaban la luz, dándole un resplandor amarillento y lascivo. A la luz de esas pantallas de piel humana la mujer amó, comió, bebió, bailó y hasta se abandonó en los brazos de un hombre. Fue feliz. Los seres humanos se habitúan a las náuseas. Es una simple cuestión de costumbre y de voluntad. Los rusos violaron mujeres de ochenta años, una cantidad infinita de mujeres de ochenta años. Pero no tuvieron náuseas y después se bebieron botellas de *vodka*. Ustedes no harían jamás semejantes cosas. Lo sé. Ustedes, los americanos, no violan a las mujeres. Les dan chocolate y utilizan preservativos cuando se acuestan con ellas. Tampoco obran ustedes como los alemanes. Cada pueblo tiene sus

costumbres. Pero la verdad es que tampoco temen a las náuseas, hagan lo que hagan. No corren ningún peligro de que les acometa ese asco profundo que sube de uno mismo, ese asco que es, precisamente, mi sufrimiento. Tengo revueltas las tripas y la bilis. Las náuseas me invaden el estómago. ¿Por qué? Porque tengo piedad de los seres humanos. ¿Cómo quiere usted que pueda comer en esas condiciones? ¿Cómo quiere que siga teniendo apetito? ¿No se da cuenta de que, de ahora en adelante, no podré volver a comer jamás?

El teniente Jacobson se levantó. Lamentaba haber visitado al prisionero. El burgomaestre y el médico no le habían prevenido de que Traian Koruga estaba loco. Y era verdad.

—Tiene usted razón, señor Koruga —dijo conciliador—. En tales condiciones sería imposible que siguiera usted teniendo apetito.

—No se marche —dijo Traian—. Me cuesta levantarme. ¿Quiere mirar por la ventana y decirme si las pesquisas han terminado?

—No; aún no —respondió el teniente Jacobson.

Traian Koruga volvió a sentirse maravillado. ¿Cómo podía un hombre sentarse a la mesa, como Jacobson, después de haber presenciado las pesquisas que tenían lugar en el patio?

Era mediodía.

—Las pesquisas no han terminado todavía —dijo Traian—. En realidad no han hecho más que comenzar. Primero han buscado ustedes el oro en las maletas, en las casas, entre los harapos, en los bolsillos, en los zapatos, en las costuras, en los calzoncillos. Ahora lo buscan en las bocas de los hombres, en sus sobacos y en todos los huecos de su cuerpo. Por doquier. Los hombres tienen que desnudarse ante ustedes. Pero eso no es más que el principio. Mañana arrancarán la piel para buscar el oro que esté debajo. Luego arrancarán los músculos, los separarán de los huesos. Después romperán esos huesos para comprobar que no esconden piezas de oro. Prensarán ustedes los cerebros de los hombres. Rebuscarán entre sus tripas y los despedazarán completamente. Todo para buscar oro. Piezas de oro, anillos de oro, alianzas de oro. Cortarán ustedes los corazones en pedacitos para buscar oro. ¡Oro! ¡Oro! ¡Oro! Esto sólo es el principio; sólo rebuscan ustedes entre la piel. Mañana la arrancarán. Y las pesquisas continuarán…

Se interrumpió. El teniente Jacobson no se hallaba ya en la habitación. Traian Koruga se dio cuenta y volvió la cabeza hacia la pared.

151

Petición n.º 6 —Tema económico: «Valores hallados sobre los prisioneros».

En el curso de las pesquisas efectuadas en la persona de los prisioneros, se han confiscado los anillos, las alianzas, las pulseras, los relojes, las estilográficas, el dinero y todos los objetos de valor.

Pese a que las pesquisas se hacen cuidadosamente, son, sin embargo, imperfectas.

He podido observar hoy que ciertos prisioneros tenían alrededor de la cabeza una corona semejante a las aureolas de los santos pintados en los iconos. Los santos, lo sé, tienen coronas de oro. Las de los prisioneros no son de oro ni de ningún otro metal precioso. Si así fuera, esas coronas —o si lo prefieren— esas aureolas, habrían sido ya confiscadas. Pero a pesar de no contener ningún metal precioso, su valor no es desdeñable.

No soy hombre de ciencia, pero creo que esas coronas deben tener un gran valor, pues sólo pueden formarse gracias a las irradiaciones que emanan del espíritu de ciertos prisioneros.

Resulta interesante poner de manifiesto que en la Sociedad técnica occidental no se producen semejantes fenómenos. Estos son, según parece, patrimonio de las Sociedades no civilizadas. Pero eso no tiene ninguna importancia. Desde el momento en que tales coronas representan cierto valor, no deben seguir en posesión de los prisioneros. Está formalmente prohibido que éstos posean objetos de valor.

Creo recordar que en el curso de la historia fueron ya objeto de confiscaciones esas coronas o aureolas. Los conquistadores bárbaros de la especie de Gengis Khan apreciaban en su justo valor tales ornamentos, descubiertos en ciertos prisioneros, y se los arrancaban. En aquella época de la historia no se disponía de los medios actuales de transporte. Para no estropear la forma y la luminosidad de tales aureolas, Gengis Khan, que quería poseerlas en su corte, dio la orden de que se trasladara la cabeza al mismo tiempo que la aureola. Las cabezas aureoladas de los prisioneros de China y de Arabia fueron ensartadas en una cuerda, atadas a las sillas de los caballos y llevadas a Mongolia. Pero en el camino, y probablemente a causa de las condiciones atmosféricas y los bruscos cambios de temperatura, la aureola desapareció y todas aquellas cabezas cortadas tuvieron que tirarse. Además, habían comenzado ya a descomponerse.

Para evitar semejante pérdida harían ustedes mejor no cortando la cabeza a los prisioneros como hacía Gengis Khan. Los que posean esta corona preciosa podrían guardarse en invernaderos de aire acondicionado y temperatura constante y ser enviados posteriormente a la patria de ustedes.

Nuestra sociedad posee la dicha inigualable de disponer de medios técnicos necesarios y ahorrarnos así las pérdidas sufridas por los conquistadores bárbaros. Las crónicas cuentan que más de medio millón de aureolas se perdieron.

Les ruego que acepten, como de costumbre, la expresión de mi inmensa

admiración.

Keep smiling!

El testigo

152

—Dentro de cinco minutos le trasladarán al hospital —dijo el burgomaestre paseando por la habitación de Traian con las manos en la espalda—. Allí le alimentarán a la fuerza. Lo lamento, pero hasta ahora hemos tratado de hacer todo lo que estaba en nuestra mano. El teniente Jacobson se ha preocupado por usted, pero todo ha sido inútil. No ha querido usted comprendernos. Sólo queríamos su bien y usted nos ha vuelto la espalda.

Traian, tendido en su camastro, tenía la cabeza vuelta hacia la pared.

—Su manera de obrar denota una ausencia total de camaradería —dijo el burgomaestre, encolerizado—. Hace usted perder el tiempo a los médicos y al teniente Jacobson con sus asuntos personales. Tenemos que ocuparnos de veinte mil hombres y no podemos detenernos en uno solo. Las cuestiones individuales tienen que excluirse, pues cada uno de nosotros tiene una familia, una mujer, hijos y preocupaciones. ¿Qué ocurriría si todos le imitáramos? Pero usted no piensa nunca en la colectividad. Es egoísta. He seguido los consejos del teniente Jacobson, que es un romántico, y, como todos los americanos, cree aún en la democracia, y el resultado ha sido perder por lo menos cinco horas diarias en ocuparme de un solo individuo en detrimento de los veinte mil restantes. ¡Una locura!

—Ustedes no se ocupan de ningún prisionero de este campo —dijo Traian—. Se ocupan de una máquina administrativa, es decir, de una cosa impersonal. No hay que confundir a los hombres de este campo con esa máquina, que significa tan sólo archivos, máquinas de escribir y cifras. De todo eso se ocupan ustedes. Pero jamás se han ocupado, señor burgomaestre, de los veinte mil hombres del campo. De esos veinte mil hombres, que están hechos de carne, de sangre y de espíritu, que están hechos de sufrimientos, de fe, de deseos, de hambre, de desesperación y de ilusiones.

»Ustedes no se ocupan ni de su sangre ni de su carne, que son elementos individuales. Ni de sus esperanzas o de sus desesperanzas, que son aún más individuales. Ustedes se ocupan de cifras y de papelotes. No conocen a un solo prisionero. ¿Cómo puede usted pretender que se ocupa de veinte mil prisioneros cuando no repara siquiera en uno solo? ¡Es ridículo! Son tan sólo las nociones, las abstracciones las que le interesan, no los hombres. Ni siquiera yo le intereso en este momento. No soy para usted más que una fracción de esos veinte mil hombres. Y por eso se encoleriza con la idea de estar perdiendo el tiempo. No ha debido usted contemplarme como a un individuo. Como tampoco ha debido contemplar a su mujer como un ser humano tomado aisladamente. Estoy seguro de que la ha considerado como mujer, como madre de sus hijos y ama de su casa, pero jamás ha debido verla en su conjunto. Y sin embargo, ella no existe de otro modo…

»No ha conocido usted a ningún ser en toda su integridad, pues de haber conocido a uno solo no tendría la impresión de estar despilfarrando su tiempo al ocuparse de uno entre ellos. Usted no ha conocido más que seres humanos reducidos a una sola

dimensión, pero ésos no son seres humanos, igual que los cubos reducidos a uno de sus lados no son ya cubos.

El enfermero entró a anunciar que la ambulancia estaba preparada.

—Quisiera despedirme de mi amigo Iohann Moritz —dijo Traian.

—Tiene usted prohibido dirigir la palabra a otro prisionero.

Traian Koruga le volvió la espalda al burgomaestre. Los enfermeros le envolvieron en una manta, llevándole como un paquete a la ambulancia.

La ventanilla del vehículo estaba tapada con una cortinilla, pero Traian Koruga tuvo la seguridad de que Iohann Moritz se hallaba en la puerta de la enfermería.

—Dos americanos acaban de traernos a un prisionero loco.

El médico jefe del hospital-cárcel de Karlsruhe se levantó de la cama, dio la vuelta al interruptor de la electricidad y echó una ojeada a su reloj. Era la una de la madrugada. El enfermero que acababa de anunciarle la novedad le ayudó a vestirse. El médico abandonó la alcoba de un humor de perros.

Sólo se acostumbraba a trasladar los prisioneros al hospital por grupos. Los mandos administrativos del campo aguardaban a que el número de enfermos alcanzara la cifra de un centenar para trasladarlos al hospital. Aun aquellos cuya enfermedad era grave se veían obligados a aguardar tres o cuatro semanas en la enfermería del campo a que se completara el número para efectuar el traslado en masa. Durante el año no se habían dado más que dos excepciones. Aquélla era la tercera.

—¿Qué clase de loco será para que nos lo envíen completamente solo a esta hora de la noche? —preguntó el médico penetrando en el despacho.

—Sin duda un caso bastante grave —dijo el enfermero—. Aún no he podido verle, pero si dos americanos se han tomado el trabajo de traerlo a estas horas, no puede ser más que un caso serio.

Afuera hacía frío. El médico acababa de abandonar su cama caliente y por eso no pudo contener un temblor al firmar el alta del prisionero.

Los dos americanos volvieron a su ambulancia y se marcharon después de haber cambiado unas palabras con el médico jefe. Éste se acostó otra vez, renunciando a ver al prisionero inmediatamente. Hacía demasiado frío. Dio las instrucciones necesarias para que lo trasladaran a la sección respectiva y luego volvió a su alcoba, tibia y acogedora.

Durante los primeros momentos, Traian Koruga permaneció desconcertado, sin saber siquiera dónde se hallaba. Ignoraba que la ambulancia había tenido una avería en el camino, la cual les había retrasado bastante. Tampoco tenía la menor idea de la hora que era. Había abierto los ojos en el momento de atravesar el patio del hospital, tendido sobre unas angarillas. Su primera visión fue el cielo obscuro cuajado de estrellas.

«La vía láctea», dijo sonriendo al inmenso camino plateado que brillaba en el cielo. Y en aquel mismo instante recordó las palabras del burgomaestre: «Le trasladaremos a un hospital para que le alimenten a la fuerza». Apretó los labios, decidido a rehusar toda asistencia médica. «Mientras conserve la lucidez rechazaré toda comida y bebida.»

Los enfermeros le oyeron decir «la vía láctea» y se echaron a reír. Al llegar al vestíbulo dejaron la camilla en el suelo. Uno de ellos se acercó a Traian y le dijo irónicamente:

—Hemos llegado a la Vía Láctea.

Él no hizo siquiera caso de la broma. Luego sintió que le cogían en brazos y le tendían en una cama.

154

Contempló atentamente la habitación donde se hallaba. La lámpara del techo estaba rodeada de una tela metálica y la ventana sólidamente cerrada con barrotes. En la habitación había cuatro camas. Los dos enfermos contiguos hablaban entre sí. Llevaban uniformes alemanes.

Cuando Traian entró la víspera en la habitación, ni siquiera habían vuelto la cabeza. Ambos parecían jóvenes. El tercer enfermo permanecía en su cama, con la manta tapándole la cabeza. Traian veía sus grandes zapatos emergiendo bajo las sábanas y se preguntaba cómo podría dormir a aquella hora.

Al lado de la puerta, un enfermero, enfundado en una bata blanca, estaba sentado. Su cabeza se parecía a la del burgomaestre Schmidt. Una cabeza cuadrada y maciza, con todos los músculos del rostro inmóviles, como muertos. Sus miradas eran también mortecinas y vidriosas. Mirándolo atentamente se veía que la cabeza del enfermero no era la de un hombre muerto, sino más bien la de un ser que no hubiera estado nunca vivo.

Al ver que Traian se había despertado, se aproximó.

—¿No quieres explicarnos una historia? —preguntó.

Le pellizcó la barbilla como a un niño. Traian Koruga dió media vuelta en la cama sin responder.

—¡No quieres contarnos nada! —dijo el enfermero—. Eres de los que se callan.

Le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Si te divierte, puedes seguir distrayéndote con la araña que tienes en el techo.

Luego volvió a sentarse en su silla, al lado de la puerta.

«No cabe duda. Me han encerrado en un manicomio por haber hecho la huelga de hambre.»

Traian se mordió los labios. Toda su fatiga había desaparecido, apoderándose de él un deseo loco de lucha.

«¡Estoy en un manicomio! —se dijo—. En realidad su plan no es malo. Jamás oí nada semejante, ni siquiera en las novelas que describen las torturas de las prisiones rusas. Todos los médicos prisioneros y los profesores universitarios del campo han firmado un certificado de que estoy loco. Quieren probar que mi declaración de huelga es un acto de locura. Pero hay cosas en la vida que no se terminan de una manera tan sencilla. Estoy decidido a seguir luchando.»

Apretó los puños con furia…

«Ahora tengo que probarles que estoy cuerdo.» Se levantó, acercándose al enfermero. La extrema debilidad le hacia vacilar y tuvo que apoyarse contra la pared.

—¿Has venido a contarme tu historia? —preguntó el enfermero—. Ya sabía yo que acabarías haciéndolo. —Se echó a reír—. Todos los que vienen aquí tienen una historia que contar; pero ahora no tengo tiempo para escucharte, pequeño. Me la contarás mañana o pasado mañana, dentro de un mes o de un año. Ya tendrás tiempo de explicármela…

El enfermero volvió a desplegar el periódico que estaba leyendo y añadió:

—Tu cama está al fondo. Acuéstate y permanece tranquilo. No te metas en otra cama. ¿Has entendido?

—Quiero pedir algo —dijo Traian.

—Ya sé que quieres pedirme algo —dijo el enfermero con aire aburrido—. Pero ahora no tengo tiempo de atenderte. Vuelve a tu cama. Tienes que ser un buen muchacho, pues así no recibirás azotaina con el látigo que voy a enseñarte.

Sacó del cajón de la mesa un látigo de caballería y se lo enseñó Luego volvió a meterlo en su sitio.

Traian Koruga se dio cuenta de que toda palabra era inútil. Todo lo que pudiera decir pasaría por las habladurías de un loco. Volvió a su cama y se metió en ella. Cerró los ojos…

«No me bastaba estar encarcelado. Ahora me encuentro en un manicomio.»

Hubiera querido organizar un plan de acción para el día siguiente, pero no se sintió capaz y acabó por conciliar el sueño.

—¡Levántate!

Traian se estremeció. Acababa apenas de adormecerse y ya le despertaban. Ante él se hallaba el enfermero que le había transportado la víspera en la camilla y que al atravesar el patio le había dicho que acababan de llegar a la Vía Láctea. Traian reconoció su voz.

—Dame todo lo que tienes en los bolsillos.

Traian se levantó metiéndose las manos temblorosas en los bolsillos, sacó su pañuelo y se lo entregó al guardián. Luego sacó de otro bolsillo su pipa y se la alargó también. En el bolsillo superior guardaba un pequeño icono. El icono de San Antonio. Lo contempló brevemente y se lo dio también al carcelero.

—¿No tienes nada más?

—No —respondió Traian—. Es todo lo que llevaba en los bolsillos.

—¡Levanta los brazos! —ordenó el enfermero.

Traian alzó los brazos hasta la altura de su pecho. Le dolía terriblemente la cabeza y una ligera neblina empañaba sus ojos.

—¡Más arriba! —ordenó el guardián.

—No puedo —respondió Traian—. Me encuentro mal. Voy a desvanecerme.

El enfermero lo cogió por los brazos, levantándolos por encima de la cabeza. Traian sintió sus propias manos pesarle como piedras sobre el cráneo. Jamás se había imaginado que sus manos pudieran parecerle tan pesadas. Ni siquiera podía moverlas.

El enfermero le rebuscó en los bolsillos. Luego dijo:

—Puedes bajar las manos.

Al ver que Traian no se movía, le cogió los brazos y se los bajó él mismo.

—Quítate los cordones de los zapatos.

—Déjale tranquilo —dijo el enfermero que estaba de guardia en la habitación—. Está más amarillo que la cera.

Tendieron a Traian Koruga en la cama, le desanudaron los zapatos y le quitaron los cordones. Luego le bajaron el pantalón para quitarle las cintas de los calzoncillos militares. Tras unos breves instantes de vacilación le quitaron también las gafas.

—¡No me quiten las gafas! —dijo Traian Koruga con voz suplicante.

Era muy miope.

—Supongo que querrás cortarte las venas con los cristales, ¿verdad?

—Sin gafas no veo nada.

—Aquí no tienes nada que ver…

El enfermero hizo un paquete con las gafas, el pañuelo, la pipa y el icono de Traian Koruga. Era todo lo que éste poseía en el mundo. El enfermero lo cogió

maquinalmente y salió de la habitación.

—¡Levántate y come!

Traian contempló el plato lleno de sopa que le tendía uno de los loqueros.

—Es inútil…, no comeré nada.

—Si crees poderte salir con la tuya pierdes el tiempo —dijo el enfermero.

Dejó el plato en el suelo y se dirigió a la cama inmediata.

—Hago huelga de hambre desde hace seis días —dijo Traian.

—Aquí todo el mundo hace huelga de hambre, querido. ¡No eres el único!

El loquero se acercó al enfermo que dormía con la cabeza tapada con la manta y que llevaba unos enormes zapatos herrados. Le destapó. Era un anciano de barba blanca. Miró temeroso a su alrededor y escondió el rostro en la almohada.

—¿Qué quiere usted? —preguntó.

Luego hundió nuevamente la cabeza en la almohada.

—¡Levántate, abuelo! —ordenó el enfermero—. Vamos a darte de comer.

Los dos locos más jóvenes se aproximaron también al viejo. Iban siempre cogidos de la mano, como si temieran que alguien les separara. El loquero les llamaba «los alanos».

—Vosotros, «alanos», saltad encima de él —ordenó como si se dirigiera a unos perros.

Uno de los «alanos» cogió al anciano por los sobacos; otro le levantó la cabeza, sentándose en la cama.

—Suavemente, más suavemente, no vayáis a romperle los huesos —dijo el loquero echándose a reír.

El anciano lloraba silenciosamente. Con la barbilla apoyada en el pecho miraba obstinado hacia arriba.

—¡Abre la boca, abuelito! —dijo el enfermero—. La nodriza te trae el biberón.

El anciano apretó la barbilla contra el pecho y cerró las mandíbulas con todas sus fuerzas.

—¡Abridle el morro!

Los «alanos» se arrodillaron sobre la cama, metieron sus dedos en la boca del viejo y le abrieron las mandíbulas.

Uno de los enfermeros le apretó la nariz con una mano y con la otra le echó una cucharada de sopa en la boca.

El enfermo escupió la sopa en el pecho de uno de los «alanos», que se echó a reír. El enfermero echó la segunda cucharada en la boca del viejo. Esta vez el enfermo no logró escupirla. La sopa le obstruyó el gaznate y tuvo que tragársela a toda prisa para no ahogarse.

—Me ahogo —gritó.

Pero la operación continuó. El anciano gritaba de vez en cuando, debatiéndose entre los brazos de los «alanos», que le tenían sujeto con todas sus fuerzas. Pero

inútilmente.

—Ya ves que esto es bien fácil, abuelo —exclamó el enfermero. El anciano estaba amarillo como la cera. Traian Koruga se tapó los ojos para no seguir viendo aquel espectáculo.

—¿Tienes miedo? —preguntó el enfermero—. Pues dentro de algunos minutos te tocará el turno.

—¿Le daremos también de comer? —preguntaron a una sola voz los «alanos».

—Si no se porta bien, le daremos también de comer.

Los «alanos» dejaron de mirar al anciano y fijaron sus ojos en las mandíbulas y el cuello de Traian.

Éste se inclinó, cogió el plato de sopa y se puso a comer de prisa, sin mascar siquiera. Cuando hubo terminado dijo:

—Tienen ustedes razón. Quien rechaza la comida después de haber sido internado en un manicomio, es un loco. Los locos no pueden hacer huelga de hambre, pues son unos irresponsables. Pero yo no estoy loco aunque coma. Y con eso no quiero decir que haya dejado de combatir.

158

«Es absolutamente necesario que les pruebe que estoy cuerdo», se dijo Traian. Le dolía la cabeza y el alimento que acababa de ingurgitar le pesaba como plomo en el estómago, pero se esforzaba en sostenerse erguido y sonriente. Se acercó al enfermero.

—Quisiera hablar con el médico que dirige este servicio —dijo.

—Aguarda la visita —respondió el enfermero—. Entonces podrás hablar con el médico.

—¿Y no es posible hacerlo antes de la visita?

—Los enfermeros de este servicio no tienen permiso para llamar al médico fuera de las horas de visita.

—Comprendo —dijo Traian—. ¿Por qué van a molestarse por un loco? Pero juro que yo no lo estoy.

—¿Por qué, pues, te habrían enviado aquí si estuvieras cuerdo?

—Para que dejara de practicar la huelga de hambre —aclaró Traian—. Ya te lo he dicho varias veces. Pero ahora he comido. No hay ninguna razón para que me sigáis considerando como a un loco. Si hubiera rehusado comer, habrías podido tomar mi gesto por un acto de locura y no como una simple protesta. Ahora, en cambio, todo está bien claro…

Traian se dio cuenta de que el enfermero leía el periódico sin escucharle.

—¿Sigues tomándome por un loco, aún después de haberme visto comer?

Su voz tembló.

—Ve a acostarte y déjame leer el periódico —ordenó el enfermero.

—¡Pero te repito que no estoy loco!

—Claro que no, claro que no —dijo el enfermero—. Acuéstate tranquilamente. Hay que portarse bien. Los muchachos que no son buenos reciben algún que otro latigazo.

159

El médico no acudió aquel día a hacer su visita. Alrededor del mediodía, uno de los «alanos» fue llamado por un enfermero. Media hora más tarde lo devolvieron a la habitación, tendido en una camilla. Las aletas de su nariz, tapadas con algodón, temblaban; su frente estaba muy pálida y una espuma verdosa le salía de la boca, como si fuera un perro rabioso.

El otro «alano» sonrió maliciosamente al contemplar el cuerpo rígido de su amigo, que de vez en cuando sacudían los espasmos. El pecho se levantaba como un fuelle y los músculos de las manos y de las piernas temblaban por sí solos, como despegados del resto del cuerpo. Su piel había adquirido otro color. No era ya la piel de un hombre vivo. Su espina dorsal parecía rígida, con la rigidez de las cosas muertas. Incluso los espasmos que le sacudían no eran nada vivo. Eran espasmos automáticos, de muñeco mecánico. El único signo vivo de todo su cuerpo era aquella espuma verdosa que le salía de la boca, extendiéndose por su pecho y por la lona de la camilla.

—¿Qué le han hecho al «alano»? —preguntó Traian.

—Nada —respondió el enfermero con indiferencia—. Inyecciones.

—¿Qué clase de inyecciones? ¿Por qué se debate así?

—No seas curioso —dijo el enfermero—. Ya te tocará el turno. Mañana, sin más tardar.

—¿Mañana?

Traian Koruga contempló el cuerpo que se debatía en la camilla.

—¿Te sorprende? —dijo el enfermero—. No sé por qué. Aquí todos tienen que recibir sus inyecciones.

Cambió el algodón de la nariz del «alano» y le pellizcó la mejilla. El loco no pareció reaccionar.

—Aunque le cortaras a pedazos con un cuchillo no sentiría nada. Pierde toda sensibilidad durante esa crisis. Todos necesitáis inyecciones. Así se ponen los nervios en movimiento. Contempla la hermosa gimnasia que está haciendo…

Traian volvió a la cama y hundió el rostro en sus manos. La puerta se abrió. Pero no era el médico, sino un enfermero que iba a buscar al segundo «alano». Le cogió por el brazo y con él salió de la habitación.

Poco después, el otro «alano» volvió a la habitación en una camilla, siendo colocado al lado de su amigo. Llevaba el mismo tapón de algodón en la nariz y de su boca salía la misma espuma verdosa. Su cuerpo se debatía en prolongados espasmos.

Sacaron también al anciano, devolviéndolo pocos instantes después tendido en otra camilla.

Traian echó una ojeada a los tres cuerpos que se debatían al mismo ritmo, aunque completamente extraños los unos a los otros.

—¿Qué clase de inyecciones? —preguntó.

—Cardiazol —dijo el loquero—. Excitante para los nervios. Sacude el cerebro y disipa la niebla que tenéis dentro.

Se echó a reír.

Traian contempló de nuevo los tres cuerpos tendidos a sus pies. Sus convulsiones parecían maquinales, como los movimientos de unos «robots». Las aletas de sus narices se dilataban y temblaban a iguales intervalos, con el mismo ritmo e igual intensidad, mientras los pechos se levantaban y se bajaban como los pistones de una máquina.

Toda la vida de aquellos cuerpos se había reducido a movimientos automáticos de los músculos. La voluntad, los intestinos y el espíritu parecían muertos. No quedaba más que el reflejo maquinal, amplificado y transformado en espasmo.

A Traian le pareció tener ante sus ojos la visión de la vida humana de la Sociedad técnica contemporánea. La habitación donde se hallaba fue agrandándose desmesuradamente, hasta abarcar toda Europa, todo Occidente, toda la Tierra.

Dejaron de hallarse en aquella estancia los tres hombres reducidos a sus solos reflejos, identificados con unos «robots» y pareció llenarse con todos los hombres del mundo.

Fue una visión estúpida, exagerada, pero que obsesionó a Traian a partir de aquel instante. Le pareció ver al burgomaestre Schmidt, del campo de Kornwestheim, bailando al mismo ritmo diabólico. Y con él, al teniente Jacobson, al gobernador Brown, a Samuel Abramovici y a todos los demás. Todos bailaban el mismo ritmo dislocado de «jazz», de máquina, de excitación provocada por el cardiazol. Toda la sociedad se debatía en iguales espasmos… Traian se tapó los ojos, horrorizado, y gritó:

—¡No quiero…! ¡No quiero…!

—En la ficha individual de usted no hay nada que indique esa pretendida huelga de hambre.

El médico le lanzó una mirada suspicaz.

—De haber hecho esa huelga, constaría en su ficha. En vez de eso, leo: «Confusión mental, obsesión suicida, accesos de violencia y manía persecutoria». Eso es todo. Nada en absoluto sobre la huelga. Ésta representa un acto lúcido y consciente, pero no está señalada en esta cartulina. Su diagnóstico está firmado por dos profesores universitarios. Dos eminencias de la medicina alemana. ¿A quién quiere usted que conceda crédito? ¿A usted o a los dos profesores?

El médico parecía convencido de que Traian se había inventado, de cabo a rabo, toda aquella historia.

—¿Está usted seguro de que su mujer se halla también detenida? —preguntó el médico—. Personalmente me inclino a creer que ni siquiera está usted casado… ¿Y su alianza?

—Me fue confiscada durante las requisas en el campo.

—Es posible —dijo el médico—, pero no tengo ninguna prueba de que sea así. Debo basarme únicamente en lo que me indica su ficha médica. No se indigne por mi incredulidad, pero hasta que no se compruebe me veo obligado a basar mis deducciones en las premisas siguientes: su mujer no está detenida y ni siquiera está usted casado, su padre no ha muerto en el campo y no es verdad que haya sido usted detenido sin razón. Necesito hacer abstracción de todo lo que me ha contado.

Traian Koruga se quedó perplejo unos instantes. Luego pensó: «¿Cómo probar una persona que está cuerda? Cada movimiento, cada gesto considerado hasta este instante como perfectamente normal se convierte, sometido al más escrupuloso análisis, en un gesto típico de loco. Las mismas palabras, las mismas frases, las mismas opiniones que parecen normales en la vida corriente, que parecen hasta inteligentes, se convierten en síntomas de locura cuando se está entre las cuatro paredes de un manicomio. La verdad es que ni siquiera pueden precisarse las fronteras entre el estado normal y el de locura. Y sin embargo… ¡tengo que demostrar que no estoy loco!»

—¡Le suplico que me ayude, doctor! —dijo Traian.

—¿Qué puedo hacer?

—¡Creerme!

—No adelantaríamos gran cosa —respondió el médico.

—No le pido que diga que me cree, sino que me crea verdaderamente —dijo Traian—. Y le ruego también que me someta a un riguroso examen médico.

—Su última petición es perfectamente inútil. El examen médico es obligatorio —dijo el médico—. En cuanto a la primera, siento no poder acceder. Soy hombre de ciencia y sólo creo lo que puedo comprobar. No puedo creer nada sin pruebas.

—¡Créame como hombre!

—Soy hombre de ciencia —repitió el médico recalcando cada palabra—. Mi conciencia profesional me prohíbe creer a nadie por su palabra, sin ninguna prueba como aserto…

161

La segunda petición de Traian fue cumplimentada de una manera escrupulosa. Aquel mismo día le sometieron a un examen médico. Le sacaron sangre de las venas de ambos brazos y de las yemas de los dedos. Luego nuevamente del brazo y más intensamente que las anteriores. Traian soportó con resignación toda aquella tortura y dio su sangre también con resignación. Estaba convencido de que el Hombre tenía que hacer siempre ofrenda de su sangre. Siempre… Por doquier…

Pero el análisis no debió bastar, pues luego le pincharon en la nuca para extraerle algunas gotas de líquido cefalorraquídeo. Soportó el dolor intenso de aquella operación. Sabía que el hombre tenía que ofrendar también su mente y no sólo su sangre. Si no, le niegan el derecho de vivir.

Excitaron también sus glándulas. Le extrajeron las más íntimas secreciones poniéndolas entre dos planchas de cristal y analizándolas luego a la luz intensa de las lámparas. La orina, la saliva y el jugo de diversas glándulas del intestino fueron examinados con el microscopio, puestos en probetas, pesados y destilados en el laboratorio del manicomio.

Los médicos radiografiaron luego sus pulmones. Más tarde su cabeza. Después todo el esqueleto, hueso por hueso y coyuntura por coyuntura.

Buscaban la herida que había provocado el grito desesperado del Hombre en petición de justicia. La herida parecía esconderse, pero los médicos se empeñaban en encontrarla dentro del cuerpo de Traian, de sus pulmones, de sus huesos, de su cerebro, de su sangre y de su médula. Y él les dejaba hacer todo lo que querían. Le examinaron luego todos los músculos, uno a uno, y todos los nervios para observar las reacciones. Las rodillas, las manos, el estómago… Auscultaron su corazón y trataron de sorprender el menor movimiento anormal de sus pulmones. El oído del médico siguió atentamente todos los movimientos secretos de su sangre, y luego pesaron su cuerpo, midieron su talla, su capacidad torácica, sus huesos, sus brazos y sus piernas. Le obligaron a abrir la boca, examinándole los dientes, contándolos y golpeándolos. Luego le tocó el turno a la lengua, que fue observada como un manjar de aspecto sospechoso, igual que lo había sido todo su cuerpo. ¿Podía utilizarse? ¿O había que desecharlo?

Le tocó luego sufrir el interrogatorio de los psiquiatras. El médico discutió con él mañana y tarde y algunas veces hasta por la noche, anotando sus respuestas a las preguntas más anodinas. Los médicos trataban de hallar huellas de locura, como los detectives las del asesino en la casa de la víctima. Incitaron a Traian a hablar de su niñez, de su madre, de sus hermanas, de su padre y de las mujeres que había conocido. Su alma fue disecada, puesta al desnudo, abierta como un armario repleto de trajes viejos y ropa sucia. Los médicos metieron su nariz en todos los repliegues sin sentir náuseas de revolver en aquella vida oculta, íntima.

Por fin se acabó el examen.

—¡Está usted perfectamente sano! —dijo el médico—. Sólo tiene algunos complejos inevitables procedentes de la subalimentación, de la avitaminosis y de un peso inferior al normal. Prescindiendo de eso, todo está en orden. Un poco de anemia, las coyunturas inflamadas a causa de la falta de alimentación, el pulso irregular por debilitamiento del organismo, algunas manchas inofensivas en los pulmones y un poco de reumatismo. Pero todo eso no son más que males corrientes y sin importancia.

—¿Está usted convencido de que no estoy loco? —preguntó Traian.

Se sentía cansado, tan cansado como Jesús en el monte de los olivos.

—Le ruego que me haga salir inmediatamente del hospital.

—Vamos a internarle en la sección de medicina general —dijo el médico—. Está usted terriblemente debilitado.

—¡Quiero volver al campo! —dijo Traian.

—Lo que pide no es razonable.

—¡Quiero que me devuelvan al campo lo antes posible!

* * *

Una semana más tarde, Traian Koruga volvió a ingresar en el campo. Sus documentos certificaban que no estaba ni había estado nunca loco. Los ojos le brillaban con el placer de la victoria. Pero todo su cuerpo vacilaba como una sombra hecha de sufrimientos y fatiga…

162

—La detención automática es un método, que no puede constituir nunca un motivo suficiente —dijo Traian Koruga—. Para encarcelar a un hombre, para tratarle como a un criminal y para matarle por medios más o menos lentos, tiene que haber una causa. Es necesario que se reconozca a ese hombre como culpable. ¿De qué soy culpable yo? ¿De qué es culpable mi mujer? ¿Qué crimen pudo cometer mi padre? ¿Qué ha hecho Iohann Moritz? En el instante en que le formulé a usted esa pregunta con una desesperación absolutamente normal, después de haber permanecido quince meses encarcelado, me consideró víctima de una crisis de locura. A partir del momento en que el anhelo del hombre por la justicia y por la libertad se conceptúan como locura, es que el hombre no existe. Puede poseer la civilización más adelantada de la historia, pero de nada le servirá.

El teniente Jacobson encendió un cigarrillo. Había ordenado que Traian Koruga compareciera ante él a su regreso del hospital. Pero lamentaba ya aquella orden.

—Ustedes, los europeos se lo toman todo por lo trágico —dijo el teniente Jacobson—. Cualquiera diría que sólo saben hacer eso.

—Es posible que tengan ustedes razón —dijo Traian—. Sin duda es un defecto. Pero creo que asistir con la sonrisa en los labios a la tragedia, a las convulsiones del hombre, es cosa infinitamente más grave, incomparablemente más grave… En tales circunstancias es mucho más que un simple defecto o una simple falta.

—He tratado de hacer algo por usted —dijo el teniente Jacobson—. Pero no me ha sido posible. He pedido que le pongan en libertad…

—Estoy convencido de que lo ha hecho usted. Pero no ha servido de nada. No podrá jamás lograrlo. Ningún hombre podrá, de ahora en adelante, conseguir la libertad de otro o liberarse a sí mismo. El hombre está en minoría y tiene las muñecas atadas. No puede hacer nada por sí mismo o por sus semejantes. El hombre está encadenado por las cadenas de la burocracia técnica. Es todo lo que la civilización occidental contemporánea puede ofrecernos: *cadenas*.

—Vuelva al campo —dijo Jacobson—. Descanse. *Take it easy!* Y sobre todo, no haga tonterías.

—No puedo hacer más de lo que la sociedad técnica permite aún hacer al hombre.

—¡Ya vuelve usted a divagar! —dijo el teniente Jacobson—. No me gusta verle así. ¿Quiere usted un cigarrillo?

—Con mucho gusto.

Traian cogió el cigarrillo y luego preguntó:

—¿No tiene usted la impresión, teniente Jacobson, de que somos todos unos espectadores que nos empeñamos en seguir en la sala después de haber acabado la función? Y esa obstinación es completamente inútil. Al final, nos echarán. Hay que airear la sala, levantar las sillas, limpiarla. Los continentes tienen que airearse. Dentro de unos instantes comenzará otro espectáculo. La historia continuará el ciclo de su

representación. Ayer se anunciaban «las peticiones», es decir, los gritos suplicantes del hombre pidiendo a los ciudadanos de las oficinas que le dejen vivir. Pero la petición del hombre condenado a muerte, y en la que pedía gracia, fue rechazada. Ni siquiera la leyeron. El espectáculo no tuvo éxito. Ni siquiera podía mostrar un *happy end*. Mañana se representará una pieza que tendrá por título «El Ballet mecánico». Será un espectáculo sin hombres. En la escena no aparecerán más que «robots», máquinas y ciudadanos sin rostro. Pero yo ya no estaré allí para ver la pieza. El espectáculo comenzará demasiado tarde para que yo pueda asistir. Usted, en cambio, tendrá un lugar reservado. Pero solamente para las primeras representaciones. ¡Diviértase! Y no olvide que sólo tiene reservada la butaca para el principio de la temporada…

Traian Koruga dejó el cigarrillo encendido en el cenicero y abandonó la estancia.

163

Traian Koruga encontró a Iohann Moritz a la entrada del campo. Parecía estar muy triste. En cuanto vio a Traian, se echó a llorar.

—Creí que no volvería a verle.

—¿Lo habrías lamentado?

—Hasta el día de mi muerte —dijo Iohann Moritz, estrechándole las manos—. Ni siquiera pude despedirme cuando se marchó. No me dejaron entrar en la enfermería. ¿Dónde ha estado usted?

—En el manicomio —dijo Traian.

Iohann Moritz abrió la boca sorprendido.

—¡No es posible! ¿En el manicomio?

—Sí, en el manicomio —dijo Traian—. Te he traído algo para fumar.

Sacó el pañuelo y lo desanudó cuidadosamente. En su interior había algunas briznas de tabaco.

—¿Le encerraron allí? ¡Pobre señor Traian!

Se sentaron los dos en el suelo, cerca de la puerta del campo y liaron unos cigarrillos. Moritz no parecía volver de su sorpresa.

—Siempre te ha gustado mi pipa —dijo Traian—. ¿No es verdad?

—Cuando se posee una pipa, se está seguro de tener también algo que fumar —respondió Moritz—. Se pueden aprovechar todos los restos de tabaco que no sirven para liar cigarrillos. Por eso me gustaría tener una pipa… Es dura la estancia en el campo sin tener siquiera una pipa.

—Te la doy —dijo Traian Koruga, tendiéndole a Moritz la pipa que llevaba siempre en la boca, aunque la mayoría de las veces sin nada que meter en ella.

—¡No! No puedo aceptarla… En el campo, la pipa es un verdadero tesoro. ¿Con qué va a fumar usted?

—Ya no fumaré más. Este es mi último cigarrillo.

—¿Se lo ha prohibido el médico?

—No, no me lo ha prohibido… Soy yo quien no quiero fumar.

Iohann Moritz cogió la pipa y la llenó de tabaco.

—Se lo agradezco —dijo—. Pero si se le ocurre volver a fumar otra vez, le devolveré la pipa. Cuente usted con ella. ¿De verdad no volverá a fumar?

—No, no volveré a hacerlo jamás.

Moritz sonrió.

—Muchas veces prometí yo también que no volvería a fumar. Pero jamás pude cumplir la promesa. No es fácil renunciar al tabaco.

—Lo sé —dijo Traian—. Pero esta vez va en serio.

Traian Koruga encendió el cigarrillo que tenía en la mano y Iohann Moritz hizo igual con la pipa. Fumaron largo rato en silencio. Traian se quitó las gafas y las contempló atentamente, con aire respetuoso.

Eran unas gafas con montura de concha. Las contempló como si fuera a separarse de ellas.

De todos los objetos personales que habitualmente llevaba encima, no le quedaban más que aquellas gafas. Poco a poco le habían ido confiscando la petaca, la alianza, el portamonedas, la pluma estilográfica, y el lápiz…

Sólo le quedaban las gafas.

La crucecita que había llevado al cuello desde su infancia reposaba sobre el pecho de su padre, enterrado en cualquier lugar ignorado y oculto. Según el rito de la religión ortodoxa, los sacerdotes tenían que ser enterrados con sus ornamentos y un icono sobre el pecho. Su padre, en el momento de morir, no llevaba más que el blusón americano con las iniciales «PW» en la espalda y las mangas.

Traian contempló las gafas: eran su único patrimonio. Una sombra de melancolía pasó por sus ojos y luego se las tendió a Iohann Moritz.

—¿Quieres guardar mis gafas?

—¿Ha conseguido ver sin gafas? —preguntó Moritz, que siempre había considerado una pesada carga la circunstancia de llevar gafas.

—No, no puedo ver nada —dijo Traian—. Pero no volveré a llevarlas.

—Me sorprendía verle siempre con ellas —comentó Moritz—. No se las quitaba más que para dormir…

—Si te sueltan antes que a mí —dijo Traian— te ruego que lleves esas gafas a mi mujer. Quizá tardes en hallarla. Pero no importa; sigue guardándolas y procura no romperlas. Quizá volváis a veros en Rumania…

Iohann Moritz cogió las gafas y las contempló con aire distraído. Presentía que Traian le estaba ocultando algo. Era muy significativo el hecho de que le hubiera dado su pipa y sus gafas.

—No temas, Moritz —dijo Traian—. Sólo deseo que guardes esas gafas. No volveré a llevarlas y tampoco quiero que caigan en manos extrañas. Gracias a ellas he visto muchas cosas en la vida. ¿Comprendes por qué les tengo tanto afecto?

»A través de sus cristales me di cuenta por vez primera de la belleza de mi mujer. Vi mil mujeres hermosas. Contemplé cuadros, estatuas, museos, ciudades… Con ellas me extasié ante el cielo, el mar y las montañas. Leí centenares de libros y vi morir a mi padre. Con esas gafas he presenciado cómo Europa se hundía, cómo morían de hambre muchos hombres, cómo eran torturados, vejados y humillados en los campos de concentración.

»Con estas gafas he visto santos, hombres y locos. Fueron para mí como unos ojos. Algunas veces he llegado a confundirlas con los míos propios. Han sido inseparables. Con ellas he visto todo lo que hasta ahora ha habido que ver…

»A partir de hoy no quiero ver nada. Estoy cansado. El espectáculo ha durado demasiado.

»Si siguiera conservándolas, no podría contemplar más que ruinas, ciudades en ruinas, hombres en ruinas, países en ruinas, iglesias en ruinas y esperanzas en ruinas

también…

»Con ellas veo mi propia ruina. La ruina de las ruinas. No soy un sádico y no puedo seguir soportando semejante panorama. Me siento incapaz de soportar esta vista constante de ruinas y más ruinas.

»Debajo de esas ruinas están ya en marcha los ciudadanos de ese mundo nuevo que surge a la Historia. Construyen a un ritmo loco. Quieren erigir cuanto antes su civilización. Han comenzado por las cárceles. Después de todo, eso es cuenta suya… No me siento capaz de construir nada en su compañía. En tal caso, tendría que pasarme la vida entera en el papel de espectador. Pero vivir como simple espectador, es decir, como testigo, no es vivir. Sin embargo, aunque sea triste confesarlo, la Sociedad técnica occidental no ofrece a los hombres más que plazas de espectadores.

»La ironía es amarga, pero verdadera. La única cosa que no me han quitado aún son mis gafas. Eso indica claramente la única actitud que me está permitida. En ciertos momentos llegaba a parecerme que los soldados habían sido generosos dejándome mis gafas. Pero ahora comprendo que no era generosidad, sino sadismo. Pues no sólo me limitaron a mi papel de espectador, sino que me indicaron también lo que tenía que ver: los campos. No me han dado permiso para contemplar otra cosa que campos, manicomios, cárceles, soldados y kilómetros y kilómetros de alambre espinoso. Por tal causa, renuncio a mis gafas.

»Renuncio a la única cosa que me estaba permitida en este mundo. Las gafas, como los ojos, son una de las cosas más maravillosas de la tierra. Pero a condición de estar vivo. Cuando no hay vida o cuando no queda más que un hálito de vida, las gafas se convierten en una broma siniestra. ¿Has visto alguna vez a un muerto con gafas?

—¡Pero usted, señor Traian, no está muerto!

—Es la única esperanza que nos queda, la de no estar aún muertos. Pero la esperanza no puede reemplazar a la vida. Porque es una hierba que crece hasta entre tumbas…

—¡Pero nosotros estamos vivos, señor Traian!

—Creemos y esperamos estar vivos todavía.

Iohann Moritz se quedó mirando a Traian. Recordó que éste acababa de decirle que había salido del manicomio.

—¡No temas, querido Moritz! —dijo Traian—. No estoy loco. Sería una lástima que tú también lo creyeras. Pretendes que estoy aún vivo porque en el momento en que deje de estarlo me verás muerto. Verás cerrarse mis pupilas, dejar de latir mi corazón y helarse poco a poco mi cuerpo. Verás mi cadáver. Pero no dudes, querido Moritz, que hay ciertos muertos que no dejan cadáveres. Los continentes mueren sin dejar restos. Las religiones igual, así como las patrias. También los hombres mueren, algunas veces, antes de poder probar su muerte con su cadáver. ¿Me entiendes?

Iohann Moritz se echó a llorar.

—¿Por qué lloras, querido Moritz?

—Usted está enfermo, señor Traian…

—¿Quieres decir que divago y que estoy loco?

—No; no quiero decir eso, señor Traian. ¿Cómo podría decir un cosa semejante?

—Crees que estoy loco —prosiguió Traian—. Por eso te has echado a llorar. Pero tu llanto es vano. No estoy loco, querido Moritz. Al contrario, estoy más lúcido que nunca.

—Sí, señor Traian.

—Sí, Moritz; estoy lúcido.

—No he creído nunca que estuviera usted loco. Pero me pareció que después de pasar tantos días sin comer ni beber… ¡Está usted tan pálido! No; no he pensado nunca que estuviera usted…

Iohann Moritz se interrumpió, evitando pronunciar la palabra «loco».

Traian Koruga lió otro cigarrillo diciéndose para sus adentros que los hombres que sufrían el derrumbamiento de la cultura occidental, desaparecerían al mismo tiempo que ella. Y lo más paradójico era que quienes asistían a aquel derrumbamiento permanecían extraños al drama. Pertenecían, o bien a una civilización mecánica, como Jacobson, por ejemplo, que le tomaba por loco, o bien eran seres primitivos como Iohann Moritz, estancados aún en la fase de los instintos y las supersticiones, que le tomaban también por loco. Los hombres parecían no tener nada que ver con Europa, y tanto Iohann Moritz como Jacobson tomaban por un loco al hombre que había llegado a los límites del sufrimiento espiritual.

La única que hubiera podido darse cuenta de que aquello no era una locura, sino un sufrimiento llevado a sus últimos límites, hubiera sido, sin duda, Nora, su mujer. Ella sola tenía la seguridad de sobrevivir a aquel drama, pues tenía el adiestramiento hereditario de millares de años de esclavitud y humillaciones. Su raza se había habituado a la esclavitud y al sufrimiento en Egipto, cuando se construían las pirámides, había sufrido luego las persecuciones religiosas en España, los progroms en Rusia, los campos de concentración en Alemania. La raza de Eleonora West resistiría también a la nueva civilización técnica y Traian Koruga se alegraba por Nora. Sonrió, y dijo:

—Enciende la pipa, Moritz, y ve a dejar las gafas en la tienda. Sabes que cuando se las devuelvas a mi mujer tendrán que estar enteras.

—En seguida, señor Traian.

Iohann Moritz se alejó con su paso lento y su espalda encorvada, sin dejar de fumar en la pipa.

Traian Koruga tuvo la impresión de verle atravesar, no el campo, sino los siglos de historia, con el mismo paso ausente, extraño a todo lo que le rodeaba. Con sus raíces profundamente hundidas en la tierra y los ojos fijos en el milagro renovado del cielo azul, sin preguntarse nunca por qué era de aquel color.

«Iohann Moritz y Nora West sobrevivirán a Europa» —se dijo—. «Vivirán hasta en el seno de la Sociedad técnica occidental. Pero no podrán sobrevivir mucho

tiempo. A ningún ser humano le será posible hacerlo. Acaso asistan a las primeras representaciones. Pero después de la desaparición de los últimos hombres, de los hombres más fuertes, los *robots* del Este, del Oeste, del Norte y del Sur poblarán la tierra…»

164

Iohann Moritz desapareció entre las tiendas. Traian Koruga se levantó, tiró el cigarrillo y se dirigió hacia la puerta central del campo.

Los prisioneros no tenían permiso para penetrar en el patio que daba acceso a la entrada principal.

Traian lo sabía, pero siguió andando, con el mismo paso firme, ni muy lento, ni demasiado rápido. Era el paso con que se regresa a casa al anochecer, después de un día de trabajo, consciente de poder ofrecerse el lujo de no tener que apresurarse, pero decidido al mismo tiempo a no tardar demasiado.

Los prisioneros que se hablaban en el patio —y había siempre tres o cuatro mil— se dieron cuenta de que un detenido había penetrado en la zona prohibida. Se acercaron a las alambradas para verle mejor, creyendo que se trataría de algún secretario de la comandancia o algún médico. Sólo ellos tenían permiso para franquear aquella barrera.

Querían presenciar lo que iba a ocurrir. En el campo no pasaba nada que no fuera observado y contemplado ávidamente por millares de ojos. Los prisioneros, obligados a ver cada día las mismas cosas, buscaban ardientemente todo acontecimiento nuevo, por pequeño que fuera, con tal de que se saliera de lo ordinario. Es una necesidad primordial del espíritu humano escapar al automatismo y hallar el elemento inédito y personal, el elemento característico singular de la vida.

Un prisionero que atravesaba la zona prohibida era un hecho digno de contemplarse con atención. Era un acontecimiento. Aunque ese prisionero tuviera derecho de hacerlo por su calidad de furriel o de médico, el espectáculo valía la pena de ser visto y los prisioneros ponían todo el interés que se pone en un actor que en la escena representa un acto prohibido a la masa de público.

Traian Koruga se sabía seguido por miles de miradas. Sabía también que los centinelas polacos que se hallaban en las torres de guardia que dominaban la alambrada debían contemplarle sorprendidos, preguntándose dónde se dirigiría.

Traian Koruga no miró ni a los prisioneros que le seguían desde lejos con los ojos ni a los centinelas polacos que se hallaban en lo alto de las torres.

Siguió andando en línea recta. No sólo con el paso firme y rítmico del hombre decidido a pasar a través de todos los obstáculos, sino con la elasticidad del que halla un placer en andar.

Traian Koruga no hallaba ningún placer, pero sabía que lo que estaba haciendo tenía un sentido y aquello satisfacía plenamente su espíritu. Por eso su paso no era duro, ni monótono como los movimientos de las máquinas o de los hombres, obligados por sus pasiones a una loca carrera. El paso de Traian Koruga no era el de un fanático.

Andaba con los ojos muy abiertos, pues veía muy mal sin las gafas. Pero los ojos de su corazón y de su espíritu contemplaban el camino abierto ante él, veían el

sentido de aquella trayectoria, así como su alegría y su dolor.

En los pasos de Traian, en aquellos pasos que se hundían en la arena, sorteando alambradas y centinelas, se leía una tristeza profunda pero discreta y oculta. Era la tristeza de los que se alejan, la misma nostalgia de los marinos cuando ven desvanecerse la tierra entre las brumas.

Los ojos de los centinelas polacos y los ojos de los prisioneros veían simplemente que Traian Koruga iba aproximándose cada vez más a las alambradas. Y aquello estaba prohibido. Nadie tenía permiso para acercarse a un metro y medio de distancia del alambre espinoso.

Sin embargo, Traian Koruga estaba a punto de hacerlo.

Los prisioneros se colocaron las manos a modo de visera para observar mejor los movimientos de Traian. Algunos se mordían los puños, ansiosos de ver lo que iba a ocurrir, en la actitud que hubieran adoptado para asistir a una lucha palpitante, para ver un «film» sensacional o leer una novela policial.

El polaco de la torre de guardia no se atrevía a dar crédito a sus ojos. Quizá se habría llevado también el puño a los labios, de no haberlo tenido crispado en el fusil. Cuando levantó el brazo, la culata del arma siguió el movimiento. Entonces se acordó que cuando un prisionero se aproximaba a las alambradas, su deber era disparar. Y apretó el gatillo…

Sonó el disparo. Pero el polaco se dio cuenta en aquel mismo instante de que acababa de cometer una falta: había disparado sin apuntar. Y cuando se dispara con un fusil hay que apuntar antes. Así lo decía el reglamento y lo sabía su subconsciente. Por eso, de una manea automática, reparó su falta y antes de disparar por segunda vez se echó el fusil a la cara y apuntó al hombre.

Traian oyó el primer disparo. E inmediatamente el segundo. Vio un resplandor relampagueante ante sus ojos y se sintió invadido por una fatiga ardiente, el mismo cansancio que acomete en invierno, en una habitación caliente, después de haber bebido un grog reconfortante. Sintió en sus manos algo cálido. Luego su cuerpo vaciló y cayó sobre la arena, al pie de las alambradas; cayó sin ruido, como un gabán que se descuelga de la percha y se cae al suelo.

En aquel momento le acometió una intensa piedad por aquel cuerpo que acababa de ser derribado. Era su mejor amigo. Ahora se daba cuenta de cuánto le amaba. Luego pensó en Nora y en su padre, que habían sido también sus amigos, igual que el cuerpo. La imagen de Nora, la de su madre, la de Iohann Moritz y el juez Damián se sucedieron en su mente, para caer luego como unos cuadros que cayeran de la pared al quitar los clavos donde se sujetaban.

Los cuadros que representaban aquellas imágenes tan queridas cayeron al mismo tiempo que el cuerpo de Traian Koruga, amontonándose unos sobre otros.

El espíritu, sin fuerzas, ya no pudo retenerles. Lo último que permaneció aún erguido, la última cosa que se resistió a caer, fue su cabeza.

Pero algunos instantes después, también la frente de Traian Koruga se hundió en

el polvo.

Posó su mejilla sobre la tierra cálida y trató de concentrarse en algo.

Pero su memoria cubrió como una bandera las imágenes de otros tiempos y el cuerpo, que comenzaba a desangrarse.

Traian Koruga supo lo que quería decir, pero no lo dijo. Era una plegaria. Una oración. Pero como tantas otras cosas en la vida estaba destinada a permanecer inexpresada. Sin embargo, no era muy larga. De haber vivido aún algunos instantes, solamente unos minutos, hubiera podido musitarla:

> *Erde, du Liebe, ich will…*
> *Namenlos, bin ich zu dir entschlossen…*[12]

Su mejilla y sus labios se pegaron a la tierra cálida en un gesto de ternura, de amistad, en un gesto de abandono total, de amor intenso…

Todo fue solemne, perfecto. Todo se desarrolló con sencillez, con la lentitud majestuosa de un fuego que se apaga.

En el campo, Iohann Moritz se llevó la mano a la boca para ahogar un grito. No quería gritar. Bajó los ojos y se persignó.

165

Cuatro días después de la muerte de Traian Koruga, Iohann Moritz recibía una carta de Suzanna. Decía así:

Querido Iani:

Quizá creías que había muerto. Hace nueve años que carecemos de noticias uno de otro. Muchas veces me repetí que debías haber muerto y otras tantas sentí deseos de hacer que te dijeran tu funeral en la iglesia.

Pero siempre, en el último momento, me arrepentí.

El corazón me decía que no habías muerto. Ahora me alegro de no haber mandado que dijeran misas, pues trae desgracia decir misas por alguien que aún no ha muerto.

El señor Peruset, de la Cruz Roja suiza, me ha dado tu dirección, diciéndome que estabas encarcelado desde hacía algunos años.

Después de agradecer a Dios que te hubiera conservado la vida, le he pedido que abriera los ojos de quienes te tienen encarcelado a pesar de no haber hecho nada, pues sé que no eres ladrón ni criminal y que te tienen encerrado sin razón.

Tengo muchas cosas que decirte. Durante estos nueve años han ocurrido muchísimas novedades. Pero en una carta no hay bastante lugar para explicártelas.

Seguramente te enfadarás al saber que me hallo ahora en Alemania, que abandoné nuestra casa, nuestra tierra y todo lo que teníamos y que he educado a nuestros hijos entre extranjeros. Por eso quiero explicarte todo lo ocurrido.

Te marchaste el segundo día de Pentecostés. Las gentes del pueblo me dijeron que te habían visto entre dos gendarmes con el fusil al hombro. Yo no les creía, porque sabía que no eras culpable de nada y que no había ninguna razón para que te encerraran y que te condujeran como un criminal con la bayoneta en los riñones.

Cuatro semanas más tarde, hice un pan y te esperé. Sabía que volverías hambriento. Cuando el pan se endureció, se lo di a los niños e hice otro para que tuvieras pan tierno a tu vuelta, pues no sé porqué mi corazón me decía que ibas a volver. Te esperé día tras día. Creyendo que llegarías de noche, dejé muchas veces la puerta abierta para que no tuvieras que aguardar a que te abriera. Sabía que ibas a volver cansado y con los pies llagados. Por eso no quería hacerte esperar. Pero no volviste. Dejé de amasar, pues se me acabó la harina, pero seguí esperándote diariamente.

Un día, hacia Pentecostés, el gendarme se presentó para decirme que eras judío y que tenía que quitarme la casa. Para que pudiera seguir viviendo con nuestros hijos, me hizo firmar un papel. Un documento de divorcio. Lo firmé. Pero no por eso me divorcié de ti, y seguí esperándote como antes.

Cuando entraron los rusos, fusilaron al padre Koruga y a los mejores del pueblo. Tu madre y yo rescatamos aquella medianoche al cura, que no había muerto, y quisimos esconderlo en el bosque. En el camino encontramos una columna alemana y les entregamos al padre Koruga, para que lo llevaran al hospital. No sé si hicimos bien. Pero no podíamos dejarle morir. Marcu Goldenberg fusiló al día siguiente a Aristitza, tu madre, por haber hecho eso. Quiso fusilarme a mí también, pero yo cogí a nuestros hijos y huí del pueblo. Temía que los rusos me cogieran y me fusilaran como habían hecho con tu madre. Así que procuré huir lo más lejos posible. Pero los rusos terminaron por cogerme en Alemania, después de terminarse la guerra. No me fusilaron. Fueron buenos conmigo. Me dieron pan, chocolate y ropas para nuestros hijos, porque no eran hijos de alemanes. Tan bien se portaron, que llegué a lamentar haber huido de Fantana a causa de ellos.

Eso duró cuatro días. Estuve enferma y esperaba ponerme buena para volver a nuestra casa. Una noche, alguien llamó a la ventana. Eran soldados rusos. Buscaron por doquier para ver si había otras mujeres y se llevaron a la hija de la dueña, que tenía catorce años. Nos dieron de beber. Sacaron sus armas y dijeron que iban a fusilarnos si no bebíamos. Luego ordenaron que nos desnudáramos. Los niños estaban también en la habitación. Dije que podían matarme, pero que no me desnudaría delante de ellos. Los soldados me arrancaron el vestido y la camisa, desgarrándolos en pedazos. Luego abusaron de nosotras. Me echaron aguardiente en la boca porque no quería beber y luego en las orejas. Perdóname, querido Iani, que te cuente todo eso. Pero no quiero ocultarte nada. Al volver en mí, los rusos no estaban allí, y los niños lloraban a mi alrededor como si lloraran a una muerta.

La noche siguiente volvieron los rusos. Eran los mismos. Se llevaron otra vez a la hija de la dueña y volvieron a abusar de nosotras.

Me escondí con los niños en una cueva, para que no pudieran hallarme. Pero, a la noche siguiente, me encontraron y todo pasó como en las anteriores. Sin embargo, no me enteré de nada, pues me desvanecí antes de que me violaran otra vez.

Dos semanas pasamos así, noche tras noche. Me escondí en el jardín, en casa de los vecinos, en el desván. Pero los rusos me encontraron siempre. Ni una sola noche pude escaparme. Estaba decidida a quitarme la vida, pero cuando miraba a nuestros hijos no tenía valor para dejarles sin madre. ¿Qué iban a hacer los pobres, solos y en una tierra extranjera? Por ellos no me maté, pero puede decirse que desde aquel momento estoy como muerta. Para escapar de los rusos huí hacia el Oeste. Llegué primero donde están los ingleses, y luego los americanos, donde me hallo ahora. Pero en el camino, los rusos me cogieron varias veces y cada vez que me ponían la mano encima abusaban de mí, como de todas las mujeres, delante de los ojos de los niños. Antes de pasar a la zona inglesa, los rusos me tuvieron tres días detenida en la frontera, violándome día y noche. La última vez que lo hicieron quedé encinta. Y hace más de cinco meses que llevo un hijo de ellos en el vientre.

Quiero pedirte consejo, Iani querido. Escríbeme para decirme si, después de todo lo que acaba de ocurrir, me sigues considerando como tu mujer, y si puedo conservar la esperanza de que vuelvas a mi lado alguna vez.

Aguardo con impaciencia tu respuesta, para saber lo que tengo que hacer.

SUZANNA

166

Después de haber leído la carta, Iohann Moritz permaneció largo rato inmóvil, apretando las hojas con sus dedos crispados. Oyó, como en sueños, la llamada para la comida. Pero no se movió, y siguió tendido de espaldas, sin que se alterara un solo músculo de su cuerpo.

Pero su mirada y hasta la propia manera de estar tendido, habían cambiado. No era el Iohann Moritz de unos momentos antes, el Iohann Moritz de siempre. Era otro. Su cuerpo y su alma eran como un cable atravesado por una corriente demasiado fuerte que no hubiera podido resistir. No quedaban más que las cenizas, aún calientes, de lo que había sido. Pero él, Iohann Moritz, ni siquiera existía ya. Si alguien le hubiera pinchado con una aguja, no habría sentido nada. Era un Moritz que no tenía hambre ni sed, un Iohann Moritz que no estaba alegre ni triste.

Hubiera podido reír y llorar al mismo tiempo, pues su mente no participaba ya en nada, porque había dejado ya de vivir.

Se levantó del camastro y abandonó la tienda. Echó a andar sin saber siquiera dónde dirigirse.

Al llegar junto a las alambradas se detuvo, por pura costumbre sin darse cuenta de lo que hacía. De haber dado unos pasos más los centinelas polacos habrían disparado sobre él, como lo hicieron sobre Traian Koruga. Pero no los dio. En realidad le era completamente indiferente andar unos pasos más o quedarse allí, extático, ignorando todo lo que le rodeaba.

Poco después se acercaron dos soldados americanos, con máquinas en la mano, para fotografiarle.

Moritz no se movió. Ni siquiera les miró. Sólo se estremeció un poco al ver acercarse un tercer soldado. Luego preguntó suavemente:

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Strul…?

El soldado americano se detuvo y miró a Iohann Moritz.

Era Strul, el antiguo furriel del campo de judíos de Rumania, Strul, que había huido con él y con el doctor Abramovici. Se miraron mutuamente y se reconocieron.

Pero cuando Moritz volvió a llamarle por su nombre, Strul levantó el aparato fotográfico, se ocultó los ojos e hizo ademán de enfocar a Moritz.

Luego se alejó de prisa, sin responder.

Iohann Moritz permaneció tras las alambradas, contemplando cómo Strul y los otros dos soldados subían a un *jeep* y desaparecían en la lejanía.

Al arrancar el vehículo, Strul echó otra ojeada en dirección de Moritz, pero desvió los ojos al ver que éste seguía mirándole.

Moritz no sintió la menor irritación. Quizá en otros momentos le habría enfurecido ver que Strul, su antiguo compañero de penalidades, aparentaba no reconocerle.

Pero en aquel instante todo le era indiferente.

Permaneció largo rato al lado de las alambradas, completamente abstraído en sus pensamientos.

Alguien le sacó de su meditación tocándole el hombro.

—¡Moritz, prepárate para marchar!

Iohann Moritz se volvió. Por unos instantes creyó que había llegado su orden de libertad, y un resplandor alegre atravesó sus pupilas.

—¿Van a soltarme? —preguntó al jefe de la tienda, que era quien le había tocado en el hombro.

—¡Ay! ¡No, querido Moritz!

—¿Otro campo?

—¡Nuremberg!

Moritz se encogió de hombros, indiferente. Sabía que le habían declarado automáticamente criminal de guerra como todos los miembros de la SS. Era, por lo tanto, natural que fuera a Nuremberg, donde se hallaban también los otros criminales de guerra: el mariscal Goering, Rudolf Hess, Rosemberg, Von Papen… Era posible que le condenaran a muerte. También entraba dentro de las posibilidades que le colgaran. Pero todo le era igual…

Por eso siguió con los ojos clavados en la lejanía, a través de las alambradas.

El jefe de tienda le golpeó amistosamente el hombro.

—Saldrás dentro de media hora.

Moritz no se movió.

—¡Ve a hacer el equipaje! —añadió el jefe de tienda—. Tienes el tiempo justo. La concentración es a las trece horas…

—No tengo equipaje —dijo Moritz.

—¿No quieres llevarte nada?

—Nada.

—¿Ni siquiera tu manta?

—Ni siquiera eso…

El jefe de tienda pensó un instante que si Iohann Moritz no se llevaba la manta, le daría posibilidad de tener dos y dormir mejor. Pero rechazó aquel pensamiento, y dijo:

—Tienes que llevarte la manta. La cárcel del Tribunal Internacional de Nuremberg es fría y húmeda. Seguramente la necesitarás.

—No necesito nada.

—No te retrases —dijo el jefe de tienda antes de alejarse—. La salida está fijada para las trece horas.

Moritz no se movió. Avanzó unos pasos hasta alcanzar la raya blanca que señalaba el punto máximo que los prisioneros podían alcanzar. Su pie la cubrió a medias. Levantó la mirada hacia el polaco de la torre de guardia. Se había echado ya el arma a la cara y parecía dispuesto a disparar. Pero Iohann Moritz no atravesó la línea blanca. Permaneció allí, inmóvil, tocándola solamente con la puntera de su bota.

Media hora después subió al camión que le llevaría a Nuremberg con los otros criminales de guerra del campo.

La carta de Suzanna se quedó en la tienda con todas sus cosas. Los compañeros quisieron leerla, pero tuvieron que renunciar, pues estaba escrita en rumano y no entendían nada.

El papel en que estaba escrita era muy fino. Los prisioneros lo cortaron en pedazos y se lo repartieron para utilizarlo como papel de fumar.

Luego se pusieron a liar sus cigarrillos.

167

Petición n.º 7. —Tema: justicia «Castigo del criminal de guerra Iohann Moritz». (Petición recibida en la oficina del campo después de la muerte del *Testigo*.)

El Tribunal Internacional de Nuremberg ha decidido, en nombre de cincuenta y dos naciones, que mi amigo Iohann Moritz era un criminal de guerra.

Cuando aparezca el decreto de condena, no me pasearé con él por la explanada del campo. Es poco agradable, y además, muy mal visto pasearse en compañía de criminales.

Pero Iohann Moritz parece completamente indiferente a la decisión del Tribunal Internacional de Nuremberg y de la gravedad de su crimen.

Ahí reside el objeto de mi petición.

Mi amigo Iohann Moritz pretende que en toda su vida no ha matado siquiera a una mosca y, por lo tanto, no es un criminal. Tal aseveración debe ser falsa desde el momento en que cincuenta y dos naciones han decidido en un Tribunal Internacional que Iohann Moritz es un criminal. Moritz pretende también no haber conocido a ningún representante de esas cincuenta y dos naciones y, como es natural, no haber cometido ningún crimen contra ellos. Pero su razonamiento es, sin duda, bastante ingenuo. Le he leído los nombres de las cincuenta y dos naciones que le acusan. Confesó oír el nombre de algunas por vez primera en su vida. Ni siquiera sabía que existían en la superficie del globo. Pero creo que esa ignorancia suya no pasaba de ser una excusa.

En las cincuenta y dos naciones se hallaban también incluidas Francia y Grecia. Iohann Moritz no ha podido contener su cólera al enterarse de que también estos países le acusaban. Pretende haber conocido seis franceses a los que salvó del encierro y a un solo griego, internado como él en un campo de concentración, a quien cedió la mitad de su pan. Aparte de eso, jamás tuvo otras relaciones con Grecia. Pero tales detalles no son más que asuntos personales e individuales.

Sin embargo, a Iohann Moritz le han considerado también criminal de guerra de esas dos naciones.

La decisión es clara y categórica.

Con el fin de convencerle de su culpabilidad respecto a las naciones aliadas, he propuesto a Iohann Moritz que purgue su pena a razón de un año de cárcel en cada uno de esos países. Así podrá convencerse de que es efectivamente un criminal de guerra y acabará por desaparecer su indiferencia.

Sin embargo, como es poco probable que Iohann Moritz viva aún cincuenta y dos años dado su estado de debilidad general —estado común a todos los criminales—, y como es probable también que su muerte prematura lesionara a las naciones que no hubieran podido tenerlo en sus mazmorras, propongo que la duración de los trabajos forzados sea reducida a seis meses por cada país. Así cumplirá en total veintiséis años

de condena.

Si al cabo de esos veintiséis años no ha muerto aún (sería verdaderamente lamentable que muriera sin haber purgado su pena en cada uno de los cincuenta y dos países aliados), propongo que se le encadene, obligándole a hacer una gira de un mes a través de las cárceles de cada una de las cincuenta y dos naciones. Cuando el ciclo se termine, nada más sencillo que volver a comenzar.

Así, todas las naciones tendrán su parte en la sentencia y ninguna se sentirá lesionada.

Es necesario que la Justicia se cumpla inexorablemente, pues representa la base sobre la que reposa la Sociedad técnica occidental.

Sin embargo, como ciertos países (por ejemplo, Rusia, Polonia y Yugoeslavia) no mantienen a sus prisioneros en perfecto estado de funcionamiento y hasta llegan a olvidarlos algunas veces en sus cárceles, propongo que antes de cada gira se pese rigurosamente a Iohann Moritz y se le haga un inventario escrupuloso de todos los órganos que posea.

Cada nación deberá hacerse cargo de Iohann Moritz en el propio Tribunal Internacional de Nuremberg, para devolverlo al mismo alto organismo en igual estado que a su recepción y con el mismo número de miembros que los que constan en el inventario.

Así, Iohann Moritz podrá ser mantenido en perfecto estado de funcionamiento y utilizado por cada una de las cincuenta y dos naciones aliadas.

Ya que la Sociedad técnica occidental tiene por principio no dejar que nada se deteriore.

Es nuestro deber pedir a las naciones menos civilizadas que las nuestras, no comportarse bárbaramente con los objetos que les sean confiados.

Pues nuestra misión es civilizar el mundo entero. ¡Ése es el papel que tenemos que cumplir! Y del que estamos orgullosos.

El testigo

INTERMEZZO

Iohann Moritz terminó por salir del campo a los trece años de estar internado.

Había pasado por centenares de campos de concentración, por cárceles y mazmorras. Pero por fin le pusieron en libertad y pudo hallar de nuevo a su mujer y sus hijos.

Eran las diez de la noche. La primera velada que pasaban juntos. Iohann Moritz cenó pausadamente y luego se acodó en la mesa contemplando a sus hijos.

Petru, el mayor, tenía quince años. Al contemplarle, Moritz tuvo que contenerse para no frotarse los ojos. Pero, no…, no soñaba. Aquél era, efectivamente, su hijo.

Petru iba vestido con una zamarra americana teñida de azul, fumaba ya y tenía los mismos ojos que su padre.

Tampoco él llegaba a creer que aquel hombre delgado, de sienes grisáceas, aquel hombre que tenía delante y a quien no había visto antes, fuera su padre.

Pero no quedaba la menor duda. A partir de aquel día iban a vivir juntos en la misma habitación, a compartir la misma comida… Trató de establecer un trato más familiar.

—Hablaré al jefe y quizá pueda encontrarte trabajo en el taller —dijo a su padre.

Iohann sonrió.

—Si te recomiendo yo, el jefe no tendrá ningún inconveniente en admitirte —prosiguió Petru—. Nunca contrata obreros no especializados y tú no eres especializado. Pero creo que hará una excepción cuando le diga que eres mi padre.

Iohann Moritz contempló a su segundo hijo, Nicolae, que tanto se parecía a Suzanna. Era rubio como ella y tenía la misma mirada, suave como el terciopelo.

Luego sus ojos se volvieron hacia el tercer niño, de cuatro años de edad. Aquél no era su hijo, Suzanna lo había tenido de los rusos. Pero Iohann Moritz la había perdonado, pues de nada podía culparla.

Encendió un cigarrillo. Petru le había regalado, como obsequio de bienvenida, un paquete de cigarrillos. Se sentía cansado, pero no tenía ganas de acostarse.

No había más que dos camas en la habitación. Suzanna y el pequeño dormirían en la menor, y él, solo, en la grande. Los otros dos muchachos se acostarían en el suelo.

—Por ahora pasaremos así —dijo Petru—. Más tarde buscaremos una habitación mayor.

Extendieron en el suelo sus mantas y comenzaron a desnudarse.

Iohann siguió sentado a la mesa, con la cabeza cogida entre ambas manos. Contempló como Petru y Nicolae se desnudaban y se acostaban. Le dieron las buenas noches en alemán. A Moritz le habría gustado que se las dieran en rumano, pero los muchachos apenas conocían ese idioma.

Suzanna acostó al pequeño. «El hijo de los rusos», pensó Moritz. Miró al pequeño. Tenía unos bucles rubios y una cara candorosa.

No le gustaba mirarle. Al contestar a Suzanna desde el campo le había dicho que

consideraba al hijo como suyo, pero la verdad era que a ella tampoco le complacía que su marido contemplara al niño. Le desnudó y le metió en la cama con movimientos furtivos, como si quisiera ocultarlo.

Permaneció unos instantes de pie, en medio de la habitación, sin saber qué hacer. Y después fue a sentarse al lado de su marido.

Sabía que Moritz estaba cansado, pero no se atrevía a decirle que se acostara. Experimentaba un raro sentimiento de culpabilidad, como si tuviera la culpa de todo lo ocurrido. De su detención, de los años pasados en los campos de concentración… Se dijo que era estúpido, pero no pudo rechazar la sensación. Ella tenía la culpa, la culpa de todo… También de que los rusos la hubieran violado… Y por eso no podía soportar la mirada de Iohann Moritz, ni se atrevía a decirle que se acostara.

Había sabido de antemano su llegada y le había preparado cena y cama. Él había llegado con un hambre de lobo, devorando todo lo que había en la mesa. Se había fumado ya la mitad del paquete de cigarrillos ofrecido por Petru.

Los niños estaban ya dormidos y un silencio profundo reinaba en la habitación. Suzanna levantó los ojos hacia su marido. Las miradas de ambos se cruzaron y permanecieron unos instantes así, como pegadas una a otra.

—Es el vestido que llevabas aquella noche, ¿verdad?

Moritz se quedó mirando el vestido escotado que Suzanna llevaba la noche que Iorgu Iordan matara a su madre. El mismo que llevaba cuando él la condujo a casa de sus padres, que no habían querido recibirla, y luego a casa del padre Koruga, donde tuvieron que vivir algunos meses en el cuartito inmediato a la cocina. Los primeros meses de su matrimonio Suzanna no llevó otro. No se lo quitaba más que por las noches, para acostarse completamente desnuda. Aquél era el vestido que más gustaba a su marido y llevándolo habían pasado ambos sus más hermosas semanas de amor.

—No había vuelto a ponérmelo desde que te marchaste de Fantana —dijo Suzanna—. El día que te detuvieron me lo quité, jurando no ponérmelo hasta que te viera atravesar de nuevo el umbral de nuestra casa. Durante trece años lo llevé por doquier, aguardándote sin cesar. Sin embargo, nunca me lo puse.

Bajó los ojos avergonzada. Luego levantó la cabeza, y sus miradas se encontraron con las de Iohann.

Él sintió deseos de sentarla en sus rodillas y decirle con sencillez: «Te he echado mucho a faltar…».

Pero no dijo nada.

Encendió otro cigarrillo y echó una ojeada hacia el rincón donde dormían los niños. Luego volvió a mirar a Suzanna. No había cambiado mucho. Su rostro estaba un poco ajado y su tez había perdido la lozanía de antes, su pelo estaba lacio y tenía los senos caídos, pero seguía siendo la misma. Iohann Moritz tampoco había esperado encontrar a la misma Suzanna, a su Suzanna de Fantana, pues sabía que trece años no pasaban en balde.

—Quisiera pasear un poco —dijo finalmente.

Pero no se levantó. Aguardó a que Suzanna lo hiciera primero.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó ella.

Moritz no respondió, pero esperó a que ella se arreglara. Luego salieron de puntillas de la habitación para no despertar a los niños.

Ambos se sentían un poco avergonzados.

Al descender las escaleras sus hombros se rozaron varias veces, Sin embargo permanecieron en silencio largo rato.

El cielo estaba nublado. Moritz quiso ver la calle principal. Ella le condujo hasta allí.

Ante un escaparate iluminado le cogió de la mano para enseñarle un par de zapatos que hubiera querido comprar. Luego siguieron andando. Pero no se soltaron. Miraron otros escaparates, tratando de abstraerse en todo lo que les rodeaba. No hablaron del campo, ni de su casa de Fantana, ni del pasado. Querían que la velada fuera exclusivamente suya. Sin recuerdos dolorosos.

—Descansaré dos días y luego buscaré trabajo —dijo Iohann Moritz—. Quizá Petru pueda lograr que entre en su taller.

—Será mejor que descanses algunas semanas —dijo Suzanna—. Ya buscarás trabajo luego. Estás aún muy débil. Petru y yo ganamos suficiente para vivir. Lavo ropa y tengo una buena clientela.

Le apretó la mano amorosamente. A Moritz le gustó la manera con que ella le había dicho que tenía que descansar.

Llegaron a las puertas de la ciudad. A derecha e izquierda de la carretera se extendían unos prados. Comenzaba a obscurecer.

—Nos creeríamos en Fantana —dijo Iohann Moritz.

—Es verdad —asintió ella.

Siguieron andando. Ambos pensaban en las noches de Fantana, en el grito de la lechuza, en el aroma intenso de los campos. Ambos pensaban en lo mismo.

—Me duelen los pies —dijo Iohann—. ¿Quieres que nos sentemos un momento? —Entraron en un jardín y se sentaron en la hierba—. Como en Fantana —prosiguió él, tendiéndose boca arriba, con las manos en la nuca. Luego se volvió y hundió el rostro en la hierba—. ¿Hueles, Suzanna? Es el mismo olor de la hierba en el jardín de vuestra casa. Aquel jardín donde nos encontrábamos por la noche…

Ella se agachó y aspiró fuerte el aroma de la hierba. Su corazón comenzó a latir intensamente. No le respondió, pues estaba segura de que su voz habría temblado.

Iohann Moritz posó su mano en el hombro de Suzanna. Permanecieron así unos instantes, sin moverse. Lejos, muy lejos uno del otro. Sólo la mano de Moritz en el hombro de Suzanna les recordaba que eran marido y mujer, pero ninguno se atrevía a acercarse más.

—Sabes, Suzanna… En los campos de concentración te eché a faltar mucho… —dijo Moritz.

Alguna estrellas parecieron oscilar en el cielo. Suzanna bajó los ojos

avergonzada, sin saber qué decir.

—Tienes que perdonarme, Suzanna —añadió Iohann—. Pero en el campo soñaba frecuentemente que estabas a mi lado completamente desnuda. Eso sucede con frecuencia cuando se está detenido. Quiero decirte la verdad… —dijo como si se disculpara—. Pero soñaba contigo, desnuda, tal como estabas cuando te tendías en la hierba, tras la casa de tu padre… Aquéllos eran los tiempos más hermosos de nuestra vida.

Suzanna se aproximó aún más a él y apoyó la cabeza en su hombro. Él le acarició la barbilla. Luego el hombro. Luego metió la mano entre sus senos.

—Vas a arrugarte este vestido que has conservado más de trece años —dijo. Ella sintió deseos de decirle que el vestido no se arrugaba—. Harás mejor quitándotelo y dejándolo en la hierba, como hacías en Fantana.

Suzanna se quitó el vestido. Lo hizo rápidamente, como si se escondiera para que no pudieran verla. Se quedó completamente desnuda. Su cuerpo se destacaba sobre la hierba verde como si fuera de mármol. Iohann la cogió por el talle, diciéndole sorprendido:

—¡Eres la misma de entonces! No has cambiado. Eres igual que cuando estábamos en el jardín. ¿Cómo has hecho para no cambiar?

—No es verdad —dijo ella—. He envejecido. En cambio, tú sigues siendo el mismo.

Moritz la atrajo hacia sí. Ella se apartó instintivamente.

—Te apartas como entonces —dijo—. Como si estos trece años no hubieran transcurrido…

Volvió a atraerla hacia sí. Esta vez, Suzanna no se apartó. Iohann la besó en los labios intensamente, frenéticamente, como entonces…

—Tu cuerpo huele como la hierba de Fantana —dijo amorosamente Suzanna—. Tu cuerpo tiene siempre ese olor a hierba y paja. Yo tampoco he dejado de pensar en ti. Te lo juro. Noche y día he pensado en ti… Tú has sido mi sol, mi marido, mi cielo…

Iohann Moritz sabía que no mentía. Sólo le había pertenecido a él, a él solo. Lo sentía a través de su cuerpo ardiente, a través de los latidos de su corazón, de las palabras que le quemaban el oído.

Sabía que era su sol y su cielo, que no había hecho otra cosa que esperarle. Sabía que todo lo ocurrido durante aquellos trece años acababa de borrarse. Volvían a estar juntos. Exactamente como antes. Y ante ellos, la vida…

Y Iohann Moritz dejó de temer a la vida.

Se levantaron al despuntar el alba. Los dos se sentían bastante avergonzados.

—No somos ya jóvenes como hace trece años —dijo ella—. Hubiéramos tenido que volver antes a casa.

Él se echó a reír.

Decidieron volver al mismo sitio la noche siguiente.

—Y todas las noches —dijo Moritz—. Parece que hayamos vuelto a Fantana, y que todo lo ocurrido en este tiempo no haya pasado verdaderamente.

Durante todo el camino de regreso fueron bromeando y riéndose. No se sentían ya extraños el uno al otro, ni avergonzados. Iohann cogió a su mujer por el talle y ella no opuso resistencia.

—¿Sabes que no me siento cansado? Mañana iré con Petru a buscar trabajo. ¿Por qué esperar más tiempo? Podremos alquilar dos habitaciones. Ganaré dinero y seremos felices.

Ella era partidaria de que descansara antes. Pero Moritz estaba decidido.

—Mañana me iré con Petru —repitió—. Estoy acostumbrado a trabajar. Durante trece años he estado trabajando mañana y tarde, sin descansar un solo día.

Se detuvieron ante una tienda. El escaparate estaba aún iluminado.

—Con mi primer salario te compraré ese collar de cuentas —dijo—. Ésas, las rojas… ¿te gustan?

Ella miró el precio y luego a su marido. No supo qué contestar. Sus sueños de que Iani volvía y le compraba un collar de perlas se había realizado.

—No volveremos a separarnos —dijo.

—Si mañana comienzo a trabajar, el sábado te compraré las perlas.

Cuando llegaron a la calle donde vivían, era ya casi de día.

Moritz estrechó a Suzanna entre sus brazos y la besó en la boca.

—No puedo besarte en casa porque nuestros hijos se burlarían de nosotros —dijo con una sonrisa—. Nos creen viejos. Pero no somos lo que ellos creen…, ¿verdad que no somos viejos?

Ante la puerta había un camión con los faros encendidos.

El corazón de Moritz comenzó a latir con fuerza. Tentó el bolsillo donde llevaba la documentación. Estaba en regla, y sin embargo se sentía inquieto. El camión era muy parecido a los del campo y sus faros proyectaban el mismo resplandor.

Claro que Moritz sabía perfectamente que sus papeles estaban en regla y que todos los faros del mundo daban igual luz. Sin embargo, el temblor era más fuerte que él.

—¿Por qué tiemblas? —preguntó Suzanna.

Moritz no respondió, pero se apresuró a entrar en la casa.

Al subir la escalera encontraron a dos policías que bajaban de su piso. Acababan de despertar a los hijos de Iohann Moritz para decirles que a las siete de la mañana tenían que estar en la puerta, con cincuenta kilos de equipaje por persona.

Al encontrar a Iohann Moritz en la escalera, aprovecharon la ocasión para repetírselo.

—A las siete de la mañana tienen que estar ustedes en la puerta.

—¿Adónde nos conducen? —preguntó Suzanna.

—Todos los extranjeros del este de Europa van a ser internados —respondió el policía—. Es una medida de política. Sus países están en guerra con los aliados de

Occidente. Pero no se inquieten: se vive muy bien en los campos. No es más que una simple medida de seguridad. No se asusten, no están detenidos.

Aquella noche, Iohann Moritz quiso huir.

Recordó que una vez le invitaron a que contara al comandante de la ciudad su fuga con los franceses. Entonces creyó a quienes se lo dijeron y aquello le valió estar encerrado durante tantos años. No creía ya a nadie. Cogió el zurrón con el que había llegado hacía dieciocho horas procedente del campo de Dachau y despertó a sus hijos para despedirse de ellos.

Petru se echó a reír al ver que su padre estaba dispuesto a huir. Era un muchacho muy despierto, que hablaba corrientemente el inglés y admiraba apasionadamente a los americanos.

—¿Dónde quieres marcharte, padre? —preguntó—. No seas ingenuo… Conozco a los americanos. Tengo un montón de amigos americanos y sé que cuando dicen que no se trata de una detención, puedes creerles. Si es sólo una simple medida política, eso quiere decir que nos darán comida americana, buen café, cigarrillos y chocolate. Y ni siquiera nos obligarán a trabajar. Es estúpido marcharse. Tú no conoces a los americanos.

Iohann Moritz pensó en todo lo que había sufrido. En todo lo que había sufrido y lo que había visto. Luego miró a Petru, pero no tuvo valor para desilusionarle contándoselo todo.

Dejó el zurrón sobre la mesa, confesándose a sí mismo que ni siquiera sabía dónde huir. Si huía de los americanos iría a caer en manos de los rusos, que eran mucho peores. Eso no quería decir que creyera todo lo que le contara Petru. Sabía a qué atenerse, pero volvía a sentirse intensamente fatigado y no tenía fuerzas para huir. No le quedaba otra solución que quedarse, quedarse para que le detuvieran de nuevo.

—Tienes razón —dijo Iohann Moritz—. Sería estúpido huir…

Petru le golpeó amistosamente el hombro.

—Nos alistaremos como voluntarios en el ejército americano —dijo entusiasmado—, y volveremos a Rumania cuando hayamos derrotado a los rusos. Es la guerra de la Civilización contra la Barbarie. Tú también te alistarás voluntario, ¿verdad?

Pero Iohann Moritz no le escuchaba. Pensaba en las alambradas de Dachau, de Hielbronn, de Kornwestheim, de Darmstadt, Ohrdruf, Ziegelheim y los treinta y ocho campos donde había estado encerrado en los últimos años, en las alambradas de aquellos campos donde habían muerto el padre Koruga y Traian, en aquellos campos donde él había estado a punto de perecer de hambre.

Le acometió la sensación de que todas aquellas alambradas estaban apretándole el corazón hasta el punto de hacérselo estallar.

«Mi libertad ha durado dieciocho horas —se dijo—. Ahora voy a volver a un campo. Pero esta vez no me detienen por ser judío, ni rumano, ni alemán, ni húngaro, ni miembro de la S. S., sino por proceder del hemisferio oriental.»

Se le saltaron las lágrimas.

—¿No haces tu equipaje, padre? —preguntó Petru, entusiasmado por la idea de marcharse.

—Estoy dispuesto —dijo Moritz—. Desde hace trece años no hago otra cosa que ir de campo en campo. Durante trece años estoy siempre dispuesto a salir de un lado y trasladarme a otro. Tú también te acostumbrarás. Lo lamento, pero todos los hombres deberán habituarse. De ahora en adelante no verán otra cosa que campos, alambradas y columnas de camiones. He pasado por ciento cinco campos. El próximo hará ciento seis. Es una lástima que no haya estado libre más que dieciocho horas. ¿Quién sabe si volveré a tener una hora de libertad antes de morir?

Iohann Moritz contempló a Suzanna y le dijo:

—Pero hemos pasado un buen rato… Ahora ya puedo morir. Nunca creí que volvería a vivir unas horas tan hermosas. Todo era como en Fantana, ¿verdad, Suzanna?

EPÍLOGO

—Quisiera tratar con usted una cuestión personal, Mistress West.

Eleonora West dejó en la mesa la carpeta que llevaba en la mano y contempló al teniente Lewis.

Lewis era el jefe de la oficina de reclutamiento de voluntarios extranjeros. Nora West era funcionaria e intérprete de la misma oficina. Desde hacía más de seis meses estaban trabajando uno al lado del otro. «¿Por qué no llevará ligas? —se preguntó al ver los calcetines de Lewis enrollados alrededor de sus tobillos—. ¿Por qué se sienta a horcajadas en la silla? Exactamente igual que los marinos en el puerto. Y sin embargo, Lewis es un buen hombre, que pertenece a una familia pulcra y que ha pasado por la universidad. Pero sea cual fuere el grado de emancipación de una sociedad, no debería permitirse que un hombre enseñara sus piernas a una mujer en la oficina.»

Nora West sentía igual sensación que si la abofetearan cada vez que Lewis le tendía la mano sin quitarse el cigarrillo de la boca o le echaba una carpeta sobre la mesa, como si echara un hueso a un perro.

Pero el teniente Lewis no sospechaba siquiera lo que ella estaba pensando. Todo lo contrario. Tenía la convicción de que Nora sentía una gran admiración por él. Sin embargo, no podía evitar que sus miradas fueran un poco temerosas.

—Le escucho —dijo ella.

—Mrs. West, ¿acepta ser mi mujer?

El teniente Lewis se echó hacia atrás y comenzó a balancearse sobre las patas traseras de la silla.

—No acepto ser su mujer, Mr. Lewis.

—¿Tiene usted otros proyectos para el porvenir?

—No, no tengo otros proyectos para el porvenir —respondió ella—. Pero mi contestación es bien sencilla: *no*.

Nora West abrió la carpeta. Pero no le fue posible seguir trabajando. Sus ojos contemplaban la carpeta, pero su pensamiento estaba muy lejos.

Había estado encerrada dos años en el campo y luego la habían puesto automáticamente en libertad.

Al salir del campo se encontró con que no tenía dinero, ni ropa, ni alhajas. Ni siquiera poseía su alianza. Se lo habían confiscado todo. Sus depósitos de dinero en el extranjero estaban bloqueados y era tan pobre como Job. Le comunicaron que Traian había muerto. Se había suicidado. No había podido saber más detalles. Como no podía volver con los rusos, ni marcharse a ningún país, se quedó en Alemania. Trabajó primero en un periódico como traductora. Luego dieron orden de internar a todos los procedentes del hemisferio oriental. Acababa de declararse la guerra. Y fue internada de nuevo. Automáticamente. Pero no ocurrió como la primera vez. Logró la plaza de secretaria en la oficina de reclutamiento de voluntarios extranjeros, y vivía

en el campo de internamiento, recibiendo su sueldo y su ración de alimentos. En las horas libres se dedicaba a escribir. Continuaba la novela *La Hora veinticinco*, que Traian no había podido terminar. Había conseguido salvar en una maleta los cuatro primeros libros, precisamente los que consideraba esenciales.

No pensaba en el porvenir. Su único proyecto era terminar el libro. Claro que aquello no era propiamente un proyecto para el futuro, sino una manera de evitar hacer proyectos para el futuro. Se entregaba enteramente a aquel trabajo, esforzándose en adaptar su estilo al de Traian y terminar la novela como él lo hubiera hecho.

Así, cada página que escribía era un paso que la acercaba a él. Tenía la sensación de que se hallaba a su lado, escribiendo juntos. Traian le había contado muchas veces el plan de la novela y Nora se esforzaba en seguirlo con la mayor fidelidad posible.

—¡OK! —dijo Mr. Lewis tras una breve interrupción—. ¿Puedo conocer las razones de tal negativa?

—Si se empeña, se lo diré: por nuestra diferencia de edades.

—¡No tiene sentido!

El teniente Lewis se echó a reír.

—Tengo un año más que usted —dijo—. Recuerde que he visto sus documentos. ¿En qué funda usted esa pretendida diferencia de edades? Justamente es lo contrario.

—Se equivoca —dijo Nora.

—Bromea usted —dijo Mr. Lewis—. ¿Qué edad tiene?

—Hablemos de otra cosa, ¿quiere? —dijo ella.

—No antes de que me haya dicho usted su edad.

—No es galante preguntar a una mujer qué edad tiene. Y sobre todo insistir tanto. Pero voy a decírselo —respondió Nora—. Tengo novecientos sesenta y nueve años. Y no olvide que en materia de edad, las mujeres confiesan siempre menos de la que tienen en realidad. En el fondo soy mucho más vieja.

—¡OK, Mrs. Mathusalem! —dijo Mr. Lewis muy regocijado.

Pero Nora West ni siquiera sonrió.

Lewis, que había creído que Nora aceptaría su proposición, insistió. Pero ella volvió a repetirle que su negativa era categórica.

—No se enfade, Mr. Lewis, pero no podría vivir veinticuatro horas con usted en la misma habitación.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho: diferencia de edad —dijo Nora West—. Es usted un muchacho egoísta y gentil, como todos los jóvenes. Pero yo soy una mujer perteneciente a otro mundo.

—No la entiendo.

—Por eso he rehusado darle explicaciones —dijo Nora—. Es natural que no me entienda. Tengo detrás de mí mil años de experiencias, de renunciamientos, de tormentos, mil años que han hecho de mí lo que ahora soy. Usted tiene en su poder el

presente y el porvenir. Quizá posee el porvenir. Añado ese «quizá», no porque dude, sino porque nunca puede confiarse en el futuro.

—*Too sophisticated!* —dijo Mr. Lewid, nervioso.

—¡Escúcheme, Mr. Lewis! —dijo Nora—. Después de haber escuchado las declaraciones de amor de Petrarca, Goethe, lord Byron y Pushkin, después de haber escuchado a Traian Koruga hablarme de amor, después de haber escuchado las canciones de los trovadores y haberlos visto arrodillados ante mí como ante una reina, después de haber presenciado cómo reyes y caballeros se mataban por mí y haber hablado de amor con Valéry, Rilke, D'Annunzio y Elliot, ¿cómo podría tomar en serio esa petición de matrimonio que me echa usted a la cara al mismo tiempo que el humo de su cigarrillo?

—¿De manera que para pedir a una mujer en matrimonio hay que ser Goethe, lord Byron o Petrarca?

—No, Mr. Lewis. Ni siquiera hay que ser Rilke o Pushkin… Basta amarla.

—Estamos de acuerdo —dijo Lewis—. ¿Quién le ha dicho que no la amo?

Eleonora West sonrió.

—El amor es una pasión, Mr. Lewis —dijo—. Supongo que lo habrá oído decir, o por lo menos lo habrá leído en cualquier parte.

—Volvemos a estar de acuerdo —dijo el teniente—. El amor es una pasión.

—Pero usted es totalmente incapaz de sentir una pasión —dijo Nora—. Y no sólo usted. Ningún hombre de su Civilización es capaz de alentar una pasión. El amor, esa pasión suprema, no puede existir más que en una sociedad que estime que cada ser humano es irremplazable y único. La sociedad a la que usted pertenece cree justamente lo contrario: que cada hombre puede ser reemplazado. No ven ustedes en el ser humano, y por lo tanto tampoco en la mujer que pretenden amar, un ejemplar único creado por Dios o la Naturaleza en una sola edición. Para ustedes, cada hombre ha sido creado en serie. A sus ojos, cada mujer es igual a sus semejantes. Y partiendo de ese concepto, es imposible amar. Los amantes pertenecientes a mi sociedad saben que si no logran ganar el corazón de la mujer amada, les será imposible reemplazarla por ninguna otra en el mundo. Esa es la causa de que se maten con frecuencia por esa mujer. Su amor rechazado no puede hallar sucedáneo en ningún otro. Un hombre que me amara de verdad, me daría la impresión de que soy la única mujer que podía hacerle feliz. Me demostraría que soy el ejemplar único, que no puede tener igual en toda la superficie de la tierra. Entonces me convencería de ese hecho. Un hombre que no dé la sensación de que soy un ser único e inigualable, es que no me ama. Y una mujer que no reciba esa confirmación del ser que ama, es que no es amada. Y no creo que ninguna mujer pueda casarse con el hombre que no ama… ¿Se siente usted capaz, Mr. Lewis, de darme esa certidumbre que pido? ¿Cree usted que, buscando bien, podría reemplazarme? Supongo que será así. Usted estará seguro de poder encontrar otra mujer que sea su esposa, si yo me niego a serlo. Y si esa segunda le rechaza también, intentará con una tercera… ¿No es verdad?

—Cierto —dijo él—. Pero lamentaría que me rechazara usted… Palabra de honor que lo lamentaría.

—Haríamos mejor continuando el sagrado trabajo de nuestra oficina, Mr. Lewis.

Abrió la carpeta y añadió:

—En el campo, todos piden alistarse. Todos, hasta las mujeres, los niños y los ancianos. Todos piden que se les admita como voluntarios. Todos quieren luchar al lado de ustedes…

Sonrió al pensar en los millares de súbditos extranjeros que se hallaban en Occidente. Todos eran fugitivos del terror ruso. Todos habían hallado refugio entre los americanos, los ingleses o los franceses. Ni siquiera habían pensado en el lugar adónde dirigirse. Habían huido de los rusos, de la barbarie, del terror, la muerte y la tortura física. Se habían dirigido hacia el lugar donde no había rusos, dejando detrás de ellos la noche y la sangre, el terror y el crimen. Habían besado la tierra libre de rusos, la habían besado arrodillados, como si fuera tierra de todas las promesas y todas las esperanzas. La habían besado sin contemplarla siquiera, sin pensar si respondería a la esperanza que ponían en ella.

Era una tierra sin rusos, y eso bastaba. Les era indiferente que estuviera ocupada por una u otra nación.

Los americanos habían detenido a los fugitivos. Pero ellos ni siquiera se habían irritado. Estaban en tierra prometida. No pedían otra cosa que poder escapar de los rusos. Todo lo demás les era indiferente. Por eso no se irritaron de que los americanos les detuvieran. Ni siquiera habrían protestado aunque los hubieran matado. Pero acababa de declararse otra guerra. La tercera. Y los refugiados estaban cansados, muertos de hambre y encerrados tras alambradas.

Querían alimentos, reposo, trabajo y libertad. Pero no se rebelaban por no tenerlos. Habían huido de los rusos y aquello era lo esencial.

Los americanos prometieron poner en libertad a los que se alistaran como voluntarios en las brigadas occidentales. Y todos los hombres habían solicitado su admisión. No para luchar, sino para que les soltaran. Para no seguir muriéndose de hambre.

—¡Es un entusiasmo colosal! —dijo Mr. Lewis—. Todo el mundo se ha unido a la causa de Occidente contra la barbarie oriental. Todos los hombres tienen conciencia de que ha llegado el momento de vencer o morir. Esta guerra hará época. Es única en la Historia. El Occidente civilizado contra el Oriente bárbaro. Una guerra auténticamente mundial. La primera guerra mundial de la Historia. —Mr. Lewis se frotó las manos—. Es un honor y una dicha participar en esta guerra. La victoria nos pertenece ya. Civilizaremos a todo el planeta y no volverá a haber guerras. El progreso, la prosperidad y la comodidad serán patrimonio de todos los hombres.

Eleonora West sonrió.

—No parece usted muy entusiasmada —dijo Mr. Lewis en tono de reproche—. Veo que no la apasiona la causa de Occidente. ¿Será usted filobolchevique? Es la

única que tiene reservas, la única que no se muestra entusiasmada.

—Nadie está entusiasmado —dijo Eleonora West—. ¡Es usted quien los ve así!

—¿No son completamente antibolcheviques todos nuestros voluntarios?

—Sí —respondió Eleonora West—. ¡Antibolcheviques, pero nada más! Eso significa que quieren vivir en libertad, no rodeados de una atmósfera de terror; que quieren vivir sin que los deporten, los torturen y los acosen. Pero su actitud no es política. Es la actitud del hombre ante el terror y la esclavitud.

—¿Qué más quiere usted? —inquirió Mr. Lewis—. Eso quiere decir que pertenecen por completo a la causa de Occidente. Combatimos para ofrecerles la libertad, la seguridad, la protección y la democracia.

—¡No se deje arrastrar por las palabras, Mr. Lewis! —recomendó Eleonora West —. Esta guerra que ustedes llaman la *tercera* guerra mundial, no es una guerra del Occidente contra Oriente. Y hablando con propiedad, no es siquiera una guerra, aunque el frente se extienda de un polo a otro y recubra toda la tierra. Esta guerra no es más que una revolución interior en el marco de la Sociedad técnica occidental, una simple revolución interior, exclusivamente occidental.

—¡Pero luchamos contra Oriente, contra toda la Europa del Este! —dijo Mr. Lewis.

—¡Falso! —exclamó Eleonora—. Ustedes, los occidentales, luchan contra una rama de su civilización.

—Luchamos contra Rusia.

—Tras la revolución comunista, Rusia se convirtió en la rama más avanzada de la Civilización técnica occidental. Rusia adoptó todas las teorías de Occidente y se limitó a ponerlas en práctica. Redujo el hombre a cero, como había aprendido de Occidente. Transformó toda la sociedad en una inmensa máquina, como había aprendido de Occidente. Rusia imitó a Occidente como sólo un salvaje y un bárbaro podía hacerlo. Las únicas cosas esencialmente rusas que aportó a la Sociedad comunista fueron el fanatismo y la barbarie. Sólo una faceta. Excepto la sed de sangre y el fanatismo, en la URSS todo procede de Occidente. Y ustedes no hacen ahora más que combatir a ese aspecto de la civilización occidental: la rama comunista de la Sociedad técnica occidental. Esa es la causa de que esa tercera guerra mundial no sea y no pueda ser más que una revolución interior que ha estallado y sigue su curso en el interior mismo de la Sociedad técnica occidental. Las ramas atlántica y europea de ésta luchan contra el grupo comunista occidental. Es una lucha interior que se dirime entre dos categorías, entre dos clases de la misma sociedad; es, si lo prefiere, una revolución de clases, exactamente como la revolución burguesa de 1848. Oriente no participa en esta revolución interior occidental. Nadie, fuera de la Sociedad occidental, participa en esta revolución. Y desde el momento en que ésta es típicamente occidental, Mr. Lewis, es que no se hace a favor de los hombres. La Sociedad occidental no posee hombres.

—No entiendo.

—Es muy fácil —dijo Nora West—. Los intereses de la Sociedad occidental no son los de los hombres. Al contrario. En la Sociedad técnica occidental los hombres viven, como los primeros cristianos, en las catacumbas, en las cárceles, en los *ghettos*, al margen de la vida. Están escondidos. Los hombres no tienen permiso para aparecer en público, ni tienen permiso para detentar funciones públicas. No aparecen en ninguna parte y mucho menos en las oficinas, pues la civilización de ustedes ha reemplazado los altares por las oficinas.

»Los hombres que siguen siéndolo están obligados a esconderse. De otra manera se ven forzados a obrar según las leyes técnicas, según las leyes de la máquina.

»El hombre ha sido reducido a una sola de sus dimensiones: la dimensión social. Ha sido transformado en ciudadano, que no es ya sinónimo del concepto de hombre.

»La Sociedad técnica lo ignora. No le conoce más que en su forma abstracta de ciudadano. Y desde el momento que no le conoce, ¿cómo iba a hacer una revolución por él?

»La revolución actual —dado su carácter específicamente occidental— permanece extraña a todos los intereses de los seres humanos como individuos.

»Desde hace largo tiempo, el hombre se ha convertido en una minoría proletaria de la sociedad de ustedes. Y sea cual fuere el bando que gane el combate actual, el hombre seguirá siendo proletario en el marco de la Sociedad.

»La lucha actual es un choque entre dos categorías de *robots* que arrastran tras de sí esclavos vivos, esclavos de carne y hueso.

»Los hombres no pueden considerarse participantes del combate ahora en curso, igual que los galeotes de las galeras romanas no podían tampoco ser considerados participantes en las guerras del Imperio romano. Estaban encadenados, como ahora. Y no se puede tomar parte en una lucha cargado de grillos y de cadenas.

—¿Sostiene usted que los prisioneros de este campo no acuden a alistarse por propia voluntad? —preguntó Mr. Lewis—. Su afirmación me parece muy arriesgada. No considere mis palabras como una amenaza, sino como una opinión. Cada voluntario acude por propia voluntad. ¿Sostiene usted que hemos forzado a alguno para que se alistara? Diariamente está siendo testigo de las escenas de desesperación que se desarrollan cuando nos vemos obligados a rechazar a algunos. Nos amenazan con la muerte si no les alistamos. ¿Pretende que eso no es una acción voluntaria? ¿Que no hay entusiasmo en ellos? Son mucho más fanáticos que nosotros, y cuando rechazamos su demanda se consideran gravemente ofendidos. ¿No es verdad?

—Los hombres no tienen otro camino de salvación —dijo Eleonora West—. Se hallan en la celda de una cárcel rodeada de llamas y no pueden salir más que por una sola puerta. Ésta no es otra que la petición de alistamiento como voluntarios. Son las peticiones que recibimos diariamente en esta oficina. Cada una de estas peticiones es un grito desesperado de alguien que se precipita hacia la única puerta que ha quedado abierta. Todos envían peticiones. No sólo los europeos huidos del Este, sino Europa entera…

—Lo que dice es completamente falso. Las peticiones no son la única puerta de escape. Podrían pasarse a los rusos… ¿Por qué no lo hacen? ¿Por qué vienen a nosotros?

—Señalarles el camino que conduce a los rusos equivale a mostrarles el muro devorado por las llamas, por donde pueden precipitarse en el mismo núcleo del incendio. Saltando ese muro, no les queda más camino que saltar en las llamas y la muerte. Ningún hombre desea saltar a una hoguera mientras le queda una puerta abierta. Y esa puerta somos nosotros. Quieren escapar, pero ni siquiera reparan adónde les conduce la puerta. Salen porque se ahogan. Al fin y al cabo, una puerta es mejor que una hoguera, y aunque los hombres supieran que tras ella acechaban las llamas, seguirían atravesándola. Por lo menos, durante un instante, se libran de presenciar el fuego. Les es posible mantener una esperanza, una ilusión. Y eso vale más que nada. Es muy importante poder conservar una ilusión, por muy absurda que sea.

—Usted lo ve todo desde un ángulo trágico —dijo Mr. Lewis—. Los voluntarios no piensan así. Cuando aceptamos su petición se muestran entusiasmados. Luchan a vida o muerte por nuestra causa, que es también la de ellos. Son nuestros mejores soldados… Abra la puerta y les verá aguardando afuera. Los hay a centenares. A miles. Todos quieren alistarse como voluntarios, todos quieren combatir por la causa de la Civilización. Quieren dar su vida por la victoria de mañana. Esta victoria que dará a los hombres la felicidad, la civilización, la paz, el pan, la libertad y la democracia… ¿No me cree?

—No —respondió Eleonora West—. Los hombres no tienen fe en esta guerra. Acaso no piensan exactamente como yo, pues sus sufrimientos han sido excesivos para que puedan seguir pensando. Pero presienten en su interior lo que ahora estoy diciendo. Sufren como yo y están desesperados, como yo misma. ¡Toda Europa siente lo que yo siento…!

—Dejemos que hablen los hechos, Mrs. West —propuso el teniente Lewis—. Le probaré a usted el entusiasmo que anima a estos hombres que acuden a alistarse como voluntarios. Elegiré un solo ejemplo, al azar…

Se levantó y abrió la puerta.

—¡Mire! Otros quinientos hombres esperando.

Señaló una larga hilera de personas que hacían cola a la puerta de la oficina y dijo:

—¡El primero!

Entró el primer hombre que estaba aguardando. No iba solo. Le acompañaban su mujer y sus tres hijos.

Era un hombre de pelo negro y sienes encanecidas, con las mejillas un poco demacradas y grandes ojos negros, en los que se reflejaba una intensa tristeza.

Nora miró aquellos ojos. «Hay en ellos una melancolía que refleja grandeza de espíritu», se dijo para sus adentros.

El hombre que estaba ante ella era un obrero. Pero el espíritu se asomaba a su mirada. Y el espíritu significaba grandeza. Su tristeza no era una sencilla tristeza de la carne, sino una melancolía espiritual.

La mujer que estaba a su lado llevaba un vestido azul, muy largo. Sus cabellos rubios estaban cuajados de mechones blancos. Pero era muy hermosa. No sólo parecía desprenderse la belleza de su cuerpo, sino que la feminidad restallante formaba como una aureola a su alrededor.

Nora West hubiera querido sonreírle como a una hermana. Pero la mujer, con los ojos bajos, parecía triste y asustada.

Uno de los muchachos tenía los ojos negros e iguales que su padre. Pero sus miradas no eran melancólicas, sino ardientes y audaces. Examinaban a Nora con curiosidad.

El otro mantenía los ojos bajos como su madre. Era también rubio como ella y parecía ausente. Debía estar pensando en otra cosa.

El más pequeño apenas aparentaba cuatro años. Tenía el pelo rizado y los ojos azules. Nora no acertó a distinguir si era una niña o un niño. Pero era hermoso como un ángel del cielo.

—Aquí está toda una familia que viene a alistarse —dijo el teniente Lewis—. Pregúnteles si piensan como usted. Verá que no han venido por desesperación, sino porque tienen sed de libertad y justicia. Piden alistarse porque quieren luchar por la Paz y la Civilización: Tienen conciencia de su misión… ¡Pregúnteles y verá!

—No es necesario —dijo Nora—. No trato de saber lo que esta gente guarda en su corazón. Me basta mi dolor. No me obligue a remover los posos de desesperación de los demás. Interrógueles usted, como tiene por costumbre. Yo no quiero.

—Le ruego que les pregunte lo que quiera. Estoy seguro de que no tardará en cambiar de opinión.

—Sea… —dijo Eleonora West.

La última frase de Lewis equivalía a una orden.

Levantó los ojos y sus miradas tropezaron con las del hombre que tenía delante, con el sombrero en la mano y la actitud tímida del que va a pedir algo.

—¿Su nombre?

—Iohann Moritz —respondió el hombre—. Quiero alistarme como voluntario en compañía de toda mi familia. Les rogamos que nos admitan a todos. Necesito un permiso especial que dispense mi edad, pues he sobrepasado el límite que marcan los llamamientos. Pero me siento aún joven. Los muchachos son aún pequeños y no han alcanzado la edad mínima que fijan los llamamientos. Pero son trabajadores y honrados. Somos antibolcheviques, como dicen los anuncios. Creemos en la victoria de la Civilización, como reza en los llamamientos pegados en las paredes del campo. Pero no tenemos la edad que marcan. Por eso les rogamos que nos dispensen ese requisito. No podemos soportar más tiempo…

El muchacho de ojos negros dio con el codo a su padre para darle a entender que

había hablado demasiado.

Iohann Moritz se interrumpió, ruborizándose intensamente. Se dio cuenta de que no hubiera debido decir las últimas palabras. Quizá les rechazaran por aquello…

—Les suplico que nos admitan —añadió—. Somos buenos trabajadores y gente honrada.

Petru le había recomendado que dijera muchas otras cosas. Pero él no quiso. No se sentía con fuerzas para decir que creía en la Civilización, en Occidente y en todo aquello. No podía contar tales historias. Estaba seguro de que el muchacho se enfadaría al salir de la oficina, y por eso echó algunas miradas implorantes a la mujer pelirroja que estaba detrás de la mesa. Ella le miró también.

Se hizo un silencio prolongado.

La mujer de la mesa seguía mirándoles a todos con ojos cálidos y brillantes. Suzanna levantó su mirada y los muchachos también. Todos la miraron. Pero ella siguió contemplándoles sin decir nada.

El teniente Lewis salió del despacho. Eleonora West pudo romper por fin su silencio y preguntó al hombre que tenía delante:

—¿Conoció usted a Traian Koruga?

Iohann Moritz se estremeció.

—Estuvimos juntos —dijo.

Petru le había recomendado antes de salir que no hablara de su estancia en los campos de concentración.

—Estuvimos juntos hasta los últimos momentos. También permanecí al lado del padre Koruga y no me separé del señor Traian hasta que ocurrió la desgracia…

Moritz se interrumpió unos instantes. Luego prosiguió con voz velada:

—Era el mejor hombre que he conocido. Pero no, no era un hombre, sino un santo. ¿Conoció usted también al señor Traian?

—Soy su mujer.

Iohann Moritz se apoyó en la puerta. Su rostro palideció. Quiso sacar el pañuelo del bolsillo, pero se dio cuenta de que no tenía. Sus dedos tocaron un cristal. Eran las gafas de Traian Koruga.

Las había cogido aquella misma mañana para hacerles un estuche de cuero. Tenía miedo de que se rompieran al meterlas en la maleta.

Sacó las gafas, las tuvo unos instantes en la mano y pensó que no era necesario hacerles un estuche. No las metería ya en la maleta.

Las dejó en la mesa, delante de Nora West.

—Son las gafas del señor Traian. —Carraspeó y su voz se hizo ronca—. Me las dio antes de su muerte para que se las trajera a usted. Me las dio poco antes de que…

Su voz tembló. No pudo seguir hablando. Buscó otra vez su pañuelo, pero no halló más que el pedazo de cuero del que quería hacer el estuche para las gafas. Lo sacó del bolsillo sin saber qué hacer. Y de una manera inconsciente lo dejó en la mesa, al lado de las gafas.

—Quería hacerles una funda de cuero —dijo—, para que no se rompieran. En el campo me queda mucho tiempo libre. Así las guardaría en la funda… Será mucho mejor…

—¿Se ha persuadido usted por fin de que son verdaderos voluntarios los que vienen a alistarse? —preguntó Mr. Lewis entrando en la oficina.

Nora West tosió. Sentía un gran ahogo en la garganta. Por fin pudo articular:

—Sí; ahora estoy convencida. Tenía usted razón. Estas personas me piden que se les libre del requisito de la edad. Quieren alistarse todos… Toda una familia.

Mr. Lewis sonrió satisfecho.

—Accedido —dijo—. Extiéndales los documentos necesarios. Yo voy a hacerles una fotografía para publicarla en los periódicos.

El teniente Lewis se aproximó más al pequeño y le acarició el pelo. Luego preguntó a Suzanna:

—También está contra los rusos, ¿verdad?

Ella bajó los ojos. Luego pensó que tenía que responder algo.

—Sí… También está contra los rusos —respondió.

Supuso que Moritz no la había oído, pero luego se dio cuenta de que sí y se mordió los labios.

Eleonora West completó los formularios.

—Vengan a visitarme esta noche. Yo también vivo en el campo. Tomaremos una taza de té y hablaremos tranquilamente. Así podrá contarme lo que sepa de Traian. —Su mirada se hizo más sombría—. Ahora respóndame a las preguntas para que pueda llenar el formulario. ¿Dónde ha estado usted desde 1938 hasta ahora? Dígamelo todo… Sin temor… Le aseguro que su petición será aprobada.

El muchacho mayor sonrió. Había triunfado y se sentía satisfecho.

El más pequeño también parecía satisfecho. Estaba comiéndose los bombones que le había dado Mr. Lewis y reía, descubriendo sus dientes blancos.

Suzanna seguía con los ojos bajos.

El teniente preparó su aparato. Tenía vivos deseos de fotografiar a toda la familia en el momento en que Iohann Moritz llenara su formulario. El documento gráfico había de ser auténtico.

—En 1938 me hallaba en un campo de judíos de Rumania. En 1940, en un campo de rumanos, en Hungría. En 1941, en Alemania, en un campo de húngaros. En 1945, en un campo americano. Hace poco me liberaron de Dachau. Trece años de campo en campo. Estuve libre dieciocho horas y luego me trajeron aquí…

—*Keep smiling!* —dijo Mr. Lewis.

Tenía dirigido el objetivo de su aparato hacia Iohann Moritz y su familia.

Moritz miró a Nora West. Pensó en los centenares de kilómetros de alambradas que había visto y le pareció que iban enrollándose alrededor de su cuerpo, poco a poco.

No levantó la mirada cuando Mr. Lewis le habló. Apenas entendía el inglés.

—Eso es lo que me ha ocurrido desde 1938 hasta hoy —prosiguió—. Campos, campos, campos… Campos de concentración durante trece años.

—*Keep smiling!* —exclamó el teniente Lewis.

Iohann Moritz comprendió que aquellas palabras iban dirigidas a él y preguntó a Nora:

—¿Qué dice el americano?

—Te ordena sonreír…

Moritz contempló las gafas de Traian. Tuvo la impresión de que volvía a verle caer junto a las alambradas. Pensó en los kilómetros y kilómetros de alambre que rodeaban los campos. Recordó las piernas amputadas del padre Koruga y todo lo ocurrido en aquellos trece años.

Luego miró a Suzanna y al pequeño. Su frente se ensombreció y los ojos se le llenaron de lágrimas. Le ordenaba sonreír, pero no podía. Se daba cuenta de que iba a estallar en sollozos como una mujer. Aquello era el final. No podía resistir más. Ningún hombre hubiera podido resistir más.

—*Keep smiling!* —ordenó el oficial con los ojos fijos en Iohann Moritz—. *Smiling! Smiling! Keep smiling!*



Constantin Virgil Gheorghiu (Războieni, Neamț, Rumania, 1916 - París, Francia, 1992) es un escritor rumano.

Estudió filosofía y teología en la Universidad de Bucarest y trabajó para el Ministerio de Asuntos Exteriores, entre 1942 y 1943, durante el régimen del General Ion Antonescu.

Con la llegada de las tropas rusas (1944) se exilió voluntariamente y al final de la II Guerra Mundial es arrestado por las tropas americanas, estableciéndose inicialmente en Francia en 1948. Durante su cautiverio, escribió su obra de mayor éxito, *La hora 25*, publicada un año más tarde, en 1949.

Notas

[1] El leu (en plural lei) rumano es la moneda oficial de Rumania. <<

[2] El que obra por medio de otro, obra por sí mismo. <<

[3] Lo que se da como prenda o señal en algún contrato. <<

[4] Hermann von Keiserling. <<

[5] Santo Tomás de Aquino. <<

[6] L. Col. Dr. S. Jacobs. <<

[7]

Every horror had its definition,

Every sorrow had a kind of end.

In life there is not time to grieve long.

But this, this is out of life, this is out of time,

An instant eternity of evil and wrong

We are soiled by filth that we cannot clean

United to supernatural vermin.

It is not we alone, it is not the house, it is not

The city that is defiled.

But the world that is wholly foul!

Clear the air! clean the sky! wash the wind!

take the stone from the stone, take the skin from the arms,

take the muscle from the bone, and wash them!

Wash the stone, wash the bone, wash the brain,

wash the soul,

wash them, wash them!

T. S. Eliot <<

[8] Desplazados. <<

[9] Prisionero de guerra. <<

[10] Lao Tse. <<

[11] Conde H. de Keyserling. <<

[12] Tierra, querida, quiero…

Quiero fundirme en ti como un ser anónimo. <<